

LEYES DEL UNIVERSO

(LA BIBLIA DE LOS FILÓSOFOS)

POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE



TOMO CUARTO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

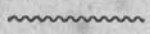
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

100156700

FR XX 3253

LEYES DEL UNIVERSO



OBRAS TEATRALES DEL EMINENTE AUTOR

JOSE FOLA IGURBIDE

- Los caballeros de la libertad.—Drama en 4 actos.
La ola gigante.—Drama en 7 actos.
El sol de la humanidad.—Drama en 7 actos.
La libertad caída.—(2.^a parte de «El sol de la humanidad».)
La muerte del tirano.—(2.^a parte de «La libertad caída».)
Giordano Bruno.—Drama en 5 actos.
Los Dioses de la mentira.—Drama en 3 actos.
Cristo contra Mahoma.—Drama en 5 actos.
La sociedad ideal.—Poema en 5 actos.
La domadora de leones.—Drama en 6 actos.
La máquina humana.—Drama en 5 actos.
El cacique o La justicia del pueblo.—Drama en 4 actos.
La duquesa fantasma.—Drama en 4 actos.
Joaquín Costa o El espíritu fuerte.—Drama en 3 actos.
El Cristo moderno.—Drama en 5 actos.
El monstruo de oro.—Drama en 5 actos.
El arte de enamorar.—Zarzuela en un acto.
Caín y Abel.—Drama en 3 actos.
Ilusión y realidad.—Drama en 3 actos.
Emilio Zola o El poder del genio.—Drama en seis actos.
Teresa.—Drama en 3 actos y en verso.
El clown.—Drama en 3 actos.
El hijo del aire.—Melodrama en 5 actos.
El mundo que nace.—Comedia en 3 actos.
El pan de piedra (el carbón).—Drama en 5 actos.

LEYES DEL UNIVERSO

(LA BIBLIA DE LOS FILÓSOFOS)

POR

JOSE FOLA IGÚRBIDE



TOMO CUARTO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

~~~~~  
Es propiedad de esta Casa Editorial

~~~~~



LIBRO UNDECIMO



**VIDA Y SER DEL PLANETA
TERRESTRE**

CAPITULO I

LOS MUNDOS

I

RELACIÓN DE LOS ORGANISMOS ENTRE SÍ

No nos separemos nunca de estas verdades inconcusas. En la Vida de regreso al Origen positivo no existe ser alguno que no sea orgánico.

Hay un organismo total que es el Universo, y hay organismos varios que corresponden a los seres particulares o de relación. Este organismo tiene un Espíritu constituido en función directa, por un ra-

dio de máxima grandeza, y en función inversa por todos los radios pequeños y grandes que corresponden a la fuerza espiritual distribuída entre todos aquellos seres determinados o relativos.

Por este enlace del Gran Ser con todas las demás existencias, resulta que la voluntad de cada ser indica la función o trabajo que quiere realizar y que se lleva a cabo conforme a Ley por el Motor de la Voluntad Suprema común a todas las voluntades.

Donde hay un organismo hay un ser con vida. Donde hay vida hay movimiento. La simplicidad del organismo indica la simplicidad de sus funciones y el género de su trabajo y de su vida. ¿Dónde no hay vida? En la inversión total de la Substancia; en la Materia simple, o digamos inorgánica.

Ahora falta advertir que no es la Materia la que se hace sentir por nosotros accionando sobre nuestro organismo. Esto nunca es posible. La Materia pura o simple se halla hiperpuesta a la Naturaleza. y nosotros vivimos en la Naturaleza. ¿Cómo, entonces, advertimos su existencia? ¿Quién establece la relación sensible? La Fuerza que despidе todo cuerpo material. Todos los cuerpos se hallan en constante irradiación. Debe comprenderse que, a no ser así, nosotros no podríamos advertir la existencia de los seres materiales porque no es nuestra fuerza la que va a ellos para establecer la comunicación (esto fuera absurdo, dada la corriente contraria que da impulso a la Vida en universal irradiación), sino que es la fuerza de aquellos seres la que acciona, siguiendo el propio impulso, en nuestro modo de ser sensible. Así es que el tacto no

se verifica jamás con la Materia pura y sí sólo con la Materia vivificada y por la fuerza natural que desprende, la cual se halla en constante irradiación.

Por la causa anteriormente expresada hallamos que el tacto o la sensación que aquél produce, es proporcional a la intensidad de aquella fuerza, ofreciendo la variedad de los efectos que continuamente observamos y que son agradables o desagradables, beneficiosos o mortíferos, según los grados de asimilación que encuentran en la escala modulada de nuestro organismo.

II

REALIDAD DE LA VIDA DEL PLANETA COMO SER SUPERIOR AL HOMBRE

No podemos nunca equivocarnos en la apreciación que debemos hacer de la inferioridad o superioridad de los seres, siempre que nos sea conocida su forma estructural orgánica. Elementalmente vemos un gusano y caemos en seguida en la cuenta de la simplicidad orgánica que debe tener el alma de aquel ser. Vemos una mariposilla revolotear, alegre, por los campos, y apreciamos que aquel ser se halla más expansionado y que ocupa, por lo tanto, un

término más elevado en la escala del Medio. Nos embelesamos oyendo a un pajarillo en la enramada y le atribuimos lógicamente otro término de mayor elevación. De aquí pasamos a los animales que ofrecen rudimentos de racionalidad, y por último nos fijamos en el Hombre, cuyo organismo es el más exquisito de cuantos se ofrecen a nuestra apreciación sensible.

Puede ser que nos salga al paso algún pensador moderno diciendo que, órganicamente, el Hombre se diferencia muy poco de ciertos animales inferiores. Conforme; pero estas diferencias que se trata de apreciar corresponden a las funciones fisiológicas. Realmente, salvo algunos distingos, lo mismo come el hombre que el perro y que otros animales inferiores, realizando todos ellos por igual las funciones de pura necesidad de la Vida impuestas por la Naturaleza. Las diferencias deben apreciarse, en este caso, en la región orgánica más elevada.

La organización del cerebro en el Hombre superior difiere de la organización cerebral que tiene el inferior, pudiendo, empero, ocurrir que éste se halle mejor dotado que el otro para las funciones fisiológicas. Pero éstas no son aquí las que determinan la superioridad de unos seres respecto de otros. Siempre queda en pie nuestra afirmación de que podemos apreciar el término de elevación que cada cual ocupa, siempre que nos sea conocido su organismo.

Hacemos hincapié en estas verdades para extraer su esencia, y es, a saber: Que donde veamos un organismo superior a otro debemos en seguida de-

ducir que se trata de un ser más elevado y, por consiguiente, de un Espíritu que es también superior.

Así orientados, observamos que el Mundo, el Planeta en que vivimos, es un gran cuerpo que se halla también organizado. ¿Y este organismo es superior al nuestro? ¡Ah! Indudablemente. Primero, por su mayor grandeza, y segundo, por la razón sencillísima de que nosotros constituimos sus partes componentes, como que vivimos dentro y no fuera de aquel superior organismo, y hasta nos asombra que verdades como ésta, tan sencillas, puedan desconocerse.

El Planeta que habitamos es un ser como nosotros; es decir, superior a nosotros. Así expresado, bien comprensivamente, para que se nos entienda. Un ser que vive dentro de más elevada esfera. Que tiene su Yo individual y determinado como el nuestro. Que se alimenta, renueva, palpita y piensa como nosotros. Un ser superior que se halla sujeto, también como nosotros, a la Ley del giro que hace indispensable la condición sucesiva de la muerte después de haber nacido. Que tiene enfermedades, sacudidas y convulsiones... Que goza y sufre, lucha y trabaja, exactamente como nosotros.

Ahora que ya hemos descubierto al Ser, veamos de qué modo tan magnífico se revelan a las miradas de nuestro espíritu todos los pormenores de su existencia, ofreciéndose en conjunto como una sorprendente y hermosa realidad.

III

ORGANIZACIÓN FÍSICA DEL PLANETA

Si realmente hay seres inferiores que dan sustentación al Hombre, también el Hombre ha de darla a seres superiores, como no se crea que la escala de la Vida universal termina en la existencia humana.

Restituída la Verdad a su justa esfera, hallamos que en el Planeta se encuentra la base de nuestra sustentación, el pedestal que sirve de soporte a todas las existencias que dentro de aquella vida se desarrollan. Por aquí ya vemos que se trata de una organización física superior a la nuestra, ya que de ella dependemos.

Si nosotros somos máquinas de transformación de la Substancia, máquina es también el Planeta de transformación de la propia Substancia. De modo que se halla en involución como nosotros, y de aquí el trabajo que realiza y que se revela por cuantos fenómenos, físicos, climatológicos, atmosféricos y geológicos en él observamos.

Dotad de inteligencia a una célula de nuestro

organismo y veréis cómo entra en el mismo orden de razonamientos, tratando de relacionar su existencia con la nuestra. En el mismo caso se encuentra ella respecto de nosotros que nosotros respecto de aquel superior organismo.

IV

EL CEREBRO DEL PLANETA

¿Dónde se halla el cerebro del Planeta? ¿Dónde sus nervios? ¿Dónde las partes orgánicas que concurren a su formación? A estas preguntas contestamos con otras: ¿No tiene el Planeta un cuerpo, que es la Tierra? ¿No se halla en este cuerpo el total y necesario soporte? ¿No tiene Atmósfera? Y esta Atmósfera, ¿no modula por grados de mayor a menor densidad? ¿Y no es ésta una escala de transformación por la cual para ascender es preciso cambiar de naturaleza en el modo de ser de la substancia? ¿No tiene ésta que hacerse más intensa y pura a medida que asciende por aquella escala? ¿Y no tiene esta escala vías ocultas que constituyen el fondo interno de la misma?

Claro es que si la Atmósfera modula a medida que sus términos se elevan y se internan pasando por los grados de reversión que son necesarios para

que la substancia en reversión se haga consciente, ha de llegar a un punto en que se determine el Yo, cuya categoría tiene que ser superior necesariamente a la categoría de nuestro Yo, porque nosotros somos partes orgánicas de aquella organización.

El cerebro del Planeta se halla en las regiones más internas, elevadas y puras de la Atmósfera, circundando a la Tierra. Semejante organización cerebral, ¿en qué se diferencia de la nuestra? En que se invierten los términos de la acción y el orden de los polos de la resistencia. El cerebro del Hombre se halla encerrado dentro de un cráneo. La materia más densa lo circunda. Por el contrario, el cerebro del Planeta envuelve a la materia que le da soporte. ¿Quién lo circunda? La Fuerza sideral. Esta es la que establece sus fronteras concentrativamente.

Si nos dejamos arrastrar por la sugestión que en nosotros ejercen las formas sensibles que observamos, diríamos que el cerebro del Planeta debiera hallarse en el centro de la Tierra, rodeado de una capa material de gran resistencia y al igual que el cráneo envuelve al cerebro, pero esta suposición queda destruída por el conocimiento que tenemos de la Ley general de irradiación de la Vida, y no son las Leyes las que se someten a las formas, sino que, por el contrario, son las formas las que se someten a las Leyes.

Con efecto; el movimiento de la Vida en el ciclo inverso sigue la dirección del centro a la periferia, y no de la periferia al centro. Esto podemos observarlo en todas las existencias que se hallan al alcance de nuestra contemplación. La savia es

un flujo vital que sigue la dirección del tronco a las ramas. ¿Dónde se hallan las substancias más exquisitas en todo vegetal? En las ramas, donde campean los frutos o las flores. El giro es de irradiación, o sea, desde lo más denso a lo menos denso. En el Hombre observamos también que el flujo vital no circula del cerebro a los pies, sino de los pies al cerebro.

La observación que pudiera hacerse de que la piedra cae siguiendo la dirección contraria, como solicitada por el centro de la Tierra, complementa las verdades que exponemos. Cae el cuerpo material en el grado de densidad que se hace preciso para que aquel fenómeno se produzca; pero si su densidad disminuye la dirección se invierte, y en vez de caer se eleva por la escala que le ofrece la atmósfera. De modo que la densidad mayor acerca a los cuerpos a la Tierra y la menor los separa. He aquí bien establecida la razón por la cual no es posible que el cerebro del Planeta se halle en el centro de la Tierra, porque, por Ley general, en el cerebro de todos los seres animados se halla el término donde afluye la Substancia más depurada o menos densa.

Nosotros no hacemos afirmaciones gratuitas. Si decimos que el cerebro del Planeta se halla en las regiones más elevadas y puras de la Atmósfera, es porque el estudio y la experiencia enseñan que el cuerpo atmosférico modula de mayor a menor densidad, en demanda del término donde ya la fuerza se conoce *en sí*.

Y el corazón del Planeta, ¿dónde se halla situado? Donde, equivocadamente, parece que debiera

hallarse el cerebro. En el centro de la Tierra. Este es su lugar.

El corazón del Planeta se halla en función constante como el nuestro y por idéntica causa. A él acuden las oleadas de fuerza natural concentrativa que todos los cuerpos se envían entre sí. En aquel horno, todavía candente, se operan las explosiones de la fuerza que lo invade por la intensificación que en ella se opera, razón por la cual se establece el flujo y reflujo de todas las irradiaciones que, como olas de un inmenso piélago, dan vida y movimiento a toda la Naturaleza.

Más particularmente podemos apreciar con cabal certidumbre que el Planeta en que vivimos realiza funciones digestivas, y no hay que sorprenderse por esta médica expresión del trabajo que aquél realiza, el cual consiste en dar producción y perfección a los núcleos orgánicos para que éstos puedan asimilarse a los organismos. Por esto en otros capítulos hemos dicho que en el mar se halla el vientre del Planeta, porque allí es donde éste realiza dichas funciones.

V

LA ATMÓSFERA COMO ÓRGANO FISIOLÓGICO DE
LA VIDA DEL PLANETA

La mala apreciación de que la Atmósfera es un cuerpo de composición estática, aparte de los movimientos que actúan en ella debidos a las depresiones que se operan por los cambios termométricos, entorpece y obstruye la senda que conduce a la Verdad, y hay que destruir esta mala apreciación.

La Atmósfera es un gran órgano fisiológico por donde circula y asciende el flujo interno de la Vida. Fuéramos excesivamente cándidos si creyéramos que sólo sirve para que nosotros respiremos. Por la misma razón pudieran creer los seres que en nosotros viven, dándonos a la vez su existencia para formar nuestro total organismo, que nosotros vivimos sólo para que ellos vivan. Nada de eso. Las existencias se hallan asociadas entre sí y todas juntas componen la universal Escala, sin que pueda prescindirse de ninguno de sus consecutivos peldaños. Ni el Planeta puede prescindir de nuestra

existencia ni nosotros podemos prescindir de la de aquellos seres que nos constituyen siendo inferiores a nosotros. La inferioridad y la superioridad de los seres es necesaria porque sólo en la Unidad, o sea en la Ley de Substancia acaba toda diferencia.

Las atmósferas imponen las necesarias fronteras con objeto de que no se mezclen ni confundan cuantos elementos dan organización a las existencias. Así, todo se halla en orden y los seres que disciernen se ven sorprendidos al tener uso de razón, viéndose dotados de vida por motivos y procedimientos completamente ajenos a su voluntad y a sus medios de acción y movimiento, siendo esta sorpresa tanto más grande y profunda cuanto es mayor la altura de su inteligencia. Ninguno se organiza por cuenta propia exclusiva. Los organismos se sustentan y conservan merced al esfuerzo que cada uno hace por sustentar y conservarlos, y nada más. Se le permite, empero, a cada ser que modifique en cierto modo su organismo. ¿Y cómo? Expresando su voluntad por medio de un trabajo continuamente adecuado al objeto que se propone realizar, bien por libérrimo ejercicio, bien por necesidades impuestas por la Naturaleza o por la Ley del Progreso, cuando no por la necesidad de conservar la Vida.

Nutrido el cuerpo atmosférico, que nosotros calificamos de gran órgano fisiológico de la vida del Planeta, por las irradiaciones de los cuerpos y existencias que en él conviven, se ve claramente que su constitución tiene que ser modulada para dar ingreso, por orden progresivo, a todas las irradiaciones de diferente densidad que tienen lugar de

continuo por la transformación de la Substancia que se opera merced a las máquinas vivas, desde la flor al gusano y desde el gusano hasta el Hombre.

Si encendemos un fósforo (valga el ejemplo), realizamos la combustión de una substancia. La llama brilla el intervalo de tiempo que corresponde a la duración del combustible. He aquí la imagen de la Vida, o mejor dicho, la propia vida en una de sus formas más elementales. Se acaba el combustible y la llama se apaga y desaparece. Esta es la forma que tiene la muerte. Pues bien; aquella vida que tal llama produjo sirvió de acción para que se operase un cambio en el modo de ser orgánico de aquella existencia. Las fuerzas irradiadas a merced de la combustión fueron a encontrar sus módulos en la Atmósfera, las de grado más exquisito a mayor altura que aquellas otras menos depuradas y exquisitas, cayendo a Tierra las más densas o muy materiales.

Estos elementos de composición atmosférica no permanecen estáticos en el nuevo lugar que ocupan. Allí en la Atmósfera, agitados y sacudidos de continuo, encuentran el vaivén que opera su giro de reversión que los hace más puros e intensos para seguir su curso ascendiendo por aquella escala. Sólo que a unos elementos suceden otros consecutivamente. No hay vacante alguna, y así parece como que nada ocurre y que el cuerpo atmosférico permanece estático y no animado por el flujo de la Vida que internamente le da acción y movimiento.

Por este mismo hecho de que no hay nunca lugar

alguno vacante en el Universo, resulta que la Substancia conserva todos sus estados, y aun se llega al error de creer que tal partícula de hidrógeno, o tal de oxígeno, o tal de carbono, nunca dejan de ser lo que son en su propio estado. Esta apariencia la ofrece aquella sucesión de unos estados sucediéndose a otros sin cesar.

La variación en el modo de ser de la substancia se obtiene por sucesión de contigüidad. Esta es la medula que opera la reversión o desdoblamiento de la Fuerza, y por esta misma causa nunca hay vacante alguna, como antes dijimos. Compréndese que sin haber vacante no es posible apreciar el paso que debiera dar una fuerza para substituir a otra. La determinación no es posible en ningún instante; así es que el movimiento de descomposición de la Substancia sólo puede verse con las miradas del Entendimiento. La Lógica es la que advierte perfectamente estos hechos para deducir que la Ley de conservación de la Materia se debe sencillamente a la Ley de constante renovación de la Materia.

En este punto la Ciencia racional se sobrepone a la experimental.

Pueden apreciarse únicamente los cambios de composición en las substancias complejas operadas a merced de las diferentes combinaciones que se verifican o provocan de un modo que puede ser natural o industrial, pero el cambio de modo de ser de la substancia que la transforma en otra de menor intensidad sólo se efectúa por medio del giro imperceptible de reversión.

VI

IRRADIACIONES DIFERENTES

Las irradiaciones de las substancias varían conforme al modo de ser de las combustiones que operan en reversión. La llama de un fósforo, en el ejemplo que antes ofrecimos, no produce, como es consiguiente, la misma irradiación de fuerza que una flor o un insecto, concretando a estas dos existencias el caso. Son vidas diferentes. La substancia irradiada de la vida de la flor alcanza un término más alto que la que se desprende de la llama, así como las substancias que se irradian de la vida del gusano alcanzan mayores grados de elevación.

Los organismos se hacen más exquisitos y delicados progresivamente. Los vegetales primitivos eran mucho más toscos que los que ofrece la actual vegetación. La rosa de hoy no es la rosa de ayer. Ni los organismos animados ofrecen los mismos cuerpos de resistencia que antes, en remotos tiempos, y, por consiguiente, tampoco la atmósfera, cuyo aire respiramos, es tan densa como lo fué en pasadas épocas. Lo que hay es que el cambio no es

apreciable sino a grandes etapas en el giro de la progresión.

La tendencia general se significa por el hecho característico de la suprema aspiración a la Unidad, borrando las diferencias que dan fisonomía individual y varia a los términos intermedios.

Todos los organismos tienen esta misma finalidad y efectúan la propia labor dentro cada cual de su esfera y con las limitaciones que corresponden a su constitución orgánica.

El rosal, por ejemplo, produce siempre una calidad de rosas, y éstas acaban por ofrecer idéntico perfume con ligeras variantes, sean cuales fueren los elementos de su nutrición, siempre que sean asimilables; pero otra planta, otro organismo produce flores distintas al lado mismo del rosal, aunque ambos se nutran de iguales elementos.

Citamos estos dos ejemplos, pudiendo ofrecer otros muchos en confirmación de nuestro aserto. El trabajo de la vida, repetimos, tiende de un modo constante a la Unidad, haciendo que desaparezcan las diferencias que separan a los elementos orgánicos.

Así se explica también la existencia del Yo, que es una forma unísona del conocimiento *en sí* que adquiere la substancia psíquica por congruencia de cuantos elementos varios concurren a la formación de aquella síntesis.

Apoyándonos en estos hechos, ¿qué consecuencia directa debemos deducir de la existencia orgánica de la Atmósfera? Que ésta se debe a la propia finalidad, pero con carácter más elevado, porque también se trata de un organismo superior. No hay pa-

ridad entre el cuerpo orgánico de cualquiera de las máquinas vivas que pueblan la superficie del Planeta y el cuerpo atmosférico. Este ofrece mayor extensión. Circunda la Tierra. Presta ambiente a las existencias, y como se trata de una constitución superior, la obediencia a la Ley se hace en semejante órgano más precisa. Si los organismos inferiores tienden a la elaboración de tipos de substancia unitarios en demanda de la Suprema Unidad, también aquel organismo debe realizar el propio trabajo en más alta esfera.

Nada más sencillo que dar explicación a esta Ley que conduce a la Unidad. ¿Qué se necesita para que una fuerza siga por ese camino? Que se reverione y se haga menos densa. Así es como se llega a la máxima intensidad donde no cabe diferencia alguna. De modo que haciendo modular dos substancias diferentes se ve la necesidad en que se encuentran de ir borrando sus diferencias.

Establezcamos ahora un término de derivación en esa escala ascendente. Pongámoslo en el cáliz de una flor o en el cerebro de un hombre. Al llegar la substancia al pétalo toma un carácter, una determinación, pero allí no se estanca. Se irradia después de haber realizado su trabajo. Pasa esta ola y le sucede otra sin interrupción. Proceden ambas de distintos orígenes, pertenecientes a elementos diversos, pero al llegar al referido término se han equiparado.

En el cerebro del Hombre ocurre exactamente lo mismo. Allí las corrientes de la Vida adquieren un modo común de ser, producen una substancia despojada de todas las diferencias de origen.

¿Y cuál había de ser el trabajo de unificación que el cuerpo atmosférico realiza en su modulación progresiva de mayor a menor densidad, sino el propio trabajo que realizan todos los demás organismos? ¿Quién es capaz de atribuirle funciones separadas de la Ley común? Esto fuera absurdo. Por manera que aquella ascensión atmosférica, aquel flujo cada vez más intenso de la vida ha de llegar al término preciso de la Substancia que se conoce *en sí* constituyendo el Yo del Planeta.

En el cuerpo humano el trabajo de transformación se efectúa correlativamente pasando de unos a otros órganos el flujo de la Vida cada vez más intenso y puro. Pongamos que la célula es el ser concurrente de menor complejidad. Claro es que aquella labor común debe empezar desde la célula y que estas máquinas de gran simplicidad, con un tejido de resistencias adecuadas tienen que hacerse más exquisitas conforme se va elevando el grado de su intensidad; pero este movimiento o giro de transformación quedaría interrumpido al punto si en cada célula no encontráse el órgano de modulación propicio para que la Substancia, arrastrada al través de todo el organismo por el impulso interno del Medio, pueda desdoblarse obligada por la forma estructural de cada una de dichas células adaptadas todas ellas progresivamente al género de trabajo que tienen que realizar.

De este modo aquel orden de sucesión llega a las células cerebrales, que son las más delicadas que posee el organismo, y allí la Fuerza obtiene su grado de intensidad que la caracteriza de Fuerza psí-

quica, produciéndose los fenómenos que corresponden a este modo de ser de la Substancia.

En el gran órgano fisiológico del Planeta ocurre todo del mismo modo, pero sin tantas ramificaciones estructurales ni divisiones orgánicas. A él concurren todas las partículas irradiadas producto del trabajo de transformación que realizan las existencias terrestres.

En la irradiación general se hallan comprendidas todas aquellas substancias diferentes, unas que se exhalan de la masa de la Tierra, otras de las acciones y reacciones de los cuerpos químicos, o sea de la vida física, otras de las plantas, arbustos, legumbres, flores, etc.

Hay que aceptar la necesidad de seres superiores intermediarios entre Dios y el Hombre.

No es posible pasar de un salto desde nuestro Espíritu, que es de grandeza incomensurable, al Espíritu del Ser Máximo, infinitamente grande.

Resultaría, además, que podría notarse la existencia de escalas orgánicas superfluas. La Atmósfera, por ejemplo, se desentiende del Hombre en sus alturas.

No siendo para realizar funciones de vida superior, tal urdimbre orgánica resultaría innecesaria. No queremos insistir en semejante tema, porque lo consideramos absurdo.

Puede exigírsenos, sin embargo, que demos mayores facilidades a la comprensión del entendimiento, para que en él no pueda cobijarse la duda.

La afirmación de que el Planeta tiene Alma como nosotros rompe con tantas vulgaridades y preocu-

paciones, que es preciso consolidarla con piedras angulares casadas muy estrechamente.

Si, conforme dijimos, el cerebro del Planeta se halla en la cúspide periférica de la Atmósfera envolvente, ¿cómo realiza sus funciones? ¿Cómo se establece allí el Espíritu?

En rigor, la explicación que vamos a dar es la que se ajusta de igual modo a la composición del cerebro humano.

Recordemos lo que dijimos en el capítulo "El Medio universal", a este mismo propósito. Sirvan aquellas manifestaciones de base de los nuevos datos que vamos a exponer.

Situémonos en uno de los términos del límite indeterminado de la Atmósfera, fronterizo a la Región sideral.

Ya situados en aquella cúspide, tomemos una partícula de fuerza radiante y sin llevar a cabo ningún movimiento de traslación, supongamos que nuestro poder es tan eficaz como el del Medio para producir la reversión de dicha molécula en círculos de luz primero y en radios de fuerza psíquica o espiritual después.

No creemos necesario recordar que este desenvolvimiento de la partícula es posible porque en ella se hallan contenidas aquellas substancias superiores de Luz y Espíritu, plegadas recónditamente *en sí*, conforme ya estudiamos.

Como este desenvolvimiento tiene que hacerse en relación con el Medio, término por término y etapa por etapa, he aquí cómo nos hemos internado, siguiendo el desenvolvimiento de aquella partícula,

primero en el gran Círculo luminoso o región de la Luz, y luego en el Radio Máximo.

Ahora nos vamos a otra cúspide, situada en el propio límite atmosférico, pero en dirección contraria, en el polo opuesto.

Tomamos, como decimos antes, otra partícula de fuerza radiante. La desdoblamos de igual modo y obtenemos la propia modulación de las substancias replegadas *en sí* que contiene.

Como en el primer caso, llegamos a la Región de la Luz y al Empíreo del Espíritu.

Sea cual fuere el lugar de la Atmósfera donde nos situemos, siempre acontece que la modulación de la Substancia nos conduce al Radio Espiritual de Máxima grandeza.

Hay más todavía. Considerémonos situados, de un modo semejante, en la Atmósfera del Planeta Júpiter, o en la de Saturno, etc., o en la de otro Mundo perteneciente a otro sistema planetario, de cuantos navegan en la Región sideral, y efectuemos el propio desdoblamiento con otra partícula del mismo género.

El lugar ha variado, el Planeta es otro, las distancias se han prolongado de un modo incalculable, pero el fenómeno de la reversión de la substancia siempre es el mismo.

Aquí, como allí y como en todas partes, el giro *en sí* de reversión de la Fuerza, por esa vía recóndita de la dirección interna, nos conduce invariablemente al Radio Máximo del Medio universal, o, dicho en otros términos, al Espíritu de Dios.

¿No es este un hecho portentoso? ¿No revela la inmensa solidaridad que tiene *en sí* todo el Univer-

so? Y sobre todo, ¿no demuestra, de un modo claro y preciso que nuestro Planeta no puede carecer de Alma, demostrándose que tiene cerebro?

¿Qué falta para ofrecer el testimonio concluyente? Decir que el Espíritu del Mundo se constituye por partes radiales, lo mismo exactamente que el del Hombre. ¿Y cómo? Haciendo que todas las partículas que forman la capa envolvente atmosférica, en su región más elevada, module en la propia forma que indicamos.

Ya tienen el necesario soporte en el cuerpo atmosférico. Todo él descansa sobre la corteza terrestre, modulando también de mayor a menor densidad.

Pues bien; que siga modulando toda la Atmósfera. Se formará una escala, superior a la del organismo humano, que adaptándose geométrica y substancialmente al Medio, llegará en su desarrollo hasta la Región de la Luz, primero, y al Radio Espiritual, después. Esta será el Alma del Planeta, dividida en partes mínimas radiales, como la del Hombre.

VII

ANALOGÍAS ORGÁNICAS

Por el examen de tales hechos resulta, de un modo evidente, que la Atmósfera es una escala fisiológica exactamente lo mismo, con mayor o menor complejidad, que las demás escalas que dan formación fisiológica a todas las demás existencias de la Materia, vivificada donde se halla la organización más elemental de la Vida.

No olvidemos que la Materia se vivifica saliendo de su simplicidad, por medio del hálito fecundo de fuerza natural que en ella se injerta al sobrevenir el Caos.

La Materia así vivificada ya es orgánica. Ya vive elementalmente. Se compone de núcleos, compuestos por torbellinos de la fuerza natural inoculada. Torbellinos de partículas.

Repetimos esto hasta la saciedad porque es preciso que no se olvide.

La fuerza natural inoculada a la Materia se halla en la modalidad de fuerza de la Escala universal a la que damos el nombre de Naturaleza; de modo que se halla influida y solicitada por dicho Medio.

Por tal solicitud dicha fuerza natural tiende a dissociarse de los centros de resistencia pertenecientes al cuerpo material que la retiene, y se establece un pugilato interno que tiene en constante actividad a los referidos torbellinos. Tal es el género de vida de la Materia vivificada.

De los senos de esta vida elemental sale el abastecimiento de todas las demás existencias esparcidas por todo el Planeta, y hasta la del Planeta mismo.

La Materia vivificada no se halla nunca en reposo completo. El caso es, por la influencia de todas las fuerzas en constante agitación, que se debilita su resistencia, quebrantándose y dividiéndose para que desprenda el alma preciosa y fecundante que contiene, o sea, la fuerza natural que constituye su soplo vivificante.

Las máquinas todas de la Vida se organizan para llevar a cabo aquel objeto, con un plan adecuado, desde la función orgánica más tosca a la más exquisita y delicada.

De esta fuerza natural desprendida de los senos de la Materia salen todos los demás flujos de la vida que dan existencia animada a los referidos seres en escala de menor a mayor categoría.

Nosotros no podríamos triturar, ni masticar, ni aun menos digerir los cuerpos materiales en su vida más elemental; pero los vegetales se encargan de domar las primeras resistencias ofreciéndonos cuerpos materiales en forma de legumbres y frutas elemental y ruda como la primera. Así, nosotros en una segunda fase de la vida, que ya no es tan

ya podemos seguir la labor que realiza la vida vegetal en términos que ya son más superiores.

El Plan consiste en que la Fuerza inoculada en la Materia, vivificada y vivificadora, constituya el flujo vital que moduladamente, pasando al través de las máquinas orgánicas, vaya transformando todos los efluvios de su irradiación en estados más exquisitos desde la Naturaleza al Espíritu.

En esa escala de elevación el límite ensancha sus fronteras conforme conviene a la capacidad de cada organismo.

La fuerza natural que, desprendiéndose de la Materia o despensa común, penetra en el árbol, en la legumbre, en la flor, etc., llega en su transformación o reversión a ciertos grados de intensidad. La que penetra en los organismos de los animales inferiores alcanza grados de intensificación menos altos que aquellos otros torbellinos de la propia fuerza natural que dan vivificación a la máquina humana.

Por esta causa todos los organismos se hallan relacionados entre sí, de un modo que es indisoluble.

Sale la fuerza natural irradiándose o desprendiéndose de unos organismos para penetrar en otros, con objeto de que el trabajo de su intensificación no se interrumpa.

Nada sale de la Atmósfera del Planeta, por ser esta la escala fisiológica que comprende a todas las demás.

Cuantos desprendimientos de fuerza natural experimenta la Materia vivificada tienen inmediatamente organismo apropiado. Nada se pierde.

En general, todo el tesoro de la fuerza inoculada se convierte en fuerza del Espíritu, más o menos intensa en esta fase de la Vida que llamamos terrena.

La Fuerza que no aprovecha para unos seres se utiliza para otros, y en último término halla su plaza en la Atmósfera, no para detener su curso ni estancarse, sino para seguir su trabajo de transformación, elevándose o internándose en el cuerpo atmosférico a medida que se va intensificando.

La Atmósfera, pues, se halla en flujo vital constante, que empieza por manifestarse como partículas de aire y acaba constituyendo el Espíritu radial del Planeta.

Lo mismo ocurre exactamente con el cuerpo humano, aunque en escala inferior. La fuerza se hace radial para dar organización al Espíritu, pero en partes de máxima reducción. En elementos mínimos radiales.

Las innúmeras bases de sustentación de estos elementos radiales forman la organización cerebral, pero dichos radios se internan hasta el Radio Máximo espiritual del Universo, no olvidando que cada Fuerza, según su grado, sólo puede manifestarse y hallar adaptación en el Medio correspondiente a la Gran Escala de la propia intensidad.

Por esta misma causa puede el Hombre vivir simultáneamente en la Naturaleza esférica, la Luz circular y el Espíritu radial. El flujo vital o de transformación de la Fuerza que se irradia de la Materia vivificada, forma una escala a cuyo límite se halla el grado de fuerza que ya se conoce *en sí*. Los vínculos que atan a todos estos términos de-

penden de la derivación modulada que siguen las fuerzas en acción y reversión. La Ley de contigüidad de las partes mínimas de cada estado de fuerza en orden serial se impone por este mismo hecho.

Todas las escalas de la Vida se hallan adaptadas, plasmadas, digámoslo así, a la Escala del Medio universal, y esto produce su cohesión.

Nosotros nos movemos en distintas direcciones, mas por el prodigio de la interna constitución del Medio universal, los elementos radiales que constituyen nuestro Espíritu no salen nunca del Radio Máximo que los abarca.

La causa de este fenómeno prodigioso tiene una explicación muy sencilla, y estriba en el hecho que expusimos en otro lugar. Desde cualquier punto de la Gran Esfera (la Naturaleza) que se desdobra o reversione una molécula de fuerza natural, al convertirse en círculos mínimos de Luz, llega el Medio luminoso, y al descomponerse en elementos radiales se hallará en el Medio Espiritual perteneciente al Ser Máximo.

Esto es sencillamente lo que ocurre con el cuerpo atmosférico. El Planeta gira en torno del Sol, pero el Espíritu del Planeta no sale de aquel radio espiritual.



CAPITULO II

FISIOLOGIA DEL PLANETA

I

AMPLIACIÓN AL ESTUDIO DE FORMACIÓN DE LAS ATMÓSFERAS

En el capítulo anterior hemos demostrado, con argumentos de carácter general, la realidad que tiene la vida del Planeta.

Hemos acudido, principalmente, a los razonamientos lógicos, esto es, a poner de manifiesto el derecho de Vida que tiene dicho Ser Superior hasta hoy desconocido o mal interpretado.

Pero no es sólo a merced de los Principios lógicos como pueden demostrarse nuestras afirmaciones, pero también con hechos experimentales tan elocuentes y precisos que cierran el acceso a toda incertidumbre o desconfianza.

Conforme han adquirido desarrollo las verdades que inquirimos, podemos ampliar nuestros estudios, así como el viajero que asciende al pico de una montaña, quien ve cómo se extiende el panorama que a su vista se ofrece a medida que gana en altura su ascensión.

En nuestro capítulo titulado “Ley de formación de las Atmósferas” no pudimos llegar hasta el fondo de la Verdad porque aun desconocíamos la Ley de irradiación de las fuerzas naturales.

Ahora ya observamos que las Atmósferas deben su formación a las Leyes generales que determinan las relaciones que guardan entre sí los cuerpos celestes.

El sistema de fuerzas que tiene su centro en el Sol y que rige la marcha de los Mundos afectos a dicho sistema, se particulariza en cada Mundo y produce los mismos resultados en lo que se refiere al cuerpo atmosférico.

Cada Planeta es un centro de irradiación de fuerza natural con la acción opuesta de envolvimiento que se produce por las corrientes concentrativas o centrípetas que hacia dicho centro se dirigen.

¿Por qué cae la piedra? Porque la diferencia entre la Materia simple y la fuerza viva de que se halla dotada es negativa y favorece a la Materia.

¿Cuándo se sostiene un cuerpo material en la Atmósfera? Cuando aquella diferencia es de resultados positivos en favor de la fuerza viva.

El mayor o menor peso de un cuerpo material indica la mayor o menor diferencia negativa, y en el caso contrario, la altura de su ascensión señala la diferencia positiva.

La causa de estos dos fenómenos opuestos, según ya tenemos observado, consiste en que todos los cuerpos de materia vivificada se componen de partes de materia y partes de fuerza natural. La Materia simple es impenetrable y se ve arrastrada por las corrientes centrípetas y rechazada por las ondas centrífugas, éstas que salen de los Planetas y aquéllas que los envuelven periféricamente, en demanda de su centro.

Como se trata de dos impulsos contrarios con predominio de las fuerzas de concentración, claro es que todo cuerpo material cuya fuerza no supere a su materia hasta equipararse a cualquiera de los términos diferenciales que se establecen por el pugilato de aquellas dos corrientes opuestas, tiene que ser arrastrado por la fuerza predominante concentrativa.

¿Y dónde se apoyan los cuerpos materiales que se sostienen en el aire? En la Escala del Medio. Este es el sostén general y también el que produce todos los movimientos de las fuerzas; pero es necesario para que este apoyo tenga eficacia que el cuerpo que lo solicita tenga la suficiente fuerza de adaptación a dicha Escala, a fin de que pueda resistir al peso de la Materia que tal cuerpo contiene, entendiéndolo bien que el peso se produce por la corriente que impele a dicha Materia hacia el centro de la Tierra.

Podemos ofrecer un ejemplo muy empírico que da clara explicación de este hecho. En un campo somos impelidos por la fuerza de un huracán. Para no ser arrastrados afirmamos los pies sobre la Tierra con toda la fuerza de que disponemos.

Pues bien; si el huracán nos arrastra se debe a que nuestra fuerza no es suficiente para contrarrestar la del viento, siendo la inversa de esta verdad pedestre que si no consigue arrastrarnos es debido a que lo impide nuestro esfuerzo.

Esto es precisamente lo que ocurre con los Planetas que resisten a la fuerza que trata de hacerlos caer sobre el Sol, y también lo que acontece con los cuerpos que escalan la Atmósfera.

Con tales inquirimientos no hay nada más sencillo que dar explicación de las causas por las cuales se producen las Atmósferas.

Cada partícula de aire es como un Planeta mínimo. Tiene su Materia y su fuerza viva. Se sitúa donde la diferencia entre ambas a favor de la fuerza viva se equipara a la diferencial de aquellas dos acciones, la centrífuga y la centrípeta. Así es como se establece su equilibrio en la plaza que ocupa.

Pero no todas las partículas de aire son igualmente densas. Ocurre en este caso como en el de los Planetas, que ya estudiamos. Las diferencias entre la Materia y la fuerza viva, así en las partículas de aire como en la composición de los Planetas, no se subordinan al ritmo proporcional de relación y comparación. Por eso los Planetas se distancian unos más que otros del centro del sistema, y por eso también las partículas de aire menos densas se sitúan a mayor altura.

Y como esta gradación de mayor o menor densidad alcanza a todos los términos de la gran serie, y como hay un mismo caudal de partículas de aire de todos los grados, resulta que con el con-

curso de todas ellas se forma un cuerpo total cuya modulación es también de mayor a menor densidad. Este es el cuerpo atmosférico.

¿Y por qué no se asocian todas estas partículas de aire, estrechando las distancias que las separan entre sí, hasta formar un cuerpo sólido? Por la fuerza de irradiación que cada una de ellas contiene y que obliga a que todas se rechacen entre sí conforme lo permite el conglomerado común o masa circular que las aprisiona y oprime.

No hay fenómeno alguno en la Vida del Universo donde no intervengan las dos funciones opuestas, la directa y la inversa.

Las partículas de aire, a la vez que se rechazan, individualmente, se ven oprimidas por la fuerza del conjunto. La fuerza individual, que es de separación, gira dando la vuelta a todo el cuerpo atmosférico y se convierte en fuerza de opresión o cohesión, estableciéndose por esta causa un equilibrio inestable que se rompe a cada alteración que se produce en las variantes de densidad de las partículas de aire componentes.

La gran elasticidad de la Atmósfera se debe a estas mismas causas.

Así resulta que si quitamos aire de un recipiente dado, dejando abierto un pequeño orificio, vemos cómo por éste penetra el aire del exterior para llenar el vacío que hacemos, mas no por el peso de la columna barométrica, como equivocadamente se dice en Física, sino por aquella causa de las dos acciones de expansión y opresión que dan equilibrio inestable al cuerpo atmosférico,

Podemos ofrecer multitud de pruebas irrefragables en demostración de que no es el peso del aire causante de los fenómenos que se le atribuyen.

Conviniendo, por hipótesis, que el procedimiento sea factible, si pesamos una partícula de aire en el mismo lugar que ocupa en la Atmósfera, podemos cerciorarnos de que no gravita en modo alguno. No tiene pesantez.

Si nos apoderamos de esta misma partícula y la pesamos más abajo del lugar que ocupa, advertimos que en vez de gravitar actúa en sentido contrario al que ofrece la pesantez. Tiende a elevarse para recuperar su plaza.

Si la pesamos a mayor altura, sólo en este caso podemos observar que gravita con tendencia a caer para recuperar su puesto. Entonces ya pesa.

De modo que el peso se determina en este tercer caso únicamente, y para esto es menester que se altere el natural equilibrio de las partes en relación con el todo.

La misma experiencia puede hacerse con un globo inyectado de calor. Éste se eleva en demanda de la ponderación que ya hemos descrito.

Allí en la altura donde se detiene, puesto en el platillo de una balanza, no ejercería sobre él ninguna influencia. No acusaría ningún peso; mas si esta operación se hiciera algunos metros más arriba, entonces ya se determinaría la pesantez, la cual sería mayor o menor en relación con la mayor o menor altura donde verificásemos la operación. A mayor altura mayor peso proporcionalmente.

Estas diferencias de peso son motivadas por los

términos también diferenciales de las dos corrientes, la concentrativa o centrípeta y la radiativa o centrífuga. Conforme se asciende en la Atmósfera, tiene que aumentar de grado la fuerza ascensional.

Por estos hechos resulta que el problema del peso del aire se encierra en cierto equívoco que ha confundido a los físicos más perspicaces.

Por una parte no puede negarse que un globo aerostático es pesado; mas por otra tampoco puede negarse que no pesa allí donde se sitúa para tomar equilibrio atmosférico.

Como se trata de los elementos que dan composición al cuerpo atmosférico, no hay duda que la cuestión debe resolverse en el segundo sentido, volviendo a la verdad antigua de que el aire no es pesado.

Las presiones que ejerce la Atmósfera no se deben al peso, sino a la fuerza conjunta de la expansión que ejerce cada partícula de masa comprimida por esta misma expansión en función contraria, según hemos estudiado.

Si pesamos un odre lleno de aire y luego lo volvemos a pesar estrujado y vacío, no hallamos en ninguno de los dos casos diferencia en el peso.

En esta experiencia se fijaron los físicos de la antigüedad para hacer su afirmación de que el aire no es pesado, y a fe que no se equivocaron.

Con efecto; las partículas de aire se hallan en igual equilibrio atmosférico, dentro como fuera del odre. Ocupan aquella plaza no por propio impulso, sino para adaptarse a la Escala del Medio que a

ello les obliga. ¿Quiérese la prueba? Vamos a darla.

Cerrando el odre para que no salga el aire que contiene y pesándolo a mayor altura, observamos que su peso aumenta. Pesándolo luego a menor altura el peso disminuye, por los motivos que antes expusimos. Las partículas de aire prisioneras hacen presión para descender en el primer caso y para ascender en el segundo.

No importa que tales partículas se hallen separadas del conjunto, formando un cuerpo aparte dentro del odre. Este, si bien puede interceptar, las de la Atmósfera envolvente, no puede librarlas de la influencia del Medio por cuyas leyes se produce la propia Atmósfera.

¿Dónde no gravitan dichas partículas de aire? Allí donde ocupan su plaza, ni punto arriba ni punto abajo.

Luego, al pesar el odre estrujado, o sea el pellejo escueto, la pesantez tiene que ser la misma por Ley de necesidad, ya que el aire contenido no influye ni poco ni mucho en el resultado, como acabamos de demostrar.

Esta es la experiencia legítima que resuelve la cuestión tan controvertida del peso del aire, sólo que los modernos físicos hallaron nuevas experiencias, por cuya resultancia y mala interpretación de las causas que la produjeron, cayeron en el error de dar por rectificada la afirmación de los antiguos. Aseguran que el aire es pesado.

Hicieron en el interior de una redoma el vacío, la pesaron luego y observaron que pesaba menos desalojando el aire.

A esta segunda experiencia se atuvieron para

dar por errónea la que ofrece el peso del odre, el cual, lleno o vacío de aire, ofrece el mismo resultado. Y para esto les fué preciso acudir a explicaciones sofísticas.

II

LA VERDADERA CAUSA

Hemos hecho mención de las dos experiencias que parecen contradecirse y que guardan, empero, la más perfecta relación entre sí.

La igualdad de los efectos corresponde siempre a la igualdad de las causas. Si los efectos son diferentes, es porque también las causas son diferentes.

No es lo mismo hacer el vacío en el interior de una redoma resistiendo las paredes a la presión atmosférica envolvente, que hacer salir el aire de un odre estrujando la envoltura.

Bien claramente se ve que las causas difieren. ¿Cómo se explica la diferencia que se observa en los efectos?

Haciendo el vacío en el interior de una redoma, como las paredes resisten a la presión atmosférica envolvente, establecemos dos medios de acción dis-

tintos, el aire más enrarecido dentro que fuera de dicho recipiente.

Las paredes de la redoma son fronteras que hacen la separación de aquellos dos medios, uno más denso que otro.

Y esta verdad puede demostrarse, porque no se crea que sólo en el recinto cerrado donde se efectúa el enrarecimiento del aire se produce aquel medio de menor densidad limitado a tal recinto.

Ese mismo enrarecimiento se halla en todos los puntos que se quieran señalar de la *Atmósfera*, constituyendo uno de los términos de su fondo.

Se esconde en la apreciación de este hecho un error trascendental.

Encerrado aquel aire enrarecido en la tal redoma, los físicos se hacen la ilusión de que al mover la redoma y trasladarla de un lugar a otro, también se traslada aquel mismo aire enrarecido, como si fuera un objeto encerrado en un estuche.

No es así. Aquel Medio más intenso no se divide ni traslada en partes, porque penetra las paredes de la redoma. Esta sólo tiene eficacia para retener y trasladar si se quiere, de unos lugares a otros, las partículas de aire que forman las primeras capas de la *Atmósfera*, por el motivo de que estas partículas no puedan deslizarse al través de las paredes que las envuelven y retienen; pero no así las partículas más intensas que dan composición a las capas atmosféricas internas, las cuales ya se filtran por dichas paredes, no siendo posible encerrarlas en ningún recipiente material.

Por eso el llamado *vacío* sólo puede producirse hasta cierto grado, el cual se halla bien determina-

do por los efectos que se producen al pretender elevar el agua por absorción o mayor altura que la que se determina por la Ley de Mariotte.

Lo que realmente acontece es que no pudiendo penetrar el aire exterior dentro de dicha redoma, la Atmósfera hace presión sobre la envoltura material que lo impide y la cual establece la frontera periférica que separa a las dos capas distintas del cuerpo atmosférico, la exterior más densa que la interior.

Esta presión actúa de fuera adentro, o sea de la periferia al centro. Tiene la dirección de lo externo a lo interno. Esta es la misteriosa dirección interna de la que tanto nos hemos ocupado en otro lugar.

La redoma entera se halla sometida a dicha acción; que tiende a internarla en las segundas capas más intensas que las primeras que dan composición al cuerpo atmosférico.

Ahora bien; si en estas condiciones sometemos a la experiencia del peso a la susodicha redoma, es evidente que ha de ser menor su peso en relación con el que acusa cuando está llena de aire, por la influencia retentiva que ejerce aquella energía envolvente con tendencia, no a que suba ni baje la redoma, sino a que penetre en la capa más intensa.

Esto depende de que se ponen en pugna dichas capas atmosféricas, promoviéndose sus diferencias de mayor y menor densidad sobre el cuerpo material que rompe su ordinario equilibrio. Por eso hay que hacer tanta fuerza para desalojar el aire de todo recipiente.

Como luego veremos, estas sencillas experiencias

nos conducen al inquirimiento de las verdades más trascendentales.

Substituyamos el cuerpo de la redoma por otro muy ligero, de tela o papel.

En este caso, ya no podemos hacer el vacío en su interior, porque tal envoltura no resiste a la presión atmosférica envolvente; mas sí que podemos enrarecer el aire dentro de aquel recipiente. ¿Cómo? Con la llama de una esponja bañada en alcohol.

Las irradiaciones de esta llama obligan a la envoltura de tela o papel a ofrecer resistencia a dicha presión envolvente, y así es como se produce la ascensión del pequeño globo.

Pero aquí el resultado es otro. No solamente se disminuye el peso de la redoma o pequeño globo de papel, sino que se eleva.

En este caso la tendencia ya es otra. El aire enrarecido por el calórico en el interior, actúa contra el aire envolvente. Si la acción interna predomina sobre la externa, se produce la ascensión.

No puede ser más notorio que se trata de dos causas del enrarecimiento del aire, una por el vacío y otra por el calor, que son distintas, y claro es que los efectos no pueden ser comunes.

En el primer caso, la mayor presión se ejerce de la periferia al centro. En el segundo, esta dirección se invierte y la presión se efectúa del centro a la periferia.

He aquí las dos funciones eternamente opuestas, la centrífuga y la centrípeta, de cuyo contraste depende la producción de todos los fenómenos de la Vida.

Ahora preguntamos: ¿Cuál es la diferencia que se opera en el enrarecimiento del aire, bien producido por el vacío o bien producido por el calórico? ¿No tiene este enrarecimiento la misma naturaleza en ambos casos?

Desde luego, y aun antes de señalar la diferencia que los separa, afirmamos *a priori* que no puede ser que causas distintas operen resultados comunes, ni tampoco que efectos distintos obedezcan a las mismas causas.

Por el enrarecimiento que se opera por medio del vacío, el recipiente, sea éste cual fuere, tiende a internarse en la Atmósfera. Por el enrarecimiento operado a merced del calórico, aquel propio recipiente tiende a elevarse.

Bien se ve que los resultados son distintos; luego el enrarecimiento que se produce en ambos casos no es de la misma naturaleza.

Y hétenos aquí en el problema luminoso, que ha de darnos la explicación completa del modo de ser constitutivo del cuerpo atmosférico.

III

LAS IRRADIACIONES MODULADAS

¿Cómo se explica la elevación de un cuerpo material en la Atmósfera? Esto merece explicarse detenidamente.

Se advierte que cuando un globo se hincha por medio del calórico, su mayor o menor elevación depende de la mayor o menor intensidad de dicho calórico. A mayores grados de calor más elevadas resultan las excursiones aéreas.

Como este hecho no puede ponerse en tela de juicio, forzoso es admitir que la ascensión se determina por la cantidad de la fuerza viva que el cuerpo en ascensión contiene, ya que por experiencia advertimos que las diferencias de cantidad se traducen en diferencias de altura ascensional.

¿Cómo ha de hallarse constituido el cuerpo atmosférico para que tal fenómeno se produzca?

Para abordar esta nueva cuestión es necesario ante todo deshacer la común creencia de que la elevación de los aeróstatos se debe al cuerpo atmosférico modulado de mayor a menor densidad, a partir de su base de sustentación terrestre.

Esto sólo es cierto con carácter muy relativo, y nada explica, porque en tal caso la cuestión resurge preguntando la razón por la cual las partículas de aire menos densas se elevan sobre aquellas otras que tienen mayor densidad.

La Razón nos dicta que las mismas causas que dan constitución al cuerpo atmosférico son las que producen la ascensión de los aeróstatos. Son dos efectos que provienen de causas comunes, y los efectos no pueden explicarse por los mismos efectos.

Nosotros tenemos un axioma para explicar todos los movimientos que se operan en los cuerpos materiales. Si los vemos caer, para nosotros es axiomático que caen impulsados por una corriente de

fuerza que actúa en aquel mismo sentido. Si vemos que ascienden, en seguida afirmamos que se elevan a impulsos de una corriente de impulso contrario. Si vemos que giran, decimos que este movimiento se debe a una fuerza que gira también. Para nosotros no puede haber movimiento alguno que no sea generado por una u otra corriente de fuerza.

¿Y en qué fundamento basamos nuestro axioma? En que la Materia simple es inerte por sí misma y se halla incapacitada para moverse en ningún sentido.

Por semejante causa, cuando observamos que entra en movimiento, necesariamente hemos de admitir que actúa sobre ella una fuerza contraria, a la manera de ser pasiva de tal materia. Esto es, una fuerza viva cuya actividad se traduce en movimiento. A semejante Ley de necesidad la adjetivamos de Principio axiomático, y así es como no resbala o vacila nuestro Espíritu apoyándonos en estos invariables y firmes conocimientos en medio del torbellino de cosas y hechos variables que nos envuelve.

¿Y qué debemos pensar, en su consecuencia, al advertir que unos globos ascienden a mayor altura que otros?

No vacilamos tampoco, y afirmamos que unos globos se elevan más que otros por el mayor caudal de fuerza viva que contienen.

IV

LA SUPERFICIE Y EL FONDO DE LA ATMÓSFERA

Los dos resultados distintos que se producen en el interior de un recipiente, redoma de cristal o pequeño globo de papel, haciendo el vacío en un caso o bien inyectando el calor, en otro, nos orientan a plena luz para afirmar que el cuerpo atmosférico no es sólo lo que parece superficialmente. El enrarecimiento del aire por el vacío conduce a las capas internas. El propio enrarecimiento debido a la inyección del calórico produce un movimiento de ascensión sin salir de la superficie.

Para dar explicación de ambos hechos distintos empezamos por clasificarlos adecuadamente. El primer fenómeno se debe a la intensidad de la fuerza. El segundo, a las variantes de cantidad dentro de una misma intensidad.

Ya sabemos que toda fuerza que se irradia pierde en cantidad lo que gana en intensidad. Cuanto más nos acercamos al centro de fuerza en irradiación nos hallamos progresivamente con un aumento de caudal de la fuerza irradiada.

Por esta causa la fuerza concentrativa que va en

demanda del centro de la Tierra, conforme ya estudiamos, y que procede de todos los cuerpos celestes que salpican el Firmamento en torno del Planeta, se compone de una corriente de fuerza cuyo caudal aumenta, aproximándonos a los centros de donde se derivan todas aquellas fuerzas irradiadas.

Es decir, que si nos alejamos de la Tierra en una u otra dirección, tenemos que contrarrestar el impulso concentrativo de las referidas corrientes, haciendo un esfuerzo que progresivamente tiene que ser mayor para seguir avanzando, dejando atrás nuestro punto inicial de partida.

Esto mismo es lo que tiene que ocurrir con la fuerza centrífuga o de irradiación del Planeta al cruzarse con aquellas corrientes opuestas.

¿Cómo se opera entre ambas la necesaria ponderación a fin de que se produzca el cuerpo atmosférico con las partículas de materia vivificada que salen disparadas de la Tierra en todos sentidos y direcciones, arrastradas por dicha fuerza centrífuga? Este es el magno problema que necesita una detenida explicación.

Desde luego advertimos que si dichas partículas fuesen sólo de Materia simple, no se dispararían en todos sentidos y direcciones, porque entre ambas fuerzas, la centrífuga de la Tierra y la concentrativa que se deriva de todos los astros circundantes, ejerce un gran predominio esta segunda. No podrían tales partículas escalar los espacios, porque si bien una fuerza tiende a impulsarlas en tal sentido, otra las rechaza en sentido contrario,

y como ésta es la que predomina sobre aquélla, el movimiento de ascensión de las referidas partículas se haría imposible.

¿En qué consiste, sin embargo, que los hechos atestiguan lo contrario? Consiste en que las partículas disparadas por la fuerza de irradiación del Planeta se componen no sólo de materia simple, pero también de fuerza viva.

Esta fuerza viva predomina en cada partícula sobre su peso o inercia material, y la diferencia, que es de irradiación, se suma a la referida fuerza centrífuga, y así adicionada ya puede esta fuerza competir con la de concentración que se le opone, hasta alcanzar determinadas alturas.

Y preguntamos de nuevo: ¿Cómo es que unas partículas son disparadas a mayor distancia que otras?

Aquí volvemos a las consideraciones de alto interés filosófico que ya adujimos en otra ocasión: La fuerza viva no se inculó en la Materia al producirse el Caos equitativamente. En unos cuerpos materiales penetró en mayor cantidad que en otros, sin guardar proporción con la masa de Materia.

Por esta causa acontece que unas partículas se hallan mejor dotadas que otras de fuerza viva. Y por lo mismo se distinguen entre sí, todas ellas por diferencias de densidad que alcanzan a todos los grados.

Las que contienen mayor caudal de fuerza viva son disparadas o arrastradas a mayor distancia en relación directa con aquellas que no se hallan tan bien dotadas.

Esta es la misma Ley que determina las distan-

cias que separan a los Mundos diversos del centro solar en el sistema planetario, con sujeción a los estudios que ya hicimos, por cuya circunstancia clasificamos a cada partícula de aire de Planeta mínimo.

Así también se explica que el cuerpo de la Atmósfera sea esférico y moduladamente menos denso a partir del centro a la periferia.

Con efecto; si tuviéramos que llenar una esfera de partículas de aire todas iguales, es evidente que su número tendría que progresar desde dicho centro a la periferia. El mayor número de partículas se hallaría en la circunferencia máxima y el menor en el centro.

Pero así no quedan satisfechas todas las exigencias del problema, en atención a que siendo todas las partículas iguales, el contenido esférico no se señalaría por ninguna diferencia en los grados de la densidad. No sería menos denso en la periferia que en el centro, como ocurre en el cuerpo atmosférico.

¿Cómo se concilian estas contradicciones aparentes? Por la Ley natural de generación de la Atmósfera.

Las partículas, para separarse a mayor distancia del centro, necesitan poseer mayor caudal de fuerza viva en irradiación; esto es, necesitan ser menos densas. De modo que se hallan más separadas entre sí las que ascienden a mayor altura, siguiendo la relación inversa del cuadrado de la distancia y la directa del caudal de la fuerza, exactamente lo mismo que los Planetas referidos al centro del sistema planetario. No hay más diferencia que la que

se significa por el mayor o menor radio de acción.

Ahora ya podemos ver con claridad prístina la causa que produce la ascensión de los aeróstatos.

Si los llenamos de hidrógeno, podemos advertir que ascienden a mayor o menor altura conforme al mayor o menor caudal de hidrógeno que en ellos se deposite. Haciendo que se escape el hidrógeno, descienden. Arrojando lastre, se elevan.

Si los inyectamos de calor ocurre lo mismo. Cuanto más crecido el número de las calorías, tanto más se elevan, y a medida que el calor disminuye se produce proporcionalmente su caída.

La Ley de ponderación en cada término serial la impone la igualdad entre la diferencia variable que se establece por la fuerza activa y la materia pasiva en cada partícula o globo aerostático, con la diferencia entre el caudal de fuerza centrípeta y el de la fuerza centrífuga. Es decir, que

Fuerza viva — Fuerza material ... Fuerza concentrativa — Fuerza de irradiación del Planeta.

V

LAS IRRADIACIONES INTERNAS

Ahora entramos en la segunda parte del problema; esto es, en la fuerza de dirección interna motivada por el enrarecimiento del aire a causa de la producción del vacío.

Todas las partículas que forman la primera capa o superficie del cuerpo atmosférico, se hallan dotadas de una fuerza viva o natural que, si bien difiere por la cantidad, no así por su intensidad, no perdiendo nunca de vista que puede haber más o menos cantidad de fuerza dentro de un mismo grado intensivo.

Y no olvidando tampoco que la intensificación de una fuerza sólo se opera merced al giro de reversión o desdoblamiento de la misma. La mayor cantidad de calor o mayor número de calorías eleva la temperatura, mas por esto no se modifica la naturaleza del calórico. Recordemos cuanto ya dijimos a este propósito. El calor es efecto y no causa. Es la sensación que se produce por una fuerza, pero no la fuerza misma.

Pues bien; si tomamos en cualquier punto de la Atmósfera una partícula de aire y aumentamos el caudal de su fuerza viva, haciéndola menos densa, esta partícula ya no vuelve a ocupar su plaza. Al dejarla en libertad se eleva en la misma proporción con que hemos acrecido su fuerza.

Pero si hacemos que la fuerza de que se halla dotada se intensifique en vez de acaudalarla cuantitativamente, ¿qué ocurre? He aquí planteado el nuevo problema.

Ocurre que libremente ya no se eleva. Se interna pasando de la primera capa superficial de la Atmósfera a las capas subsiguientes de mayor intensificación.

Es necesario especificar aquí de un modo que no permita el acceso a la duda, la diferencia que separa a los dos conceptos de mayor o menor densi-

dad de una fuerza en relación inversa con su mayor o menor intensidad.

Se dice de un cuerpo que es más denso que otro cuando contiene mayor cantidad de fuerza viva en igualdad de materia simple. Se dice que un cuerpo es más intenso que otro cuando la fuerza viva que contiene es más intensa.

Dicho esto, preguntamos: ¿Por qué se interna una partícula de aire cuya fuerza alcanza mayor grado de intensificación que las otras? Por la Ley general que ya conocemos.

Todos los fenómenos de la fuerza, así en la Naturaleza como en la Luz y el Espíritu, etc., tienen que operarse en el término propicio del mismo grado dentro de la Gran Escala del Medio universal.

La partícula intensificada se interna en la Atmósfera para adaptarse a las ocultas capas donde encuentra su natural equilibrio. En su nueva plaza la intensificación de ambas fuerzas corresponde a un mismo término serial.

¿Y cómo se constituyen estas capas más internas en el cuerpo atmosférico? Aquí se descubre la revelación de otro secreto.

La Fuerza concentrativa, al penetrar en el corazón del Planeta, se intensifica en aquel horno y se irradia centrífugamente, así como para llegar hasta dicho centro tuvo que actuar en forma centrípeta.

De manera que se produce una nueva irradiación en el Planeta terrestre, la cual arrastra aluviones de partículas en la misma forma que antes explicamos.

Pero estas segundas oleadas de irradiación son ya más intensas que las primeras, y arrastran o disparan partículas cuyo grado de intensificación es más elevado que el de aquellas otras que forman la capa superficial de la Atmósfera.

En este segundo aluvión de partículas se repiten los fenómenos que antes estudiamos, pero en capas más internas, que se compenetran con aquella otra que constituye la más superficial de todas ellas dentro de la composición total del cuerpo atmosférico.

Y estos cambios alternos de fuerzas centrípetas que se convierten en fuerzas centrífugas a cada intensificación que en ellas se opera, se repiten incesantemente, por donde resulta que la Atmósfera se halla en actividad constante con acciones de flujo y reflujo que se contrastan armónicamente para dar constitución al cuerpo atmosférico con partículas arrancadas al cuerpo de la Tierra de todos los grados en intensidad y cantidad.

VI

SERIE TOTAL DE LA COMPOSICIÓN DEL CUERPO ATMOSFÉRICO

Insistiendo en el mismo tema, hemos de añadir que las corrientes de fuerza natural que desde todos los centros de los cuerpos celestes van a cada

centro para intensificarse y volver a todos aquellos mismo centros en viajes de ida y retorno, con alternos sentidos de concentración e irradiación, por sí solas compenetrándose mutuamente, sin detener su marcha, no constituirían cuerpo alguno atmosférico si en su acción centrífuga no arrastrasen, como antes dijimos, a esas partes mínimas vivificadas a las que damos el nombre de partículas de aire. La composición de estas partículas semimateriales es la que determina aquel cuerpo atmosférico.

¿Y de dónde se desprenden estas partículas? De todos los organismos vivientes y de todas las materias vivificadas.

Una flor exhala su perfume dividido en partes mínimas... Como estos efluvios se esparcen en un medio donde actúan aquellas dos corrientes opuestas, la centrífuga y la centrípeta, y como cada parte mínima de aquel perfume se halla dotada no sólo de materia simple, pero también de fuerza viva, es arrastrada ascensionalmente y no se detiene en su curso de ascensión hasta ocupar la plaza que se señala por la ecuación de fuerzas que ya hemos establecido.

Se exhala el éter que se contiene en un frasco y se produce el mismo fenómeno de ascensión más arriba o más abajo, conforme a la densidad de cada una de las partículas de aquella emanación.

El hidrógeno se eleva por las mismas causas, pero si se inflama en el aire se produce un nuevo desprendimiento de partes mínimas más intensas y sutiles, y en tal caso estas partículas de mayor intensidad ya no se elevan, en aquella capa atmos-

férica se internan para ocupar su término de equilibrio en otra segunda o tercera capa más honda que la primera y del propio grado de intensidad.

Si encendemos un fósforo advertimos que la llama oscila agitándose como una lengua viva. Allí es donde se observa con toda claridad que obedece a la corriente ascensional que la impulsa. Esta es la corriente centrífuga.

Las irradiaciones de esta llama no se componen sólo de partículas de una misma fuerza ni de un mismo grado. Las más densas ascienden en solicitud de su plaza. Otras menos densas ascienden más arriba, y las de otros grados de mayor intensidad se internan a fin de situarse en sus puestos de natural adaptación pertenecientes a unos u otros términos del fondo, y no ya de la superficie de la Atmósfera.

Todo cuanto se desorganiza y disgrega en la Vida terrestre se distribuye equitativamente, esparciéndose en aquellos dos sentidos, el de ascensión cuando la cantidad de la fuerza viva supera a la Materia, y el de penetración cuando el predominio de la propia fuerza viva se debe a su mayor intensidad.

En este punto preguntamos: ¿Termina en estas ascensiones y penetraciones de fuerza viva y material la serie de tal modo iniciada? ¿No tiene la Atmósfera otro fondo de mayor penetración? ¿Se compone sólo su cuerpo de aquellas integraciones que hemos descrito? He aquí otra cuestión de la mayor trascendencia.

De los seres vivos que en la superficie de la Tierra se desorganizan y disgregan, no salen sólo par-

tículas de materia vivificada. Se irradian también otras fuerzas de más alta intensificación, fuerzas luminosas y espirituales en diferentes grados, unas que pertenecen a la Conciencia, otras a la Voluntad, otras al Instinto, etc.

No puede ser más evidente que estas fuerzas separadas de los cuerpos que en vida las retienen, al hallarse libres no pueden desaparecer por arte de encantamiento del escenario del Universo. Tienen que ocupar una u otra plaza. Sería altamente absurdo pensar que si la obtienen las fuerzas irradiadas de grado inferior, no habrían de poder obtenerla las de grado superior con tanto o más perfecto derecho que aquéllas a la prosecución de los futuros y más superiores destinos de la Vida.

Por lo que sucede con las disgregaciones de las partículas de materia vivificada, se colige al punto lo que debe ocurrir con las demás fuerzas que también se disgregan.

Aquéllas salen de una escala, para dar constitución a otra de mayor categoría. Salen del cuerpo vivificado para dar constitución al cuerpo atmosférico que está lleno de vida.

Y que el cuerpo atmosférico es una escala no puede ponerse en duda. Una escala que actúa en dos direcciones: de la base a la altura y de la superficie al fondo.

El límite de esta serie de altura se encuentra periféricamente en la máxima diferencia que cabe en lo posible entre partes mínimas de materia simple y de fuerza viva adicional.

El límite de la segunda serie ya es de intensificación de la fuerza por giro de reversión o des-

doblamiento de la misma, y ya sabemos hasta dónde y cómo se produce su desarrollo desde la fuerza natural esférica a la fuerza radial del espíritu, pasando por el círculo luminoso.

Así, ya podemos afirmar que:

Muere una flor y todas las fuerzas componentes de su escala orgánica, al disgregarse, van a ocupar sus respectivas plazas en la escala que le ofrece el cuerpo atmosférico, hecho excepción de las partes más densas que se imponen por su mayor inercia o pesantez.

Muere un gusano y ocurre lo propio con las fuerzas que se desorganizan, divididas en partes mínimas, unas de tal densidad que en la Tierra quedan, y otras que van a ocupar sus puestos en la escala de la Atmósfera, en términos que son más o menos recónditos, conforme al grado de intensidad de las fuerzas desorganizadas.

Muere un hombre, y al descomponerse su escala espiritual, cada uno de sus términos ocupa su lugar en la Escala que le ofrece también la Atmósfera.

¿Y qué resulta?

Que con todas estas adiciones se forma la serie total que da composición al cuerpo atmosférico. Resulta que así es como se forma la escala espiritual de la Vida del Planeta organizada sintéticamente con la multitud de escalas que se le adicionan pertenecientes a la vida de todos los seres que en el Planeta viven.

Este Ser superior que de tal manera se halla organizado se agita, vive y piensa como nosotros.
¿Cuáles son las manifestaciones de su actividad?
¿Cómo se revela su pensamiento? Esto es lo que

vamos a ver, poco a poco, en éste y en los sucesivos capítulos, empezando por las manifestaciones de orden más elemental.

VII

DINAMISMO FISIOLÓGICO

Ya hemos estudiado la razón por la cual resulta tan elástica la Atmósfera en sus primeras capas, hasta el punto de que toda la fuerza alterante la hace entrar en movimiento y ondulación.

El Universo se halla prodigiosamente tramado y combinado para llevar a cumplido efecto la finalidad común, la cual estriba en la intensificación y desarrollo de la Vida universal.

La Tierra gira rotativamente y en torno del Sol. He aquí las dos primeras causas alterantes que rompen diariamente el equilibrio del cuerpo atmosférico.

El Sol, con sus ardientes irradiaciones de fuerza natural, traspasa la Atmósfera en dos hemisferios sucesivos que alternativamente producen el día y la noche.

Las irradiaciones solares encienden a las partículas de aire, convirtiéndolas accidentalmente en soles microscópicos. Estas partículas, al ser hosti-

gadas, extienden los radios de acción que las separan entre sí, y como se hallan tan estrechamente ligadas entre sí, acontece que cuando en una zona se extienden dichas distancias, tienen que acortarse en otras. La expansión que el Astro solar produce en un hemisferio es causa de opresión en otro, y se produce el viento en su acción ordinaria más o menos fuerte, en relación con aquel tira y afloja de dichas partículas de aire.

¿Y qué objeto tiene semejante vaivén? El de no dar reposo a dichas partículas, porque así, moviéndolas y agitándolas, es como se produce su descomposición y consiguiente intensificación, para que de unas capas pasen a otras también más intensas.

Recordemos nuestra teoría microorgánica, para hacer memoria de que los núcleos se hallan también sometidos a la Ley del perfeccionamiento. Más todavía, de su progresivo desarrollo depende el de todos los seres que dan composición y organización a la Vida superior del Planeta.

Pero hay núcleos muy imperfectos, como ya sabemos, y su desarrollo se estanca después de las primeras irradiaciones de su fuerza viva.

Estos tienen que abandonar su plaza en la Atmósfera, y cuando ya oscilan próximos a caer porque su fuerza ya no basta para sostenerles en relación con la materia que forma su microscópico cuerpo de resistencia, los elimina el Sol arrastrándolos y haciéndolos caer con los impulsos de su fuerza de irradiación.

Y el prodigio estriba en que estas partículas exhaustadas de tal modo impelidas, hacen blanco,

como si fueran proyectiles, sobre todo cuanto vive en la superficie de la Tierra vivificándolo y reanimándolo todo.

El calor se produce por estos mismos proyectiles, haciendo constar aquí de nuevo que el calor es efecto y no causa.

En verano el Sol arrastra a dichos proyectiles más directamente que en invierno.

Cuando estos disparos se hacen en posición vertical son más fuertes que cuando se hacen en posición oblicua. Esto es muy comprensible y da certeza al hecho que aducimos.

De este modo la Atmósfera se renueva a diario. Las plazas que dejan vacías las partículas que arrastra el Sol son inmediatamente ocupadas por el aflujo que sale sin cesar disparado del Planeta, acompañando a su fuerza centrífuga.

Constantemente observamos que la vida terrena, toda ella, se halla organizada a base de las imperfecciones de los elementos orgánicos, motivadas por su origen caótico.

Con efecto; si todas las partes mínimas de Materia vivificada se hallasen igualmente dotadas de fuerza viva en cantidad e intensidad, no sería posible la formación de las Atmósferas.

Los Planetas se hallarían todos a igual distancia del centro del sistema y no podrían llevar a cabo sus trayectorias en torno del mismo porque chocarían entre sí.

No habría cuerpo atmosférico porque todas las partículas de aire se situarían a una misma altura, y tampoco habría diferencia en el modo de ser de

los organismos, holgando por esta causa la Ley del perfeccionamiento.

Los movimientos que se operan en el cuerpo atmosférico son innumerables y merecen un estudio aparte muy detenido; pero nosotros ofrecemos sólo los que principalmente interesan a nuestro objeto.

Los fenómenos atmosféricos obedecen a causas de distinto origen. Unas que actúan como Principios alterantes desde lo externo a lo interno y otras que desde el fondo interno asoman a la superficie, produciendo en ella distintos efectos y profundas alteraciones, siendo todo ello necesario para la salud del Planeta.

Los fenómenos de la primera categoría son muy varios. Comprenden a todas las relaciones que la Atmósfera establece con el mar y la Tierra.

La nutrición y renovación de las partes componentes de la Atmósfera, no puede hacerse con regularidad matemática, porque esto depende del desarrollo de la Vida de los seres terrenos, que es también accidentada. El Acaso colabora con la Ley en todos los desarrollos de la propia Vida.

Unas veces afluyen a unas capas atmosféricas mayores elementos de nutrición que los que estrictamente necesita, a la vez que otras carecen de su total integración, rompiéndose por esta causa el equilibrio armónico que debe unirlos.

Esto que parece un mal es un bien, porque sin tales perturbaciones la Atmósfera acabaría por convertirse en un cuerpo estancado en la más infecunda inercia.

En las primeras capas atmosféricas pronto se advierte la alteración si no se hallan integradas to-

talmente, en unas u otras zonas, de las partículas de aire que necesitan.

Allí el cuerpo atmosférico tiene hambre, aunque parezca extraño que nos expresemos en tales términos. Nosotros sentimos la necesidad de que se nutra nuestro organismo y a esto le llamamos hambre. Son efectos comunes que se derivan de causas iguales, y las funciones fisiológicas que no se diferencian deben especificarse y calificarse del mismo modo.

En aquellas zonas se opera el vacío, lo mismo que en el interior del recipiente de donde nosotros desalojamos el aire que contiene en mayor o menor cantidad.

Y ocurre que allí la Atmósfera se enrarece y los fenómenos que en tal ambiente se producen ya difieren de aquellos otros que se originan dentro de la normal ponderación de la Atmósfera.

Otras veces, por el contrario, acuden a la Atmósfera demasiados elementos de nutrición de la misma naturaleza o del mismo grado de vitalidad, y donde esto ocurre hay plétora de sustancias nutritivas. El aire se hace más denso en este caso y los efectos se invierten en relación con aquellos que se producen por la falta de alimento.

Y aun hay un tercer caso que difiere de los otros dos que acabamos de exponer y que consiste en la excitación de la fuerza viva de las partículas por los rayos solares.

En el primer caso del enrarecimiento del aire por hambre o vacío, según quiera entenderse, las perturbaciones son muy profundas. Las capas más intensas, sin la resistencia que le ofrecen las más

densas, tienden a ocupar aquel vacío, así como cuando el vapor se sale de la caldera por los intersticios que se abren a la presión que ejerce interiormente sobre su envoltura.

Y entonces ocurre que para llenar el hueco que se produce en aquellas capas más intensas, tienen éstas que derivarse y correrse en toda su extensión, originándose las corrientes internas más poderosas, las cuales a su vez producen el hundimiento y perturbación de las capas más densas superpuestas a merced del apoyo que aquellas otras les ofrecen cuando no se hallan accidentadas.

Y se establece un espantoso desorden en todo el cuerpo atmosférico. La balanza general pierde su equilibrio. El oxígeno que normalmente tiene su plaza en el término A, conforme a su densidad, asciende al término B, invadiendo jurisdicciones atmosféricas que no le pertenecen. El hidrógeno, menos pesado que el oxígeno, se sale de su plaza interna envuelto en electricidad de giro contrario o negativo, que también asoma a la superficie, a la vez que el propio flujo eléctrico de giro positivo envuelve al oxígeno, y se polarizan ambos, formando la nube, que navega impulsada por el viento de la superficie, sirviendo de frontera ambulante a capas diferentes de distinto grado y de diversa presión.

Además, el viento agita los mares y éstos se lanzan con furia sobre las rocas, con objeto de pulverizarlas.

¿Y todo con qué fin? Con el de saciar el hambre que siente el cuerpo atmosférico. El caso es arran-

carle al mar y a la Tierra con aquellas sacudidas y vaivenes las partículas de aire que la Atmósfera necesita para llenar sus vacíos, y apenas esto se consigue todo vuelve al estado anterior. Renace la calma. Se mitiga el furor de los mares y de paso, al deshacerse las nubes, se desprende de ellas el agua que formaron el hidrógeno y el oxígeno unidos por la natural fuerza eléctrica cuando ésta vuelve a los términos que ocupa ordinariamente en la Escala atmosférica.

No queremos hacer un estudio más prolijo de todos estos movimientos. Ya lo harán otros con mejor entendimiento de aplicación. Basta lo averiguado para dar confirmación a nuestro aserto de que la Atmósfera ejerce funciones tan fisiológicas como las que pertenecen al organismo humano.

Y las demás funciones de la Vida del Planeta que traen la dirección de lo interno a lo externo, ¿cómo se significan? Sucesivamente lo iremos averiguando.

VIII

CONVIVENCIA DE LAS FUERZAS ESPIRITUALES

No hay organismo que no pertenezca a otro organismo por orden de sucesión progresiva, la cual tiene su límite en la categoría máxima pertenecien-

te al Universo donde se halla el organismo total.

Los núcleos microorgánicos viven dentro de las células. Las células viven dentro de los tejidos y los órganos. Los órganos viven dentro del cuerpo del organismo. ¿Acaba aquí la sucesión? No; porque el Universo total no está en el Hombre. ¿Dónde vive nuestro organismo? Dentro del organismo del Planeta, cuya categoría es superior relativamente.

¿Y cómo conviven uno y otro organismo? Como conviven los núcleos microorgánicos con las células y éstas con los órganos: influyéndose recíprocamente por obra de la Gran Escala donde todos los seres encuentran adaptación.

La convivencia se explica del mismo modo que ya explicamos al tratar de los cuerpos celestes. Nada se verifica por la acción exclusivamente individual. No hay acto alguno que no se determine por dos funciones opuestas entre sí, pero casadas armónicamente por Ley del contraste.

Queremos dar una gran claridad a la explicación de estos hechos.

Nosotros poseemos cinco órganos que se llaman sentidos y cuya función se establece sólo cuando reciben las influencias externas. Estas se producen por corrientes cuyo movimiento trae la dirección de lo externo a lo interno.

Dentro de la prodigiosa cámara cerebral se hallan relacionados con estos cinco sentidos otros que pudiéramos llamar sentidos íntimos. Por ejemplo, la Conciencia es un órgano; la Voluntad, otro; el Instinto, otro; la Inteligencia, otro, etc.

Estas formas orgánicas se hallan repartidas mo-

duladamente en la referida cámara cerebral, como una constelación de cuerpos celestes, enviándose sus irradiaciones por la función centrífuga y recibíendolas por la función concentrativa o centrípeta.

Ya sabemos que por la irradiación manda el cuerpo celeste su fuerza interna y por la función contraria recibe las fuerzas cósmicas irradiadas en el Medio.

Esto es precisamente lo que ocurre en el caso cuyo estudio ofrecemos. Cada uno de aquellos órganos convive internamente con las fuerzas del mismo grado de intensidad por el orden que indica la Escala.

La Conciencia convive en un medio de fuerzas irradiadas menos interno que el medio correspondiente a las fuerzas irradiadas de la Voluntad. Este órgano de la Voluntad no se halla tan internado como el del Instinto. Por esta colocación todas las fuerzas conviven conservando su individualidad dentro de cada grado.

Esta convivencia del órgano de resistencia con el Medio de fuerzas irradiadas es interna. Ya lo dijimos en otra ocasión. Las fuerzas del Medio penetran los órganos sin descomponerlos. Así es que se influyen mutuamente las fuerzas individualizadas por dichos cuerpos orgánicos merced al poder de resistencia que éstos tienen, y las otras fuerzas componentes de los referidos medios.

El superior organismo tiene su cuerpo en la Atmósfera, desde donde comunica la vida común. La Atmósfera está viva, como ya también demostramos.

En la aspiración y espiración del aire tienen lugar, desde lo más externo, las dos funciones que establecen la convivencia.

Obtenemos del aire unos elementos y devolvemos otros después de haber tomado de aquél la fuerza que nos hace falta.

Todas las irradiaciones que salen de nuestro organismo van al cuerpo fisiológico del Planeta, constituyendo en diferentes grados el medio donde nosotros vivimos.

Esta reciprocidad de las dos funciones convivientes no empieza y acaba en las primeras capas de la Atmósfera; sigue penetrando en ella, inter-nándose en su fondo más íntimo.

Así llegamos a la convivencia de aquellos órganos repartidos por zonas y regiones en la cámara cerebral.

Las irradiaciones del órgano Conciencia reciben en función contraria centrativa las corrientes de las fuerzas irradiadas pertenecientes a la escala espiritual de cuantos seres viven en la Tierra y cuyas fuerzas se irradiaron para constituir aquel término equivalente de la escala espiritual del Planeta.

Las irradiaciones del órgano Voluntad promueven las corrientes concentrativas de las fuerzas del medio pertenecientes al mismo grado. Y así todos los demás órganos.

Por este trabajo se influyen mutuamente con el Espíritu del Planeta cuantos seres espirituales viven en la superficie de la Tierra.

El flujo de nuestra vida se halla en constante irradiación. Luego estas mismas irradiaciones pro-

siguen su trabajo invirtiendo el orden de su dirección. Al irradiarse de nuestro organismo son centrífugas. Después, para convivir con nuestro propio organismo, son centrípetas.

Por esta causa advertimos que la diferencia entre el Planeta y nosotros depende sólo de una inversión de fuerzas cuya acción se contrapone pasando desde el Polo negativo al Polo positivo.

Así es como puede realizarse el prodigio que ofrece la Vida del Planeta basada en tal diversidad de seres conviventes dentro del organismo del propio Planeta sin que ninguno de ellos pierda su individualidad.

Pero la dirección de esta vida en común pertenece de hecho al Espíritu superior. Nosotros y todos los demás seres que pueblan la Tierra estamos dirigidos y gobernados por aquella más alta inteligencia, sin que se prescinda en ningún caso del imperio que ejercen las Leyes universales.

El movimiento en mancomún de la Vida obedece a tres impulsos fundamentales. El impulso que procede del exterior ajeno a nuestra voluntad. Por este impulso, cuyo origen se halla fuera de nosotros, vemos, oímos, gustamos, etc.

El segundo impulso sale espontáneamente del modo de ser de la fuerza de nuestro Espíritu, desarrollada o intensificada gradualmente. Nos pertenecen los impulsos del querer; del instinto de la ideación, etc.

El tercer impulso proviene de la Vida del Planeta, el cual se pondera en función opuesta con aquellos otros impulsos, apoderándose por este contras-

te los actos de la Voluntad, los movimientos instintivos, las determinaciones de la ideación, etc.

De manera que si nosotros podemos realizar en actos los impulsos del querer... Si nosotros tenemos ideas concretas, débense a la intervención del Espíritu del Planeta en todos sus grados y manifestaciones.

Debemos abrigar la convicción profunda de que la dirección de nuestra Vida pertenece al gobierno del Planeta, ya que nada hacemos nosotros en este sentido. Apenas si podemos poner disciplina y gobierno en nosotros mismos.

Por esta correlación de causas y efectos, resulta que así como en los aportes de la sensibilidad se halla una de las fuentes de derivación de nuestro conocimiento, basado en la memoria, así también nuestros espíritus, en común, constituyen la Memoria de aquel Espíritu superior y, por lo mismo, la propia fuente de derivación de ese conocimiento.

¿Y por qué motivo nosotros, que podemos penetrar con las miradas de la Razón en la realidad de tal existencia, internándonos en la Gran Escala del Medio universal, no podemos, sin embargo, internarnos en el fondo de nuestro ser? ¿Cómo es que las células que dan composición a nuestro organismo no entran bajo ninguna forma comunicativa en la ecuación trinomia de nuestro conocimiento? ¿Qué causa impide que podamos contemplarlas introspectivamente?

He aquí un nuevo y magno problema, cuya resolución viene a confirmar cuantas verdades hemos, hasta ahora, inquirido.

Cada célula, conforme ya hemos dicho en otro lu-

gar, tiene en el fondo su mínimo destello espiritual; pero estos destellos no se adaptan a nuestro espíritu. Siguen otra dirección. Se adaptan al Espíritu Máximo, por donde resulta que Dios interviene en la formación de los organismos con una fuerza que todo lo anima y vivifica, sin que nosotros tengamos conciencia del Trabajo que realiza, así como la tenemos de la derivación y del desarrollo que se opera en nuestro conocimiento.

Daremos más amplitud a estas verdades.

Recordemos que no se halla en la célula la base elemental de la vida orgánica. Aquélla se constituye por la concurrencia de los núcleos primitivos que ya conocemos con el nombre de núcleos microorgánicos. Estos son los elementos primarios a los cuales se debe la organización de todas las existencias.

En el origen la formación de la Vida ya se funda en las dos acciones contrarias. La armonía de ambas funciones depende de la ponderación o contraste con que los núcleos diferentes concurren a la organización de las células, no olvidando nunca que no hay determinación posible sin la intervención de aquellas dos fuerzas opuestas, actuando sobre un soporte material tan mínimo como se quiera.

En los núcleos microorgánicos actúa el Medio de fuerza natural. Por eso se hallan en actividad constante solicitando su ley de extensión accidental por el gran *choque* genésico de los dos globos erráticos, como ya sabemos.

Intensificándose, la fuerza natural se convierte en Luz, primero, y, luego, en fuerza radial o psíquica, y este es el trabajo que realizan los referidos

núcleos; pero no espontáneamente, habida cuenta de que en el giro de la Vida por Evolución a la inversa no hay fuerza alguna que pueda desarrollarse por sí misma, según ya tenemos ampliamente demostrado.

Para dar explicación al fenómeno de la actividad de dichos núcleos, hay que invertir el giro de los hechos. La influencia motriz viene del fondo espiritual del Medio único, motor espontáneo que puede admitirse y que corresponde a la Evolución de la fuerza en función directa.

Por este motivo, el origen radial de las células no influye para nada en nuestro conocimiento, porque no se adapta a nuestro Espíritu y sí al del Ser Máximo.

De derivación en derivación, hemos llegado al tronco del copioso ramaje de la Vida.

No es posible la existencia individual, necesariamente organizada con partes mínimas, sin que presida a su formación una Ley. Esta es la Ley de Substancia, Principio inmanente que justifica la razón de ser que tienen todas las cosas.

A la Ley sigue el Movimiento. Este se halla en la fuerza de la Ley en su estado más puro.

Pero la Ley no gobierna, impera; ni por sí sola ofrece movimiento a la Vida. Hace falta un Espíritu motor que gobierne y dirija en un medio de adaptación universal. Aquí se impone la necesidad o suprema razón de ser del Gran Espíritu.

Este es el Poder determinante; pero toda existencia individual se funda en una determinación, y ésta sólo puede realizarse por el contraste de dos

fuerzas de contrario impulso, actuando sobre un cuerpo de resistencia.

De este modo cada ser debe hallarse constantemente en relación inversa con el polo positivo del giro universal de la Vida y en directa con el polo negativo, de donde se derivan aquellas dos fuerzas, sin cuyo concurso no hay determinación posible.

IX

FUNCIONES QUE REALIZA EL PLANETA

Desde el momento en que se documenta la existencia de un ser, grande o pequeño, hace falta documentar, asimismo, cuál es el género de su vida y en qué funciones se ocupa. Hay que determinar su trabajo, en suma, porque a nadie le es permitido holgar ni permanecer ocioso en ninguna de las esferas, donde rigen las Leyes universales.

Este trabajo se halla comprendido por tres órdenes distintos. Trabaja para Dios, para los demás y para sí mismo.

Por el primer orden de trabajo coadyuva a la obra del Medio, obligándose y obligando a todos a que se cumpla la Ley de adaptación al mismo. (Adaptarse al Medio es adaptarse a Dios, o sea a su escala de perfección.)

Por el segundo, trabaja para dar vida a cuantos seres viven y se desarrollan orgánicamente dentro de su propio organismo, y sin cuyo trabajo no podrían vivir ni desarrollarse. Dar constitución a las células. Agruparlas y asociarlas para que formen los tejidos. Dar movimiento y animación a todos los cuerpos, etc., etc.

Por el tercer trabajo, cuida de su propia conservación y desarrollo. Lleva a cabo todas las funciones de asimilación y desasimilación inherentes a la vida orgánica en general, y prepara laboriosamente el propio fin de su existencia.

Estos tres objetos se hallan tan estrechamente unidos, que casi podría afirmarse que constituyen uno solo.

Las funciones que podríamos llamar individuales del Planeta, no se hallan separadas de nuestro interés y conservación.

Si la Atmósfera tiene que renovarse y nutrirse como constituyente del cuerpo fisiológico de aquel Ser superior, también nosotros respiramos en la propia Atmósfera.

De la Tierra sacamos los productos alimenticios que necesitamos, y la Tierra es el soporte de la Vida del Planeta.

Podemos saciar la sed en fuentes cristalinas; y ¿quién lleva a esas fuentes el manantial? El agua de los mares que escala la Atmósfera para derramarse en lluvia bienhechora sobre la Tierra.

Así no acabaríamos nunca de ofrecer ejemplos de la solidaridad que tiene la vida del Planeta con la de todos los demás seres en general, y con la del Hombre en particular. Este es asunto amplísimo

que trataremos más adelante con la atención que merece.

¿Cómo hemos podido desconocer por tantos siglos la objetividad de esta existencia superior?

Por una razón muy sencilla. Porque el Planeta no hace nada caprichosamente. Los menesteres de su vida se regulan por las Leyes universales. No hace caer, arbitrariamente, sobre la Tierra el agua que se desprende de las nubes. No se forman las tempestades sin un motivo que es perfectamente explicable. No truena y relampaguea sin una causa poderosa. No es de día ni de noche cuando al Planeta le place, etc., etc.

Nosotros creemos, por una inversión del buen juicio, que no son manifestaciones de la Vida de un ser aquellas que se someten al régimen de orden y composición que hace posible la Vida del Universo.

Estamos acostumbrados a que las funciones de nuestra vida se vayan por los rieles de nuestro individual antojo sin respeto a ninguna Ley, como si, efectivamente, fuésemos los reyes de la Creación y a nadie tuviésemos que dar cuenta de nuestras particulares acciones.

No guardando subordinación a las Leyes por propia voluntad, nos vemos obligados a estatuir las y obedecerlas por la voluntad ajena, resultando que así las Leyes se hacen caprichosas y despóticas. De modo que por no obedecer espontáneamente a la Ley que es justa, tenemos que prestar obediencia forzada a la Ley que es injusta.

Elevamos un trono a la diosa Fortuna. Honramos a los ricos y vituperamos a los pobres. Invertimos todos los valores humanos y, para mayor desdicha,

nos golpeamos y ensangrentamos en los campos de batalla...

Volviendo a la vida del Planeta, puede advertirse dónde se halla el deslinde de sus funciones fisiológicas de nutrición y renovación, las cuales se hallan mancomunadas con las funciones que nos afectan del mismo género.

Se advierte, de un modo preciso, que el Planeta trabaja en cosas que no nos incumben directamente, aunque todo nos incumbe en el fondo, porque todo se halla unido con inquebrantable solidaridad.

Nos referimos a los actos que aquél realiza sin contar para nada con nuestro asentimiento, o, por mejor decir, pareciendo que a nosotros no nos afectan en lo más mínimo; actos que atribuimos al cumplimiento de las Leyes naturales.

La Naturaleza nos saca de apuros casi siempre. Cuando quedamos perplejos en presencia de un fenómeno cuyas causas nos son desconocidas, con decir que todo ello es obra de la Naturaleza, salimos del paso.

Cuando llueve creemos de buena fe que llueve sólo para nosotros. Brilla el Sol para calentarnos exclusivamente. El ruiseñor canta en la selva para regalarnos los oídos. Las flores se engalanan para recrearnos la vista, etc., etc.

Si no fuera porque de súbito estalla el rayo y surge la tempestad, y baja de un modo inusitado el termómetro, y oscila epilépticamente la tierra que pisamos, y se agitan los mares embravecidos, haciendo zozobrar las más poderosas naves... viviríamos en plena apoteosis de nuestro dictado de reyes de la Creación.

Pero no es así... El Planeta tiene tanto derecho a la Vida como nosotros, y ha de vivir manifestándose como es, dentro de su existencia superior.

Se derrama en copiosos raudales, desde las alturas de su cuerpo atmosférico para su higiene y conservación, en primer término, y para la higiene y conservación de los demás, en segundo término. Aun realiza otro objeto superior, como luego veremos.

El Sol se descarga de las partículas más densas, purificando y removiendo la Atmósfera en diario flujo y reflujo. Las irradiaciones solares arrastran a dichas partículas, disparándolas, sobre la Tierra, haciendo que se rehagan y tonifiquen los organismos pertenecientes a los demás seres.

Las flores..., los ruiseñores..., los claros poéticos en noches de Luna..., todo eso es del Planeta, y si esos encantos nos alcanzan también a nosotros, es de un modo reflejo, porque tampoco hay encanto propio sin encanto ajeno, ni es posible la vida de unos seres sin la existencia de otros.



III

SOLIDARIDAD ORGANICA

I

EL UNIVERSO COMO ORGANISMO TOTAL

Hemos llegado a las síntesis elevadas.

Ahora ya podemos afirmarlo rotundamente. El Planeta donde vivimos es un Ser superior a nosotros. Un Ser cuyo Espíritu se forma con las irradiaciones de todas las fuerzas de grado psíquico, pertenecientes a cuantos seres viven en la Tierra.

La Vida en general, por reversión de la Substancia o Fuerza, no podía conducir al Hombre hasta Dios sin la mediación de otros seres intermediarios.

No hay organismo que no forme parte de otro organismo superior. ¿Dónde se halla el organismo total? En el Universo.

Y ¡oh prodigio de la Evolución! Todos estos or-

ganismos, Flores, Gusanos, Hombres, Mundos, Soles y Estrellas, viven todos en la Gran Escala... En el Medio universal. Así es que todos viven, simultáneamente, en la propia vida del Ser Máximo, radio espiritual de máxima grandeza a quien damos el nombre de Dios.

El trabajo de dar organización por partes a la Vida por reversión de la Fuerza o Substancia, es tan inmenso, tiene tan colosal y complicada urdimbre, que sólo en la forma orgánica, merced a la cual se desenvuelve, puede llevarse a debido cumplimiento.

¿Qué es un Hombre? Un organismo que fluctúa entre los dos polos necesarios, el Positivo y el Negativo. ¿Cómo se constituye? Por partes tan alícuotas como acepta la posibilidad de las cosas. Estas partes se agrupan formando células. Estas células se asocian por sucesión de contigüidad, componiendo una escala geométrica que modula desde la esfera al radio. Así se forma la red orgánica de resistencia.

La Sensibilidad pertenece a unas células; la Conciencia a otras, y así hasta las fuerzas más espirituales que tienen su límite en la Razón.

Todos los seres que componen la vida terrena; todos los hombres juntos; todos los espíritus unidos, después de irradiados, van al Espíritu superior. Este es el Espíritu del Planeta.

¿Y cómo se acondiciona esta esplendorosa realidad? ¿Qué hecho debe producirse para que se haga efectiva esta síntesis superior?

Para que haya síntesis, necesario es que haya vida sintética. Nosotros ya conocemos las formas en que

se desarrolla esta vida sintética. Para que se unan todos los espíritus, separados entre sí, por vestiduras carnales diferentes, se hace preciso que desaparezcan las carnales vestiduras, únicas que producen la separación.

Cuando se descomponen los organismos individuales y sobreviene la Muerte, las fuerzas que antes contenían los organismos se irradian y se integran moduladamente en el alma personalizada en aquel Ser superior. Todos los misterios de ultratumba quedan así desvanecidos.

Así como las células que dan organización a nuestro ser nacen y mueren rápidamente, organizándose y desorganizándose, dentro del cuerpo humano, para darle una vida que se prolonga más allá del radio de aquellas existencias fugaces, así también nosotros nos organizamos y desorganizamos, dentro del cuerpo del Planeta, para prolongar su vida más allá de nuestra muerte.

Para darnos cabal idea de la organización que tiene el Espíritu del Planeta (todo en esta vida es orgánico), basta con que estudiemos el modo de ser de nuestro propio espíritu.

El Planeta, como el Hombre, se conocen *en sí*.

A nuestro Espíritu se asocian las fuerzas ajenas. Unas que proceden del fondo interno y otras de las ondas de irradiación que nos envía la Naturaleza en sus distintas manifestaciones. Por eso tenemos memoria, recordando aquellas *visitas* que se hacen a nuestro Espíritu.

He aquí cómo todo sigue el mismo orden de sucesión. Nosotros también somos elementos que no

pertenece al flujo vital íntimo del Planeta, el cual tiene su organización fisiológica en el cuerpo atmosférico; pero al desencarnarse nuestra escala espiritual, conforme ya dijimos, formamos la Memoria de aquella otra Escala superior unida a la facultad de conocer que tiene el Espíritu del Planeta.

La organización del conocimiento es idéntica en ambos casos. La Memoria del Planeta se halla en la Historia de la Humanidad.

Claro es que las Ideas proceden de una fuente común de origen. Las que afluyen al cerebro del Planeta son ideas superiores.

Y esta Ley de sucesión de unas existencias respecto de otras no acaba tampoco en la vida del Planeta. Los Mundos también se organizan y desorganizan para dar formación al organismo superior que se determina en la Estrella. ¿Dónde se halla el Ser que nunca perece? En el organismo total. Este es el Universo.

Las fuerzas que se irradian de nuestros organismos son las mismas que dan cohesión a nuestros organismos. Salen del Polo negativo, toman el positivo y accionan concentrativamente contra su Polo de origen. Este ha sido el resultado de nuestros estudios anteriores.

II

LA VIDA DEL PLANETA EN RELACIÓN CON LA VIDA HUMANA

Con la Verdad inquirida de que el Planeta es una existencia superior a la cual debe el Hombre la suya; sabiendo que nos hallamos dirigidos, espiritualmente, por esta existencia superior y que existe entre ambas una compenetración de la cual no puede prescindirse en ningún caso, llénanse de luz todos los oscuros problemas que daban pavor a nuestro Espíritu.

Esta Vida conjuntiva tiene necesidades que satisfacer y exigencias que cumplir. Los deberes son comunes. No puede ser que las Leyes, a las cuales se somete el Planeta, vayan por un lado y nuestras voluntades por otro. Tiene que establecerse una ponderación, un equilibrio, tanto como lo permitan los fatales accidentes de la Vida humana.

Para que se nos entienda bien: queremos decir que nosotros no somos árbitros del Destino superior de los seres más elevados. Por el contrario, debemos prestar subordinación a los más altos destinos.

No puede ser, por ejemplo, que dejemos despoblada a la Tierra de árboles porque tal fuera nuestro antojo, mermando la vida de la vegetación, ni tampoco que convirtamos la mayor parte de los campos en viñedos y naranjales.

La Voluntad humana no tiene más Ley, espontáneamente, que aquella que impone la Razón; pero si el Hombre no es racional hasta ese grado que presta sumisión voluntaria a la Ley, puede ponerse en pugna con ella, y cuando se convive con otros seres, esta infracción va aparejada, necesariamente, de graves trastornos, de los cuales no puede prescindirse hasta que se restablece el imperio de la Ley conforme lo permita la posibilidad de las cosas, en relación con la convivencia de que se hace mérito.

También ha podido creerse, ignorando que constituímos parte de un organismo superior al nuestro, que los actos de la generación eran absolutamente libres y que las pasiones podían desbordarse sin producir otros daños que aquellos que afectan al organismo desbordado.

Pudiérase hasta haber creído que era indiferente el número de los organismos de la vida animal hasta recubrir toda la superficie del Planeta si tal fuera el antojo de los hombres; como si la vida vegetal también fuese obra fortuita del Acaso sin relaciones estrictas con la vida animal.

Y como si los organismos se formasen al capricho o al valvén de los aires, y no con elementos estructurales de resistencia que tienen que formarse en algún laboratorio y con la debida antelación a las génesis de la vida humana, para que estas

génesis puedan desarrollarse como conviene al vigor que aquélla requiere para adaptarse a la Escala del Medio lo más perfectamente posible.

Nada se tiene en cuenta; como si el Hombre actuara solo en el escenario del Mundo. Luego entra el pasmo cuando aparece la Filoxera con el fin de seleccionar a los viñedos. Y el Oidium para decrecer el número de los naranjales. Y la Sífilis para poner coto a los actos genésicos. Y las enfermedades y los microbios para seleccionar a los organismos.

Pues qué, ¿se creía que la generación de tales existencias, adversas en un todo a nuestros deseos, obedecían únicamente al capricho de la Naturaleza?

No, por cierto. Nada hay en el Universo que resulte ocioso ni superfluo. La razón de ser de todos los hechos se encuentra en la Ley de necesidad que los hace solidarios entre sí; mas no por antojos parecidos a los que produce la Voluntad humana, sino obedeciendo al Principio común de que Todo es de todos y no de unos cuantos solamente.

Las estructuras orgánicas tienen que salir de la Vida del Planeta, y esta vida no puede precipitar su trabajo. Los demás seres conviventes se hallan obligados a vivir solidariamente con el Planeta, porque si faltan estructuras los órganos salen empobrecidos y declina el vigor de las organizaciones.

Sobradamente se advierte que no es posible, como no sea al través de los tiempos, establecer una táctica precisa entre la Vida humana y la del Planeta en relación con la Vida vegetal.

Esta es, ciertamente, una fatalidad; pero no es menos cierto que la Ley tiene que cumplirse empezando por la actuación de los Seres superiores para que el Mal no prevalezca al cabo sobre todos, estancando en su desgracia y fatalidad a unos y otros.

Fuerza es actuar sobre la Vida humana en forma de Ley, como lo hace el Planeta.

III

CÓMO SE OPERAN LAS SÍNTESIS ORGÁNICAS

Hasta aquí las investigaciones que hemos practicado nos permiten establecer con perfecto deslinde la línea divisoria donde se ponderan las dos formas de organización que constituyen la total escala del ser humano.

Todos los movimientos que parten de las bases de la resistencia orgánica, encaminados a la producción del flujo vital hasta que la fuerza se conoce en sí, o, dicho en otros términos, hasta que adquiere el grado de conciencia, pertenecen a la función inversa. Por el contrario, todos los movimientos que se operan en el propio organismo con dirección opuesta, pertenecen a la función directa.

Poco a poco vamos advirtiendo con toda claridad que nosotros somos partes orgánicas de la Vida

del Planeta y que nuestras manifestaciones son las que dan manifestación a dicha existencia.

¿Qué diferencia separa a las fuerzas componentes de nuestro organismo, en función inversa a las que operan en el propio organismo en función directa? Un giro.

Los cuerpos de todos los seres inferiores a nosotros se hallan separados entre sí, y lo mismo ocurre con nuestros cuerpos en relación con el de la Atmósfera; pero internamente ya no existe la misma separación.

Todas las escalas de la fuerza espiritual coinciden en el Radio máximo. Así es que nuestras almas coinciden con la del Planeta, formando una gran síntesis dentro de aquel Radio superior.

Podemos servirnos de un ejemplo bien empírico. Sírvanos el árbol corpulento de copiosas ramas. He aquí el Ser superior: el Planeta.

Cada una de aquellas ramas, sucediéndose en otras de mayor complejidad, constituye el cuerpo, parte de cada organismo, mas todas las ramas van a parar al tronco, con cuya imagen queremos significar, metafóricamente, que todos los espíritus se juntan para formar el Espíritu del Planeta, no en un solo término, sino formando una escala para que todos los seres animados tengan cabida en ella, desde el destello espiritual del gusano hasta el Espíritu más elevado del Hombre.

¿Y por qué no advertimos que nosotros nos separamos sólo de la Vida del Planeta por lo que se refiere a la formación de los organismos, hasta llegar a la referida línea divisoria? ¿Cómo no caemos en la cuenta de que nuestros espíritus forman en

conjunto o por síntesis aquel organismo superior? ¿En qué consiste que cada hombre puede apreciar debidamente la diferencia que le separa de los demás, como si ningún vínculo los uniese?

Para abordar esta cuestión, sepamos lo que es una célula respecto de nuestro organismo.

Las células viven como nosotros, aunque con vida más elemental. Realizan un trabajo cooperativo para ofrecernos sostén. Nos dan su jugo vital en partes mínimas. Trabajan para nosotros sin que tengan idea alguna de nuestro Yo.

Considerémonos ahora como células del superior organismo del Planeta. ¿Qué trabajo es el nuestro? ¿En qué forma cooperamos a la sustentación de aquella vida superior? Apliquemos el caso de las células respecto de nosotros a otras más elevadas relaciones y tendremos el caso referido a nosotros respecto del Planeta.

Somos máquinas de descomposición de los núcleos orgánicos para extraer de ellos la fuerza natural que contienen y producir por descomposiciones sucesivas la ola de irradiación que es el flujo de la Vida.

Esta ola que se forma de todos los afluentes mínimos que salen del trabajo de las células no se detienen en nuestro cerebro, formando una cantidad de fuerza estancada, como si dijéramos constituyendo un depósito. La ola sigue convertida en fuerza espiritual para formar el espíritu del Planeta, del mismo modo que sale de las células orgánicas para afluir a nuestro cerebro.

La Vida en todas sus manifestaciones es como una flor que irradia su perfume; como un éter que

se exhala; como una llama que irradia por la combustión y descomposición de sus materias.

El movimiento de la irradiación no cesa ni se estanca en ningún caso, y así se explica que sin perder las células su modo de ser individual y sin perderlo nosotros cooperemos todos con nuestro trabajo a la formación de la vida superior.

El cuerpo fisiológico del Planeta es la *Atmósfera*, y a este cuerpo acuden moduladamente desde lo externo a lo interno todas las olas de irradiación que se producen por la vida, que es lo mismo que decir por el trabajo, de todos los seres que pueblan la superficie de la Tierra y el fondo de los mares y las capas de la *Atmósfera*.

Después de la muerte caen sólo los centros de la resistencia orgánica. Las demás fuerzas se irradian para tomar plaza en la Escala universal conforme al grado de su intensidad y en la escala espiritual del alma del Planeta, siendo siempre coincidentes todos los términos de unas y otras escalas por Ley de la Evolución, como ya sabemos.

Es decir, que las fuerzas, después de la muerte orgánica, salen de la *Materia*, o sea del Polo negativo, para situarse en el Medio, cara a la *Materia*, o sea en el Polo positivo.

La acción se invierte. En la vida terrestre forman parte de los organismos actuando a la inversa. Se descomponen los organismos y las propias fuerzas irradiadas constituyen la otra parte de los organismos, actuando en ellas a la directa. Empleando una frase muy significativa, adecuada: los muertos animan a los vivos.

Sírvanos de enseñanza el siguiente ejemplo: Ha-

gamos girar por uno de los extremos a una palanca sobre un eje, hasta que quede en posición invertida sobre un plano. Todo eso es la Muerte. Un giro; nada más que un giro.

Todos nuestros movimientos se deben a las propias fuerzas que pueden actuar libremente desde lo interno a lo externo, o sea desde el polo positivo al negativo, haciendo uso de los nervios, que son sus cables de comunicación.

Nosotros creemos que la acción motriz de nuestra voluntad se debe a la misma voluntad; pero en esto como en todo opinamos a la inversa. Nosotros sólo podemos querer. Esta indicación realiza un giro, y al hacerse directa, las fuerzas que complementan nuestra máquina orgánica y que actúan con libertad realizan la indicación, mas no por virtud espontánea, sino obedeciendo a la Voluntad suprema, donde reside el motor universal.

Tal vez esta verdad parezca a ciertos pensadores poco profundos, soberanamente despótica, porque absorbe la libertad de cada ser individual, anulando su Yo determinado; pero no es así.

No se trata de seres distintos. Se trata sólo de organizaciones semejantes a las ramas del árbol que se separan del tronco común, no para formar otros árboles, sino para dar variedad al árbol mismo.

Creemos que somos distintos al Espíritu de Dios en general y al del Planeta en particular, pero esta creencia es errónea. Es obra del espejismo de nuestros juicios operado por la inversión en que se halla la fuerza de nuestro espíritu. De modo que no hay tal esclavitud ni despotismo. ¿De qué se

trata? De resurreccionar al Espíritu que dormita en la Materia.

Dios organiza la Vida para tomar resurrección por sí mismo.



LIBRO DUODECIMO



EL ALMA HUMANA EN LA VIDA
INTERNA O SINTETICA

CAPITULO IV

NUEVAS EXPLORACIONES

LA VERDAD DESGRANADA Y LA VERDAD EN
CONJUNTO

Hasta aquí hemos hecho inquirimiento y exposición de la Verdad trascendental dividida en partes. Desgranada se halla por todos los capítulos anteriores. Vamos en el actual a ofrecerla en conjunto.

Haber hecho este trabajo recopilativo antes de ahora no hubiera cumplido totalmente a nuestro

designio. Con las verdades sucede lo mismo que con los organismos. Hay que establecerlas por series armónicas. Las inferiores sirven de base a las superiores. Así es como su explicación se hace racional y puede asimilársela el Entendimiento.

Nos proponemos explicar, sintéticamente, las leyes que dan formación a la vida del Planeta, a fin de que pueda advertirse, con claridad prístina, que tal existencia superior se debe al concurso de todas las demás que pueblan la superficie de la Tierra, sin que pueda descartarse ninguna de ellas para dar constitución orgánica al conjunto.

El soporte o base de resistencia de la vida del Planeta se halla en la masa terráquea, por lo que ésta tiene de materia. Sin uno u otro pedestal no es posible dar organización a ninguna estatua viviente.

El cerebro se halla en la Atmósfera. Ya conocemos las leyes a las cuales debe ésta su composición. Conviene, empero, recordar las más fundamentales. En el mar se halla el vientre del Planeta. En el fuego central su corazón.

Todos los núcleos en combustión (la vida es una combustión) se envían mutuamente sus irradiaciones. Las que llegan concentrativamente a la Tierra se intensifican y se irradian de nuevo acompañadas de las irradiaciones que en la Tierra se producen provocadas por los ataques de aquellas otras.

Pues bien; este hecho se produce infinidad de veces. Las ondas de irradiación van y vienen sin cesar de unos a otros mundos, intensificándose gradualmente.

¿Y por qué se produce este movimiento de ida y

retorno? No hemos debido olvidarlo. En el momento en que una fuerza se intensifica adquiere otra ley de extensión y se irradia en todos sentidos y direcciones en demanda de una nueva adaptación al Medio.

Las ondas que van se cruzan con las que vienen, y como en cada cruzamiento las ondas que lo producen son más intensas, acontece que la Atmósfera toma cuerpo y modula de menor a mayor intensidad, no sólo desde la base a la altura, pero también desde la superficie al fondo.

Se establecen para dar extensión y cuerpo a la Atmósfera dos series moduladas por sucesión de contigüidad.

Por una de ellas, conforme se asciende, el cuerpo atmosférico se hace más intenso. Por otra, este mismo cuerpo se interna *en sí*. Toma fondo, también modulado, de menor a mayor intensidad.

Así es que todos los términos de modulación que se hallan ascendiendo atmosféricamente, se encuentran penetrando en el fondo de la propia atmósfera.

No es preciso afirmar aquí otra gran verdad, que ya damos por descontada, por las innumerables pruebas de juicio que la han testificado en el curso de nuestras investigaciones.

El Principio es éste: Dada una serie de contigüidad en la Naturaleza, esta serie constituye una existencia, un organismo.

La categoría más o menos superior de esta existencia depende de la extensión de aquella serie contigua. Si la serie orgánica tiene su límite en el medio luminoso, la vida es de una flor, de un ve-

getal. Si la serie se prolonga hasta el medio espiritual, se da formación a un ser animado. Si se extiende hasta la fuerza de Cualidad o de los Principios, el ser animado se hace racional.

Ahora nos encontramos con que la Atmósfera es un cuerpo incesantemente animado por las corrientes que constituyen su medula, y preguntamos: ¿Qué extensión deben tener las dos series de contigüidad que lo constituyen orgánicamente?

Tratándose de un organismo superior, la respuesta no tiene la menor duda. Aquellas dos series de contigüidad que dan extensión y cuerpo a la Atmósfera y cuyos términos son equivalentes, acaban en el Medio espiritual y más hondamente en la fuerza de Cualidad o de los Principios.

Ambas series vienen a coincidir en el Espíritu del Planeta, aunque siguen direcciones distintas. ¿Cómo así? Esto también lo sabemos; mas conviene recordarlo.

La Atmósfera tiene que adaptarse a la Gran Escala del Medio universal, como todos los seres, en el ciclo de la Vida por evolución inversa. La modulación de la Fuerza va acompañada siempre de la modulación de la forma. La esfera se deprime por sus polos elípticamente hasta que se convierte en círculo. El círculo se convierte en elipse cada vez más pronunciada progresivamente, hasta que se convierte en dimensión radial. La forma esférica para la fuerza de la Naturaleza. El círculo para la Luz. El radio para el Espíritu.

Por semejante modulación geométrica, situándonos en cualquier punto de la esfera y siguiendo aquel orden modulado, ¿adónde somos conducidos?

Al radio indudablemente, donde se halla el límite de aquella modulación.

Ahora preguntamos: Ascendiendo por la Atmósfera o penetrando en ella siguiendo el orden modulado de su intensificación, ¿adónde llegamos? Y es claro que la respuesta debe ser la misma. Llegamos al Espíritu del Planeta, quien se halla en el límite de las dos series de contigüidad que dan extensión y cuerpo a su organismo.

Hecho el conjunto de estas verdades disgregadas, ya podemos establecer nuevas síntesis.

II

CONCURRENCIA DE LOS SERES INFERIORES PARA DAR VIDA AL SER SUPERIOR

Fijémonos en que, desde sus comienzos, la formación de la vida del Planeta se somete a las Leyes del Universo por las cuales se halla en constante relación la parte con el todo.

Sin las corrientes constantes centrífugas y centrípetas, en cuya producción intervienen cuantos mundos, soles y estrellas pueblan el Universo, no sería posible la formación del cuerpo atmosférico, y de este modo tampoco tendría posibilidad la existencia de aquel Ser.

Todas las existencias se hallan estrechamente vinculadas entre sí. Veamos, ahora, el concurso que ofrecen los seres de inferior categoría para que pueda formarse la organización superior de la vida del Planeta.

Se produce la vida de una flor. Constantemente empleamos este ejemplo para significar que se trata de una existencia de inferior categoría; mas quien dice una flor dice un árbol, una legumbre. ¿Cómo se produce esta existencia? Luego trataremos de esto. Ahora tenemos otra orientación.

Se produce una flor y sus irradiaciones escalan la Atmósfera para adaptarse en los términos de densidad equivalentes, siempre más elevados y exquisitos que los términos que alcanzan las irradiaciones de otras fuerzas, como las que se derivan de la llama de un fósforo, de la volatilización del éter, etc., etc.

¿Y por qué ascienden estas fuerzas irradiadas? Por aquellas corrientes vivas que dan composición a la Atmósfera, unas centrípetas y otras centrífugas.

Por la cruzamiento de estas irradiaciones se forman, como ya dijimos, dos escalas de modulación, una que se extiende periféricamente, desde la base a la altura, y otra que se interna desde la superficie al fondo.

Aquellas irradiaciones del fósforo, del éter, de la flor, etc., ascienden para ocupar su plaza, allí donde su intensidad tiene el mismo grado que el término que les sirve de adaptación. Así ascienden los aeróstatos.

He aquí, pues, cómo aquellas existencias mínimas

nutren en las formas de composición menos elevadas y externas, el cerebro del Ser superior que nosotros denominamos cuerpo atmosférico.

Pero no quedan allí irradiadas con el fin de permanecer ociosas, sino para seguir su trabajo de intensificación hasta alcanzar el límite de la serie de contigüidad que conduce al Espíritu del Planeta.

Claro es que si solamente hubiese tal género de existencias ínfimas, como la llama del fósforo, las emanaciones del éter y las irradiaciones de la flor, no se completaría el cuerpo orgánico o armazón de resistencia que desde el aire más denso se eleva hasta los términos superiores de la serie. Esta quedaría interrumpida en aquellos términos donde alcanzaran a tener adaptación las consabidas irradiaciones antes de llegar a su término espiritual.

Pero es que también se irradian las fuerzas de otros organismos más elevados. Todos los seres de la Vida animal se hallan en incesante combustión o irradiación, y estas irradiaciones más intensas nutren al cuerpo vivo atmosférico en términos más elevados, como que las irradiaciones corresponden a términos que ya pertenecen a la escala de fuerza espiritual.

Con esta mancomunidad de todas las fuerzas que se irradian en la forma indicada, desprendiéndose de todos los seres que tienen vida terrena, se forma el organismo de resistencia o cuerpo vivo de la Atmósfera, el cual se extiende desde la base hasta internarse en las alturas por serie modulada de menor a mayor intensidad.

Ahora ya podemos especificar el objeto distinto que pertenece a estas dos series que actúan en la

composición de la Atmósfera, una externa y otra interna, como dos líneas angulares que coinciden en el vértice, puesto que ambas series acaban por encontrarse en el Espíritu del Planeta.

La serie que asciende constituye el cuerpo necesario de la resistencia orgánica y la serie que se interna pertenece al flujo vital, que para intensificarse y tomar circulación necesita apoyarse en aquel organismo de resistencia. Esto es lo que también ocurre en la formación de todos los organismos de la vida prescindiendo de formas y categorías.

En diferentes ocasiones hemos dicho que en la sucesión por contigüidad de las fuerzas divididas en partes mínimas se encuentra toda soldadura orgánica.

Con efecto; el cuerpo de la Atmósfera se halla todo él soldado por aquella sucesión de contigüidad de cuantas irradiaciones lo nutren dándole resistencia por esta causa.

¿Y qué objeto tiene esta resistencia? Aquí brota una nueva luz.

Repetimos que toda fuerza en la escala del cuerpo atmosférico irradiada no se adapta al mismo para permanecer ocioso. Nada de eso. La vida no puede interrumpirse ni allí ni en ningún otro punto. Las fuerzas reanudan su trabajo. ¿Y en qué consiste este trabajo? En aumentar los grados de su intensificación. Este es el fin general de la Vida.

No pueden permanecer ociosas porque no se adaptan a un medio estático, sino que, por el contrario, son influídas por las corrientes vivas que constituyen la medula de acción constante que dan composición a dicho medio.

Toda fuerza que adaptada al cuerpo atmosférico se intensifica, ya no se eleva siguiendo la serie ascensional. Sigue a la otra serie interna que sirve de medula a la primera, formando una nueva escala de derivación particular, estableciéndose con el conjunto de todas estas escalas particulares la serie general de derivación interna, la cual conduce al Espíritu superior intensificándose progresivamente. Así es como se hallan vinculadas las dos series de referencia.

Por ejemplo: si hacemos que ascienda libremente una cierta cantidad de hidrógeno, desde luego advertimos que éste se eleva para ocupar su plaza en el cuerpo atmosférico; pero si en este curso ascensional se inflama por cualquier causa, entonces ya no prosigue ascendiendo, se interna con la rapidez que corresponde a su nueva ley de extensión. Desde una serie pasa a formar parte de otra. Creemos que este ejemplo basta para formar juicio exacto de las diferentes funciones que realizan ambas series convergentes.

Estas intensificaciones de las fuerzas que constituyen la serie de resistencia correspondiente al cuerpo atmosférico, afluyen internamente a la corriente medular, esto es, al flujo vital; mejor dicho, son estos mismos afluentes los que dan composición modulada al indicado flujo hasta que, internándose por grados de menor a mayor intensidad, dan generación y forma radial al Espíritu del Planeta.

III

ORGANIZACIÓN DE LAS EXISTENCIAS QUE SIRVEN DE BASE A LA DEL PLANETA

La explicación que damos de la formación orgánica del Planeta como ser espiritual a merced del concurso de los seres inferiores que constituyen la base, no explica las causas primitivas que dan organización a estos seres de tan distinta y varia manera pluralizados.

¿Cómo se produce la vida orgánica de estos seres?, volvemos a preguntar.

Aquí se esconde la magna cuestión envuelta hasta hoy en las sombras de lo desconocido y convertida ahora, por nuestros trabajos de investigación, en fuente purísima de inefables resplandores.

Para explicar las causas que dan producción a la vida de aquellos seres, nos vemos obligados a invertir el procedimiento de nuestra inquisitiva.

La vida del Planeta se funda en series de fuerzas orgánicas asociadas por escalas de contigüidad, esto es, por fuerzas que se intensifican progresivamente; pero ahora la explicación debe fundarse en elemen-

tos orgánicos cuyo movimiento se halla contrapuesto en relación con el que siguen aquellas series.

Aquí el movimiento empieza por los elementos de composición más intensa por series que dan formación a las células que ya no son tan intensas como las fuerzas de origen.

En el caso de la formación de los organismos, empezando por las células, las series progresan de menor a mayor intensidad. En el caso de la formación de las células, éstas deben su existencia a series que progresan al contrario, o sea, de mayor a menor intensidad.

Así resulta que las células vienen del Espíritu y los organismos van al Espíritu. Se forma un círculo que comprende a la formación de todas las existencias.

¿Y a qué Espíritu deben su formación las células consideradas como elementos muy primarios de toda organización?

Pronto hallaremos la respuesta, si tenemos presente cuanto hemos dicho sobre los dos hechos siguientes:

El movimiento de mayor a menor intensidad pertenece al giro de la fuerza por Evolución. Así es como se forma el Medio universal, según ya tenemos demostrado. A la inversa, el movimiento de menor a mayor intensidad corresponde al giro de la fuerza por reversión o desdoblamiento.

Por esta causa resulta que los elementos de mínima radialidad que sirven de base a la formación de todas las existencias se corresponden con el Radio Máximo, o sea el Espíritu de Dios.

Dios actúa desde el fondo del Medio Universal.

Su Poder determinante se extiende por Evolución desde el Espíritu a la Naturaleza; mas no puede actuar directamente sobre la Materia donde se halla su Ley de oposición.

Para conseguirlo, por medio del Tiempo y el Trabajo únicos, que dan limitación a su Poder omnipotente, hace que las corrientes de la Naturaleza arrastren a los globos de Materia erráticos en encontradas direcciones, para que el Accidente o Ley a la inversa haga su oficio.

Al fin se produce el choque que da génesis caótica a la Vida por Evolución inversa.

Recordamos todo esto ampliamente desgranado y explicado en muchos capítulos, para advertir que de este modo consigue Dios reducir a la Materia en grandes aluviones de partes de máxima reducción, y por lo tanto de resistencia mínima.

Toda la Materia se vivifica por la propia causa. Penetra en sus senos el hálito creador, que es de fuerza natural. Dios, o sea el Medio universal, ya tiene jurisdicción sobre la Materia. Ya no se halla ésta completamente divorciada de las Leyes universales. El pensamiento de Dios ya puede prevalecer, haciendo que la Materia, por su propia resistencia, le sirva de base para sus creaciones orgánicas.

Los núcleos microorgánicos que constituyen toda porción de materia organizada, se asocian a las escalas que se forman con elementos radiales hasta la fuerza natural que da composición a dichos núcleos. Luego éstos se asocian prolongando aquellas escalas hasta dar producción a las células.

Aquí se invierte el movimiento de formación de dichas células. Estas se agrupan por series hasta

constituir los organismos vivientes, pero en series de menor a mayor intensidad, a fin de dar producción a las fuerzas espirituales, ya en el alma del gusano, ya en la del león, ya en la del Hombre, para que luego la irradiación y modulación de estas fuerzas acabe en la generación del Alma superior que corresponde a la Vida del Planeta.

Todo al fin viene de Dios y vuelve a Dios, dando un giro, porque todas las almas, así de los pequeños como de los grandes seres, van al Espíritu de Dios y a él se adaptan en sus diferentes grados y categorías.

Por semejantes verdades resulta que en la formación de la vida del Planeta interviene Dios en primer término, porque a su trabajo se debe la producción de los organismos que sirven de base al Ser superior.

El Espíritu del Planeta sale del flujo vital que moduladamente circula por la serie interna del cuerpo atmosférico en la forma que ya explicamos.

IV

RECIPROCIDAD DEL TRABAJO DE TODOS LOS SERES

El enlace del todo con la parte o de la vida entre sí de todos los seres es tan estrecho, que no puede prescindirse de ninguno de ellos para formar el organismo total al que damos el nombre de Universo.

Cierto es que sin las irradiaciones de los seres que pueblan la faz de la Tierra no podría formarse el cuerpo atmosférico, sustentáculo de la vida del Planeta; pero no es menos cierto que sin aire para respirar tampoco podríamos vivir nosotros ni ninguno de los demás seres de inferior categoría.

Y no sólo no respiraríamos, pero tampoco nos latiría el corazón ni circularía la sangre por las arterias, ni podríamos convertir en movimiento, o sea en acto articulado, el impulso de nuestra voluntad.

Se tiene la creencia de que nuestras relaciones con el cuerpo vivo de la Atmósfera empiezan y acaban en el aire respirable. ¡Error profundo! Las

relaciones de nuestro ser con el del Planeta se prolongan hasta la fuerza espiritual. Nuestras almas deben su existencia a la adaptación que tienen en la del Planeta. Sin este contraste nuestra vida espiritual sería imposible.

La causa de aquel error estriba en que nosotros no hemos podido apreciar hasta ahora que nuestro organismo se interna en los senos más recónditos de la Atmósfera. ¿Por qué vía? No por la que desciende, sino por la que empieza en la superficie más densa y acaba en el fondo constituido por una fuerza que ya es más intensa pasando al través de las modulaciones geométricas de la forma que desde la esfera conducen al radio para que pueda cumplirse el prodigioso fenómeno de que todos los seres, sea cual fuere el aire que respiren en la Atmósfera, acaben, al internarse serialmente en el fondo, por coincidir en el radio común o alma del Planeta.

¿Y por qué no se confunden todos los espíritus al afluir a uno solo y hallar comunidad en el límite de las series, si bien éstas pertenecen a orígenes distintos?

Este es el portento que realizan individualmente los organismos diferentes. A ellos se debe la determinación de cada ser. Llenad de agua un cierto número de cántaros. Cada cántaro tendrá la suya. Constituirá una determinación especial aunque el agua de todos sea de la misma naturaleza.

¿Y cómo se penetra tan hondamente en el Medio-Atmósfera, o digamos en el cerebro del Planeta? Por la modulación de nuestro organismo de resis-

tencia que va ofreciendo diques también progresivamente modulados a la invasión del Medio.

La corteza craneal pone a cubierto el cerebro de las primeras capas atmosféricas. Ya estamos libres de las primeras capas y hemos penetrado en las segundas. Envolturas más exquisitas y en mayor número nos preservan de la invasión de las segundas capas. Ya hemos penetrado en las terceras... Y así sucesivamente hasta llegar al Medio luminoso y luego a la fuerza espiritual.

¿Y qué objeto tienen estos organismos por separado? El objeto de *acarrear* fuerzas espirituales al fondo para nutrir la que da producción al Espíritu superior.

Tómese como ejemplo lo que ocurre en una mina de oro (aceptémoslo así). Se abren pozos y galerías para la extracción del metal precioso. Se establecen vías de resistencia y se emplean máquinas y hombres para que el oro que se halla en el fondo de la mina vaya a parar a la superficie.

Pues bien; las vías de resistencia son nuestros organismos. El oro es la fuerza espiritual, sólo que en vez de ser extraído del fondo a la superficie, aquí se extrae de la superficie para conducirla al fondo.

Lo mismo en la mina que en el interior de la Atmósfera, si no hay trabajadores la acción se paraliza y el oro queda encerrado en el seno de la Tierra, y el Espíritu no se extrae tampoco del seno de la Materia.

He aquí, pues, la necesidad de que los organismos de la vida se conviertan en máquinas de trabajo, y para esto pone Dios en cada ser un impul-

so o resorte de voluntad que le sirve de indicador a fin de que el movimiento se transmita a la máquina y pueda convertirse en acto la voluntad de cada ser; porque si no comemos no nutrimos la máquina y no se establece el flujo que desde la fuerza natural por intensificaciones graduales acaba por producir algo mucho máspreciado que el oro, la fuerza espiritual.

El cuerpo atmosférico a su vez presta una decisiva cooperación a este trabajo. Las fuerzas naturales irradiadas en el mismo se acumulan en el pan, en los vegetales, en las frutas, para que sirvan de alimento a los seres animados. Hasta se impone el sacrificio de unos seres para dar sustentación a otros.

Y todo con el mismo fin de que estas fuerzas pasen a los generadores de las máquinas orgánicas por medio de la alimentación y se verifique el trabajo de su modulación circulando por el cauce que conduce al fondo interno o vía que acaba en la fuerza espiritual.

¿De qué elementos se sirve Dios para llevar a cabo su obra creadora?

Ya lo hemos indicado. Los elementos de la resistencia orgánica los toma de las partes mínimas de la Materia. Para esto la vivifica en la forma que ya conocemos. He aquí el primer modo de ser de la vida en general. Para dar producción a la vida vegetal necesita del concurso de las fuerzas naturales irradiadas en el cuerpo atmosférico, y para dar existencia a los seres animados se vale de las propias irradiaciones en capas más internas pertenecientes al propio Medio.

Así es que el Planeta ofrece los elementos de su cuerpo orgánico para hacer posible la creación de las existencias inferiores, quienes a la vez le dan sostén y vida. De este modo se auxilian y favorecen mutuamente todos los seres que forman parte de tan prodigiosa urdimbre, habiendo para todos trabajo y no permaneciendo ociosa ninguna fuerza, al objeto primordial de que su intensificación y progreso no se interrumpa, salvo las formas accidentadas que dan motivo a la Ley de la Adversidad, como pronto veremos.

Por tan prodigiosa urdimbre se enlazan los seres para constituir una síntesis sin que ninguno de ellos pierda su modo de ser individual.

Dios, el primero, da derivación a las células. Luego éstas forman organismos cuyas irradiaciones nutren el cuerpo del organismo superior. La serie ascensional acaba en la fuerza que se conoce *en sí*, determinando el Yo del Planeta. Las series internas de los organismos concurrentes se determinan en el Yo de cada uno de estos organismos adaptados ordenadamente a la escala espiritual del referido Planeta.

V

RESULTANTES COMUNES DE FUNCIONES OPUESTAS

Vamos a insistir en el ejemplo de la extracción del oro por los trabajadores de las minas.

Cada hombre, cada ser animado, es una máquina de trabajo.

Se trata de extraer del seno de la Materia el oro espiritual que contiene para transportarlo al fondo por donde circulan los grandes manantiales del Espíritu.

Todos los trabajadores aportan sus contingentes a este profundo manantial desdoblado las fuerzas naturales hasta que se convierten en fuerza del Espíritu.

Como cada afluente es una escala, todos estos afluentes forman otra escala superior. Así es como los trabajadores descienden hasta el fondo de la mina, insistiendo en la propia metáfora.

El prodigio mayor consiste en que no trabajan las existencias inferiores sólo para dar formación a las superiores. No se extrae el oro-espíritu de la Naturaleza para sepultarlo en el Medio espiritual. La función del trabajo se invierte y los mismos

trabajadores que conducen el oro hasta el fondo advierten luego que los raudales del precioso metal brotan de nuevo en la superficie.

El trabajo gira incesantemente desde la superficie al fondo y desde el fondo a la superficie. La misma máquina que da producción a los afluentes del Espíritu, por una doble composición orgánica, sirve de cable conductor para que el Espíritu afluya a la superficie.

La ejecución de este segundo trabajo ya no nos pertenece. Nosotros somos la máquina, mejor dicho, el soporte maravillosamente articulado para que dicho trabajo pueda realizarse, pero la acción motriz se sale fuera de nuestros medios de ejecución.

¿Qué trabajador se encarga de llevar a cabo esta función opuesta? El Ser Planeta, a quien nosotros sustentamos con nuestros afluentes, quien, a su vez, se rige por la Voluntad Suprema.

El Planeta vive de las fuerzas irradiadas. Estas fuerzas son centrífugas para nosotros y centrípetas para el Planeta; pero a cada trabajo que nosotros realizamos, a cada excitación de nuestra voluntad, se produce un cambio de funciones. Fuerzas que son centrífugas para el Planeta se vuelven centrípetas para nosotros, por el Principio de que a todo movimiento de irradiación en el Medio a partir de su centro de resistencia individual corresponde otro al contrario, cuya acción es del Medio al individuo.

Irrevocablemente; no hay ser particular alguno, ni grande ni pequeño, cuya actividad *en sí* pueda manifestarse y tomar desarrollo, como no sea ac-

tuando del centro a la periferia, o sea de menor a mayor intensidad de la fuerza.

Basta, empero, esta acción individual para que se produzca el movimiento contrario.

Por esta causa, nosotros adquirimos ideas concretas cuyo oro espiritual desde el fondo sale a la superficie, extraídas por la fuerza de ideación de nuestro Espíritu. Exaltándolo producimos una irradiación y al punto acciona sobre nuestro espíritu la fuerza irradiada en el Medio del mismo orden, y la cual pertenece al Espíritu del Planeta.

Luego nosotros hacemos la revelación de estas fuerzas centrípetas, que actúan sobre nuestro Espíritu valiéndonos de cuerpos de resistencia en el cuadro, en la estatua, en el pentagrama, etc., etc.

Todos los fenómenos se hallan relacionados de modo indisoluble. Explicado uno, explicados todos los demás cuando se llega al conocimiento del vínculo estrecho que enlaza a las Leyes universales.

Sírvanos el ejemplo de la dínamo. La irradiación de fuerza natural derivada del generador que hace girar a dicha dínamo produce otra del mismo orden en el medio de las fuerzas irradiadas, que en este caso pertenecen al cuerpo atmosférico.

Al punto se genera la corriente que llamamos magnética, la cual actúa en función contraria. Nos apoderamos de esta corriente. La condensamos en la propia dínamo. La recolectamos luego y nos aprovechamos de ella para producir los más sorprendentes fenómenos.

Esto mismo es lo que ocurre con todas las fuer-

zas que constituyen nuestra escala espiritual. Convertimos en dínamo nuestra voluntad con el impulso que poseemos del querer. He aquí el movimiento de irradiación. Se produce otro de concentración del mismo orden. Lo hacemos circular por nuestros nervios de comunicación y lo determinamos en diversos actos volitivos.

Excitamos el Espíritu con nuestra facultad de pensar. He aquí una dínamo más exquisita. Al excitarlo producimos una irradiación. A esta corriente centrífuga corresponde otra centrípeta, que se deriva del Medio espiritual o espíritu del Planeta. Nos apoderamos de esta fuerza de superior magnetismo y también producimos las más sorprendentes revelaciones, como antes dijimos, en la Ciencia y el Arte.

He aquí, pues, de qué modo tan sencillo las fuerzas irradiadas de todos los seres inferiores se ponen de nuevo en movimiento accionadas y dirigidas por el Ser superior.

Se complementan todas las existencias en plural y en singular. Las fuerzas giran desde la superficie al fondo y del fondo a la superficie, intensificándose a merced de este trabajo mutuo.

VI

DERIVACIONES

Dado el trabajo concentrativo que realizan las fuerzas irradiadas en el Medio para constituir moduladamente la vida del Planeta, y las existencias inferiores pluralizadas, obtenemos el conocimiento de la dificultad de que ambas acciones opuestas obtienen un resultado común armónico y que también en este trabajo cooperativo se establece la Ley del progreso o Ley de perfeccionamiento.

Las fuerzas de naturaleza psíquica que constituyen el término más elevado de la escala espiritual del Planeta se hallan enriquecidas y atesoradas por las irradiaciones de cuantos espíritus superiores han dado gloria a la Humanidad.

Por manera que la suma y atesoramiento de estas fuerzas hace del espíritu del Planeta un alma de mucha más potencia radial que la de uno cualquiera de aquellos genios considerado por separado.

Esto se demuestra por el esfuerzo mental que tenemos que hacer para que las irradiaciones de nuestro Espíritu alcancen más internos y elevados términos de adaptación relacionada con aquella Es-

cala, con el fin de provocar con estas irradiaciones la concentración centrípeta de aquellas superiores fuerzas espirituales y adquirir ideas de mayor elevación, o conceptos científicos de gran generalidad, o creaciones artísticas de más profundo relieve.

Así es que las Ideas giran también con la movilización de estas fuerzas espirituales y de la vida singular del Planeta transmigran a los cerebros pluralizados, y así es como se encadenan los hechos y los hombres pensadores trabajan las ideas que el Medio les proporciona, que son fuerzas espirituales irradiadas, y las cuales por este medio prosiguen su labor de desenvolvimiento en demanda de mayor intensificación.

Nadie ha pensado que sin la intervención viva de dichas fuerzas irradiadas no podría explicarse jamás la Ley del Progreso.

Si los espíritus al irradiarse se viesen abandonados de estas fuerzas irradiadas, las Ideas se repetirían mecánicamente si fuera posible dar generación a las ideas sin el contraste que ofrecen el Medio y el individuo.

El Progreso depende de que al irradiarse las fuerzas espirituales en el Espíritu del Planeta se forman grandes síntesis y se eleva la potencia de su radialidad. Por eso el Espíritu del Planeta es y será siempre superior al del Hombre, por grande que resulte la mentalidad que éste posea.

Y esto se demuestra fácilmente con sólo considerar que las ideas nuevas se adquieren con el ardor del Espíritu, escrutando el fondo, y no por el análisis exclusivo de la superficie.

Por esta causa también reviven Platón y Aris-

tóteles y Darwin, etc., etc., en el cerebro de los nuevos filósofos, trabajándose las ideas de aquéllos por éstos, quienes hacen más profundas deducciones, con examen crítico que depura las añejas doctrinas y da nuevas orientaciones a las verdades que obtuvieron aquellos insignes pensadores.

Con toda objetividad podemos afirmar que las fuerzas del Espíritu sirven de sujetos de trabajo, lo mismo en la vida terrena que en la vida del Planeta.

Siempre resulta que el trabajo no cesa nunca ni antes de la muerte ni después de la muerte. Las fuerzas del Medio espiritual acuden a nuestro cerebro como acuden a la dínamo las corrientes magnéticas con acción centrípeta. Nosotros las trabajamos aquí en la vida terrena con nuestro esfuerzo mental, el estudio, el análisis, la comparación, la relación, etc., haciendo mayor su progreso y las irradiamos nuevamente, para que vuelvan al Medio espiritual de donde proceden, a fin de que puedan renovar su trabajo ascensional formando grandes síntesis y dando elevación progresiva al Espíritu del Planeta.

Pero en esta emigración y transmigración de las fuerzas espirituales, no se hallan comprendidas solamente las fuerzas más elevadas y exquisitas de la escala espiritual.

Se irradian también las fuerzas de la Conciencia, la Voluntad y el Instinto y se forman corrientes centrípetas que se derivan de las fuerzas irradiadas del mismo orden, y este giro de emigración y transmigración se repite en estas menos elevadas esferas, al propio fin de que se intensifiquen y

modulen los conceptos del Yo y se templen las voluntades indómitas y se corrijan los malos instintos.

Estas irradiaciones son las que más afluyen al Medio produciendo en la escala espiritual del Planeta aglomeraciones y estancamientos que entorpecen y retardan su Ley de Progreso.

El trabajo normal que nosotros practicamos no basta para que se lleve a cabo su progresivo desarrollo. Nosotros somos también egoístas. Nos aferramos al absurdo; nos petrificamos en la superstición, etc. En una palabra, no *trabajamos* estas fuerzas que nos vienen del Medio. Las irradiamos sin haber verificado en ellas ningún progreso. El giro de emigración y transmigración se efectúa sin modificación ostensible. De nuestros Espíritus pasan al Espíritu del Planeta y de éste vuelven a nuestros Espíritus en el mismo estado. La mayoría de los hombres semeja un inmenso rebaño de animales inferiores.

El Planeta no puede trabajar estas fuerzas porque se resisten por su excesiva materialidad a cambiar de estado. Somos nosotros los encargados de trabajarlas.

Para esto es preciso que las almas se sacudan con violentos ciclones espirituales. La guerra hace entonces su indispensable oficio.

Hasta el hombre más pacífico y de más templados sentimientos se vuelve cruel y sanguinario en los campos de batalla. Allí se producen exaltaciones en el Espíritu que producen inmensas irradiaciones de odio en el Medio espiritual, recargado en exceso de fuerzas de la propia naturaleza.

A estas irradiaciones extraordinarias corresponden, como ya sabemos, otras corrientes de orden opuesto, y se llevan a efecto grandes transmigraciones de aquellas fuerzas excesivas que son trabajadas enérgicamente por los cerebros exaltados.

Al cabo acontece que el Medio espiritual se descarga de parte de las fuerzas estancadas, desembarazándose así de aquel penoso obstáculo que impide el progreso y perfeccionamiento del superior Espíritu.

VII

EL TRABAJO CONMUTADO

Repetimos que las fuerzas que se irradian para formar el superior organismo tienen que seguir el trabajo de intensificación, porque de lo contrario quedarían estancadas en la nueva escala de su organización.

¿Cómo trabajan estas fuerzas irradiadas de nuestros organismos? Ya lo sabemos. Se sirven de estos propios organismos como soportes de resistencia para seguir trabajando a la directa, o sea cara al soporte, así como nosotros trabajamos a la inversa apoyándonos en el soporte que nos ofrece el cuerpo material de resistencia.

¿Y de qué naturaleza es el trabajo que hacen las fuerzas irradiadas? Su trabajo se funda en nuestro propio trabajo. La iniciativa parte de nosotros. Si nosotros no trabajamos, los órganos de la Conciencia, la Voluntad, el Instinto, etc., no entran en función y no se promueven las corrientes concentrativas o centrípetas de las fuerzas irradiadas que constituyen el medio interno y graduado de cada uno de aquellos órganos.

Por ejemplo, nosotros hacemos un gran acopio de egoísmo. He aquí un estancamiento. En este caso hacemos trabajar a la Conciencia. Yo sólo y sólo Yo. Al punto se promueven las corrientes de fuerza irradiadas de la misma naturaleza y se concentran sobre aquel órgano o centro de la Voluntad.

Pero en esta exaltación de la Conciencia se estanca el flujo de la vida a expensas de otras funciones más elevadas.

El caudal de este flujo se halla más o menos regulado, pero tiene una medida determinada. Si se irradia o escapa por el órgano de la Conciencia la fluxión se debilita para los demás órganos, así como el agua de un canal dedicada para el riego de los campos, conforme la van utilizando los agricultores, el caudal en circulación disminuye.

Si el flujo se estanca en el Instinto, se acentúan las condensaciones sobre este órgano, y por la función opuesta se da trabajo a las fuerzas instintivas o irracionales de la escala espiritual del Planeta.

Lo mismo acontece con el órgano de la Inteligencia. Si este órgano trabaja, las ideas afluyen a la mente, y esto se debe a las corrientes concentrati-

vas del medio, únicas que pueden determinarlas, conforme ya es sabido.

Pero si hacemos trabajar a nuestra Razón, entonces el flujo de la Vida se irradia en sus tonos más altos. Se determinan a nuestra contemplación espiritual los Principios derivados de la Ley de Substancia, por los cuales debe regirse la conducta.

VIII

LAS MALAS PASIONES. LOS MALOS INSTINTOS.

Como la Vida del Planeta se halla en nuestra propia vida, y su Espíritu, en todos sus grados, sirve de medio a nuestra escala espiritual en todos sus términos, acontece que su Ley de perfeccionamiento se halla a la misma altura que nosotros. Su progreso depende de nuestro progreso, y esto es así porque en la Vida por Evolución a la inversa el progreso, o sea la intensificación de las fuerzas, empieza por las partes y no por el Todo.

Observemos que cuantos seres pueblan la Tierra ofrecen un conjunto inarmónico. Los inteligentes se hallan en relación de inmensa superioridad comparados con los inmensos rebaños de hombres que se hallan a la altura de los animales inferiores.

Agréguese a esto que todavía se encuentran pulu-

lando por desiertos, montañas y bosques innumerables manadas de animales feroces, y nos daremos cuenta del singular, extraño y heterogéneo conjunto que deben formar en el Espíritu del Planeta tan diversas y pluralizadas irradiaciones.

Considerada la vida de todos estos seres, la característica es de irracionalidad. El instinto predomina enormemente sobre la Inteligencia y las demás funciones del Espíritu.

Aquí empiezan los orígenes del Mal, tomando justificación y explicación la Ley de la Adversidad.

Efectivamente; el Espíritu del Planeta se halla profundamente accidentado, como que en él se halla el Alma de la Humanidad accidentada de igual modo.

La escala espiritual de aquel Ser superior no forma un acorde de armonía.

Las fuerzas irradiadas que la constituyen no siguen el curso bien derivado de la Evolución. Sobran fuerzas en unos términos y faltan en otros.

Las fuerzas que alcanzan sólo al grado de la conciencia predominan sobre todas las demás cuantitativamente. Las irradiaciones de las fuerzas irracionales o puramente instintivas se acumulan sobre sus términos de adaptación de un modo extraordinario, así como las de la Voluntad.

A este exceso corresponde inversamente el defecto de las fuerzas inteligentes irradiadas, hallándose casi desiertos los términos correspondientes a las fuerzas de la Razón.

Analícemos atentamente las perturbaciones que se producen por esta falta de ponderación así en

el Espíritu del Planeta como en el alma de cada uno de los seres humanos.

Si el flujo vital de nuestro organismo se paraliza por cualquier defecto orgánico en cualquiera de los términos inferiores de nuestra escala espiritual, o por ociosidad de los órganos más elevados, la función se estaciona en aquel órgano inferior en la forma que ya hemos explicado.

Las irradiaciones excesivas de la Conciencia (el Yo egoísta) se acentúan en dicho órgano y promueven una corriente de concentración en el medio espiritual del Planeta.

Hemos llegado al punto culminante de la cuestión. Como en aquel medio hay un gran acúmulo de fuerzas irradiadas del mismo grado, las corrientes excesivas predominan también sobre la fuerza de la Conciencia en irradiación.

De aquí salen todas las malas derivaciones que ofrece el individual egoísmo.

Con relación al órgano del Instinto, encontramos los mismos excesos. La irracionalidad predomina sobre la inteligencia. Nuestros impulsos instintivos se convierten en malos instintos. Ciertos hombres adquieren la ferocidad de los animales selváticos, como que sale de éstos y de sus fuerzas irradiadas aquel instinto feroz impropio de la personalidad humana.

Las atrocidades que se cometen en la guerra tienen este mismo origen. En la guerra se excitan los órganos del Instinto. Se promueven por tal causa fuertes irradiaciones internas que van acompañadas correlativamente de otras de concentración con el exceso que se produce por el acúmulo en el Medio.

Así es que los impulsos del instinto humano se traducen en actos propios del instinto de las fieras y no del humano instinto.

La solución se encuentra en que la fluxión de la Vida siga ordenadamente sus términos de intensificación y desarrollo para que la irradiación tenga lugar en los términos más elevados de la escala. De este modo la fluxión no se estanca en ningún término inferior; pero esto sólo puede aceptarse a título de bello ideal del Porvenir dentro de la Ley del perfeccionamiento.

Decimos esto porque hasta en el estancamiento de aquel flujo en la Inteligencia produce los más perniciosos resultados.

Si las guerras se promueven por tales hombres, estancados en aquel término de su escala espiritual, como no llegan hasta la Razón, prescinden de los Principios cualitativos del derecho y la Justicia, proclamando como Ley de conducta el derecho de la fuerza.

De todas suertes resulta siempre que la violencia y todos los males que padece la Humanidad provienen de los estancamientos de la propia Humanidad.

El giro universal de la Vida no puede interrumpirse. Las fuerzas aglomeradas tienen que salir de su inercia y seguir progresando, para que pueda cumplirse su superior destino.

La Ley de la Adversidad se funda en hechos que son inevitables. Si el Hombre pudiera ser perfecto desde su formación, no habría duda; pero esto no es posible.

De cuantos padecimientos, guerras y dolores su-

fre la Humanidad, a nadie puede culparse, porque tienen su raíz en el desenvolvimiento del propio espíritu humano.

Pero estos padecimientos tampoco son superfluos. Dando un giro producen el bien que se apetece para todos.

Hay que operar la intensificación del Espíritu humano tardío en su desenvolvimiento y progreso. ¿Quién realiza este trabajo? Las mismas fuerzas que se acumulan accidentando la escala espiritual del Planeta. Es preciso sacudir, violentar y descomponer lo mismo a las fuerzas naturales paralizadas en su curso que a las fuerzas espirituales estacionadas en su inercia. Los mismos hombres, excitados en sus pasiones de gloria, fanatismos patrióticos y religiosos, se encargan de imitar con sus guerras a los ciclones que se promueven en la Atmósfera por causas semejantes.



CAPITULO V

EL YO SUPERIOR

I

NUEVAS CONSIDERACIONES

Todo ya es explicable con la conquista de estas grandes verdades.

Cuantas energías actúan a la directa o centrípetamente sobre un cuerpo determinado al intensificarse por el trabajo que realizan, cambian el signo de su dirección y se irradian o bien se hacen centrífugas en relación con dicho cuerpo.

Ejemplo: La fuerza del Sol que ataca la superficie de un espejo se reversiona o intensifica a merced del choque. Así adquiere un nuevo grado de intensidad y otra Ley de adaptación al Medio.

Toda fuerza al irradiarse sale de un organismo para formar parte de otro superior.

La Atmósfera es un cuerpo vivo formando una

escala de menor a mayor intensidad, por cuyo fondo circula el flujo que acaba en el Yo superior del Planeta.

De este modo resulta que la Atmósfera es nuestro Medio superior inmediato desde que en ella respiramos hasta que en su Espíritu interno pensamos.

¿Cómo es que el Espíritu del Planeta, o sea nuestro Medio espiritual inmediato *no entra en comunicación* con nosotros, revelándonos bien ostensiblemente su existencia?

Se nos revela en todas sus manifestaciones. ¿No vemos cómo trabaja a diario? ¿Acaso somos nosotros los que preparamos y realizamos los movimientos del Planeta? ¿No vemos claramente patentizada en ellos una actividad superior a la nuestra? ¿No tiene convulsiones y *enfermedades* como nosotros? ¿No tiene horas de tempestad y horas de calma? ¿No causa pavor en el mar furioso? ¿Y no encanta cuando éste aparece dócil murmurando en las playas suavemente?

¿Y cómo es el Yo superior del Planeta? Como el Espíritu de la Humanidad. ¿No sentimos los hombres el sentimiento de una unión fraternal? ¿No se ve de un modo preciso la tendencia a la formación de una gran familia humana borrando las diferencias que nos separan? ¿Y por qué hay naciones diferentes? Porque geográficamente, o sea orgánicamente, hay también divisiones que se llaman fronteras. La perfección del Espíritu es paralela a la perfección del organismo. Los hombres no podrán formar una sola familia hasta que desaparezcan las fronteras que los dividen geográficamente. ¿Y quién ha de borrar estas fronteras?

El Planeta con la sierra de las lluvias y el finísimo taladro de la gota de agua. Cuando caiga la soberbia de las montañas caerá la soberbia de los hombres. Pero este es el término del ideal. El fin de la evolución terrena. El límite de esta serie de la Vida, la más espinosa de su giro universal. Irán poco a poco cayendo las cumbres de las sierras fronterizas a la vez que disminuirán las diferencias que separan a los hombres.

Alguien quisiera ver con las miradas al Espíritu del Planeta para convencerse de su existencia. Este será quien no sepa hacer buen uso de su entendimiento. ¿Acaso se ven con los ojos mortales las fuerzas del Espíritu? Ni aun el flúido eléctrico se deja ver por las miradas sensibles. Y, sin embargo, cierto es que la Electricidad existe.

Séparse de nuevo que si yo respiro y aquel otro respira y todos respiran, es porque hay un medio respirable... Séparse que si yo veo y ven aquellos otros y todos ven, los que tienen ojos... es porque hay un medio luminoso. Y séparse que si yo pienso y piensa aquel otro y todos los seres espirituales piensan... es porque hay un medio espiritual.

Y por lo mismo, si yo me muevo y aquel se mueve y todos se mueven, es porque hay un motor que es común a todos merced a un Medio que es de Voluntad universal.

¿Cómo se da a conocer el Yo superior del Planeta? Con las miradas del Entendimiento que miran hacia dentro. Así es, sólo, como pueden verse los espíritus. ¿No nos lo explicamos? ¿No nos convence con sus manifestaciones físicas? ¿No deduci-

mos la lógica de su existencia? Pues ya le vemos, porque *ver es conocer*.

II

REVELACIÓN SUPREMA

Demostrada la existencia del Ser, inmediatamente superior a nosotros en la realidad y ser del Planeta, observamos claramente que así como vivimos todos nosotros para él, vive también él para nosotros.

Observamos que, conjuntivamente, todas las manifestaciones que ofrecen uno u otro género de vitalidad al alcance de nuestros sentidos, se derivan de aquella vida superior y que rigurosamente, prescindiendo de nuestra influencia cooperativa, en tesis general, se impone la existencia del superior organismo.

La vida que particularmente nos atañe se halla reducida a muy limitados términos. Apenas si sale de la órbita de nuestras funciones puramente orgánicas o fisiológicas.

Cierto es que poseemos un impulso de *querer* que se traduce en actos volitivos; pero el conocimiento que ya poseemos de la Vida en general nos advierte que nuestro querer se halla solicitado por

fuerzas, unas que son internas y otras externas, para que realicemos actos cuya ejecución es precisa a fin de que pueda tener acción y desarrollo la vida del Planeta. Es decir, que las manifestaciones de nuestra vida no nos pertenecen exclusivamente; son acciones y actos de dicha vida superior, de los cuales nos hacemos cargo por nuestro modo de ser consciente hasta llegar a la creencia de que nos pertenecen en absoluto.

La verdad es que, dado la realidad y ser del Planeta, ¿qué manifestaciones habrían de ser las de su vida si no fuesen estas manifestaciones las mismas que se producen en el cuerpo del propio Planeta?

Todos los seres que pertenecen a la vida terrena son organismos de ejecución de aquella vida más alta; así como nuestros brazos y nuestras piernas nos sirven de miembros de movimiento y locomoción a fin de que pueda ejercer su actividad nuestra máquina orgánica.

La voluntad del Planeta, o impulso, más elevado que el nuestro, de su *querer*, se sirve de todas nuestras voluntades para traducirlo en actos volitivos.

Cuando hacemos una obra de arte, nos atribuimos sinceramente todo el mérito de aquel trabajo. No es así. Aquella es una manifestación artística del Espíritu superior que constituye la síntesis de nuestros espíritus.

El prodigio estriba en que aquella manifestación de arte no podría verificarse sin nuestro esfuerzo, y para que se verifique y trabajemos en tal sentido nos hallamos influídos por capacidades y predisposiciones de orden artístico, de cuyo individual patrimonio no podemos tampoco alabarnos, porque

no podemos prefijar las causas por las cuales nos vemos poseedores de aquellas facultades.

Si comemos es porque sentimos hambre. Si bebemos es porque nos acosa la sed. Si dormimos es porque nos rinde el sueño, etc., etc. ¿Qué queda virtualmente de nuestra exclusiva pertenencia? ¡Ah! hemos llegado al fondo del problema.

Nosotros sólo poseemos la libertad de la ejecución. Aquí nuestra facultad no tiene límites. Podemos emplear diversos procedimientos para realizar la voluntad del Planeta y hasta ponernos en pugna contra esta misma voluntad, interpretando de mala manera lo que aquel Ser superior exige de nosotros.

Sólo en este caso, obrando torcidamente, es cuando ejercemos nuestra voluntad omnímota.

Y esta es la cuestión. Como nosotros nos torcemos y separamos de aquellos más altos designios, el Ser superior y con él las Leyes universales intervienen para poner coto a los males que se derivan de nuestros desaciertos.

Para dar todavía mayor concreción a tan importantes problemas, hacemos constar que las manifestaciones de la Vida del Planeta pertenecen a varios órdenes, unas que dependen de la acción directa, para cuya ejecución no intervienen los demás seres, y otras que necesitan la cooperación de estos mismos seres, quienes se convierten en instrumentos ejecutivos de aquella superior Voluntad.

Ya lo hemos dicho otras veces, mas conviene que lo repitamos. El vientre del Planeta se halla en el mar, en el fuego central su corazón y en el fondo

de la Atmósfera su Espíritu. Así es que la Atmósfera es su cerebro.

Ya sabemos cómo se alimenta el corazón por las irradiaciones concentrativas procedentes de otros corazones, que son estrellas. Estas irradiaciones, al penetrar en el corazón terrestre, se intensifican y se producen los latidos o explosiones de aquella entraña central.

Para llevar a cumplido efecto esta función de su vida el Planeta necesita el auxilio que le prestan los grandes núcleos que llamamos Estrellas y que pertenecen a otros organismos todavía más elevados.

Merced a estas explosiones del corazón central se forma la red orgánica de la Atmósfera, como ya tenemos ampliamente estudiado en otros capítulos.

El cuerpo atmosférico modula constituido en conjunto por partes mínimas que son de aire en la superficie donde se encuentra la red cerebral de la resistencia para producir en el fondo toda la escala del Espíritu, desde el Yo (conciencia elemental) hasta la más alta facultad directriz que se halla en la Razón.

De propósito hemos dejado las funciones *digestivas* para ocuparnos de ellas en último lugar. ¿Dónde se realizan estas funciones? Ya lo hemos dicho: en el mar, que es el vientre del Planeta.

El mar se encarga de triturar los alimentos que sin cesar afluyen al mismo conducidos por los ríos. El caso es reducir a la Materia a su mínima resistencia, descomponiéndola a golpes violentísimos, por medio de grandes marejadas, hasta reducirla a

dimensiones proporcionadas de modo que puedan entrar en mayor reducción merced a suaves vaivenes de giro constante, porque cada resistencia y cada rebeldía tienen su golpe y su domador apropiados.

Así es como en el vientre del Planeta se hace la digestión de los alimentos y se consigue que la Materia llegue a su parte mínima radiante que seña-

lamos con el signo $\frac{\varphi}{\text{I}}$

En semejante caso, esta parte radiativa ya entra en actividad y asciende como un flujo vital en forma de vapores para caer sobre la Tierra y servir de alimento a todos los seres que la pueblan, conforme ya tenemos también explicado.

Y no se olvide que el agua que sale del mar y se evapora se halla constituida por aluviones de aquellas partes radiantes que el vientre del Planeta ha digerido o trabajado y reducido.

En la realización de estas funciones no interviene para nada nuestra Voluntad. Todo se lleva a cabo sin nuestro consentimiento; pero tales funciones son las más elementales de la Vida del Planeta.

Las funciones del Espíritu ya no puede realizarlas el Planeta por sí solo. Necesita la cooperación de todos los demás seres cuya libertad de acción se halla en razón directa con la mayor o menor elevación de la escala de su espíritu.

En definitiva acontece que la sensibilidad perteneciente a la vida del Planeta se pone de manifiesto en todos los seres que gozan de sensibilidad. La conciencia en cuantos se revelan de un modo más

o menos consciente, y las funciones más altas de su espíritu en los seres humanos, en quienes se ponen de manifiesto las funciones de la más alta espiritualidad.

Para nosotros la Vida del Planeta se revela de tres modos: Sin nuestro consentimiento, contando con él a medias, y con nuestro consentimiento total.

En el primer caso se hallan todas aquellas funciones que primeramente hemos descrito y que pertenecen a las funciones orgánicas del Planeta. En el segundo se comprenden todas nuestras acciones de puro orden fisiológico que nos son sugeridas por nuestras necesidades orgánicas, y en el tercer caso se encuentran todas las manifestaciones de nuestra idealidad.

III

LA VERDAD A FONDO

Por grande que sea el asombro que produzcan los hechos que acabamos de investigar, no se salen, sin embargo, ni un punto de la Verdad trascendental que los motiva.

Dirán algunos: Si no reside en nosotros mismos el motor espontáneo por el cual se producen nuestros movimientos; si las ideas concretas que conce-

bimos nos son sugeridas; si no nos pertenecen, virtualmente, las bellas creaciones artísticas que son nuestro encanto y vanagloria; si es la Vida del Planeta la que producimos y no la nuestra, ¿no queda así destruída la personalidad humana?

No, no queda destruída. Al contrario, se eleva. Gana de signo, porque se descarta de falsos adornos y portentos. Depurar la Verdad no es destruirla, es realzarla.

¿Qué creía el Hombre? ¿Que era el rey de la Creación? ¿Que Dios solo le superaba en grandeza? Ya era preciso que cayeran tan falsos preceptos.

Entre Dios y el Hombre media mucha distancia, y son muchos los seres intermediadores que hacen transitiva y armónica la inmensa diferencial.

Creía que cada Hombre poseía un motor virtual por separado, con una Voluntad que no tenía ningún rescripto y con un Espíritu independiente... Y así es como se rodeaba de sombras, y en vez de engrandecerse se desvinculaba de su verdadera grandeza, convirtiéndose en un pobre gusano, al disociarse mentalmente del universal concurso, que hace divinos a todos los seres grandes y pequeños que constituyen la vasta urdimbre de la Vida en común. Divinos, sí, porque todos se derivan de Dios y vuelven a Dios.

Y es que no recapacita nada el Hombre. La vanidad de la sabiduría ciega a los más inteligentes.

Si recapacitara, ya hubiera advertido que no es posible, ni física, ni metafísicamente, que exista máquina alguna que pueda tomar movimiento, como no sea a merced de dos fuerzas de contrario im-

pulso, una activa y otra pasiva, las cuales necesariamente tienen que derivarse de orígenes opuestos.

Hubiera caído en la cuenta de que no es posible que una fuerza viva se derive del soporte mismo que le ha de ofrecer resistencia para poder entrar en movimiento.

Hacemos un muñeco mecánico, un autómeta. Le damos cuerda y el muñeco marcha por sus pasos contados imitando al Hombre; pero se le acaba la marcha y cesa en su movimiento, quedando inerte.

¿Por qué anda cuando tiene cuerda? Porque actúa sobre él la fuerza viva de que se halla dotado accidentalmente. ¿Y de dónde procede esa fuerza? De origen opuesto que no reside ni puede residir virtualmente en el muñeco. ¿Y cuándo podría decirse que se hallaba poseído de un motor espontáneo? Cuando él mismo, andando, se diese cuerda para que nunca se le acabase.

He aquí señalado el absurdo, porque si así fuera la Materia se animaría por sí sola. Todo saldría del Polo negativo del Universo y sobraría el positivo.

Trasladando estas mismas consideraciones a la máquina humana, nos encontramos con la misma absurdidad. Si la fuerza motriz causa de nuestros movimientos se derivase de nuestro organismo de resistencia, ¿cómo podría éste ofrecerse como soporte para que actuase una fuerza que de él mismo procedía, siendo así que la materia se halla en eterna oposición con toda energía que tienda a *entrar en materia?*

Es indudable, pues, que la fuerza motriz que nos anima se halla fuera y no dentro de nosotros, y que

para actuar tiene que apoyarse en el cuerpo de resistencia que le ofrecemos, y así es física y racionalmente como puede operarse el movimiento de nuestra máquina.

Pero aquí notamos que estos movimientos tienen una regla, una pauta, un régimen, subordinados a nuestro querer, hecha la salvedad de que algunos se operan maquinalmente.

Y también observamos que nosotros podemos querer una cosa sin ejecutarla, lo cual prueba evidentemente que nosotros iniciamos el impulso del acto volitivo y que nuestro querer unido a la fuerza motriz que se halla fuera de nosotros, lo convierte en hechos prácticos o determinados.

Queremos levantar un peso mayor que el que corresponde a nuestras fuerzas, y no conseguimos nuestro propósito. ¿Por qué razón? No por nuestro querer ni por la fuerza ejecutriz, sino porque nuestros músculos, nuestros tendones, nuestra máquina, en fin, no ofrece la debida resistencia en relación con la fuerza viva que es necesaria para que ceda la inercia de aquel peso.

Sin embargo, nos ejercitamos, comenzando por levantar otros cuerpos de peso progresivamente mayor, y transcurrido algún tiempo notamos que ya podemos levantar aquel otro cuerpo cuya pesantez excedería a nuestros primeros esfuerzos.

¿Cuál es ahora la causa? Que con el ejercicio nuestro soporte orgánico se ha hecho más resistente. Se han desarrollado nuestros músculos. Se han endurecido nuestros tendones.

Estas son las únicas variantes, porque nuestro querer no ha variado y la fuerza motriz siempre

se halla subordinada a nuestro querer y aumenta o disminuye en relación proporcional directa con el mayor o menor peso cuya inercia tratamos de superar.

Por este hecho de que no resida en nosotros la fuerza espontáneamente motriz, todavía acrece el prestigio de la personalidad humana, porque revela que ésta se halla vinculada con existencias de superior categoría.

Para determinar con la mayor exactitud posible la intervención que tiene el Hombre como ser individual en las manifestaciones que corresponden a la vida del Planeta, debemos empezar por los hechos más elementales, por los fenómenos magnéticos.

Construimos una dínamo y provocamos una fuerte irradiación de fuerza viva por medio del frotamiento.

Ya sabemos que a toda irradiación de fuerza corresponde otra en sentido inverso de las fuerzas ya irradiadas en el Medio.

Con la función centrífuga, ¿qué conseguimos? Una función centrípeta coordinada a la inversa; una corriente magnética que actúa cara al soporte, así como la función centrífuga actúa sobre el soporte.

He aquí, pues, en la fuerza magnética, que acaba por ser eléctrica, como ya demostramos ampliamente en el oportuno capítulo, una manifestación clara y precisa de la Vida del Planeta suscitada por nosotros.

Aquí no hay que andarse con misterios ni ambigüedades. Aquella manifestación procede de in-

terno origen. De una vida que hasta ahora hemos creído oculta.

He aquí, pues, lo que nosotros somos en relación con esa misma vida: Dínamos.

Toda la escala orgánica de nuestras fuerzas se encuentra en disposición de promover los mismos fenómenos de irradiación individual y concentración del Medio en dos corrientes opuestas, a semejanza de la producción de los fenómenos magnéticos, pero en grados distintos y con fuerzas de diferentes modos de ser desde la Naturaleza al Espíritu.

Nuestro querer es un impulso que provoca una irradiación de fuerza volitiva. Ya está en función la dínamo. Al punto se genera la corriente contraria, la cual se desliza por los cables de transmisión de que se halla dotada nuestra máquina, y el movimiento se realiza casi simultáneamente y en el sentido que se insinúa por nuestro querer.

He aquí otra manifestación de la Vida superior del Planeta; pero ¿cómo se realiza? Con nuestra intervención precisa. Primero por el impulso de nuestro querer y segundo por el cuerpo de resistencia que ofrecemos para que aquel movimiento pueda verificarse.

¿Queremos pensar? Hacemos girar la dínamo del pensamiento y de nuevo se genera la corriente de interno origen y se producen las ideas que acuden a nuestro cerebro.

¿Queremos pensar más hondamente? Hay que llevar a cabo desdoblamientos de las partes mínimas de nuestro cerebro, cada una de las cuales es una microscópica dínamo. Se produce con el conjunto

de todas ellas una irradiación que penetra más hondamente en el Medio y se genera de nuevo la corriente concentrativa con ideas más hondas, conforme era nuestro deseo.

Y estas son también manifestaciones de la vida del Planeta, pudiendo ahora ver con claridad prístina la intervención que nosotros tenemos en la producción de dichas manifestaciones.

Lo sublime del caso es que esas fuerzas irradiadas que dan hoy constitución a la escala espiritual del Planeta son las mismas que ayer salieron de cuantos seres vivieron antes que nosotros. Así es que la producción e intensificación del Espíritu del Planeta sale de nosotros mismos.

Hoy nuestra fuerza espiritual se irradia y se adapta a la escala espiritual del Planeta, no olvidando nunca que a su vez esta escala tiene más o menos perfecta adaptación a la Gran Escala del Medio universal productora de todos los fenómenos de forma y movimiento, que así afectan a los seres superiores como a los más inferiores. ¿Y qué sucede mañana?

Sucede que nuestra propia fuerza, así como en el transcurso de nuestra vida actuaba en forma radiativa, actúa luego en forma concentrativa. Los términos se invierten. Las ideas que nos han sido reveladas hoy son transmitidas mañana a otros cerebros, y se forma el círculo que hace posible el progreso de todos a merced de la intensificación de todas las fuerzas.

El misterio de la Muerte queda así desvanecido. Nosotros vivimos de dos maneras: Cuando nos desenvolvemos encerrados en un organismo individual

de resistencia orgánica y cuando constituimos directamente una de las partes sintéticas de la Vida interna del Planeta. Así es que la Muerte no es más que un cambio de postura. Un giro que favorece siempre al que deja de pertenecer a la lista de los vivos.

El resultado es que las ideas, sin pertenecer nunca exclusivamente al patrimonio espiritual del Hombre, van girando y progresando, siendo siempre el cerebro humano el taller donde trabajan y se intensifican.

Trabajando al pensamiento es como giran y se desenvuelven las minúsculas dínamos de nuestro cerebro. Si el Hombre es poco pensador el trabajo es menos activo y las ideas concretas que recibe del movimiento contrario no son muy intensas.

Y estas fuerzas irradiadas en el Medio, al acudir al cerebro circundando a dichas dínamos de un modo parecido al que ofrecen las corrientes magnéticas provocadas por los electroimanes, se intensifican también, adaptándose luego a términos más elevados en relación con los que ocupa antes de llevar aquel trabajo de intensificación.

Y se establecen dos trabajos correlativos, que vienen a tener una resultante común.

Por nuestra facultad de conocer a las fuerzas de la misma naturaleza consciente nos poseemos de las ideas concretas que recibimos, y estas mismas ideas recogidas en las páginas de los libros nos sirven para llevar a cabo nuestro trabajo mental, orientándolo con relaciones y comparaciones que establecemos con las ideas adquiridas por otros cerebros y recogidas en dichos libros, y a la vez damos

intensificación progresiva a las fuerzas irradiadas merced a las excitaciones de nuestro trabajo, que resulta también progresivo por aquellas causas de recíproca influencia.

¿Se comprende bien esto? Muere un sabio y deja escritas sus ideas, que contienen muchas verdades, pero también no pocos errores. ¿Cómo se habrían de desvanecer estos errores para que la Verdad se depure, si aquel sabio, con su fuerza espiritual, no siguiera trabajando con objeto de intensificar su espíritu despojándolo progresivamente de tales imperfecciones?

La Ley del progreso no pertenece a la Vida terrena. Las ideas se intensifican en la Vida interna del Planeta y en la Escala de su Espíritu; pero estas ideas se transmiten a nuestros cerebros en la forma que ya hemos indicado, también progresivamente, y los libros se van enriqueciendo con verdades cada vez más intensas y profundas, por donde resulta que en los libros se va testimoniando el progreso que va adquiriendo aquel superior Espíritu.

Nuestra misión, en suma, consiste en aguijonear y estimular a las fuerzas espirituales que se irradian, ofreciéndoles nuestros organismos de resistencia para que puedan proseguir su labor de ultratumba, intensificándose progresivamente, lo mismo que harán con nosotros mañana, cuando hayamos dejado la mortal vestidura, los pensadores que nos supervivan.

Esta correlación de fuerzas, las que se irradian y se encuentran pertenecientes al individuo y al Medio, participa de una reciprocidad inquebrantable y explica la causa por la cual tardan tanto en

salir los inmensos rebaños de hombres inferiores de su humanidad de bajo nivel.

Si el Hombre no pone en ejercicio su facultad de pensar, si no estudia ni agita su cerebro, tampoco recibe ideas que eleven su mentalidad. Este es un hombre estancado. No actuando la dínamo espiritual no se produce aquel trabajo recíproco.

La fuerza que se irradia de tales individuos queda al través de la Muerte adaptada a los términos más inferiores de la Escala espiritual del Planeta, y se estanca también en aquellos términos, porque no hay cerebro superior que la trabaje entre los supervivientes de aquel rebaño de hombres inferiores, siempre teniendo en cuenta que las fuerzas de impulsos opuestos que se asocian para llevar a cabo la labor progresiva que da intensificación al Espíritu son siempre del mismo grado.

Las fuerzas irradiadas de los hombres de aquella inferioridad sólo pueden salir de su estancamiento en los términos del Medio donde se estancan, merced a otras fuerzas del mismo grado o que pertenecen a individuos igualmente atrasados o de la misma especie.

Para intensificarlas es preciso que aquí, en la vida terrena, estos individuos salgan de su pasividad, hostigados por causas de orden excepcional, como la influencia que sobre ellos pueda ejercer la oleada civilizadora de otros pueblos, o la revolución, o cualquiera otro de los Principios alterantes que sacuden la pesada inercia de los espíritus.

En este caso los cerebros ya se exaltan. Las almas se agitan y empiezan a funcionar las minúsculas dínamos cuya fuerza de irradiación promueve

las corrientes que alteran también el equilibrio de las fuerzas estancadas en la escala espiritual del Planeta, para que entren en acción y movimiento y puedan proseguir su trabajo de intensificación.

Con el conocimiento de estos hechos ya se ve la realidad que debemos atribuir al Ser superior que nos sirve de estudio.

Hasta ahora se hablaba del Espíritu de la Humanidad en concepto de puro subjetivismo, como si no existiera semejante Espíritu en la realidad o como si no tuviera un Yo tan personal como el nuestro; pero he aquí que por tales hechos venimos en conocimiento de que positivamente la Humanidad tiene un Espíritu y que éste es el del Planeta.

Y toda la vida de este Ser superior al través de los siglos es la misma que se consigna en la Historia de todos los pueblos, Historia que nos hemos atribuído exclusivamente.

¿Cómo ha podido producirse tan extraordinario espejismo? También esto se explica.

Real y objetivamente, el Espíritu del Planeta actúa desde el fondo interno o de ultratumba, donde no le alcanzan a ver nuestras miradas; pero su vida se exterioriza en el Mundo donde nosotros vivimos, y somos nosotros los encargados de producirla bajo esta fuerza exterior y de estampar las ideas de aquel Espíritu en los libros y de consignar sus hechos en la Historia, creyendo que estampamos nuestras ideas y que consignamos los hechos que sólo a nosotros pertenecen.

El gran prodigio estriba en que pareciendo que hay dos géneros distintos de vida, la que nos afec-

ta a nosotros y la que corresponde al Planeta, no hay más que un género de vida en común, con dos funciones, la directa para el Planeta y la inversa para nosotros; pero como acontece que la vida inversa de hoy es la directa de mañana y que las mismas fuerzas que ahora se irradian son las que luego se encuentran, del círculo de dicha vida en común no se sale, y así es como podemos afirmar que no hay más que una vida en síntesis pluralizada en mil hechos diversos.

Y agrandando esta misma idea, venimos a una síntesis todavía más alta. Todos los seres, flores, gusanos, hombres, mundos, soles y estrellas, son manifestaciones diversas de la Vida de un Ser Único, llámese Dios o Radio Máximo del Universo.

IV

LA VERDAD SENCILLA

En la organización del sistema de verdades que exponemos nos hemos visto precisados a seguir la inexorable Ley que nos condena al giro por desenvolvimiento de la Vida en este ciclo inverso a que pertenecemos, y cuyo movimiento va siempre en demanda de lo más sencillo a partir de lo más complejo, o, lo que es lo mismo, tiende a los Principios de origen, que son también los más elementales.

Y la Verdad simplificada, por lo que se refiere a la Vida del Planeta en relación con la nuestra y sobre ella fundamentada con mutua subordinación, no puede ser más sencilla y comprensible.

De hecho apreciamos, por cuantos elementos de convicción nos allega la experiencia, que pueblan la superficie de la Tierra multitud de seres separados por divergencias y antítesis más o menos pronunciadas.

La Lógica más elemental nos induce a pensar que estos organismos o máquinas vivientes de tan diversa índole tienen que ser partes constitutivas de otro organismo, o anda todo suelto y desgranado en el Universo; y aun más todavía, que hay elementos orgánicos de imperfecta naturaleza teniendo cada uno su órbita de acción por separado y empezando y acabando en ellos la Ley de su origen y desarrollo.

Al punto se advierte que semejante conclusión nos conduce a la negación de la Lógica, y que por lo tanto debemos rechazarla como absurda.

Pero bien; ¿dónde se halla el todo compuesto de tales organismos? ¿Dónde reside el Alma superior de aquellas almas separadas entre sí por las barreras infranqueables de los cuerpos distintos y las organizaciones diferentes? ¿Dónde se reúnen las vidas dispersas para formar otra en común?

Ahora, con los conocimientos previos que hemos adquirido, todos podemos dar satisfacción cumplida a tales interrogaciones sin que sea preciso que seamos grandes filósofos.

¿Cuáles son los elementos de vida que hacen imposible, aquí en la Tierra, la composición del Todo

conjuntivo que comprenda a los organismos separados entre sí? ¿Dónde están las barreras que separan a las almas, impidiendo que éstas se junten para formar la síntesis necesaria? ¡Ah! ¡Y cómo se inicia la respuesta en todos los pensamientos!

Los cuerpos diferentes son los que hacen imposible la reunión de las almas en otro común organismo. ¿Qué manda la Lógica? ¿Qué pide la Razón? Que desaparezcan los cuerpos. Esto es innegable. Y al punto se observa cuán grande y soberana es la función que realiza la Muerte, porque sin ella el obstáculo no desaparecería, y las almas que anhelan darse el abrazo de unión serían esclavas de la Materia encarceladas en los cuerpos de resistencia que las retienen.

Pero los cuerpos caen, por el golpe que reciben de la Muerte, y las fuerzas espirituales, irradiándose, recobran su libertad. Ya pueden unirse. Ya pueden formar la síntesis superior. ¿Y adónde van? A constituir la escala orgánica común. Al cerebro de todos. A la escala espiritual de la Vida del Planeta. Ya está formada la síntesis de todas las almas que aquí en la Tierra se ven separadas entre sí por la desunión de los cuerpos.

Pero aquí no acaba la Verdad sencilla y comprensible.

No se irradian nuestros espíritus después de la Muerte, que si de algo peca es de generosa, para desvincularse de los otros espíritus que encarnados quedan en la Tierra, aguardando también su hora; por el contrario, la libertad no separa a los seres: los une. Se irradian y desprenden de las mortales vestiduras a fin de convivir con las almas que aun

siguen encarnadas, animando los cuerpos y dando ideas a los cerebros, desde el nuevo y menos cruel estado que el Destino les depara.

Y esto ha de ser así por la razón de alta valía filosófica de que la síntesis no va separada nunca de la antítesis, aunque ambas pertenezcan a términos de acción que son opuestos.

Y he aquí explicado por qué el Espíritu de la Humanidad es también el Espíritu del Planeta, con dos géneros de vida en común, una que es antitética (función inversa) y otra que es sintética (función directa).

A esta nueva luz vemos plenamente confirmadas las ideas cuyo primer alumbramiento quedó apuntado en otro capítulo.

Vemos que la Vida sintética es vida de perfeccionamiento, así como la antitética lo es de imperfección.

Y con efecto; para perfeccionarse, las almas tienen que desencarnarse, y para eso hace su oficio la Muerte. Allí, en el gran cerebro del Planeta y en la Vida sintética se intensifican y progresan, despojándose de las lagunas y errores que se adquieren en la Vida terrena.

¿Y cómo? Merced al impulso que reciben por las exaltaciones, que son la característica de cuantos seres pertenecen a esta propia vida terrena.

Los espíritus no se perfeccionan sólo pasando al través de la Muerte. No es éste el crisol donde se depuran. Van a la vida sintética con sus defectos. ¿Y cómo se despojan de ellos? Trabajando sobre los yunques de resistencia que aquí en la Tierra les ofrecemos. En nuestros cuerpos, fatigas y dolores,

se halla el crisol depurativo. Un dolor nuestro es una perfección suya; pero mañana seremos nosotros lo que hoy son ellos y obtendremos la justa compensación trabajando sobre otros yunques en la misma forma.



LIBRO DECIMOTERCERO



CIRCULO UNIVERSAL DE LA VIDA

CAPITULO VI

**FUNCION CIRCULAR DE LA VIDA ANTITE-
TICA EN RELACION CON LA SINTETICA**

I

LA VIDA INTERNA

No olvidemos la necesidad total de que la Substancia que se condensa en Materia, por el giro *en sí* de inversión, ha de volver a su origen de fuerza de máxima intensidad por el giro contrario de reversión o desdoblamiento.

Aquí se ve que los fenómenos de la irradiación de las fuerzas individuales no pueden tener esa

finalidad única de separarlas para siempre del curso de la vida orgánica, porque en tal caso ya no podrían seguir el camino total que deben recorrer y que se halla, según dijimos, en su completo giro de reversión.

Quedarían muchas fuerzas eternamente estancadas, pertenecientes unas a la Naturaleza, otras al Medio luminoso y otras a la región del Espíritu.

¿Cómo se allana esta que, al parecer, es una dificultad y resulta, sin embargo, otra de las grandes perfecciones y bellezas que atesora el Universo?

Se allana por la concurrencia cooperativa que prestan a la Vida en general.

Recibe la denominación de vida interna o sintética porque nace después que caen los cuerpos pertenecientes a la otra modalidad que calificamos de vida externa o antitética.

También se advierte con facilidad que estas fuerzas irradiadas han de tener un fin y han de cumplir con un objeto, adicionado a la Ley de necesidad en que se halla fundada su existencia, atendido a que no hay necesidad tampoco sin motivo justificado.

La determinación, sintetizada en el Yo particular de cada ser, se debe a la constitución orgánica que tiene cada uno de ellos. Se descompone el organismo y las fuerzas que componían su esencia o flujo vital se irradian en serie, tomando adaptación armónica en la escala que ofrece el Medio. Esto ya es sabido; pero la nueva determinación se establece por las limitaciones moduladas que halla cada serie de irradiaciones en el propio Medio. Este sólo casa

a las fuerzas que son congéneres o que pertenecen a un mismo ángulo de modulación.

Son tales las diferencias que se establecen en la vida orgánica, en el modo de ser modulado, de la Substancia, que las determinaciones, en la vida de ultratumba, tienen que ser también muy numerosas. Tan variadas como son aquellas substancias y aquellas diferencias.

Ocurre aquí otro hecho. A medida que las fuerzas irradiadas son de mayor elevación, dichas diferencias disminuyen. Las determinaciones se hacen cada vez más sintéticas porque son menos individuales.

Esto depende de que también en la Vida orgánica hay seres inferiores y superiores. Hay más plantas que gusanos. Hay más gusanos que hombres. Hay más hombres que Mundos. Hay más Mundos que Estrellas.

Las fuerzas que se irradian de estos seres constituyen, al adaptarse al Medio, y recobrar su cohesión, grandes series moduladas, con la tendencia a que se borren las diferencias que las separan y que son objeto de la determinación individual.

Así es como se va aproximando la Vida, por el giro de reversión de la Substancia, al gran Principio de origen donde ya no cabe ninguna diferencia.

Por manera que ya está especificado, en parte, el objeto de la Vida de ultratumba. La labor consiste en llevar a cabo grandes síntesis con las irradiaciones que se derivan de la Vida orgánica, síntesis que elevan sus exponentes a medida que aquellas irradiaciones también se elevan como derivadas de seres más superiores.

¿Dónde se halla el Bien Supremo? En el Bien de todos. ¿Y la máxima Felicidad? En la común felicidad. ¿Y la Justicia perfecta? En la Equidad universal.

Así resulta que el Bien se halla en razón inversa con las innúmeras determinaciones de los variados seres que pertenecen a la Vida orgánica. A mayor Felicidad, menor individualidad.

II

RECIPROCIDAD DE FUNCIONES

Bien impuestos de las verdades anteriores, se nos ocurre preguntar: La Vida que poseemos se halla en irradiación constante, desde que empezó a ser vida. ¿Adónde fueron estas irradiaciones? ¿Cuál fué su destino? Se hallan depositadas en nuestro organismo como esencias que no se exhalan hasta que perece este organismo, formando el caudal de nuestro Espíritu.

He aquí una nueva cuestión que es necesario dilucidar para que acrisolemos nuestros conocimientos.

Si las fuerzas en irradiación no abandonaran al cuerpo que las contiene, no podrían irradiarse. Irradiación quiere decir libertad. Paso libre que con-

duce desde el individuo al Medio. Pero al irradiarse, ¿se deslizan por completo de nosotros? Este es el *quid divinum* de la cuestión. No se desligan; giran cambiando de signo. Explicaremos esto detenidamente.

Ya sabemos, porque lo hemos repetido prolijamente, que toda fuerza en irradiación correspondiente a un cuerpo determinado promueve otra de concentración en el Medio. Pues bien; estas mismas fuerzas que de nuestro ser se irradian son las que después de irradiadas actúan sobre nuestro ser en función contraria.

Vuelven a nuestro ser para intensificarse a merced del trabajo que realizan, y sin salir del Medio ocupan luego en él un término que ya es más elevado o interno.

Este es el giro prodigioso de las fuerzas que nos animan. Salen de nosotros para ir al Medio y vuelven a nosotros, constituyéndose de este modo las dos funciones que son precisas, la directa y la inversa.

Así, girando, desde que tenemos vida se forma el círculo de nuestra esencia vital, acaudalándose progresivamente por las corrientes nuevas que de nuestro organismo salen cada día.

Pero estas ideas tienen que concretarse para que penetren bien en el Entendimiento, cosa que no es muy fácil porque son muy sencillas y la sencillez no favorece a la comprensión humana.

Cada fuerza puede adaptarse al Medio sin invadir la plaza que ocupa otra, por el motivo de que no hay nunca dos fuerzas iguales, y sea cual fuere la diferencia gradual que las separe, nunca llegan

a la sucesión por continuidad perteneciente a la Escala del Medio generada por Evolución directa, no olvidando, en este caso, ni en ningún otro, que la sucesión por Evolución inversa ya no es continua, sino contigua, o sea por términos armónicos que se van multiplicando por dos sucesivamente.

Con esto queremos decir que las fuerzas que se irradian de un ser, nunca se confunden ni mezclan con las de otro. Entonces, ¿cómo dijimos no ha mucho, que se sintetizan en la Vida interna? Y lo repetimos ahora, porque una cosa es que se sintetizan y otra que se confundan.

La síntesis de las fuerzas irradiadas procedentes de cuerpos diferentes, se asocian cuando pueden establecer aquella sucesión por contigüidad para llevar a cabo su enlace. La serie se impone en todos los casos de acción y desarrollo de la Vida.

Por esta causa el círculo animado no es siempre el mismo. Las fuerzas que se irradian al cambiar de signo y actuar sobre nosotros ya se hallan asociadas a otras fuerzas sintéticamente. El Trabajo se hace así solidario. Nuestro impulso no sólo acciona para el giro de nuestra vida, pero también para dar intensificación a la vida ajena.

Debe comprenderse que si nuestras fuerzas en irradiación se limitasen a girar sin salir nunca de nosotros, de uno a otro polo, positivo y negativo, ni recibir ninguna otra influencia, el círculo animado no progresaría. Sólo aumentaría de caudal. La mente no elevaría sus juicios. El Espíritu no se intensificaría.

Precisamente, esto es lo que acontece con esos rebaños de hombres inferiores que se suceden de

generación en generación sin cambiar de modo de ser espiritual. ¿Por qué causa? Porque no trabajan mentalmente. No estudian. No comparan. No relacionan. No sacudén la inercia de su espíritu.

Aquellos círculos de vida son los que no progresan. Se estancan sin salir de su pasividad.

Pero a uno cualquiera de aquellos hombres inferiores se le pone en condiciones de trabajo mental. Se le educa, obligándole a que haga gimnasia espiritual, y el círculo de su vida ya progresa. Y ahora, ¿cuál es la razón? La que antes adujimos.

Al dar mayor exaltación a la mente, se promueve otra exaltación del mismo grado en las fuerzas irradiadas que ya no son las mismas que antes se irradiaron del propio individuo, sino de otras fuerzas que con aquéllas se sintetizaron por sucesión armónica de contigüidad y que son más intensas y por consiguiente más exquisitas o elevadas.

Por semejantes hechos resulta que salen favorecidas ambas fuerzas, las de la Vida antitética y las de la Vida sintética. Esta elevando o exaltando sus impulsos y aquélla dando determinaciones positivas a la ideación promovida por tales impulsos.

Y esas fuerzas elevadas que se asocian, por síntesis, a las que se irradian para formar los círculos animados que dan actividad a la Vida, ¿de dónde proceden? ¿Se desintegran de otros círculos accidentalmente?

No. Los círculos de la Vida que tienen soporte orgánico material, o mejor dicho, que constituyen el caudal ordinario de los seres terrenales, no se asocian ni mezclan ni confunden entre sí. Permanecen individualmente separados. Cada ser forma

un círculo que tiene sus dos polos de acción y desenvolvimiento, sin invadir la jurisdicción ajena: el negativo, que pertenece a la Vida antitética, y el positivo, que corresponde a la Vida sintética.

Las fuerzas del Medio que se asocian a estos círculos son independientes. Pertenecen a los seres cuyos organismos materiales cayeron en la vida terrena. Son libres porque sólo dependen del polo positivo.

Por esta misma causa pueden circular por el Medio que es su esfera de acción, dentro, como es consiguiente, del término equivalente a su grado. Así es que pueden asociarse a los círculos que dan animación a dichos seres terrenales y apoyarse en un organismo para seguir trabajando, siempre que haya impulso que solicite la cooperación de su trabajo.

Esta última aseveración es demostrable. Los animales inferiores no progresan a causa de que no pueden promoverse en sus almas, también de grado inferior, estas excitaciones o impulsos. No se les puede someter a ninguna forma de educación que les haga pensar ni excitar su cerebro, y si la dínamo espiritual no gira, la corriente contraria centrípeta o magnética, también del mismo grado espiritual, no se deriva del Medio y el progreso no se produce.

De manera que, ciñéndonos a la vida humana, ya podemos afirmar que se halla encerrada en un círculo que gira sobre dos polos de acción, uno que tiene su soporte en el organismo material perteneciente a la Vida antitética y otro que se apoya en la Escala del Medio, donde se desenvuelve la Vida sintética.

Según el giro que se dé a este círculo, así se obtiene la intensificación de las fuerzas que lo integran. Si el Círculo no gira la intensificación no se produce y la Vida se estanca, como sucede en el ejemplo que hemos citado de los animales inferiores.

III

HECHOS EXPERIMENTALES

Cogemos la pluma para dar desarrollo a nuestras ideas a fin de hacer más elevadas nuestras investigaciones. Hacemos trabajar a la mente. Ya hemos puesto en función nuestra dínamo cerebral.

Al punto se pone en movimiento el círculo que nos enlaza a la vida interna o sintética y se generan las corrientes de acción contraria que se corresponden en relación proporcional con el grado de intensidad que adquiera nuestro trabajo mental.

Si este trabajo es de orden superior a causa de que nuestros impulsos se han elevado mucho por esfuerzos anteriores, también son elevadas las energías espirituales que acuden a nuestra dínamo magnéticamente para hacernos la revelación de las ideas superiores que ellos poseen.

Estas ideas pueden ser erróneas, sin embargo.

El error acompaña siempre en grado mayor o menor a la verdad relativa. La Verdad máxima sólo Dios la posee; pero el caso es que de este modo nos aproximamos por medio de intensificaciones y progresos sucesivos a esa Verdad máxima, de donde toma base la Ley del perfeccionamiento.

Pero al intensificarse por el trabajo mutuo aquellas fuerzas que se asocian accidentalmente a nuestro círculo de acción y vida, suben de grado también todos los términos que constituyen la serie modulada componente del propio círculo.

Luego nosotros retenemos, conforme ya hemos dicho en otro lugar, en libros y formas mil diversas, aquellas ideas que recibimos, y éstas sirven de estímulo a otros espíritus para que exalten y hagan girar la dínamo espiritual de sus respectivos cerebros, y así es como se produce el general impulso y el común progreso de todas las fuerzas que accionan y se desenvuelven en la Vida sintética con representación histórica y presente en la Vida antitética.

Y si el que exalta su imaginación es un artista, también son del mismo género las ideas que recibe puestas de manifiesto en cuadros, bronces, libros y pentagramas.

¿Por qué razón, sin embargo, el resultado no acompaña al esfuerzo en muchas ocasiones? Nosotros exaltamos nuestro cerebro sin fruto alguno en muchas ocasiones, y en otras con menor esfuerzo mental logramos alcanzar éxitos más elevados.

Esto depende de la resistencia, mayor o menor, que ofrecen los núcleos mínimos cerebrales para llevar a cabo su desenvolvimiento. La Materia que

retiene a la fuerza viva se muestra rebelde a nuestros esfuerzos, y si no hay irradiación tampoco hay revelación.

Precisamente nuestro esfuerzo mental se encamina a su objeto a producir las irradiaciones de la fuerza viva que contienen dichos núcleos micro-orgánicos.

Y acontece que, cansados por el esfuerzo enorme que hicimos sin resultado apreciable nos rendimos a la fatiga. Nos entregamos al sueño y luego, súbitamente, nos despertamos y advertimos que ya tenemos en el cerebro la idea, o el perfil artístico, o la frase esquemática, o el esquema científico que buscábamos. ¿Qué ha ocurrido?

Ha ocurrido que nosotros dejamos muy quebrantada la resistencia de aquellos núcleos micro-orgánicos, hasta el punto de que algo más tarde se opera su desenvolvimiento rompiéndose inopinadamente aquella resistencia ya mínima y quebrantada. La dínamo gira. Se genera el movimiento del círculo y se determina la revelación codiciada.

Pero no sólo encuentran explicación estos elevados fenómenos de elevación espiritual, mediante las causas que hemos investigado. También se explican de igual manera y por idénticas causas los fenómenos que se refieren a la vida irracional.

Nosotros llamamos irracionales a todas las manifestaciones de la Vida que no se subordinan a una Ley de dirección capaz de establecer una línea divisoria entre los actos que deben realizarse y aquellos otros que no deben producirse.

Por ejemplo: un hombre, que es un ser racional, no debe conducirse nunca en sus acciones de orden sentimental como las fieras.

Mas la experiencia demuestra que, por el contrario, hay muchos ejemplares de la especie humana que aun superan en ferocidad a muchos animales de la raza inferior. ¿Qué explicación tiene este fenómeno?

La misma que tienen las altas manifestaciones del Espíritu, pero en grado inverso.

El Hombre que exalta sus instintos produce en el Medio una corriente de concentración de fuerzas asociadas a su círculo, también por sucesión de contigüidad, pero no en orden de elevación, sino por orden de más baja categoría.

Acuden a la dinámica fuerzas irracionales de las que hay irradiadas en el Medio pertenecientes a los animales inferiores y los impulsos de ira se hacen agresivos. Toman determinaciones de ferocidad inconcebible.

Se cometen los actos malos; pero el Bien se ha hecho en la Vida sintética. Aquellas fuerzas irracionales se han intensificado por aquel trabajo. Se han despojado de su ferocidad.

IV

DUALISMO PELIGROSO

Por la revelación de estos hechos resulta que nosotros vivimos simultáneamente en nuestro organismo y en el Medio, o sea formando parte del organismo superior del Planeta.

El Círculo de nuestra vida gira sobre esos dos polos de acción opuesta, el positivo y el negativo, pertenecientes a la Vida por síntesis y a la Vida por antítesis.

¿Y qué pruebas podemos ofrecer de nuestro aserto? Interróguese a sí mismo todo aquel cuyo entendimiento no se halle estancado, y hallará pronto respuesta confirmatoria.

Experimente por sí la amplitud que tiene la actividad radial de su Espíritu, incapaz de contenerse en la reducida cavidad de ningún cerebro.

Observe que sus ideas se agrandan y que su pensamiento vuela ganando extensísimos horizontes, en un espacio interno abierto ilimitadamente a todas las excursiones que la imaginación proyecta.

Fíjese y verá cómo este mismo pensamiento que tan extensos horizontes gana, no puede desasirse, sin embargo, del Círculo que le ata a nuestro cere-

bro, donde se halla su punto de partida, su nido de reposo.

¿Cómo podría volar el Pensamiento si toda su libertad se redujera al campo de acción que le ofrece el espacio circunscrito por la valla esferoidal del cráneo?

Pero este fenómeno de la Vida que se desenvuelve fuera y dentro de nosotros simultáneamente formando un círculo, se advierte todavía de un modo más concreto por las imágenes de la visión.

Por nuestra teoría de la Luz ya hemos visto que dichas imágenes son producciones organizadas con trillones de círculos luminosos pertenecientes a todos los términos de la Escala del Iris.

Allí hemos demostrado ampliamente que se ve internamente en el Medio luminoso donde penetran las irradiaciones que salen de los cuerpos por la vía que ofrece el cerebro.

Y estas amplitudes de la visión, esta grandeza de las imágenes, ¿no son testimonios elocuentísimos de la verdad que adujimos; esto es, que se hallan comprendidas por el círculo de nuestra escala espiritual que, aunque soportada por nuestro organismo, se interna en los amplísimos términos de acción y desarrollo que el Medio le ofrece?

Supongamos que así no fuera y que nuestra vida espiritual y luminosa se hallara reclusa en la cavidad del cerebro. ¿Qué condición precisa debería aceptarse para explicar el fenómeno de la visión?

Primer absurdo. Sería preciso aceptar que la mirada era una fuerza cuya fuente de derivación radicaba en el cerebro, sin saber por qué senderos ni por qué Leyes se nutría este manantial.

Segundo absurdo. Sería preciso admitir que la mirada salía del cerebro hasta invadir la superficie de todos los cuerpos transformándolos en imágenes que volvían al cerebro contra la corriente de las miradas para que el Espíritu pudiera apreciarlas.

Tercer absurdo. Sería preciso consentir en que la intervención de los focos llamados luminosos ejercían sobre los cuerpos una acción innecesaria, ya que dependía de la mirada y no de la influencia de aquellos focos la producción del fenómeno luminoso.

Dejémonos de tales absurdidades. Cada fenómeno se opera en el término de la Escala del Medio correspondiente al mismo grado.

Las irradiaciones de los cuerpos son las que penetran por los ojos en ondas de fuerza natural que luego se convierte en fuerza luminosa, y como esta fuerza, al desenvolverse, se hace inmensamente mayor en relación con aquella otra, según ya hemos demostrado en el capítulo correspondiente, se explica que una mínima corriente de fuerza natural pueda penetrar por nuestros ojos y agrandarse luego hasta tomar la forma real de los cuerpos, al desdoblarse cada partícula en trillones de pequeños círculos luminosos, no olvidando que la capacidad extensiva de una de aquellas partículas es equivalente al espacio que ocupa uno cualquiera de estos círculos.

No hay duda posible. Vivimos simultáneamente en nuestro organismo y en los distintos términos que el Medio ofrece internamente a nuestra Escala espiritual, grado por grado. Mas el campo de acción de nuestra vida luminosa perteneciente al

Medio, donde vienen a producirse las imágenes de todos los cuerpos a merced de las irradiaciones que nos envían, ¿no es el mismo para todos? ¿No se mezclan y confunden estas vidas luminosas adaptadas al Medio con derivaciones particulares correspondientes a cada cerebro?

Esto es otro prodigio de la Vida interna y de los infinitos términos que constituyen la escala del Medio universal.

La vida luminosa y espiritual de cada Hombre que fluctúa en el Medio fuera del cerebro, es distinta en cada vida particular.

Las imágenes que nosotros vemos no son las que otros ven, aunque todas ellas se producen con irradiaciones de unos mismos cuerpos. Y esto es muy comprensible.

Las partículas que penetran por nuestros ojos derivadas de aquellas ondas de irradiación no son las que penetran por los ojos ajenos. En cada cerebro se recoge un caudal de fuerza en irradiación completamente distinto, y como las imágenes se producen por el desenvolvimiento de tales fuerzas diferentes, claro es que tienen que ser distintas también las imágenes.

De modo que la extensión esférica iluminada que en pleno día se ofrece a nuestros ojos en inacabables perspectivas lejanas, no es la misma extensión que se ofrece a la contemplación de otras miradas.

El Medio universal tiene para cada extensión un término diferente en su fondo oculto.

Este prodigio se debe al giro *en sí* de la fuerza de donde se deriva la dirección interna, que no se

halla arriba ni abajo ni a derecha ni a izquierda, sino en el fondo del Universo.

Y esto se demuestra de un modo profundamente racional.

No es posible que puedan producirse dos imágenes iguales o del mismo grado de intensidad, aunque de un mismo cuerpo salgan trillones de copias en la forma que ya hemos explicado.

Y, como antes dijimos, basta la menor diferencia para que se adapten todas ellas a términos que son distintos en la Gran Escala del Medio.

De modo que cada uno de nosotros tiene su plaza en dicho Medio, sin que se confunda con ninguna otra y allí es donde se ven las imágenes y, en otros términos más hondos, allí es donde se producen las ideas de cada cual.



CAPITULO VII

DESPUES DE LA MUERTE

I

LA MUERTE HERMOSA

Hemos penetrado con la divina antorcha de la Razón en los sagrados misterios de ultratumba.

Se han desvanecido las sombras que se proyectaban en torno de la existencia humana.

La tumba, que antes causara pavor al Espíritu, se ofrece, ahora, como una ventana totalmente abierta, por donde sale una luz sonrosada y pura: la Luz de la Esperanza.

Vamos a ver una imagen de nítida blancura, junto a la diosa Verdad de incomparable belleza.

Esa imagen es la de la muerte, que ha desgarrado su velo de negra esfinge, y se ofrece a nuestra contemplación llena de encantos inefables.

No lleva en su diestra la lúgubre guadaña. Esta

se ha convertido en un cetro de flores inmortales. ¿Qué destino es el de los seres más allá de la Muerte? ¿No viven sólo para morir? ¿No lleva el Hombre la cruz a cuestas para que al llegar a la cumbre de su Calvario, entre fatigas y dolores, desaparezca para siempre en la sima de un olvido eterno?

Esto fuera contrario a la Justicia. Si no hay una Ley de compensación sobre el Universo, éste carecería de su principal fundamento.

Arcanos, misterios, milagros, leyendas, esfinges... puras invenciones de lo Incognoscible y lo Maravilloso... ¿qué son ante el incommovible fundamento de la Moral eterna?

II

CÓMO ES EL ALMA HUMANA

Hay que deshacer ante todo el vulgar y equivocado concepto que se tiene del Alma humana.

Generalmente se cree que ésta se compone de un término único de acción y desenvolvimiento.

Nosotros ya sabemos, de sobra, que no hay término alguno que sea único en el desarrollo de nuestra Vida.

Las series rechazan los términos. Sólo lo Absoluto sería un término único; pero lo Absoluto es

un absurdo porque rechaza a las series fundamento de toda actividad y progreso.

Ya averiguamos en otro capítulo que el Alma humana se halla constituida por una serie modulada de la fuerza que empieza por ser natural y acaba siendo psíquica, formando una escala armónica de siete tonos que son: Sensibilidad, Conciencia, Voluntad, Memoria, Instinto, Inteligencia y Razón.

Esta escala es la que forma el Círculo que nos ha servido de estudio en el capítulo anterior, círculo que gira sobre dos polos de acción, uno positivo, que pertenece al Medio, y otro negativo, que se halla en nuestro organismo.

III

EL ALMA HUMANA DESPRENDIDA DEL ORGANISMO

Sobreviene la Muerte, porque ya no es posible que puedan continuar las relaciones de nuestro organismo con el Medio, y éste entonces se descompone y los núcleos microorgánicos que lo constituyen vuelven a la circulación del ambiente en común para asimilarse a otros organismos allí donde éstos le ofrezcan plaza adaptable.

Y henos aquí frente por frente de la gran Esfinge que hasta hoy ha llenado de pavorosas tinieblas a los más perspicaces entendimientos.

Después de la Muerte, ¿cuál es el ulterior destino del Alma humana? ¿No se descompone también la escala que la constituye?

Vamos a dar la solución de este magno problema muy detenidamente.

¿Qué vínculos son los que unen a nuestro organismo dicha escala? Las partes componentes de este organismo, no cabe duda, o sea, los núcleos que llamamos microorgánicos.

Y como estos núcleos son los proveedores del flujo que nos anima, ya se entiende que al disociarse dejan de proveernos igualmente. El abastecimiento cesa y acaba la vida.

Todo eso está muy bien. La máquina mortal ya no funciona y cae; pero las fuerzas que antes de morir, desde que la vida empieza, se desprendieron de aquellos núcleos componentes, esas no mueren; siguen viviendo.

Y esto es fundamental. No hay ningún motivo para que mueran. Siguen formando como antes la escala armónica de aquellos siete tonos, de un modo que ya en vida es casi independiente del organismo que le sirve de base.

Y decimos casi independiente y no por completo, porque en el organismo se halla el polo negativo del giro circular de la referida escala, en la forma que no ha mucho hemos explicado.

¿Qué tono de tal escala es el que se halla más directamente unido a nuestra máquina orgánica? El primero, o sea el más material. Esto no tiene duda. ¿Y cuál es este primer término? La sensibilidad de naturaleza transitiva semimaterial.

Este es el vínculo que se rompe al sobrevenir la

Muerte. El organismo cae, pero el resto de la escala queda. El Alma, pues, sobrevive al cuerpo.

Y esa escala, al carecer de soporte material, ¿no se desorganiza también como el cuerpo de la máquina?

No; porque se halla soportada por el Medio y adaptada grado por grado a los términos equivalentes de la Gran Escala del referido Medio.

No hay disociación, ni disposición, ni alteración ninguna en el modo de ser del Alma humana, al verse libre de su envoltura carnal.

El rompimiento del vínculo que las une a entrambas se verifica, como acabamos de decir, por el primer término, o sea, por la sensibilidad; pero la sensibilidad es transitiva de fuerza viva y materia; así es que el Alma, fuera de la vida terrena, es semisensible.

IV

MODALIDADES DEL ALMA DESPUÉS DE LA MUERTE

Como adquirimos el conocimiento de que ya en vida las fuerzas escalonadas o moduladas de nuestro Espíritu, formando un círculo que gira, simultáneamente, dentro y fuera de nuestro organismo, así en la vida externa o terrenal, como en la vida

interna o del Planeta, ¿qué debemos pensar después de acaecida la ruptura orgánica a la que damos el nombre de Muerte?

Debemos pensar que el Círculo de nuestra vida pierde uno de sus dos polos, el polo negativo, y que ya sólo se halla soportado y sostenido por el polo positivo.

Y sobre esta base hemos de fundar todos nuestros elementos de juicio para explicar el nuevo modo de ser que corresponde al Alma humana en semejante estado.

Como uno de los tonos de su Escala se halla en la Conciencia o fuerza que se conoce *en sí*, hallamos que el Yo se reanuda después de la Muerte.

¿Y cómo obtiene esta determinación la fuerza de la Conciencia? La obtiene porque sigue adaptada como en el curso de la vida terrena al Medio que la soporta. Nada ha variado en este caso. El Medio es inalterable. La Muerte no le alcanza.

Y así debe ser por Lógica elemental. Si todo en la vida se disociara y dispersara como los núcleos componentes del cuerpo de resistencia, las fuerzas ascendentes o progresivas, sin orden ni método alguno que las retuviera en series armónicas, no podrían constituir al organismo superior y el Universo se convertiría en un torbellino caótico. Es decir, no saldría nunca del Caos de origen.

Ocurre todo lo contrario. En vez de dispersarse estas escalas se van asociando entre sí, para engrandecerlas sintéticamente, haciendo menor su número.

Esta es la Ley. La variedad tiende a la unidad. Lo complejo va en solicitud de lo más elemental.

y las diferencias tienen que borrarse progresivamente, porque todo, al fin, tiene que acabar en su común Principio, o sea en la Ley de Substancia.

Por estas verdades, que son axiomas, nadie debe temer que su Yo se desvanezca, como el éter que se exhala al romperse el frasco que lo contiene; pero nadie debe tampoco creer que al morir se obtiene el descanso eterno. No hay tal descanso eterno. Este es el temor religioso y supersticioso de la ignorancia.

Hay que seguir trabajando, caros amigos, después de la Muerte, con más ahinco que antes, aunque sin tantos trastornos ni dificultades, y sobre todo con más equidad y justicia y mayor premio en la realización del trabajo.

La holganza allí no es permitida. No hay ricos ni pobres. Todos tienen que trabajar de la misma manera, cada uno en su distinta esfera de acción, para el Bien común, bien lejos de esa pretendida paz que algunos ilusos y fanáticos compran aquí en la Tierra, con ulteriores fines de seguir viviendo con la propia holgura.

Las religiones supersticiosas que padecen los hombres tienen una elasticidad para todos aquellos a quienes favorece la Fortuna de buena o mala manera.

No solamente ven *con buenos ojos* que no trabajen, sino que les garantizan la prosecución de la holganza terrena para el más trascendental y ulterior destino.

Y lo más extraordinario es que hay hombres que se imbuyen de esa seguridad, persuadidos de que después de la Muerte les aguarda el descanso eter-

no, con una holganza paradisiaca por añadidura.

Grande ha de ser su desencanto si leen nuestro libro y se enteran de que no hay tal descanso eterno ni tal Paraíso, sino que, por el contrario, han de verse obligados a trabajar, no sólo como los demás que antes trabajaron cuando ellos holgaban, sino empleando mayor actividad y esfuerzo a fin de ganar el tiempo que perdieron en las dulzuras del ocio.

Ese es el Purgatorio que les aguarda, que ha de parecerles infierno, porque no hay nada más violento para todos aquellos que adquieren semejantes hábitos que verse obligados a la Ley común del Trabajo.

Pero dejemos estas digresiones de humorismo volteriano y volvamos al tono severo y digno de nuestra Ciencia de investigación.

V

EL ALMA EN LIBERTAD

¿En qué se funda su libertad? En que ya se rompió la atadura que la esclavizaba a la Materia.

Y sin esta atadura el Pensamiento ya es libre para moverse dentro de su esfera de acción en el Medio amplísimo donde se halla adaptado; pero

no con la propia acción con que lo movemos, atado como está a la carne, sino de hecho, o sea con traslación de un lugar a otro.

Emplearemos una imagen bien empírica para que se haga comprensible todo el alcance que tiene esta libertad del alma después de la Muerte.

Ahora, podemos nosotros imaginar que nos trasladamos con el Pensamiento a cualquiera de los lejanos países que un tiempo atrás visitamos.

Y con efecto, ponemos el Pensamiento en aquel país, mas sin que éste pueda arrastrar y llevarse consigo la pesada máquina del organismo que lo retiene.

Ahora supongamos que pensamiento concebido pensamiento ejecutado, y que el Espíritu nos arras-trase también en persona hasta conducirse positivamente al país de nuestra imaginación.

Esta es la libertad que tiene el Alma libre desembarazada de su argolla. No hay más dique que se oponga a sus movimientos que la jurisdicción ajena.

Las almas libres no pueden chocar ni confundirse entre sí. Esta es la limitación de su libertad. recíproca.

¿Qué hacen los *fagocitos* dentro de nuestro organismo? Circular con toda facilidad por los senderos que hallan abiertos a fin de que pueda tener eficacia su trabajo de defensa de dicho organismo contra los innumerables enemigos que lo invaden.

He aquí, pues, la norma que debemos seguir al pasar de la vida antitética a la sintética, formando parte del superior organismo del Planeta, siempre

teniendo en cuenta que los seres no abandonan nunca un organismo como no sea para formar parte de otro de más alta categoría.

Pero careciendo de sentidos, ¿no desaparece para nosotros la Luz después de la Muerte? No podemos ver, ni oír, ni gustar, ni oler, ni tocar.

A esto decimos nosotros que no es en los sentidos donde se ve, ni donde se oye, etc.

Los sentidos son órganos transmisores de las irradiaciones de la fuerza natural, y aun más que transmisores son reversiones de esta fuerza, por lo que se refiere a la vida luminosa; pero ¿acaso en los ensueños no vemos?

Nuestros sentidos en el ensueño no actúan. ¿Cómo se producen tales sensaciones?

Se producen de un modo que es semimaterial, como si nuestra sensibilidad hubiera desaparecido en parte.

Pero hay una consideración de orden profundamente racional y lógico que disipa todo temor de que después de la Muerte no podamos apreciar los encantos que ofrece la Luz.

¿Cómo podría ser esto, recobrando el Espíritu su libertad para proseguir su vida en el Medio luminoso? ¿Cómo podría quedar paralizado su pensamiento en el seno radial de dicho Medio? Esto es absurdo y debe rechazarse.

Atengámonos a nuestro Principio axiomático. Todos los fenómenos de la Vida universal sólo pueden producirse en un Medio de fuerza de la misma naturaleza.

Todas las demás sensaciones que se derivan de la Naturaleza y no de la Materia pueden ser apre-

ciadas por el Alma libre, pero con efecto semi-sensible, porque el vínculo de la sensibilidad, conforme antes dijimos, queda dividido al separarse el Alma del cuerpo.

En el recogimiento puro de nuestro Espíritu en tal estado de libertad, los fenómenos de la nueva vida, que ya no es de función inversa, sino de total función directa, tienen carácter de indeterminación en mayor o menor grado.

Pero esto es olvidando que el Alma no queda sola en semejante estado de indeterminación. ¿Quién vuelve a determinar sus ideas y sentimientos? El impulso que traen las irradiaciones de las fuerzas que son todavía esclavas de la Materia en la Vida terrena.

Se conciertan de nuevo las dos funciones que son indispensables, a fin de que pueda producirse el fenómeno de la determinación, con la diferencia de que así como en la vida antitética nosotros actuamos de impulso con fuerza que es centrífuga, en la vida sintética nuestra función se contrapone para actuar como fuerza centrípeta o magnética, produciéndose siempre la misma resultante, o sea la Vida en todos sus tonos de sensibilidad: conciencia, voluntad, memoria, instinto, inteligencia y razón.

Después de la Muerte nosotros, como acabamos de afirmar, sólo disponemos de un polo de acción, el positivo, y en él nos apoyamos para actuar sobre el organismo que nos solicita con su impulso radiativo, y de este modo la determinación vuelve a ser posible, restableciéndose el giro de la Vida, que así se manifiesta en lo externo como en lo inter-

no. En lo externo para los seres de la vida terrenal, y en lo interno para la vida del Planeta, que es nuestra vida propia.

¿Y qué efecto produce en el Alma libre la visión de la Luz, por ejemplo? Mucho más intenso y puro que el que se produce en el Alma que no tiene libertad.

Sólo en aquel estado podremos apreciar los encantos, aun no bien conocidos, que tiene la fuerza luminosa. Sólo entonces podremos ver con claridad el fondo que tienen las ideas moduladas hasta la fuerza de los Principios de orden puramente cualitativo. Únicamente en aquel caso podremos gozar de la inefable dicha que deberá experimentar nuestro Espíritu ante la Belleza indefinible que encierra el Medio universal, matizarlo con sucesiones armónicas de suave continuidad de los colores que ahora nos ofrece el Iris.

El fundamento de este aserto no puede ser más sólido.

En la vida terrena nuestro impulso tiene la dirección de la Naturaleza al Espíritu. En la vida de ultratumba es nuestra Alma la que recibe el impulso del Espíritu superior del Planeta, que actúa al contrario, o sea desde la fuerza espiritual a la fuerza de la Naturaleza.

Por la primera función nos apoyamos en la Materia. Por la segunda nos apoyamos en aquel elevado espíritu.

Por tal causa y por la común resultante salen ambas fuerzas opuestas favorecidas, dando determinación a los dos modos de ser de la Vida, la antitética y la sintética; pero como esta última es

de orden superior, han de ser también superiores los fenómenos de determinación que en ella se produzcan.

VI

PERÍODO DE TRÁNSITO DE LA MUERTE A LA NUEVA VIDA

Nosotros nunca fundamos nuestros juicios sobre aventuradas hipótesis, sino sobre razones derivadas de principios lógicos.

Las conjeturas no tienen participación alguna en estas investigaciones de orden puramente científico y filosófico.

Si dijéramos que nuestro Espíritu, después de la Muerte, recupera en un punto la identidad de un ser y la completa conciencia de su Yo, faltaríamos a la verdad, porque saldría de aquellos Principios.

Aunque no hay resurrección porque tampoco hay muerte en el Alma humana, hasta el punto de que puede definirse la Muerte diciendo que determina sólo un cambio de funciones, es innegable que se trata de una inversión de trascendental dinamismo para las fuerzas que constituyen la escala mo-

dulada, y de la cual ya nos hemos ocupado extensamente.

Así es que tiene que mediar entre esas dos fases de la Vida un período transitivo que empieza en el momento mismo en que se exhala la última ráfaga de flujo vital contenida en el organismo humano, hasta que toma constitución apropiada en la nueva esfera de su acción y desenvolvimiento el Espíritu desencarnado.

¿Cuánto tiempo debe transcurrir para que tenga lugar esta mediación transitiva?

No es fácil averiguarlo en concreto, pero sí que podemos afirmar que esta reconstitución de la Vida tiene que efectuarse serialmente.

Las sucesiones súbitas y los saltos bruscos ya vemos que son contrarios a la marcha que en general sigue la reversión de la Fuerza, tendiendo progresivamente a la sucesión rítmica a partir del Caos promovido por el golpe más brusco y violento.

De modo que cuanto más elevadas o intensas son las fuerzas que dan producción a los fenómenos, cambios y sucesiones de la Vida, más transitivos, suaves y armónicos y menos desprovistos de violencias y trastornos son sus desarrollos.

Así es que la integración del Espíritu a la nueva vida tiene que verificarse serialmente, mas no con la lentitud con que se opera la formación mental del niño que nace en completo estado de inconsciencia.

Ha de parecer al Espíritu humano, pasado algún tiempo después de acaecida su desintegración corporal, que se halla soñando; pero de un modo del

que jamás se había dado cuenta en sus anteriores ensueños.

Puede moverse sin que nadie ate su voluntad, pero de una manera tan real y positiva, que ya se sale de la esfera de los ensueños.

Semejante estado de perplejidad tiene que ir desapareciendo poco a poco, mas no para colmar de pánico al Espíritu, sino para llenarle de una dicha inefable jamás experimentada.

De una felicidad tan pura y tan exenta de particular egoísmo, que se indetermina en su Yo y renace como Luz que baña todo su Espíritu de inefable claridad, haciéndole ver las imperfecciones de que viene acompañado a la vida sintética y la necesidad que tiene de dedicarse al Trabajo para despojarse de ellas.

¿Y cómo ha de llevarlo a cabo? Intensificando su escala orgánica, en la forma que ya hemos detallado.

En la vida terrena son las partículas de Materia las que tienen que descomponerse a fin de que se desprendan de ellas las fuerzas vivas que contienen desde la Naturaleza al Espíritu. En la vida interna son las partículas de fuerza natural las que tienen que desdoblarse para producir, por giro de reversión, los nuevos elementos de vida que han de elevar a términos superiores las escalas de almas que recobran su libertad después de la Muerte.

Las partículas de fuerza natural tienen que convertirse en círculos luminosos, y estos círculos en elementos radiales de fuerza psíquica. De este modo se llega al Ser puramente radial o digamos al seno de Dios, cuando por ulteriores síntesis y nue-

vas formas de vida se borran las diferencias que dan variedad a los seres pluralizados.

Pero nuestro estudio se limita, por ahora, al desenvolvimiento de la Vida humana en relación con la del Planeta, y sólo hemos citado aquel hecho fundado en el desarrollo total de la Vida por giro de reversión de la fuerza, para señalar que también en esta esfera relativa deben nuestras almas perfeccionarse y elevarse borrando sus diferencias hasta llegar a una síntesis más relativa, pero que sirve de base a la total en el Espíritu del Planeta, que es nuestro inmediato superior.

Y ciñéndonos a la cuestión presente, hallamos que al fin nuestro Espíritu recobra la plenitud de su ser, pasado aquel período de tránsito cuyo tiempo no podemos fijar.

Entonces ya trabaja acudiendo a la solicitud de todos los impulsos del mismo grado que proceden de la Vida terrena.

Se reconstituye el círculo de su Vida, teniendo de ello plena conciencia; pero en orden inverso y en la forma que ya estudiamos prolijamente.

VII

TRABAJO DE PERFECCIONAMIENTO

Si en este punto diéramos por terminadas nuestras explicaciones encaminadas a desvanecer los misterios con que se envolvía la Vida de ultratumba, no podría el lector darse cabal cuenta de la forma con que se lleva a cabo el perfeccionamiento de los Espíritus, desligados del organismo material.

¿En qué consiste la imperfección de un Espíritu? No en su mayor o menor elevación, precisamente, sino en la mala constitución orgánica de su escala espiritual.

Al desencarnarse, las almas no perfeccionan su escala por este hecho, según dijimos en otro lugar. Si así fuera, éste sería el límite de todo trabajo y todo progreso. Siguen con sus imperfecciones, y de aquí se deduce la necesidad de trabajar en aquel nuevo estado para obtener mayores grados de perfectibilidad.

Y aquí hemos de repetir lo que ya dijimos también en otras ocasiones, y es a saber, que en la Vida por reversión de la fuerza no hay ningún ser que

no se halle orgánicamente constituido. De la necesidad de una u otra organización no puede prescindirse, como tampoco es posible la producción de ningún organismo, como no sea por un conjunto o aglomerado de partes mínimas.

La diferencia entre la constitución orgánica de un ser perteneciente a la vida terrenal y la de otro que viene a formar parte de la Vida ultraterrestre, estriba en que el soporte material desaparece en el segundo caso; pero queda la escala ya organizada del Espíritu, la cual tiene también su base en la fuerza natural, modulando, término por término, hasta el punto de su desarrollo, que en unas almas es más elevado que en otras.

Y esta organización de la escala espiritual se sostiene y no se descompone porque se halla adaptada a la del Medio, grado por grado, como ya también hemos referido.

Pero es el caso que no todos los términos de dicha escala espiritual se hallan armonizados y relacionados por otros de fuerzas transitivas, formando una gradación serial perfecta, ni aun demasiado aproximada a la perfección. Se hallan en el mismo estado y con todos los defectos que poseían en la vida terrena.

En la escala de unos espíritus domina la Voluntad, en la de otros el Instinto en relación con la Inteligencia. Hay almas cuyos términos de Sensibilidad predominan en dicha escala de un modo imponente, y otras donde la Conciencia se ha estancado en el egoísmo, o en fanáticas supersticiones, etc., etc.

He aquí explicadas sucintamente las causas que

producen la imperfección de las escalas espirituales, y esta imperfección es la que tiene que corregirse en primer lugar, hasta que la sucesión de aquellos siete tonos que tiene la vida del Espíritu, se produzca armónicamente o por sucesividad contigua con la mayor perfección posible.

Este trabajo de perfeccionamiento se efectúa por partes. El defectuoso del Instinto tiene que despojarse de su defecto, o de su egoísmo, si lleva éste en la Conciencia, etc. ¿Y cómo se lleva a cabo este saneamiento que pudiéramos llamar purgatorio?

Hemos llegado al fondo de la cuestión. La fuerza defectuosa se depura trabajando sobre aquellas otras del mismo grado que se derivan de las almas terrenas y que accionan en sentido contrario, como ya tenemos estudiado prolijamente.

Y esto es así porque no es posible que se opere el desenvolvimiento de las fuerzas sino a merced de un soporte material o cuerpo de resistencia opuesto al apoyo que ofrece el Medio.

Para trabajar a fin de despojarse de sus imperfecciones, los Espíritus desligados de la Materia tienen que actuar sobre los Espíritus que a la Materia están ligados.

Claro es que esta reciprocidad de funciones a la directa y a la inversa produce también resultados recíprocamente opuestos. El egoísta en la Tierra ve con placer aumentado su egoísmo, mientras que el Alma que fué egoísta en la propia vida terrenal experimenta en la nueva vida el dolor que produce todo desmembramiento orgánico. Dolor y placer que giran formando un círculo de sucesivas

compensaciones, porque los placenteros de hoy vienen a ser los doloridos de mañana.

Y aun dentro de la Vida terrena acontece que los acúmulos del egoísmo o bien del estancamiento de otras fuerzas acaban por producir en la vida de relación de las sociedades y hasta en la de los pueblos explosiones y accidentes que hacen precisa la intervención del Dolor.

Pero el Dolor intensifica aquí a las almas, y toda intensificación que se opera en la Vida antitética es causa de inefable dicha en la Vida sintética, y así es como giran estos círculos opuestos que al cabo realizan un trabajo de mutuo beneficio.

Pero bien; ¿y el alma de un león, por ejemplo? Después de irradiada, ¿cuál es su ulterior destino? Los términos de esta escala tienen su límite en el tono del Instinto. ¿Qué trabajo debe realizar para salir de aquel estancamiento y en qué escala progresa?

Magnífica cuestión es esta que se engarza a las anteriores verdades como eslabón de una misma cadena.

En primer lugar tiene que despojarse de la ferocidad de su instinto, en la misma forma y por el propio trabajo que antes expusimos. ¿Y cómo ha de ser la fuerza solicitante derivada de la vida terrena que se ofrezca como yunque para llevar a cabo un trabajo semejante?

Este caso es también muy explicable, y ya lo hemos señalado en algunos otros puntos.

Tal corriente de fuerza en irradiación solicitante tiene que proceder de instintos muy exaltados, como los que se excitan en los campos de batalla,

viéndose por esta causa los hombres convertidos verdaderamente en fieras.

Así luego las crónicas dicen de los que se portaron como héroes, que acometieron como leones, sin contar con los de peores instintos, que encuentran placer matando los heridos y otros que realizan actos que desdican de la personalidad humana y aun de su misma conducta fuera de aquel horno candente de la guerra que así enciende y exalta las pasiones.

Falta ahora explicar cómo progresa el Alma del león desligada de su organismo, después que se despoja de su ferocidad.

Esto es lo bello. La vida interna o de ultratumba se llama también sintética porque opera las síntesis de las almas entre sí.

El Alma del león depurada en su tono del Instinto ya puede asociarse a otras escalas en aquel mismo término, constituyendo parte de la nueva síntesis orgánica, o bien entregándose a la Escala de un Espíritu de mayor grandeza.

Y aquí debemos advertir que las almas no sólo se intensifican par elevar sus grados de perfección, sino que se asocian borrando sus diferencias para formar otras almas, cuyas escalas ya son más extensas.

Si así no fuera, ¿cómo podría esta serie de series llegar a un límite común en el Espíritu superior del Planeta?

La vida sintética tiene esa finalidad. Las escalas que se perfeccionan y coinciden en un mismo grado se juntan.

Mas ¿cómo ascienden hasta la cúspide? Ya lo di-

jimos en otra ocasión, desenvolviéndose las partes mínimas orgánicas. Las partículas mínimas de fuerza natural se convierten al cabo en círculos luminosos, y estos círculos se desdoblán en elementos de radialidad espiritual.

De esta manera es como se acaudala la fuerza espiritual del Planeta, como se acaudalan también en la vida terrena nuestros espíritus por los afluyentes de fuerza psíquica que se deriva de otros seres que son inferiores a nosotros a merced del trabajo que realizan tomando por yunque nuestra máquina material orgánica.

¿Y qué condición se requiere para que las fuerzas derivadas así del Alma del león, como de la del sapo, o del más repugnante gusano o de la más bella mariposa, o del hombre más virtuoso, o del criminal más empedernido, pueden perfeccionarse para formar aquellas escalas sintéticas superiores?

Una condición precisa, que no ofrezcan resistencia al Medio, esto es, al Espíritu de Dios, cuya es la fuerza que los impulsa a la perfección. ¿Y por qué ofrecen resistencia? Esto es también muy fácil de comprensión. Ofrecen resistencia porque son defectuosas. La resistencia al Medio es necesaria en la vida terrena, pero esta necesidad también va disminuyendo por grados conforme la vida se eleva de signo.

Y son defectuosas porque están deformadas y sus impulsos se hallan también viciados por la misma causa. De la armonía de la fuerza en relación con la forma no puede tampoco prescindirse.

De fuerzas así deformadas no pueden salir organismos de mejor conformidad.

Las imperfecciones son deformidades orgánicas, y estas deformidades son las que se resisten a la adaptación al Medio con mayor o menor resistencia.

Hay que vencer estas resistencias para que el Medio, o sea el Espíritu de Dios pueda actuar sobre las almas, a fin de operar sus intensificaciones progresivas operando el desdoblamiento o reversión de las fuerzas correspondientes, y como aquellas resistencias no pueden dominarse de una vez porque se dominan unas y aparecen otras, el progreso o el perfeccionamiento tiene que realizarse por sucesivas etapas.

De modo que se ve bien claro que Dios solicita de sus criaturas que trabajen todas en esa labor de dominar aquellas resistencias para que El a su vez pueda llevar a cabo su portentoso trabajo.

VIII

EMIGRACIÓN Y TRANSMIGRACIÓN

Ya sólo falta explicar la forma práctica con que las fuerzas de la vida interna o sintética llevan a cabo su trabajo de depuración o perfeccionamiento.

Por asombroso que parezca, hay pruebas experimentales que dan fe de nuestros asertos, y en ellas

nos apoyamos para dar sustentación a nuestros juicios.

En el capítulo titulado "Electricidad y Magnetismo" se halla el estudio de la experiencia más elemental.

Por medio del frotamiento de la dinamo se genera una irradiación de fuerzas. Al punto se promueve la corriente centrípeta o magnética de las fuerzas naturales ya irradiadas en el Medio, según allí explicamos. ¿Y qué acontece?

Acontece que esta fuerza que se deriva del Medio en función contraria se recolecta en la dinamo primero y luego las escobillas la recogen conduciéndola a los cables de comunicación.

Esta fuerza ha emigrado del Medio y al Medio tiene que volver ya más intensificada por el trabajo que realiza.

¿Cómo se opera la transmigración? Todos lo saben. Se acumula esta fuerza en un cuerpo material de capacidad apropiada. Si el cuerpo resiste mucho la fuerza inmanente se evade por los poros arrastrando, en su evasión, miriadas de millones de núcleos de materia radiante que actúan en forma de mínimos proyectiles, produciendo con su bombardeo a nuestra apreciación sensible el efecto del calor, según ya tenemos también ampliamente explicado.

Si el cuerpo donde tal fuerza emigrante a la que llamamos flúido eléctrico, tiene menor resistencia, entonces este flúido se sale de aquel cuerpo con ondas de irradiación que tienen mayor ímpetu. En este segundo caso se produce el fenómeno de la Luz.

De un modo o de otro, la transmigración al Medio no puede evitarse.

La Fuerza que del Medio sale al Medio vuelve, pero no en el mismo estado, sino más intensificada y depurada por aquel viaje de emigración y transmigración que realiza.

Ya se ve que no puede ser más sencilla la explicación del modo práctico con que efectúan su trabajo de perfeccionamiento las Almas que se desligan de los vínculos materiales que las retienen a la vida terrena.

Explicado un hecho, explicados todos los demás. Esta es la característica que ofrecen las series. Hallado que sea su módulo o ley de desarrollo perteneciente a los primeros términos, ya puede fijarse la que corresponde a la modulación de toda la serie.

Ahora mismo estamos escribiendo nosotros. ¿Quién mueve nuestra mano? Otra fuerza que emigra del Medio circulando por los cables conductores que le ofrecen nuestros nervios. Después se irradia y torna a su destino de origen más intensificada por el trabajo que realiza.

¿Y quién promueve su emigración? Nosotros con la insinuación que hacemos por medio de nuestra voluntad. Este es el impulso de acción contraria que promueve aquella corriente que actúa de dentro afuera, así como nosotros actuamos, con nuestro querer, de fuera adentro.

Estas emigraciones y transmigraciones son constantes. La reciprocidad de las dos funciones pertenecientes a la Vida antitética y a la sintética no se interrumpe en ningún caso. La actividad de un

modo de ser de la vida es correlativa del modo de ser de la otra. No hay necesidad de apelar a las doctrinas espiritistas para que se pongan de manifiesto estas grandes verdades, sólo que el Espiritismo se ha quedado corto en sus indagaciones. Ha creído que sólo en determinadas condiciones se opera el fenómeno de la *mediumnidad*, y no es así. Todos ejercemos de Médium en todo momento sin salir de las condiciones normales de nuestra vida.

Pero no sólo se efectúa este giro de emigración y transmigración con las fuerzas naturales, pero también con todas las demás que constituyen la escala orgánica de nuestro Espíritu.

Un artista, y repetimos aquí el ejemplo que ya expusimos en otro lugar, exalta su numen. Se genera la corriente magnética del mismo grado perteneciente al Medio, y esta corriente de fuerza superior se desliza por los cables nerviosos del cuerpo del artista. Corre por el pincel, si es pintor, por su pluma, si es literato, etc., etc., y esta fuerza es la misma que luego acciona sobre nuestras miradas, en el cuadro o en el libro, etc., en ondas puras de irradiación que vuelven al Medio de donde han emigrado después de haber constituido el alma de los seres estéticos.

Y así, por este orden, pueden explicarse todos los fenómenos de nuestra vida que hasta ahora se ocultaron en el Misterio más profundo.

Acudiendo a otros ejemplos; no sólo observamos nosotros que se mueven nuestras manos al dar forma escriturada a nuestro pensamiento, bastando para ello con el resorte de nuestro querer,

no que afluyen al cerebro ideas y conceptos que nunca, hasta este momento, nos pertenecieron.

Advertimos de un modo desprovisto de toda sombra de duda, con claridad diáfana, que tales ideas nos son dictadas por otro pensamiento interno que responde a nuestras insinuaciones y sugerencias.

Esta fuerza espiritual interna es la que da dirección a nuestra mano para que vaya atando aquellas ideas a la forma de expresión que organizan las letras y las sílabas y las palabras, y a merced de este procedimiento, atadas quedan en las páginas de este libro. ¿Con qué fin? Esto casi no debiera preguntarse.

Las atamos con el fin de que promuevan en otros cerebros las mismas exaltaciones que se operan en el nuestro, y se produzcan nuevos impulsos y contenidos de irradiación destinados a promover concentraciones del mismo género, para que emigren nuevas fuerzas y se escriban otros libros y no cese nunca el giro de las dos formas opuestas de la vida, lo mismo en sentido directo que en sentido inverso.

Y así es como ocurre en la esfera de los hechos, que éstos no fueran explicados por nosotros y quieran envueltos en el misterio más profundo y tenebroso.

Sólo que así que son explicados toman claridad. Iluminan como si un Astro oculto les enviara resplandor purísimo.

IX

EL MAYOR TRABAJO DE LAS ALMAS EN LA VIDA SINTÉTICA

Este problema se halla ligado a los anteriores, y la explicación es correlativa de la que acabamos de exponer para determinar su solución.

El perfeccionamiento de las Almas en la Vida interna o sintética no se lleva a efecto desde la Vida terrena por la misma intensidad.

Las resistencias que ofrecen al Medio muchas escalas espirituales en algunos de sus términos, exigen una mayor energía que otras, a fin de que puedan ser vencidas y pueda verificarse su armónico desenvolvimiento.

Por esta causa los impulsos promovedores tienen también que ser en unos casos más exaltados que en otros, para hacer efectiva la sumisión de aquellas fuerzas resistentes del Medio.

Esta rebeldía al progreso de las escalas espirituales en la Vida sintética, no sigue, tampoco, la sucesión de una serie constante, sino que salta de unos términos a otros, dando lugar a que muchos Espíritus ya en los grados de mayor elevación se vean

detenidos en su perfeccionamiento progresivo, porque allí, en aquel término de su carrera, surge una imperfección de orden también espiritual, pero de tal resistencia, que se impone al Medio, paralizándolo y estancando el perfeccionamiento de aquel Espíritu. ¿Cómo se vencen estas resistencias contra las cuales no pueden tener acción los impulsos ordinarios de la Vida terrena?

Es necesario emplear la mayor exaltación que se produce en la Vida. La exaltación genésica.

Aquellas fuerzas espirituales estancadas tienen que emigrar del Medio donde viven, porque allí no es permitido, sino de un modo muy transitorio, ningún género de estancamiento; pero no emigrar para llevar a cabo su transmigración en corto tiempo, como hacen otras fuerzas menos rebeldes en los ejemplos que hemos citado, sino para encarnarse de nuevo en un organismo material y servir de recóndito impulso a todo el ciclo de su desarrollo.

Este es el mayor dolor para las Almas en la Vida sintética, y por consecuencia inversa; éste es el mayor placer que se experimenta en la Vida anti-tética o de función contraria.

El giro o emigración de la fuerza espiritual que realiza el trabajo de dar impulso progresivo al óvulo fecundado, ya no se efectúa por los mismos senderos que siguen las otras fuerzas emigrantes, y cuyo trabajo de emigración, y consiguiente transmigración, ya hemos relatado.

Este es un viaje más largo y mucho más penoso. Como que la resistencia es mayor, el esfuerzo y el tiempo de su duración tienen también que ser mayores.

¿Y cuál es la órbita que debe recorrer el A emigrante para dar cumplimiento a su trabajo el fin universal de que no quede estancada la del perfeccionamiento?

Circula por las vías más internas del organi pegado al hueso y a la carne, para condensarse, vidirse y subdividirse en millones de mínimas tes que son otras tantas escalas mínimas en el prolífico que se emite al tener lugar la desca del placer genésico.

Y estas escalas mínimas que luego toman arrollo, adicionándose a ellas los núcleos mi orgánicos de que se halla invadido el ambiente, do por grado y forma por forma, al deslizarse el organismo siguiendo todas sus derivacione ramificaciones orgánicas, toman su modalidad, c gamos su propia figura, más o menos aproxim mente según los casos, cuyas diferencias depen unas veces de la tenacidad de las rebeldías que nen que dominarse y otras del mayor o menor pulso del apasionamiento con que el acto de la neración se realiza.

Pero aquí debemos desvanecer la equivocac que se padece y se ha hecho constar en cierto bros de Filosofía, sobre el justo alcance que darse a la reencarnación de las almas.

No es que las almas se reencarnan para llev cabo su mas laborioso trabajo de perfeccionam to para resurgir en la Vida terrena en forma otras almas. Nada de eso.

Las fuerzas que se desligan de la Materia ya vuelven a la Materia para ocupar la misma p que antes ocuparon. Esto es un absurdo que at

contra la Ley de constante renovación de todas las cosas.

Efectúan su trabajo tomando plaza en el fondo de los organismos que se producen por el acto de la generación, actuando de impulso motriz causa de su desarrollo, guiado, naturalmente, este impulso por la acción del Medio de la cual nunca puede prescindirse.

Y ocurre lo que necesariamente debe ocurrir, que ese impulso recóndito se va irradiando así como va trabajando también en forma de círculo, con impulso creciente en la primera fase de la vida, y con impulso que va decayendo progresivamente en la segunda, cuando ya el organismo ha llegado a la plenitud de su desarrollo correspondiente a la máxima impulsión, derivada de aquel motor recóndito, siempre teniendo en cuenta que no hay acción ni reacción que no se verifique de un modo serial o progresivo.

Lo cierto es que las máquinas vivas que se desarrollan merced a tales impulsos se desmoronan cuando estos impulsos cesan de animarlas y aun antes envejecen cuando se debilitan y decaen aquellos propios impulsos.

La fuerza emigrante que a tan dolorosa prueba se resigna, vuelve al Medio conforme se va irradiando al través del tiempo, vencida ya la rebeldía o resistencia al Medio que la obligara a efectuar su penoso trabajo.

Y así es como se van depurando todas las almas y elevando su grado de perfección todas las escalas en la Vida de ultratumba o sintética.



CAPITULO VIII

EL CIRCULO TOTAL DE LA VIDA

I

DIOS EN EL UNIVERSO Y EN EL TIEMPO

Dios gira *en sí* como el Universo que es su organismo. En Evolución directa gira del Todo a las partes. En Evolución inversa gira de las partes al Todo; de manera que nunca deja de haber Todo, ni nunca deja de haber partes.

El radio de acción del Universo no puede ser Infinito, porque entonces Dios sería interminable y no podría girar *en sí* para que todas las cosas que de él se derivan pueden renovarse coincidiendo en su Principio y en su Fin, dando un giro.

De un radio de acción interminable no puede salir un Círculo, por la imposibilidad geométrica y metafísica de que semejante radio pueda realizar un giro completo, ya que su trayectoria circun-

ferencial sería también interminable. Así es que el Universo tiene que ser limitado. De Máxima grandeza, mas no Infinito.

Además, suponiendo que el radio de acción del Universo fuese Infinito, su circunferencia máxima resultaría mayor que dicho radio y nos veríamos obligados a tener que aceptar el absurdo de dos infinitos diferentes, uno mayor que otro.

Un Dios inalterable, con una sola función, Omnipotente, Absoluto... es un ente exclusivo de la imaginación facultada para dar pábulo a los más grandes absurdos.

Vamos a emplear formas de expresión muy gráficas, hasta casi pedestres, para hacer comprensible la idea que de Dios hemos inquirido.

Consideremos a Dios bajo dos formas de actividad distintas, dividido en dos mitades, si cabe decirlo así. Una de ellas tética y otra antitética.

La actividad de la forma tética, se manifiesta por Evolución directa. Por esta función Dios gira en su a merced de continuas inversiones en demanda de su Ley de Oposición que se halla en la condensación total y material de su fuerza.

Así es como Dios puede entrar en acción y movimiento en función directa. No siendo así resultaría inmóvil sin actividad ni trabajo.

La otra forma de Dios comprende a todos los demás seres que se derivan de aquella Ley de Oposición o fuerza material, teniendo Dios en su función directa que abrir los senos de la Materia para que salga de ella su propio Espíritu condensado imponiéndose el portentoso Trabajo de reducirla a

partes mínimas para domar su resistencia. Esta es su función inversa o antitética.

Luego asocia orgánicamente estas partes mínimas de modo que se adapten, en Ley de perfeccionamiento progresivo, a su función directa, dando resurrección a su Espíritu en estas formas varias en que nosotros vivimos, o digamos en nuestras almas diversas, y se produce la síntesis de su total Trabajo.

Más gráficamente dicho todavía: Se juntan aquellas dos mitades del modo de ser que Dios comprende y se forma la Gran Unidad del Dios completo y Unico, quien resulta en síntesis a la vez tético, antitético y sintético.

Por este hecho luminoso acontece que las criaturas salen del Creador y éste se deriva de sus criaturas, girando todos ellos *en sí*. El Creador desde la fuerza de máxima intensidad con giro de inversión hasta la Materia, y las criaturas desde la Materia con giro de reversión hasta la fuerza de máxima intensidad, saliendo todo de la Ley de Substancia para volver a la propia Ley de Substancia.

De manera que toda nuestra vida se halla encerrada en ese círculo de la Vida de Dios. El trabajo que nosotros realizamos es el trabajo que Dios realiza. Nuestras fatigas y dolores son los dolores y fatigas que Dios experimenta, como que somos él mismo en su función antitética.

¿Cómo es que siendo nosotros, y cuantos seres varios pueblan el Universo, derivaciones del Espíritu de Dios, no pensamos ni obramos todos al

unísono, sino que, por el contrario, hasta nos separamos del modo de pensar de Dios mismo?

La razón estriba en que somos varios y diferentes. La resurrección del Espíritu de Dios no puede llevarse a cabo con la rapidez de un "Hágase la Luz". Debemos, además, tener en cuenta que volvemos a la Vida de un modo lento y laborioso. Nuestras almas, que en conjunto forman el Espíritu de Dios antitético, se hallan en relación inversa con todos los valores que pertenecen al Dios tético.

El Hacedor Supremo tiene que apoyarse en su propia Ley de oposición, o sea en la Materia, para resucitar en sí mismo. Esta tiene que desdoblarse y abrir sus senos a fin de volver a su estado de fuerza espiritual, y las voluntades se dispersan y las almas se disocian por la necesidad ineludible de que la resurrección se efectúe por mínimos organismos y mínimas almas.

Pero estos seres mínimos y estos organismos microscópicos se agrupan para formar otras vidas superiormente organizadas con almas de mayor intensidad que se van adaptando a la Gran Escala, intensificándose gradualmente para que se reduzca el número de tantos organismos dispersos y se forme el organismo Total al llegar a la cumbre del Universo, o sea a la síntesis perfecta, cuyo es el Espíritu de Dios en su estado más puro y perfecto.

Y como estos dos fenómenos se corresponden entre sí, resulta que Dios se halla siempre en incesante actividad, siendo todos sus estados permanentes

en Ley de perfección y en Ley de perfeccionamiento.

Hay que girar para poder vivir, y para girar es preciso invertir el orden del movimiento. Uno ha de ser directo. Otro ha de ser inverso. Así es como se forma el círculo de la Vida universal.

Así es también cómo se renuevan todas las cosas. Del giro incesante de renovación sale la permanencia y conservación de todas las fuerzas.

Los ríos nacen en sus fuentes porque desaguan en el mar, y desde allí evaporándose, escalan los aires para caer sobre la Tierra y volver a sus fuentes. Para permanecer es preciso girar. Para girar es preciso permanecer.

Nunca hay vacante alguna. Nunca hay plaza desocupada en el Universo. La ocupación de las vacantes se hace por cadena de contigüidad, a cuyos imperceptibles eslabones no puede llegar la mirada del Hombre ni aun auxiliada por los microscopios más potentes.

Este hecho ha dado lugar a que se haya creído en la persistencia inmóvil de las fuerzas y de su perenne o fija conservación. Tal ha sido el error de los filósofos.

¿Es interminable el Universo? ¿No acaba nunca la Vida de Dios?

Nuestra afirmación de que nada hay que sea interminable parece como que ha de ponerse en contradicción contestando a la pregunta que nos hacemos; mas no se encierra aquí tampoco, en ningún contrasentido, la universal doctrina que sustentamos.

En relación con todo lo que existe, tan absurda

es la idea de que pueda dejar de existir como la de que pueda no haber existido.

El concepto de lo interminable no tiene aplicación al Universo. De una cosa que alguna vez empiece puede decirse si será o no interminable; pero del Universo, que no ha podido tener comienzo o principio, no puede decirse si es o no interminable, porque tampoco puede tener fin. He aquí por lo que afirmamos que nada existe que sea interminable, descartando al Universo, que se inhibe de aquel concepto.

¿Luego no hay Tiempo para el Universo? No.

El Tiempo es otra de nuestras vanas creaciones; pero al fin ésta se halla fundada en la sucesividad del Movimiento. Si no hay sucesión no hay Tiempo. El reloj marca las horas cuando giran sus varillas, sucediéndose gradualmente. Para un reloj parado, el Tiempo como si no existiera.

En vez de preguntar “¿qué hora es?”, debiéramos decir: “¿en qué grado estamos?”, refiriéndonos a la sucesión del giro que realiza el Planeta. Si son las doce del día, contestaríamos: “a 360 grados”, o bien “a 180” a las doce de la noche, o “a 90” a las seis de la mañana, etc., sin necesidad alguna de noción de tiempo, y sí sólo con la noción que corresponde a la sucesividad del movimiento.

Si no hay sucesión tampoco hay Tiempo, porque tampoco hay movimiento. El Tiempo sólo existe para las cosas que se suceden, viven y giran en el Universo; mas para el Todo-Universo no hay Tiempo. ¿Cómo se explica esto? Muy fácilmente.

El Todo-Universo no puede sucederse con ninguna otra cosa ni existencia, porque en él se hallan

comprendidas todas las cosas y existencias de realidad posible. Y como no puede sucederse no hay tiempo para el Todo-Universo. Así es que no hay tiempo para preguntar en qué tiempo pueda haber tenido principio ni en qué tiempo pueda tener fin. Y lo mismo se halla en el mismo caso.

II

DIOS EN LA TESIS

El encadenamiento de los Principios lógicos nos conduce a la verdad superior de orden que ya es más trascendental.

Hemos dado interpretación a la vida terrena de perfección como Antítesis, y a la vida interna ultratumba, que es de perfeccionamiento, como Síntesis; pero el caso es que no puede haber Antítesis y Síntesis exclusivamente. Falta la Tesis, que es la Vida de perfección.

Como hemos visto que la Tesis se halla en el Medio Universal generado por Evolución perfecta y cuyo punto Máximo reside en Dios, con prioridad cronológica sobre aquellos otros dos elementos de Razonamiento, porque, con efecto, en el orden lógico, antes de la Antítesis y la Síntesis debe considerarse la Tesis, como el tronco es anterior a las ramas, aun-

que éstas y aquél formen todo el árbol en conjunto.

Claro es que tampoco puede haber vida de imperfección y perfeccionamiento sin que haya límite perfecto. Del desarrollo serial de todas las existencias no puede prescindirse.

¿Y cómo interviene Dios, o sea la Tesis, en la formación del Alma del Planeta por Antítesis y Síntesis, según ya hemos estudiado? Esto es lo que vamos a estudiar ahora.

III

INTERVENCIÓN DEL GRAN SÉR

El Gran Espíritu sólo puede actuar en su forma perfecta. Se halla sometido por esta causa a su Ley esencial, que es de Evolución.

No importa que la Fatalidad de la Materia desnaturalice su obra de creación tética sin defecto alguno, amontonando sobre ella las imperfecciones que la hacen antitética.

De aquí se deriva el Trabajo que Dios se impone de dar perfeccionamiento a la obra que no resulta perfecta a pesar suyo.

Y he aquí la suprema Lógica en que se encierra su portentosa labor, porque a resultar perfecta desde su alumbramiento, ¿qué haría Dios sin tra-

bajo alguno? ¿Y qué haríamos todos nosotros sin trabajar tampoco? Holgaría el ejercicio de toda actividad y el empleo de toda fuerza en movimiento.

¿Y cómo trabaja Dios? ¿Cómo concurre a la formación de la vida sintética?, volvemos a preguntar.

Y hallamos que Dios tiene que actuar siempre por Evolución, o sea desde la fuerza más intensa a la más densa, o bien desde el Espíritu a la Naturaleza.

Y esta acción no sólo se realiza en conjunto para constituir la Escala del Medio universal, pero también por escalas mínimas derivadas de aquella Gran Escala. Así es que el Gran Ser se halla de igual modo en lo inmensamente grande como en lo inmensamente pequeño.

Ahora tenemos que el desenvolvimiento de todas las fuerzas se verifica por Evolución a la inversa, o sea por acumulaciones de partes mínimas a las escalas. Hemos dado nosotros a las escalas el calificativo de núcleos microorgánicos, y por semejante causa venimos en conocimiento de que la intervención de Dios tiene forzosamente que llevarse a cabo desde el fondo interno de aquellas partes mínimas.

¿Y qué son estas partes mínimas? Ya lo estudiamos prolijamente en nuestro Libro segundo. Son escalas de máxima reducción pero moduladas exactamente lo mismo que la Escala grande del Medio universal de la cual se deriva.

Así tenemos que al Espíritu de Dios lo mismo se llega por el fondo interno de cada uno de dichos

elementos microorgánicos, que desenvolviendo estos mismos elementos asociándolos por trillones de trillones a fin de que constituyan organismos o cuerpos de resistencia por donde afluya la savia de la vida que, intensificándose, acaba por convertirse en fuerza espiritual de la misma naturaleza que la de Dios.

De manera que su Trabajo es de creación y organización de todos los seres que pueblan el Universo, ya que todos ellos salen de aquellas escalas mínimas compendio de la Gran Escala.

Así es como se explica el prodigio de que, apenas se puedan asociar algunas de aquellas escalas mínimas sobre un soporte cualquiera que haga oficio de pedestal, brote la vida de una florecilla, como a virtud de generación espontánea.

Y si a unas escalas mínimas se asocian otras escalas más intensas del mismo orden, entonces se amplía la organización de aquel ser y vemos que ya sale un gusanillo con dos ojos que parecen dos chispillas.

Naturalmente, como Dios opera desde lo más interno a lo más externo, su mano fecunda y creadora se oculta a nuestros ojos y la Vida brota circundada de un misterio que ha venido a desvanecerse al término de muchos siglos para hacer más grande y soberana a nuestra contemplación espiritual la intervención de aquel Gran Espíritu.

Su Pensamiento se divide en partes mínimas y cada parte tiene su plaza en el Plan de la Creación, conforme ya estudiamos con gran amplitud en nuestro capítulo titulado "El impulso creador".

De modo que todos los seres, flores, gusanos, hom-

bres, mundos, soles y estrellas, van a su fin impulsados por aquel pensamiento interno y por la voluntad de Dios espontáneamente motriz.

IV

IMPERFECCIÓN

¿Qué debemos pensar cuando se ofrece a nuestra observación un organismo defectuoso? Que está mal constituido o que sus defectos dependen de la imperfección de sus partes orgánicas.

Como no es posible dudar de la gran sabiduría del Entendimiento Máximo, nos vemos constreñidos a tener que aceptar el segundo término de aquella explicación, y es, a saber, que el pecado original se encuentra en los elementos orgánicos, que no son perfectos ni aun se aproximan demasiado a la perfección.

Efectivamente, si fueran perfectos lo serían también todos los organismos que constituyen y además no habría variación en ninguno de ellos. Todos serían iguales, desapareciendo de este modo la Ley de diferenciación, que es el alma del Universo, volviendo de este modo al absurdo de una vida sin objeto carente de actividad y movimiento.

Nosotros ya sabemos en qué consiste la imper-

fección de los núcleos microorgánicos. Esta viene iniciada desde el Caos de origen. En aquel horno la materia no pudo ser vivificada armónicamente. Se infiltró en ella de un modo irregular la fuerza viva o hálito vivificador.

De cada parte mínima de materia así vivificada no se formó una escala mínima perfecta que hubiera sido fiel compendio de la Gran Escala que comprende al Medio universal, y que hubiera hecho el futuro desenvolvimiento también por evolución perfecta.

Hay núcleos microorgánicos donde estas escalas reducidas no alcanzan a todos sus términos porque la fuerza viva que contienen no se ha desdoblado por completo. En otros no se ha verificado este desdoblamiento con sucesión armónica, adaptada a la serie de resistencias que las reducciones de la Materia ofrece. En otros la sucesión de los términos de la minúscula escala sufre interrupciones que rompen la derivación produciéndose a saltos. Y así por este orden pudieran aumentar la lista otras muchas imperfecciones.

Y ocurre lo que debe ocurrir necesariamente: que estos defectos de origen se manifiestan en el desarrollo de los organismos haciéndolos vanos cuando no confusos y heterogéneos.

¿Cómo suple Dios con su infinita sabiduría a estos defectos para que la confusión y el desorden no alcance a todos los seres orgánicos hasta el punto de que no fuera posible la vida algo armonizada de ninguno de ellos?

Aquí está la sencilla explicación que tienen esas existencias extrañas de animales que pululan por

todas partes poblando los suelos infectos, las charcas, los lugares pantanosos y todos los ámbitos donde el ambiente se estanca por uno u otro motivo.

La mano de Dios aparta sabiamente de este modo a los núcleos más defectuosos de la circulación de la Vida para que no vayan a los organismos que dan señales manifiestas de hallarse organizados de la mejor conformidad posible, a fin de que se haga menor la imperfección de todos ellos.

Así es que del ambiente oxigenado y puro salen las mariposas, los efluvios salutíferos, y del ambiente inficionado los insectos más repugnantes, los miasmas deletéreos. ¿Por qué? Porque en todo ambiente nocivo se estanca la libre circulación de la Vida y allí medran también, en su elemento propio, los núcleos orgánicos más defectuosos.

Aceptemos la hipótesis de que estos organismos que tanto se diferencian de la especie humana desaparecen por arte de encantamiento. Al cabo veríamos que los individuos de esta especie se desmejoraban, que sus enfermedades iban en aumento y que la arquitectura de su organización se hacía más inarmónica, tomando vicios de forma estructural de aspectos raros y ajenos al tono general de la Vida humana.

De manera que bien está cada cosa en su punto.

A otros males más hondos tiene que acudir la suprema inteligencia del Gran Espíritu: A poner la mejor armonía posible entre las dos funciones de la Vida terrena, la directa y la inversa, que así afecta al Alma del Planeta como a todas nuestras almas. De estas diferencias de acción en el des-

envolvimiento de la vida síntesis en relación con la vida antítesis se deriva la Ley de la Adversidad.

V

ENCADENAMIENTO DE TODAS LAS EXISTENCIAS

Aquí debemos hacer una aclaración muy necesaria para que no se confundan unos hechos con otros.

Hay que recordar siempre la diferencia que separa a una partícula de Materia radiante en relación con otra de Materia simple.

En la vida terrena las irradiaciones salen de las partículas de Materia radiante o de núcleos orgánicos que se componen de fuerza natural y materia.

Tal movimiento de irradiación se opera por la intensificación más o menos súbita y activa que se opera en la fuerza natural, uno de los dos componentes de los referidos núcleos; pero no de la intensificación de la Materia, o sea del otro componente.

En todos estos movimientos o explosiones de la fuerza natural, operados por su intensificación, la Materia permanece en su estado de completa pasividad.

En términos gráficos, dicha fuerza natural hace oficio de explosivo, y la Materia de proyectil.

No es aquí en el Planeta que habitamos donde se efectúa la descomposición y desenvolvimiento de las partículas de Materia simple.

Al intensificarse cualquiera de dichas partículas se produciría una irradiación tan intensa que destruiría todos los organismos al chocar con ellos violentamente.

Téngase en cuenta lo que antes dijimos de la enorme cantidad de fuerza viva o natural que se ha condensado para producir una de aquellas partículas.

La diferencia de capacidad extensiva entre la pequeñez de tal partícula y la extensión que corresponde a dicha fuerza viva o natural, es tan grande, que la adaptación al Medio, al verificarse el desdoblamiento de la Materia, obtendría grados de violencia que superarían a cuantos explosivos se conocen, ni aun haciendo su energía explosiva un millón de veces mayor.

Por el contrario, las explosiones o irradiaciones de la fuerza viva que contienen las partículas de Materia radiante se llevan a cabo gradualmente en relación con la resistencia también graduada que se opone al desdoblamiento o intensificación de los susodichos núcleos.

Así es como se opera el movimiento suave y armónico que se produce por las irradiaciones (adaptaciones al Medio) de dichos núcleos, a fin de que se haga posible la organización de la Vida.

El desdoblamiento de la Materia simple hasta que se convierte en fuerza natural se efectúa en

la Estrella a merced de los formidables frotamientos que se efectúan entre el Sol y los Mundos, ya todos ellos congelados.

Recordemos a este propósito nuestro capítulo de formación de las Estrellas.

Aquí en la vida actual del Planeta los núcleos de Materia radiante van desprendiendo su fuerza viva hasta que se desgranán todas las partículas de Materia simple.

Irradiada toda la fuerza natural de los núcleos, el Planeta queda convertido en un océano esférico totalmente congelado, conforme ya dijimos en dicho capítulo.

Luego en la Estrella se verifica el desdoblamiento de las partículas de Materia simple que componen aquel globo helado, y allí es donde tienen lugar las explosiones de fuerza natural que se irradian en todos sentidos y direcciones por los ámbitos siderales, con tal velocidad y penetración que llegan desde las Estrellas a nosotros ofreciéndolas a nuestra contemplación como puntitos luminosos que tachonan el firmamento.

Sólo así, a enorme distancia, es como puede desdoblarse la Materia sin que sus explosiones sean un peligro para la vida de los organismos. Por el contrario, se cruzan y combinan todas las irradiaciones o explosiones estelares con objeto de producir las atmósferas de los Planetas, envolviéndolos con fuerza concentrativa que se contrasta con la de irradiación que sale de cada Mundo.

Y esta fuerza concentrativa que sale de todos los astros que tachonan el firmamento y que se debe a los quintillones de quintillones de disparos de

las partículas congeladas de la Materia, promovidos por la descomposición y desdoblamiento de dichas partículas, es la misma que los físicos califican de fuerza de gravedad, y la misma también que arrastra a los cometas en direcciones opuestas y que da vivificación a la Materia después que se produce el choque del que ya dimos cuenta detallada.

VI

LA VIDA LUMINOSA

Conforme se agranda el tipo del Ser organizado, se hace mayor el número de las partes mínimas componentes.

Los seres inferiores se unen arriba para simplificarse y reducir su pluralidad, mientras que abajo sus partes mínimas orgánicas se hacen más numerosas.

De las Estrellas sale la Materia pulverizada en partículas esféricas de fuerza natural, de las cuales ya sabemos que son equivalentes, por lo que se refiere a su capacidad extensiva, a las partículas mínimas de Materia simple; pero esto es cuando la Materia se desenvuelve y recobra en su nuevo estado de

fuerza natural la extensión que le pertenece en la Gran Escala del Medio.

Y a fin de que se comprenda bien el número de partículas mínimas de fuerza natural que dan composición a una partícula de Materia simple antes de que ésta se desenvuelva, debemos saber que una de dichas partículas de fuerza viva o natural ocupa dentro de una partícula de Materia simple la misma plaza que esta propia partícula ocupa dentro de la Masa total o globo del cometa antes de que sobrevenga el choque que lo fracciona.

Tantas partículas materiales hay en uno de aquellos globos de Materia, como partes mínimas de fuerza natural componen una de aquellas partículas de Materia. Así ya podemos formarnos una idea, aunque muy remota, del progreso serial correspondiente al número de las partes mínimas a medida que se opera la intensificación de las fuerzas y se simplifica el número de los organismos.

Ya debe haberse comprendido que una Estrella es un Ser como el Planeta y como nosotros, pero de superior categoría.

No olvidando nunca la Verdad inquirida de que no hay organismo alguno que no viva dentro de otro más elevado, la comprensión de este encadenamiento de las existencias hasta constituir el organismo total que se halla en el Universo se hace muy asequible al Entendimiento.

Salen de las Estrellas en ondas de fuerza natural pulverizada, las ráfagas que dan vida a todos los seres que a tales existencias superiores se hallan subordinados.

Y estas ráfagas de Materia simple pulverizada

por el frotamiento de los Mundos congelados que forman el cuerpo de cada Estrella, ráfagas de fuerza natural, son las mismas que penetran en los senos de otros globos errantes de Materia cambiando el orden de su posición. Primero son de Materia y luego son de fuerza que vivifica a la Materia.

Conmutación es ésta prodigiosa. Las redes materiales que dan cautiverio a la fuerza viva se descomponen en aquellas gigantescas dínamos y se convierten en fuerza viva que se ve aprisionada por otras redes materiales. Así es como se forma esta gran tela de Penélope que se llama la Vida universal, con la diferencia de que lo que se desteje una vez ya no vuelve a ser tejido dentro de un mismo telar orgánico.

VII .

EL PEDESTAL DE LA VIDA EN LAS REGIONES ESTELARES

No hay organismo sin soporte o pedestal de resistencia.

En la vida planetaria el soporte de las existencias se halla en los Mundos. Luego estos Mundos agrupados sobre el centro del sistema componen

otro soporte superior. He aquí el pedestal de la vida del Ser-Estrella.

Pero las partes orgánicas de este Ser ya no viven tan en contacto con la Materia, sino en la fuerza del cuerpo atmosférico que viene a ser su soporte de resistencia, el cual ya se ha hecho menos tosco en relación con las partes materiales que dan composición a la urdimbre de nuestro organismo. Según se eleva la categoría de las existencias éstas se van desmaterializando gradualmente.

Por esta causa allí en la Estrella los seres orgánicos componentes de aquel Ser superior tendrán su morada en la Atmósfera estelar, así como nosotros nos vemos obligados a vivir en contacto directo con nuestro soporte terráqueo.

Otro hecho luminoso se desprende de este encañamiento de las existencias en el curso total de la Vida.

La Materia en su estado simple halla su máximo desenvolvimiento en la Estrella. El estado material de la fuerza desaparece al morir la Estrella. ¿Y cómo es la muerte de la Estrella? Por agotamiento lento y laborioso al través de trillones de siglos.

En la vida terrena y hasta planetaria todo organismo no acaba con la extinción vital del cuerpo orgánico. Queda el cadáver, cuya descomposición se hace necesaria para que resurjan los elementos orgánicos de que se compone, a fin de que vuelvan a dar composición a otros organismos.

El cadáver del Planeta se halla en el globo de agua pura congelada. El cadáver del Sol se forma

con todo el sistema de globos congelados en contacto giratorio con el centro del sistema.

Pero en la muerte de la Estrella el cadáver desaparece. No hay cuerpo muerto al agotarse aquella existencia superior.

La Estrella se amortigua serialmente. Vive devorando su propio soporte. Acaba cuando ya no hay Materia que pueda ser intensificada. Las gigantes cas dínamos que la trituran descomponiendo grano por grano todas las partes que dan composición a los Mundos congelados, se reducen hasta perder por completo todo su radio de acción. Entonces muere la Estrella, que se alimenta con la fuerza que extrae del propio cuerpo material.

Y así debe ser, por Ley de máxima sabiduría, ya que de otro modo se llenaría de cadáveres el Universo.

Habiendo llegado a tan altas cumbres, ya podemos explicar cómo se cierra el mismo círculo que ofrece en total la vida del Universo.

El Universo es el organismo del Gran Ser a quien damos el nombre de Dios, cuya vida se pone en actividad por el contraste de las dos funciones, la directa y la inversa, contraste sin el cual no es posible la existencia de ningún ser determinado.

Por la función directa Dios gira *en sí* y desde la fuerza de mayor intensidad se convierte en el Radio Máximo del Universo. Aquí toma determinación su Espíritu. Luego se convierte en Luz, que comprende a la forma del Círculo, el mayor que cabe en lo posible. Toma cuerpo en la Gran Esfera que llamamos Naturaleza y termina su giro

de inversión, condensándose la fuerza natural en globos poliédricos de materia.

He aquí explicada la función directa del Gran Ser. Este es uno de los semicírculos que abarca la mitad de su existencia.

El otro semicírculo corresponde a la función inversa. La Vida de Dios tiene que resurgir de aquellos mismos globos de Materia, y aquí empieza la determinación de su actividad y trabajo, porque sólo el Poder de Dios puede realizarlo. ¿Y cómo lleva a la práctica tan portentosa labor?

Necesita fraccionar a la Materia para extraer sus partes mínimas. Esto sólo es posible a merced de la violencia. Hace que aquellos globos naveguen erráticamente por las regiones siderales, mas no empujándoles milagrosamente, sino haciendo que sean arrastrados por los remolinos que forman las irradiaciones de los astros solares, que giran proyectando órbitas opuestas.

Aquellos globos de materia giran en torno de los soles que a miles de millones pueblan la natural y vasta esfera hasta que dos de ellos se encuentran, produciéndose un choque espantoso.

En aquel Caos la fuerza natural irradiada de las estrellas forcejea con la Materia pulverizada, formándose torbellinos invisibles de materia simple y fuerza viva. He aquí los elementos primarios de todos los ulteriores desarrollos de la Vida de Dios organizada y dividida en seres innumerables.

De allí salen las plantas, las flores, los gusanos, los hombres, los mundos, los soles, hasta que la fuerza viva se desprende de todos ellos y queda sólo la Materia simple desgranada en partes míni-

mas y congelada en forma de mundos que caen sobre el Sol, también congelado, circundándole en forma de gigantescas dínamos.

Cada sistema planetario se convierte en una Estrella. Esto es, en un poderoso molino que tritura poco a poco las partes mínimas desgranadas de la Materia, obteniendo así su desdoblamiento o giro de reversión en fuerza natural.

La fuerza de cada Estrella o de cada gigantesco molino se esparce en todos sentidos y direcciones, y así se forman las primeras capas de la Naturaleza organizada que corresponde a la función inversa del propio Ser Máximo.

Y estas mismas oleadas de fuerza natural son las que penetran en los centros de los cuerpos celestes para obtener allí su intensificación y envolverse en torbellinos de partículas que dan formación a nuevos y más intensos elementos de la Vida organizada.

Y también las que penetran en los infiernos del Caos que incesantemente se producen por las continuas colisiones de los globos de materia erráticos.

Dios resurge de este modo en formas mil diversas: desde la flor al gusano, desde el Hombre hasta el Planeta y hasta la formación de los Soles, que se congelan para resurgir con más radiante Luz en las Estrellas.

Todos los cuerpos celestes trabajan para dar intensificación a la Naturaleza de Dios en función inversa. Todos los corazones laten por la misma causa. De todos los cerebros salen llampadas luminosas para formar el Gran Círculo de Luz de aquella Naturaleza. De todos los pensamientos salen

relámpagos de fuerza psíquica, a fin de que se produzca en síntesis el Espíritu de aquella Luz, y todos los seres de Razón trabajan para formar la Ley de máxima intensidad o cualidad de aquel Espíritu. Este es el segundo semicírculo de la Vida de Dios.

Se adaptan estos dos semicírculos uno a la directa y otro a la inversa y se forma el Círculo total sintético, y por virtud de su contraste se determina la existencia de Dios inorgánica y orgánica determinante y determinada, tética y antitética.



LIBRO DECIMOCUARTO



LA LEY DE LA ADVERSIDAD

CAPITULO IX

ORGANIZACION DE LA VIDA ADVERSA

I

LOS MICROBIOS

¿Qué sucede cuando las partes no se ajustan perfectamente al Todo? Que hay que limar unas partes, modificar otras y seleccionar aquellas que sobran o que no pueden ser corregidas.

He aquí el Principio general a que obedece la organización de la Vida adversa.

Las existencias todas más inferiores o más su-

periores que integran la vida del Planeta no obedecen ni pueden obedecer a una Ley de armónico concurso, para que no surgieran y resurgieran de continuo diferencias entre aquella vida en conjunto y cada ser en particular.

Y lo mismo ocurre dentro de la vida de cada ser, compuesta por innumerables seres minúsculos que también viven y para cuyas existencias integrantes resulta un Todo relativo el conjunto integrado.

Pues bien, estas diferencias entre cada Todo relativo y las partes componentes exigen la intervención de un péndulo que regule aquellas funciones de concurso para armonizar en lo posible las diferencias que se producen por tales discordancias.

En los animales inferiores al Hombre estas discrepancias son menores. Primero porque sus organismos tienen menor complejidad, y segundo, porque la Voluntad se halla en aquéllos casi exclusivamente regida por las necesidades que impone la Vida en sus más elementales exigencias. Por esta misma razón los animales de aquella inferior categoría no padecen en proporción considerable tantas enfermedades como el Hombre.

¿Y qué es la enfermedad? Una de aquellas discrepancias de concurso más o menos acentuada. Para que haya salud es necesario que el ajuste de la parte con el todo, o bien del organismo individual con el Medio u organismo colectivo se aproxime cuanto sea posible a la perfección.

Como esta perfección no es posible, tampoco la salud es perfecta. La relatividad en el acoplamiento exacto de aquellos diferentes organismos es también la que da margen a la relatividad de la buena

marcha de la salud. De modo que la enfermedad puede definirse diciendo que se encuentra en todos los casos de discrepancia aguda o muy acentuada entre aquellas dos funciones.

Pero hay una sabiduría inmensa en todo el Plan de la Creación, y con objeto de que puedan modificarse y corregirse aquellas diferencias, para que el número de enfermos no exceda demasiado al de los individuos que tienen derecho a la participación de la salud, si no perfecta, relativa al menos, se organizan las existencias que nosotros calificamos de vida adversa por los dolores que nos producen particularmente, y que debiéramos calificar de vida benéfica y reparadora por los bienes que otorgan a la Vida en general.

Como nosotros ya sabemos, por las verdades inquiridas anteriormente, las Leyes a que obedece la formación orgánica de cuantos seres pueblan la Tierra, nada más fácil que descubrir las formas de organización que corresponden a esa otra vida que calificamos de adversa.

Partimos de la base común que se halla en las diferencias que por causas de mala composición de los órganos se establece entre éstos y el Medio, dificultando las mutuas funciones que se establecen entre las fuerzas irradiadas en dicho medio y las que entran en movimiento de irradiación derivándose de los núcleos microorgánicos y de las correlativas células que dan composición a dichos órganos.

La falta de armonía débese siempre al individuo, nunca al Medio. Si entre ambos no priva un ajuste cabal, la causa de la imperfección reside siempre

en el primero. En semejante caso se trata de un organismo mal construído, mal modulado, no por la diferencia de las Leyes de construcción y modulación, sino por la intervención que tiene el Acaso, o digamos el Accidente, oriundo del Caos, en la producción de todos los organismos.

El órgano mal constituído funciona mal, entorpeciendo la función de los restantes órganos de la Máquina en conjunto. De modo que aquel daño tiene que corregirse.

Pudiera ser que la falta de buen funcionamiento dependiera del mal ejercicio que se hubiese dado a dicho órgano y no de su mala composición genésica. En semejante caso el dolor hace oficio de pedagogo, formulando la debida denuncia a la Ciencia médica. Esta aconseja al paciente que corrija el abuso, y así es como puede restablecerse la ponderación entre aquel órgano y el Medio, a prevención de daños mayores si el enfermo no sigue aquellos consejos.

Pero en el caso de que la discrepancia obedezca a la mala constitución del órgano, sin que este daño pueda corregirse por ningún tratamiento de Medicina, entonces hace su oficio el Gran Médico.

El Medio se encarga de poner remedio al mal que se padece. ¿Y cómo? Entramos en la organización de la vida adversa.

La actuación del Medio domina a la del órgano, porque éste es débil para ofrecerse como necesario soporte a la primera.

¿Y qué sucede cuando una fuerza viva domina sobre los soportes de una máquina? Que algunas partes de la resistencia se desquician y la energía

que da función a dicha máquina acciona con su mayor impulso y violencia sobre aquellas partes desquiciadas, hasta conseguir no sólo su desmoronamiento, pero también el de todo aquel organismo mecánico.

Esta es la imagen que da una idea aproximada de la acción que ejerce el Medio sobre los órganos debilitados por abuso de la función o débiles por su defectuosa constitución orgánica; pero hay que establecer los necesarios distingos.

Las fuerzas irradiadas en el Medio invaden a los núcleos de la composición orgánica menos resistentes con una diferencial de fuerzas que se halla medida proporcionalmente a la inversa por la falta de resistencia que oponen al Medio los referidos núcleos. A menor resistecia, es mayor la fuerza invasora.

¿Y qué resultados se producen con este género de invasiones? Que se forman minúsculos seres invertidos o bien que se organizan a la inversa. En vez de predominar el soporte predomina la fuerza viva. Así es que desaparece en parte uno de los dos polos que dan sostén a la máquina. El Polo positivo arrastra al negativo.

Las consecuencias de esta inversión orgánica son generales. El giro de estas existencias se pone en oposición al giro natural de los núcleos que dan composición a los otros órganos y aun al resto del órgano desquiciado, y se producen los más terribles choques entre aquellos dos giros opuestos. La fiebre, la intoxicación, etc., fenómenos son todos que obedecen a la invasión de aquellas existencias que la Ciencia médica califica de microbios.

Por la propia inversión orgánica también se contraponen la producción del flujo que ordinariamente es de vida en los organismos bien conformados, y que en aquellos microscópicos seres es de muerte. El flujo vital se convierte en virus, que se desarrolla también al contrario, o sea de mayor a menor intensidad, produciéndose segregaciones que tienden a la descomposición total del órgano enfermo y de la ruina y muerte de todo el organismo.

Estos son los resultados de las discrepancias que nosotros podemos observar en nuestro propio organismo; pero hay microbios homicidas cuya génesis no se halla dentro, sino fuera, de la máquina humana.

Aquí tenemos que trasladar nuestro análisis a una esfera más elevada. En semejante caso ya se trata de discrepancias entre el concurso común que debemos prestar los hombres a la Vida superior del Planeta integrada por todos los seres que en el Planeta viven.

Aquí ya no se trata de seleccionar órganos. Se trata de seleccionar organismos. El péndulo regulador se halla ahora en los estragos que producen las epidemias.

A nosotros nos parecen muy mal estos estragos y hasta los calificamos de contrasentidos de la Vida. Y es que cada hombre se figura que vive para él solo. No se fija en los derechos y mercedes que recibe del Planeta, incluso el de la conservación de la vida y no se para a reflexionar que estos derechos son correlativos de deberes que, aunque desconocidos, no son por esta causa menos necesarios para que pueda regularse la Vida en conjunto, teniendo

que atender, no sólo a su conservación, pero también a su perfeccionamiento.

En tesis general todos los perjudicados opinan que hay una injusticia muy grande en la organización de los microbios homicidas o juzgan que debieran suprimirse. Nadie piensa justicieramente que bien pudiera ser que fuésemos nosotros los que debemos ser suprimidos. Porque, ¿quién regula el número de los organismos de la especie humana que establezca la mejor armonía entre ellos, en particular, y la Vida del Planeta, en general? ¿Acaso no es el Planeta quien ofrece la despensa de los núcleos para formar los organismos y de las fuerzas irradiadas a fin de que tomen animación?

Si el número de bocas excede al de las provisiones, ¿no se establecerá una diferencial de armónico concurso entre la parte y el todo? Y por falta del abastecimiento necesario, ¿no se debilitarán todos los organismos y decrecerá el vigor de las razas y hasta el de la resistencia de los órganos?

¿Qué debe hacerse en tal caso? Disminuir su número; no tiene la menor duda. ¿Y cómo? Lo mismo que antes, sólo que ahora en vez de un órgano se trata de un organismo. Conjuntivamente, la vida del Planeta donde todos vivimos, se pone en discrepancia con los seres individualmente particularizados. La raza humana, en conjunto, se debilita y no puede resistir al Medio, y éste acciona como antes, produciéndose con elementos de soporte orgánico tomados de la Atmósfera, la Vida adversa a merced de innumerables legiones de microbios homicidas,

II

LOS TRES FACTORES DE LA PONDERACIÓN

Estos son: la cantidad, la extensión y la intensidad de la fuerza.

Esta ecuación de equilibrio es invariable en la Gran Escala del Medio y a ella deben someterse todas las fuerzas que se producen por desdoblamiento o reversión.

Pero las oleadas de fuerza que se producen por el trabajo de intensificación no obedecen, ni pueden obedecer, a una regla fija.

El desdoblamiento se verifica inarmónicamente y no en relación exacta de cantidad, extensión e intensidad conforme pide la Ley de la Evolución a la directa.

Afluyen al Medio en cantidades que no siguen la sucesión gradual de la Gran Escala.

Para que hubiera ecuación perfecta de ajuste, sería preciso que la adaptación no discrepara en ninguno de los grados; pero esto no es posible por aquella causa.

En la Vida por reversión interviene el Acaso. No es posible ajustar las reversiones de la fuerza con

arreglo a la medida que tiene la Ley de ponderación. Acuden al cuerpo del Planeta las fuerzas irradiadas de fuerza natural, luz y espíritu, estancándose en unos grados, intensificándose improvisadamente en otros, o faltando a las ponderaciones por acúmulos desmedidos.

Estas imperfecciones de ajuste producen, sin cesar, oscilaciones y movimientos entre las fuerzas irradiadas a causa de que el Medio procura con su influencia establecer una tónica general para que los excesos y defectos se suplan y nivelen con tendencia a la mejor armonía.

De sobra debe haberse comprendido que una fuerza, sea cual fuere su grado, no ha terminado su misión apenas se irradia del organismo que la contiene o bien se extiende al operarse en ella cualquiera descomposición.

Sucede todo lo contrario. Las fuerzas no pueden permanecer inactivas en ninguno de los términos de la Gran Escala. Se impone su intensificación progresiva por la más ineludible de las Leyes universales.

III

LAS FORMAS ACCIDENTADAS

Ya sabemos por los capítulos anteriores que toda fuerza que se irradia abandonando el organismo que la contiene, se adapta al organismo superior hasta llegar al grado donde su resistencia supera a la acción del Medio, por cuyo motivo queda allí en provisional equilibrio hasta que otras fuerzas se encargan de realizar el trabajo de descomposición que hace falta para que aquella resistencia disminuya y pueda operarse la acción intensificadora hasta el nuevo grado de resistencia que sitúa a dicha fuerza irradiada en otro término de mayor elevación perteneciente a la Gran Escala.

Por este hecho resulta que el Trabajo que el Medio realiza en un sentido y el que hacen las demás fuerzas, en otro, no tiene un punto de reposo.

Los mismos defectos de ponderación que dan motivo a todo género de vaivenes, entre las fuerzas, sirven de acción intensificadora progresiva, auxiliando a las fuerzas trabajadoras para llevar a cabo su misión. Lo más perentorio, lo de más urgente necesidad, estriba en que el curso ascensional no

se paralice por el estancamiento de unas fuerzas respecto de otras en ninguno de los términos de la serie.

Esto desvanece el error, casi pueril, en que hasta ahora hemos vivido, creyendo que las fuerzas que se irradian al descomponerse los organismos, desaparecerían del escenario del Universo, desvaneciéndose como por arte de magia, sólo porque su nueva dirección y ulterior destino no podían ser apreciadas sensiblemente.

Las formas por las cuales se determinan las alteraciones que se operan en aquella ecuación de equilibrio, son las siguientes:

- 1.^a Falta de ponderación entre la cantidad y la extensión.
- 2.^a Exceso de intensidad con defecto de extensión.
- 3.^a Defecto de cantidad en relación con el Medio.

La primera forma ya la conocemos. Toda acumulación de fuerza retenida por otro material de resistencia, falta a su ley de extensión.

La segunda forma se produce cuando en una extensión determinada se intensifica una fuerza. Este hecho es inverso del anterior. En el primer caso la falta es por defecto de extensión. En el segundo, por el contrario, la falta es por sobra de extensión.

La tercera forma se produce cuando se acumula en toda la extensión perteneciente a uno cualquiera de los términos de la Gran Escala tal acúmulo de fuerzas irradiadas que todas, en conjunto, superan al caudal preciso que debe contenerse en cada uno de dichos términos; caudal invariable que no

puede nunca exceder de la cantidad expresada por el símbolo O, como ya sabemos.

Estas son las tres formas accidentadas que rompen el equilibrio armónico entre el Medio y las fuerzas irradiadas.

El estudio de los resultados que produce este tercer accidente, ofrece un interés capitalísimo. Aquí la perturbación es muy honda. El caso es éste:

Fuerzas de un mismo grado, después de despojarse de sus envolturas orgánicas, se aglomeran al irradiarse en tal cantidad, que se sobrepasan al máximo caudal O que corresponde en Ley de Evolución al término del mismo grado en la Gran Escala. No es posible la adaptación al Medio. Lo impide la acumulación de tales fuerzas sobre un mismo punto. Se impone el trabajo de su descomposición.

No pudiendo adaptarse al Medio, ¿cuál es el derrotero que deben seguir estas fuerzas? El único factible en semejantes circunstancias. Su destino se invierte. Su dirección se hace contraria para actuar como principios alterantes ya en la Atmósfera, ya en la propia vida animal, conforme al modo de ser de aquellas fuerzas aglomeradas.

El caso es atajar por una parte el curso de las irradiaciones del mismo grado, y por otra, producir su propia descomposición, realizando un trabajo adverso, pero necesario, en el fondo, para que el giro de la Vida no se interrumpa y puede cumplirse la Ley de la Evolución.

Calificamos de adversas a estas fuerzas porque en el estado de fuerza natural resurgen en la Atmósfera, produciendo sus más profundas perturbacio-

nes, originando los ciclones y tempestades sin miramientos a los males y víctimas que producen.

En otros estados se organizan a la inversa, formando seres minúsculos de mil extrañas contexturas, con flujo de vida también invertido, en forma de segregaciones virulentas. Estos son los microbios que en grandes aludes infectan la Atmósfera y son causa de mortales epidemias.

Y lo mismo acontece en el orden espiritual. El acúmulo de la animalidad en grado irracional se estanca en los términos de la Evolución. Los aglomerados de la fuerza psíquica de un mismo grado dejan sin adaptación posible a muchas energías irradiadas.

Como acabamos de afirmar, la característica de estos acúmulos se halla en las fuerzas espirituales más incultas y atrasadas. Inmensos rebaños de hombres nacen y mueren al través de muchas generaciones sin elevar el grado de su intensificación.

Llega un punto en que ya es preciso operar la descomposición de estas fuerzas que no modulan su vida y se estancan y aglomeran en el Medio después de la muerte, o sea, cuando se desprenden de sus envolturas orgánicas.

La Ley tiene que cumplirse. Las fuerzas no pueden permanecer ociosas. El Trabajo se impone en todas las formas. Estas fuerzas espirituales de tan bajo nivel se invierten, como ya dijimos, actuando en forma contraria al sentido del Bien.

Los microbios atacan a los organismos para que disminuya su número si hay que poner coto a los afluentes de la irradiación.

Las fuerzas espirituales excedentes tienen que

operar la descomposición de los espíritus atrasados para que disminuya su resistencia a la Evolución.

¿Y cómo pueden ejercer este poder interno? Por la posición que ocupan, que es también interna. Influyen sobre fuerzas espirituales de su mismo género, sobre los déspotas, sobre los ambiciosos, etcétera. He aquí los demonios de la Vida, los genios del Mal, tan necesarios como los genios del Bien, por donde resulta que son aquellas fuerzas adversas las encargadas de realizar el destino superior de todas las existencias, habida cuenta de que el Bien Supremo se halla en la intensificación progresiva de todos los seres que constituyen la vasta urdimbre del Universo.

En esta labor de adversidad se intensifican, también, las fuerzas que lo realizan. Claro es que hay víctimas y que se producen dolores, pero el Bien colectivo se impone; porque, a no ser así, no sería posible llevar a cumplido efecto la resurrección del Espíritu, o sea la resurrección de Dios mismo *en sí*.

Dios lo es todo. Dios resurge en sus propias criaturas y no puede evitar nuestro dolor, que es su dolor. No hay que establecer controversias ociosas sobre este punto. De hecho el dolor existe. No queda más remedio que hacer lo que nosotros hacemos. Explicarlo.

IV

CAUSAS DEL MAL

Virtualmente, el impulso del *querer* es omnímodo en nuestro Espíritu. Es inviolable como derivado del *querer* que pertenece a Dios mismo. Ha de ser siempre lo que el Hombre quiera y pueda traducirse en acto.

Pero este impulso del *querer* de la Voluntad humana, a pesar de ser libérrimo, no es incorruptible. Se halla sometido a la Ley de la variedad y a las influencias del ambiente. Así es que se pueden querer cosas buenas y cosas malas, cosas grandes y cosas pequeñas. Para que mejor se nos entienda: este impulso virtual de la fuerza del Espíritu se modifica adquiriendo distintas formas y caracteres.

Si Dios pudiera *crear* al Hombre de una sola vez, las voluntades de todos ellos se manifestarían al unísono; pero las máquinas orgánicas que realizan el desdoblamiento de la fuerza natural por corriente modulada o flujo progresivo, tuvieron que someterse también a la Ley del perfeccionamiento.

El desdoblamiento de la fuerza, hasta dar resu-

rrección al Espíritu tiene que verificarse por escala graduada como ya sabemos. El Movimiento, la Sensibilidad, la Conciencia, la Voluntad, el Instinto, la Inteligencia y la Razón son los tonos sucesivos de aquella escala. Y no se sustenta ninguno de ellos sin que el anterior le sirva de base.

Hay que tener en cuenta que el Hombre original no ha sido generado por la procreación. Tiene prioridad cronológica. Obedece a la resultante de una serie.

En los tiempos primitivos hubo una etapa en que la vida pertenecía toda ella al instinto. La fuerza sólo se hallaba intensificada hasta ese término.

En semejante período la lucha por la existencia contra el Medio inclemente era terrible. Los animales luchaban con el mayor encarnizamiento para dar satisfacción al hambre y la sed. Los alimentos eran disputados. El agua también. Y no era menos disputada la vivienda arrasada de continuo por el ciclón y las inundaciones.

De aquel estado crítico de la Vida salieron malleados los instintos, adquiriendo impulsos feroces. El instinto virtual del Espíritu no es ni bueno ni malo. Es sólo instinto. Pertenece al albor de la inteligencia. Se halla en la dirección que debe darse a la Voluntad, pero dirección que no se halla bien definida y que se aplica sólo a las necesidades del momento impuestas por el Medio.

Fué preciso encauzar la Voluntad por aquellos senderos de encarnizada lucha, y se adulteró la virtud intrínseca de aquella facultad del Espíritu.

Luego los tiempos han ido dulcificando la ferocidad de aquellos impulsos conforme las exigen-

cias del Medio; ya más benigno, le han permitido su ecuación con el estado de mayor intensificación del Espíritu que va dando a la Voluntad una dirección más inteligente y racional.

¿Cómo no desaparecen antes estas corrupciones de la Voluntad y el Instinto, adquiridas en aquellos períodos críticos de la Vida? Porque esto no es posible, sencillamente.

Compréndase que el Alma de un león, por ejemplo, al irradiarse, no sale purificada por el solo hecho de pasar de un organismo, el del león, a otro superior (el del Planeta). Hay en esto un error profundo que es preciso desvanecer.

Para toda modificación en el modo de ser de las fuerzas se necesita una forma de trabajo.

Y esta forma es siempre serial o progresiva. Nada aparece ni desaparece de repente. Si esto fuera posible y no hubiera más seres espirituales que los que animan la superficie del Planeta, aquellos malos instintos ya se hubieran extinguido; pero no es así.

La Muerte no resuelve nada en este sentido. Las fuerzas no se intensifican por esta causa. Pasan de una posición a otra y nada más. En ellas persevera el carácter, o sea el modo de ser adquirido. Hay que seguir trabajando para modificar aquel estado que no es el virtual del Espíritu. Por este motivo la labor es lenta y el perfeccionamiento no se verifica con la deseada prontitud.

La luz se ha hecho en estas tinieblas de la Vida humana; ahora, que ya sabemos que formamos par-

te de un organismo superior y de un Espíritu de mayor cantidad radial que el nuestro.

Examinando el problema desde la cumbre, o sea desde el Espíritu del Planeta, surge la explicación luminosa y toman concreción las ideas adquiriendo un relieve de lógica extraordinaria.

Al caer los organismos terrestres, las fuerzas espirituales van a formar parte de aquel superior Espíritu, conservando sus modos de ser, más o menos imperfectos, adquiridos por la lucha terrena, y no pueden quedar allí asociadas en aquel estado, porque entonces el Espíritu del Planeta no progresaría.

Estas fuerzas espirituales imperfectas trabajan para intensificarse y obtener su mejoramiento, sirviéndose de los soportes que les ofrecen nuestros organismos después de haberse irradiado de otros semejantes.

De modo que la Vida de cada ser prosigue. No acaba con la Muerte. El trabajo se reanuda dentro del organismo superior con actuación contraria, como ya sabemos.

Por eso en los hombres no se han extinguido todavía ni las pasiones ni los instintos feroces. Aún se halla todo animal en el Hombre. Este depende de que las fuerzas irradiadas se relacionan después de la Muerte con los organismos que tienen Vida. No hay otra forma de que no se interrumpa el trabajo y se estanquen para siempre aquellas corrupciones de la fuerza moral del Espíritu.

¿Dónde se hallan las manifestaciones del trabajo que realizan esas fuerzas internas en semejante es-

tado de imperfección? En todos los seres monstruosos y repugnantes que rodean al Hombre.

Cuantos animales afean la existencia del Planeta de formas tan extrañas, sirven de *yunque* para que puedan realizar su trabajo dichas fuerzas irradiadas.

¿Y si desaparecieran estos animales de tan baja condición moral? Si desaparecieran antes que el Espíritu humano adquiriera mayor enaltecimiento, éste, en vez de progresar, retrogradaría. El fanatismo tomaría un carácter de mayor ferocidad. El egoísmo se haría más intransigente. La hipocresía más repugnante. Las fuerzas que ahora trabajan en el alma del reptil se arraigarían en el alma humana, etc., etc.

La Ley es armónica hasta en las que parecen mayores fealdades de la Vida. Todo es preciso, conforme al modo de ser de cada individuo en relación con el organismo superior dentro del cual convive.

Las malas formas de la Vida, los instintos perversos, las malas pasiones no pueden desaparecer hasta que el perfeccionamiento del Espíritu humano sea mayor. Progresando éste, todo mejora en torno. Desapareciendo el hombre-fiera, desaparece el león; desapareciendo el hombre-reptil, desaparecen también cuantos reptiles afean la hermosura de los campos.

¿Y por qué? Porque del perfeccionamiento del Hombre se deriva el del Planeta.

Todo se halla comentado y relacionado prodigiosamente. No es que los animales feroces desaparezcan por arte milagroso. Es que el Hombre los

acosa conforme se extiende el dominio de su inteligencia por la Tierra, poblando los bosques, perforando las montañas y abriendo los istmos.

Es que se va el Hombre consagrando a la Higiene a medida que su espíritu se eleva, exterminando a las legiones homicidas que le acosan. Y así es como todo progresa paralelamente dentro del organismo superior, por causa del perfeccionamiento de todos los organismos componentes.

Aquí no termina la completa explicación del Mal.

La fuente de derivación se halla en la Voluntad humana, mal dirigida, inicialmente, por el Instinto, como acabamos de afirmar; pero la causa raíz se halla precisamente en la libertad omnímota del *querer*.

Entre el *querer* y el *poder* hay una barrera que resulta muchas veces infranqueable. En su fuero interno el Hombre se instruye de la grandeza de su voluntad. Créese un Dios, y está en lo cierto, como que en él resucita Dios individualmente.

Por semejante libertad el Hombre aspira a convertir en actos todo su *querer*, y aquí está el tropiezo, porque la libertad sin freno de unos se convierte en fatalidad que restringe la de otros.

Primero, el Mal se deriva de la fatalidad de los elementos, luego, el *querer* del Hombre se convierte en fatalidad social.

Se hace precisa una Ley que armonice, en bien de todos, el *querer* y el *poder*. De aquí se deriva la Autoridad, término medio entre la Fatalidad y la Libertad.

Lo malo es que la Autoridad se impone por el Hombre mismo, y ésta se hace defectuosa por aque-

lla libertad del *querer*. La Autoridad se hace despótica, o bien guerrera y conquistadora, y no se sale del Mal.

El remedio estriba en que la Ley social se convierte en Ley moral, para que la Voluntad gire exclusivamente sobre sus polos de acción precisa, como giran los astros sobre sus centros de rotación.

¿Dónde se hallan los dos polos de la Voluntad? En el Deber y en el Poder. Para que el equilibrio se restablezca y acabe el Mal, es preciso que el Hombre someta la acción de su Voluntad, no sólo al acto posible, pero también al imperio del deber.

La Ley moral se halla vinculada de tal manera con las fuerzas del orden natural o físico, que, limitado el querer de la Voluntad al Deber, el Hombre podría realizar cuanto quisiera. Su libertad no hallará entonces ningún obstáculo.

Dando un giro hemos vuelto a la necesidad del perfeccionamiento del Espíritu, para que el Mal desaparezca, ya afecte la forma de Fatalidad, ya la de Autoridad. El ideal de la Libertad completa sólo puede realizarse socialmente entre hombres que por propia voluntad puedan poner disciplina en sus acciones.

No hay camino que no conduzca al magno y universal Principio de que así la vida como el bien de cada individuo sólo son posibles cuando se ponen en ecuación armónica con la vida y el bien de todos. La parte ha de ser siempre de la naturaleza del todo. La Voluntad humana tiene que relacionarse con la Voluntad suprema. El Mal se halla en la diferenciación.

Podemos dar un relieve positivo a las verdades anteriores.

No cabe duda que moralmente, salvo la excepción de los hombres que rinden culto al Deber, todos los demás se rechazan por el radio indefinido que tiene la acción de su Voluntad. Claro es que fuerzas que actúan en todos sentidos y direcciones desde orígenes distintos tienen, forzosamente, que encontrarse oponiéndose entre sí.

Por esta causa cada voluntad se halla individualmente en oposición con todas las demás. El artista siente que otro le aventaje en las obras de arte. ¿Por qué razón? Porque su querer no se limita al poder de su inspiración. Tiene menos temperamento artístico. Hay diferencias orgánicas que lo impiden. De aquí sale el despecho, y hasta la envidia, y la enemistad en muchos casos.

Se necesitan muchas páginas para explicar todos los encuentros y choques que tienen los hombres por causa de la ilimitación de su querer.

Supongamos por un momento que cada cual pudiera realizar su voluntad. ¿Qué ocurriría? Que todos los encuentros que ahora afectan un carácter moral se traducirían en choques materiales. El mundo entero se convertiría en un incesante campo de batalla. ¿Cómo se restringen y aminoran estos choques? Con las limitaciones de la Voluntad impuestas por el Deber.

Yo quiero ser el artista más famoso de la Tierra, pero carezco de aptitud orgánica para dar cumplimiento a mis deseos. ¿Qué me ordena el Deber? Que acepte como buena aquella limitación. En semejante caso la fama de otro ya no me producirá

ningún despecho, ninguna envidia, ningún rencor.

Abrigo la profunda certeza de que no hay diferencia esencial en los espíritus, sólo que en unos hombres se halla más intensificado que en otros. Cuestión de grado. Esta consideración, ¿adónde conduce? Al trabajo, porque el trabajo intensifica al Espíritu. Aquí se halla el patrimonio, el oculto tesoro que a todos pertenece.

V

FORMA Y CONDICIÓN DE LAS FUERZAS ADVERSAS O INADAPTADAS

La acumulación de las fuerzas irradiadas llega a su excedencia máxima cuando sobrepasa a la cantidad que corresponde al grado de la escala en el término preciso de la adaptación. Recuérdese cuanto dijimos a este propósito en el capítulo de las formas accidentadas.

Estas fuerzas que quedan sin adaptación oscilan al acaso, entre los dos Polos positivo y negativo, y actúan de energías alterantes cada una de ellas en el término del Medio que corresponde a su grado.

Para darnos una idea del modo de ser de estas fuerzas, tengamos presente que para la realización de todo fenómeno determinado, forma, acto voliti-

vo, idea, etc., precisa el contraste de las dos acciones de contrario impulso.

Conforme ya dijimos, nosotros podemos *querer* realizar un acto sin realizarlo. He aquí uno de aquellos dos impulsos.

No podemos realizarlo porque nuestra acción carece de soporte. Las Leyes de la Mecánica son universales. Nuestro organismo de resistencia se halla en nosotros mismos y, naturalmente, no puede servirnos de apoyo, porque toda fuerza viva a la directa sólo puede accionar sobre un soporte en relación inversa.

Las fuerzas irradiadas o que se salen de nuestro organismo para situarse en posición opuesta, como ya sabemos, son las únicas que pueden tomar apoyo en dicho organismo, porque actúan sobre él en sentido contrario, conforme exigen las Leyes de la Mecánica.

Adviértase de qué modo tan sencillo se asocian las dos funciones para producir el acto determinado.

Nosotros, con nuestro impulso volitivo, indicamos la acción que queremos realizar, y las fuerzas que con nosotros conviven en el medio de la Voluntad obedecen instantáneamente el mandato. He aquí, por lo que dijimos en diferentes ocasiones, que nuestra Voluntad no es motora y que sólo es uno de los dos resortes que hacen falta para que la Voluntad se traduzca en acto motriz.

Ahora ya podemos explicarnos con toda claridad el modo de ser de aquellas fuerzas, que al salir de los dos polos de acción, el positivo y el negativo,

oscilan adversamente entre ambos a causa de no haber podido adaptarse al medio.

La acción de estas energías adversas no puede hallar determinación justa concreta, porque no tienen apoyo en ningún organismo bien conformado.

Pongamos como ejemplo que se trata de una fuerza natural inadaptada.

Al punto gira *en sí* vertiginosamente en forma de torbellino, sin centro fijo ni circunferencia determinada. Esta es la forma eléctrica, pero sin soporte de resistencia ni cable de comunicación. Esta es la electricidad atmosférica.

Si las fuerzas inadaptadas pertenecen a un grado de mayor elevación, hasta el del instinto, por ejemplo, forman escalas orgánicas. Se componen y descomponen rápidamente. El flujo de su vida se invierte también en relación con nuestro organismo. En vez de intensificarse aquél se condensa de mayor a menor intensificación, determinándose en descomposiciones o segregaciones tóxicas y mortíferas para la vida bien organizada. Estas son las bacterias o microbios.

Alcanzando mayores grados de elevación, dichas fuerzas adversas perturban las conciencias y las almas.

Claro es que si la adaptación a la Gran Escala pudiera siempre verificarse ordenadamente, la vida por Reversión resultaría tan armónica como la vida por Evolución, y no habría ningún trastorno en el Universo; pero en este caso se identificarían las dos funciones y sólo habría una función, hecho absurdo, porque sin vida inversa no puede haber vida

directa. Es preciso aceptarlo todo conforme existe realmente por Ley de necesidad.

Lo que parece un mal resulta un bien penetrando a fondo en el desarrollo de todas las existencias.

Aquellas fuerzas que no pueden hallar ordenada adaptación en la Escala del Planeta se convierten en Principios alterantes de las Atmósferas, rompiendo su equilibrio.

No es posible prescindir de la violencia, compañera inseparable del Dolor, para obtener el despertamiento del Espíritu. El Dolor se encierra dentro de la misma Lógica que tiene el Placer. No puede prescindirse de ninguno de ellos sin que desaparezcan ambos a la vez.

No actúan sólo como principios alterantes, pero también como principios de eliminación de todas las causas que motivan el acúmulo de fuerzas cuyas irradiaciones no pueden hallar ordenada adaptación en la Gran Escala y correlativamente en el Espíritu del Planeta.



CAPITULO X

LEY DE SELECCION

I

LOS PRINCIPIOS ALTERANTES

Por este gran Principio de la Evolución inversa de que en todos los estados de la Fuerza, Materia, Naturaleza, Luz y Espíritu, para modular hay que descomponer, se justifican todos los actos de violencia que acompañan al progreso del Espíritu.

Siempre resulta que la acción evolutiva del Medio no podría ejercer su objeto de intensificar a las fuerzas progresivamente sin el auxilio del Principio alterante por el cual se lleva a cabo la descomposición de las mismas.

Efectivamente, sea una fuerza $= \frac{\varphi}{1}$

Nos valemos de esta unidad de materia como pudiéramos valernos de un cuerpo compuesto por miriadas de millones de partículas.

Esta fuerza, por sí, no puede desenvolverse, como ya sabemos, pero en el fondo de ella y en orden invertido dormita el Espíritu. Es preciso desdoblarla grado por grado y etapa por etapa hasta que recobre el estado de fuerza psíquica.

La Evolución por sí sola resulta ineficaz para cumplir con este elevado objeto. Dios no hace milagros. Repetimos que milagro y absurdo son sinónimos. Dios no es ni puede ser Todopoderoso en todo momento.

La fuerza $\frac{\varphi}{\varphi}$, por ejemplo, aunque a virtud de anteriores descomposiciones ha llegado a la frontera donde su resistencia se halla ponderada con la fuerza en evolución del Medio, quedaría estacionada en aquel equilibrio sin la intervención de otras fuerzas que efectúan su descomposición en partes más reducidas para que el Medio pueda desdoblarlas con objeto de que se vayan intensificando gradualmente.

Esta es la función que se encargan de realizar los cinco elementos, el Sol, la Tierra, el Mar, el Aire y el Fuego, los cuales actúan como fuerzas alterantes para impedir que se estacionen pasivamente aquellas fuerzas condensadas.

Cuanto más cercanas se hallan estas fuerzas pasivas a la ponderación que antes hemos descrito con relación al Medio, menor es el trabajo que se necesita para que se altere y rompa ese equilibrio, al indicado objeto de que el Medio actúe y cumpla con su Ley de evolución.

Si la resistencia es muy grande, ¿qué debe hacerse? Lo que la Ley manda. Necesaria es la violen-

cia. Preciso es el choque que opere la descomposición de aquella fuerza estacionada para obligarla a que module y ascienda por la escala de intensificación gradual de todas las fuerzas.

Interviene el Principio alterante, llámese golpe, vaivén, sacudida, ciclón o guerra, y merced a esta acción violenta las fuerzas invertidas se descomponen o dividen. ¿En cuántas partes? Esto depende de la energía del golpe. Aquí interviene el Aca-so, donde se halla la clave de todas las imperfecciones orgánicas.

II

SUBSTITUCIÓN O SELECCIÓN

Las composiciones orgánicas se deben a la concurrencia de cuantas partes mínimas son necesarias para la constitución de las máquinas encargadas de llevar a cabo las descomposiciones de las partes mínimas componentes con objeto de que el Medio las haga modular. Estas son las máquinas u organismos de la Vida.

He aquí la obra magna del Gran Espíritu. La Vida se organiza para el mismo fin que la Vida tiene. Esta se encierra en el siguiente círculo: Para que surja y resurja el flujo vital hay que descomponer a las fuerzas, y para que haya máquinas de

descomposición hace falta el resurgimiento de la propia vida.

Todos los seres coadyuvan a la obra común. A éstos se les encomienda el trabajo de la descomposición. Dios se encarga del trabajo de la Evolución. Cada cual hace su oficio.

Pero, obra de la constitución orgánica, no podría realizarse sólo con la eficacia que tienen las descomposiciones de las fuerzas. De aquí se deriva la sucesividad de un Principio de Selección.

Con efecto, todo cuerpo orgánico se compone de partes mínimas. No pueden descomponerse por la sencilla razón de que es necesaria su resistencia para dar cohesión y solidez a la máquina con objeto de que ésta sirva de soporte para que otras fuerzas se encarguen del trabajo de descomposición de las materias de donde sale el jugo de la Vida.

Por el contrario, es preciso no disminuir, sino aumentar la resistencia de la máquina orgánica hasta que alcance su máxima densidad.

En este caso hay que apelar a la substitución de unas partículas en grado inverso al de su modulación.

Conforme el organismo se desarrolla hay que renovarle en el sentido de menor a mayor densidad en relación inversa con el flujo vital que gradualmente progresa de menor a mayor intensidad.

Dios no puede dar la medida exacta de las fuerzas que integran a los organismos. Lo mismo en la alimentación que en la respiración, los afluentes no todos son asimilables.

La Ley de la asimilación es la misma que la de descomposición. Si hay fuerza para descomponer el

elemento que solicita la colaboración orgánica de la Vida, el organismo se asimila aquel elemento y éste pasa a formar parte de la escala orgánica, o bien, si pertenece a los elementos de la nutrición, modula para formar parte del flujo vital. De lo contrario hay que expurgarle por su excesiva resistencia. Esta es la obra de la Selección.

Después de seleccionada aquella fuerza rebelde se hace precisa la intervención del Principio alterante o de otras máquinas de más rudimentaria estructura, las cuales se encargan de domar aquella resistencia, operando la descomposición de la masa rebelde.

III

EL PRINCIPIO ADVERSO

Hasta aquí hemos estudiado las Leyes de descomposición y selección de los organismos en su modo de ser individual; pero la selección tiene grados más superiores.

Las relaciones en conjunto de unos seres organizados respecto de otros en escala de inferior a superior categoría, no pueden establecerse siempre de un modo rítmico o armónico, por la imposibili-

dad de dar concierto común a las voluntades diversas de tan contrarios impulsos.

Todas las fuerzas, como ya sabemos, tienden a la inercia y al estancamiento, de tal manera que su rebeldía excede a la modulación de todos los procedimientos ordinarios de descomposición y selección.

Estos elementos de tenaz resistencia se acumulan allí donde encuentran medio ambiente propicio. Contra estas condensaciones hay que operar con energías de gran violencia, con enormes choques promovidos por el ciclón, el rayo y la tempestad en lo físico y las revelaciones y las guerras en lo moral. No puede excusarse el Dolor. De aquí se deriva el Principio adverso.

Pero ¿qué fuerzas se encargan de dar cumplimiento a este Principio de adversidad? Esto es lo que veremos a la luz de una amplia investigación en los siguientes capítulos.

Desde el momento en que ya sabemos que el Planeta, dentro de cuya superior organización vivimos, es un Ser como lo somos nosotros en inferior escala, debe acudir a nuestro Espíritu necesariamente la idea de una afinidad entre ambas existencias, porque ya resulta absurda la suposición de que el Planeta vaya por un lado y nosotros por otro.

El Hombre ha vivido hasta aquí en santa ignorancia de la parte que le corresponde en el concurso, creyendo de buena fe que la Naturaleza entera sólo existe para subvenir a las necesidades humanas y que el Hombre es el rey de la Creación.

Pero bien; ya sabemos que no es así. Mucho

antes de que la serie se prolongue hasta el Ser Máximo a quien damos el nombre de Dios, hay otros seres intermediarios superiores.

Y la consecuencia es esta: Se han de regular las funciones entre la vida del Planeta y la vida humana, ya que se hallan tan penetradas que no puede concebirse ninguna de ellas por separado.

Con los conocimientos que hemos adquirido debemos preguntarnos: ¿Cómo existimos? Nuestra máquina es un compuesto organizado. ¿De dónde salen los elementos orgánicos? Estos elementos ¿son siempre los mismos? ¿Y cómo damos alimento a la máquina? ¿No faltarán nunca las provisiones?, etc.

En seguida observamos que hay muchas existencias inferiores que trabajan para nosotros. Debemos suponer que nosotros debiéramos trabajar asimismo para la vida del Planeta, que es una existencia superior.

La vida bien conformada oscila entre dos impulsos, que son contrarios, pero que se enlazan armónicamente entre sí.

El flujo de la Vida se interna desde la Naturaleza al Espíritu. La máquina orgánica se anima por corrientes que actúan en sentido contrario, o sea desde el Espíritu a la Naturaleza.

El elemento mínimo de la composición de estos organismos se halla en el núcleo microorgánico que ya hemos definido. Un torbellino de fuerza natural que gira sobre un centro de resistencia constituido por una partícula de materia. Aquellos torbellinos y estos centros tienen una variedad in-

acabable. Los más pequeños son los más intensos. Se asocian moduladamente y forman las escalas orgánicas siempre de menor a mayor intensidad.

Pues bien; las fuerzas irradiadas excedentes se organizan de un modo que es completamente distinto.

El exceso de las fuerzas irradiadas depende siempre de la falta de ponderación entre la cantidad y la intensidad de las fuerzas. A todo exceso de cantidad corresponde un defecto de intensidad.

Para todas las fuerzas hay plaza en el Medio universal. El giro completo lo realiza todo el caudal de fuerza existente repartido en dos mitades: una que pertenece al giro de inversión y otra al giro de reversión. Las diferencias que originan aquellos movimientos adversos dependen de que el ajuste entre ambas funciones no es ni puede ser perfecto desde un principio en Ley de cantidad como en Ley de intensidad, simultáneamente.

Por ejemplo: la vida humana se estanca en cantidad, tomando un crecimiento extraordinario el número de sus organismos, dominando en todos ellos o en su mayor parte la vida puramente animal, con defecto de la vida del espíritu. ¿Qué sucede? Que falta intensidad en aquellas existencias, las cuales, al irradiarse, producen un acúmulo de fuerzas del mismo grado.

Tal puede ser el acúmulo, que dichas fuerzas superen en cantidad al término de la Escala del mismo grado donde aquéllas debieran tener adaptación.

Hay que poner remedio a este mal, porque atenta contra el libre curso de la vida del Universo

y contra el Principio de que las fuerzas tienen que elevarse en demanda de su común origen, que se halla en la Ley de Substancia, último término de la Gran Escala.

De llevar a cabo esta misión reparadora, se encargan las fuerzas excedentes organizándose en la forma adversa que hemos indicado, es decir, con una sola función impulsiva.

Es preciso disminuir el número crecido de los organismos de la especie humana, haciendo en ellos la necesaria selección, empezando por los más débiles o más imperfectamente constituidos, no porque sean elegidos de antemano, sino porque ofrecen menor resistencia cuando son atacados por aquellas organizaciones adversas.

Y al par que se hace esta selección reparadora, es preciso que aquellas fuerzas se intensifiquen progresivamente para que la Humanidad no se convierta en un rebaño inmenso de animales inferiores.

Cada ser tiene que cumplir con su Destino o perece de un modo o de otro, porque al interés de cada cual se sobrepone la finalidad común.

¿Y cómo se verifica el movimiento de intensificación de la especie humana que se estanca o que no progresa? Del mismo modo que se mueven las fuerzas estancadas en la Atmósfera. En este caso por los ciclones y las tempestades. En aquel otro por las revoluciones y las guerras.

Si hay ciclones es porque hay fuerzas naturales inadaptadas que rompen el equilibrio atmosférico. Si hay epidemias débense a las organizaciones adversas igualmente inadaptadas, y si hay guerras,

éstas se originan por fuerzas de más alto grado, también adversas, que rompen el equilibrio de las almas, sacándolas de su inercia y estancamiento.

Emplearemos una imagen bien gráfica para que se comprenda bien el destino superior que realizan estas fuerzas que transitoriamente no pueden adaptarse por exceso de cantidad y defecto de intensidad.

El Universo es una inmensa balanza. Arriba, en la Ley de Substancia, el *fiel*. Abajo los dos platillos. Estos se hallan siempre oscilando en perpetuo vaivén, pero a medida que el movimiento se eleva, las oscilaciones ya no son tan pronunciadas hasta que desaparecen en el término Límite donde se halla el *fiel* de la balanza. Allí la Equidad es perfecta.

¿Por qué oscilan abajo los platillos? Porque los pesos que sobre ellos gravitan no son, ni pueden ser, iguales. En semejante caso quedaría la balanza en perfecto equilibrio y desaparecería el movimiento.

El Trabajo que hay que realizar consiste en que no se acumule el peso sobre uno de los dos platillos, llámese el de la cantidad, dígase el de la intensidad, porque de este modo también deja de oscilar la balanza y se anula el movimiento.

Cuando el peso se estanca en un platillo, hay que eliminarlo para que no grave excesivamente. Se intensifica y se pone en el otro platillo. El objeto es que la balanza no permanezca nunca inmóvil. Este es el trabajo de nivelación y compensación, cuyo cumplimiento se debe a las fuerzas inadaptadas y que accidentalmente se hallan situadas fuera de am-

bos platillos para poder realizar su labor imprescindible.

IV

CICLONES Y TEMPESTADES

El Planeta tiene que cuidarse de que no le falte agua a la Tierra para que pueda ésta fecundarse y nazca la vegetación.

¿Qué trabajo realizan los vegetales? Ya lo dijimos en otra ocasión. Su labor consiste en intensificar a los núcleos microorgánicos en diferentes grados para que concurran a la formación de las escalas orgánicas. Esto por una parte, y formar grupos celulares que contengan a grandes o pequeñas dosis muchos torbellinos de fuerza natural, por otra parte.

De la vegetación sale el pan y las frutas y legumbres. El tronco de los árboles es más denso. De allí salen los núcleos materiales que dan resistencia al organismo humano.

Luego estos núcleos tienen que esparcirse para que a todos lleguen, y la Atmósfera se encarga de realizar este trabajo, promoviendo los aires impulsores que accionan en todos sentidos y direcciones.

El contraste armónico de las fuerzas negativas y positivas se halla siempre alterado por la imposibilidad de someter por completo al Accidente a la disciplina de la Ley.

Los trastornos que intervienen en todas las for-

maciones orgánicas se derivan de la gran Fatalidad, madre de origen, que tiene su nacimiento en el Caos, y aun antes todavía, en la inmensa fatalidad del choque.

Esta gran Fatalidad de origen se va reduciendo progresivamente al imperio de la Ley, y no hay más remedio que aceptar, ínterin, todas sus imperfecciones.

Por esta causa la afluencia al Medio universal de cuantas fuerzas se irradian para constituir la Vida de los Planetas, no se efectúa, ni se puede efectuar ordenadamente.

El curso ascensional por la Gran Escala no sigue el movimiento armónico de adaptación que impone dicha escala en la vida del Planeta.

Siempre acontece que las irradiaciones de la fuerza natural predominan, extraordinariamente, sobre las irradiaciones de la Fuerza en otros estados superiores.

Semejante desnivelación en las fuerzas afluentes al Medio, por donde tiene que circular y ascender toda la vida en giro de reversión, produce la acumulación de fuerzas de un mismo grado en unos términos de la Escala y la falta de otras más elevadas en los términos superiores de la misma.

Pero todo se halla previsto y compensado en el Universo.

En ningún término del Medio puede hallar adaptación mayor cantidad de fuerza que la justamente precisa.

La fuerza natural que forma parte de aquellos sobrantes sale a la Atmósfera por la vía interna en

forma de torbellinos, condensándose para dar formación a los ciclones.

V

LA SELECCIÓN NATURAL

Los hombres contemplan absortos el imponente espectáculo que ofrece la Tempestad, tanto en el Mar como en la Tierra.

Los barcos naufragan, y perecen sus tripulantes. Los ríos se desbordan, arrastrando casas y ganados y hombres... El estrago es general, y, sin embargo, ni a los mayores damnificados se les ocurre protestar del daño que reciben.

Al fin hemos hallado algo imponente y misterioso dentro de la naturaleza humana. Nadie protesta ni apostrofa a Dios, por regla general. Y es que vagamente, en el fondo del Espíritu, se adivina que no es posible que la tempestad tenga únicamente por objeto los daños que produce. Se presiente la Ley que hace necesario el hecho incomprensible, como encaminado a la realización de fines superiores.

Así es como el Planeta pone coto a las condensaciones formidables de los núcleos muy materiales, y a la vez lleva a cabo la selección de todos aquellos otros pertenecientes a su cuerpo (el cuerpo atmosférico), cuya densidad se hace extrema por haberse irradiado de ellos los torbellinos de fuerza natural que dan nutrición a la vida del Planeta, como la dan también a todas las existencias terrestres.

Sébase de nuevo que en toda la vida por reversión, en esta etapa de la cual formamos parte, no hay más despensa ni otras provisiones que las que suministra la Tierra.

El aprovisionamiento general se hizo en el horno del Caos. Allí se elaboró y almacenó el Pan que da alimento a todos los seres grandes y pequeños que forman la existencia del Planeta en concurso con todos los demás que hacen su corte.

Esta selección natural comprende a otros objetos del mismo o más elevado interés. Los mares se encrespan y baten a las rocas hasta hacerlas añicos. El agua de las lluvias horada las crestas de los montes para abatir su granítica soberbia. Las turbulentas avenidas de los ríos arrastran a las rocas fraccionadas en pedruscos, vertiente abajo, camino del mar, a fin de que se sumerjan en el vientre del Planeta.

Dijimos que lo más sencillo aparecía como lo más enredado a las miradas del entendimiento; y así es la verdad.

No hay más que fijarse en el trabajo que realiza cada ser para comprender al punto la finalidad que tiene ese mismo trabajo.

VI

SELECCIÓN ORGÁNICA

Entramos en la selección dolorosa.

¿Qué hacen los microbios? ¿Destruir a los organismos? Ya basta. Su finalidad se encuentra en ese

trabajo de destrucción. Pues qué, ¿habría lógica en las Leyes si por una parte diesen la vida al Hombre y por otra se la quitasen sin una Ley de necesidad suprema?

No, no. Nada hay en el Universo que resulte ilógico, ni siquiera superfluo.

La selección orgánica es de tan imprescindible necesidad como la selección natural de que antes hicimos mérito.

La vida no se organiza al capricho. Los organismos no se componen si no hay elementos de estructura orgánica. El número de los organismos tiene que ponerse en relación con el número de las estructuras.

Si fuera dable que desapareciera la vegetación, la vida humana se haría de todo punto imposible. Esto ya es comprensible porque se exagera el grado. Pero hay otros grados inferiores.

Puede haber poca vegetación y pueden ser insuficientes los núcleos orgánicos para llevar a cabo el trabajo de organización que requiere el número excesivo de los organismos.

Es necesario de todo punto que las génesis por las cuales se opera la formación de los organismos, se halle regulada con el abasto, así de núcleos orgánicos como de elementos de nutrición, que puede ofrecer la gran despensa.

Aquí ya interviene la Voluntad humana, que es independiente de toda medida de buen acuerdo entre las necesidades de los organismos y el abastecimiento necesario para satisfacerlas.

Pero acontece que las irradiaciones que producen estos organismos, por su profunda cantidad, no pue-

den hallar adaptación en el medio correspondiente dentro de ciertos grados.

En este caso se impone la necesidad de limitar el número de las máquinas productoras de aquellas irradiaciones, por el motivo imperioso de que la producción es excesiva.

He aquí la necesidad de la selección de los organismos, y de este trabajo se encargan las fuerzas excedentes en la forma que ya conocemos.

VII

LA GUERRA COMO FORMA DE SELECCIÓN

¿Por qué guerrear los hombres? ¿Es eso lo que tienen que hacer? Exactamente. No siendo así sobrarían las guerras y ya sabemos que nada existe que sea superfluo en la vida universal.

¿Y por qué motivo guerrearán? Porque sobran guerreros.

¿Qué se hace con los organismos que sobran? Se les elimina. Pues esto es lo que debe hacerse también con los guerreros. Con los organismos que quedan, la robustez y la salud se afianzan. Con los hombres que quedan, terminada la guerra, se afianza la Paz, hasta que vuelven a condensarse los organismos por un lado y aumenta el número de los guerreros por otro. Hay que seleccionarlos de nuevo. Se renuevan los ciclones. Se repiten las epidemias y se originan las guerras.

¿Y no hay injusticia en estas dolorosas selecciones?

Henos ya de nuevo encerrados en aquel Círculo que encadena todos los hechos.

Este Dolor es necesario para evitar otro mayor. Sin estas selecciones, la vida de perfeccionamiento quedaría estancada definitivamente en sus términos inferiores. El curso ascensional que ahora tienen los Espíritus, integrándose por series en la vida del Planeta, quedaría paralizado del mismo modo.

En este caso la llegada al Bien Supremo quedaría para los rezagados en suspensión definitiva. La Ley de compensación no tendría cumplimiento universal. La Dicha no sería común. Habría seres doloridos sin esperanza... No. No. Esto no es posible. Los que sufren hoy, preparan el advenimiento a la Dicha de los que sufrieron ayer. Y los que más atrás experimentaron los dolores atroces de la Vida, redimirán de sus penas a los que sufren hoy.

No puede ser de otro modo, para que así el Dolor como la Dicha se repartan, equitativamente, entre todos.

VIII

FATALIDAD DE LA SELECCIÓN

Para llevar a cabo las selecciones de orden natural, y también las que afectan a la animalidad, en sus grados inferiores, se generan los ciclones y tempestades y se organiza la vida parasitaria; pero, y la selección de la vida espiritual, ¿qué fuerza o qué fuerzas se encargan de efectuarla?

Recordemos que aquí se trata de suplir un defecto; no de aquilatar un exceso. Es la carencia de esas fuerzas espirituales la que promueve la guerra entre los hombres para que éstos se seleccionen en los campos de batalla.

Si fueran los hombres más espirituales, no lucharían entre sí. *¿Quid divinum* del problema es éste!

Para ser más espirituales ¿qué requisito es indispensable? Que no domine en su escala psicológica el elemento del Instinto, que es irracional.

Hétenos ya de nuevo en el inexorable círculo. No habiendo estancamiento en esa escala de la inferior animalidad, no habría necesidad, tampoco, de seleccionarlas; sólo que en este caso tendría el Hombre más racionalidad, y no sería precisa ni aquí ni allí la selección.

¿Y qué acontece cuando el Hombre no es razonable? Que dominan en él los impulsos pasionales que pertenecen a la escala inferior de la animalidad. Si es inteligente se hace vanidoso. Por la fortuna y el éxito se llena de orgullo. Presiente que es un semidiós, y hasta se figura que tiene su representación en la Tierra. Si es sentimental se hace cruel y fanático. Por la Voluntad exaltada, se vuelve guerrero y hasta se convierte en héroe... Más todavía, se engalana con el laurel empapado en sangre humana.

De manera que el Hombre mismo, sin más estímulos que su pasión desgobernada, se encarga de llevar a cabo la necesaria selección.

La guerra es un Mal que justifica la intervención reparadora del Bien. ¿No se han hecho los instantes

de supremo placer para el Hombre? Sus sentimientos de dolor y placer tienen que girar para que no haya sólo un sentimiento.

Además, valga esta síntesis suprema: Dios tiene que oponer a la gran Fatalidad de imperfección de la cual se deriva el incumplimiento de la Ley, la necesidad de Perfección donde la Ley se cumple. Hay que sacar a la Vida del Polo negativo (la Sombra) y hay que llevarla al Polo positivo (la Luz).

La Necesidad es superior a la Fatalidad. ¿Y por qué es superior? Porque se impone.

IX

FRUTOS DE LA SELECCIÓN

Hemos dicho que la guerra no es un mal y que es la explosión de un mal; como el ciclón tampoco es un mal aunque produzca daños dolorosos, nunca mayores que el Bien que produce.

Hay que irradiar todas las condensaciones de fuerzas para que la Vida no se estanque encerrada en una depresión interminable, así en el ser-Hombre, como en el ser-Planeta.

La guerra es también un ciclón. ¿Cómo se forma? Con el acúmulo o condensación de voluntades, no de carácter expansivo, sino autoritario y depresivo. Se condensan las ambiciones de los poderosos personalizadas por hombres representativos, y sobreviene el choque, que es una reminiscencia del Caos de origen.

En el fondo estas condensaciones obedecen al

Principio que ya hemos señalado. Son acúmulos de fuerzas que no encuentran ajuste en la escala de perfección del Medio, entorpeciendo la vida de perfeccionamiento.

Estos valores de representación personal que se conceden a ciertos espíritus autoritarios, se derivan de espíritus también imperfectos, quienes se desprenden de su voluntad para concederla al Hombre representativo, al objeto de sumar fuerzas y lograr de este modo el triunfo de sus soberbias o exaltaciones patrióticas que tienden al dominio de ajenos derechos y a la conquista de extranjeras Patrias.

Todo esto se condensa y constituyese un mal. Entonces estalla la guerra, que es la explosión de ese mal.

¿Y qué ocurre? Lo mismo que en la formación de los ciclones.

Ocurre que se ponen en movimiento corrientes que circulan por extensas zonas espirituales. Promuévense tempestades de enconos, de maldiciones y gritos de rabia mezclados con ayes de dolor y exclamaciones de triunfo. Este es el ciclón de las almas.

Cesa al fin la guerra y la Paz se restablece. La selección se ha efectuado, pero no en la forma árida y escueta de la selección por la selección.

Se ha dado movimiento a las almas. Se han exaltado los espíritus para que entren en giro de reversión, saliendo de sus estados anteriores de pesada inercia.

Las ráfagas de este ciclón de la guerra se extienden por todo el Mundo, si la depresión fué

muy grande y la tempestad se hizo imponente. Llega hasta mover, en cierto modo, a esos millones de rebaños de hombres que viven petrificados en sus religiones muertas. Y este cuerpo es el que hay que sacudir y este espíritu el que hay que despertar.

¡Error profundo el de creer que la vida humana pueda persistir circunscrita, diferencialmente, por hombres, casas, pueblos o fronteras...

La Vida tiene sus exigencias particulares, pero también establece imposiciones de carácter general. No es posible que existan diferencias tan grandes entre los individuos de la especie humana. Ni que un Pueblo llegue a un grado superior de cultura rodeado de pueblos incultos. Ni que haya hombres muy intensificados espiritualmente, mientras que otros viven en casi completo estado de animalidad. Tienen todos que intensificarse.

El egoísmo empieza en el hombre. Luego se extiende a la familia, después al Pueblo y, por último, a la Nación. Esta es la forma más compleja del egoísmo.

Es muy hermoso que un Pueblo se encumbre sobre los demás; pero allí se estanca como si todos los demás Pueblos no mereciesen igual encumbramiento. El egoísmo hace decir a los ciudadanos felices: Que trabajen los otros como nosotros hemos trabajado para que se encumbren del mismo modo.

Así se expresan, desconociendo que el Trabajo se desarrolla, no a merced de Leyes universales de Equidad y Justicia, pero también por la intervención irremediable del Accidente y la Fortuna.

Hay Pueblos enclavados en tierras poco fértiles, bajo cielos inclementes, donde apenas brilla la

luz del Sol. Otros cuyo desarrollo depende a veces, históricamente, de una victoria en los campos de batalla debida a un ardid traidor de la lucha.

¿Y qué sucede con los pueblos que se encumbran sin más atención que la del propio encumbramiento? Que se estanca en el alma nacional el sentimiento de la Patria, estableciéndose rivalidades entre ellos. Levantándose tempestades de odios de Nación a Nación. Así aumentan los armamentos y las escuadras y los cañones y los ejércitos, hasta que sobreviene el choque sangriento.

No está el Mal en el choque. Está en el egoísmo de las Naciones que sólo trabajan para sí.

No hay que lamentarse luego de los espantosos dolores que inflige la guerra. ¿Para qué se fabrican los fusiles y se construyen las escuadras y se organizan los ejércitos? Para eso: para guerrear. La Paz armada es un concepto absurdo. Un enorme contrasentido. Cada cosa se corresponde con su semejante. Todo órgano supone una función adecuada al mismo; pero así como la función hace al órgano, también el órgano hace a la función.

No. No puede ser que el rico deje abandonado al pobre. Que el dichoso se olvide de su semejante desgraciado. Que el hombre libre prescinda del hombre esclavo. Que el sabio repudie al ignorante. Que el Pueblo próspero deje a los demás pueblos rezagados en la miseria del Espíritu.

El Trabajo, para que conduzca a la Paz, tiene que desenvolverse en síntesis, bajo tres formas: El Trabajo que se debe a Dios; la elevación de la Inteligencia. El Trabajo que se debe a los demás; la cooperación extendida a todos los pueblos y a todas

las razas. Y el Trabajo que cada cual se debe a sí mismo.

No siendo así, ¿a qué otro péndulo regulador de las Voluntades humanas puede confiarse el superior destino de la Humanidad, fundado en el común progreso, sino a la guerra?

La guerra; sí. Ese es el péndulo que establece a intervalos el equilibrio cada vez menos intestable, producido por las diferencias que separan a las razas, los pueblos y los hombres.

La guerra no es el Mal. Es la explosión de un mal. Es la que da mayor carácter a la vida imperfecta. Lo mismo puede decirse que la imperfección está en la guerra, que la guerra está en la imperfección; pero en el orden lógico es preciso admitir la prioridad cronológica que encierra esta gran Verdad: Si no hubiese imperfección, no habría guerra. Así, ya puede decirse que la guerra es una consecuencia precisa de nuestra imperfección. Luego tiene su Ley de necesidad.



LIBRO DECIMOQUINTO



LA HIGIENE, LA MORAL Y EL TRABAJO

CAPITULO XI

CAUSAS DE LA DEGENERACION ORGANICA DE LA ESPECIE HUMANA

I

APARIENCIAS IRRACIONALES

Entramos, por fin, en el estudio del más grave y hondo problema que se ha sometido a nuestra inspección y análisis.

Hemos señalado las causas que producen nuestra Vida de Adversidad, encontrando justificados muchos de los males que padecemos por las fatales imperfecciones de nuestra organización.

Irremediables son ciertos estancamientos que paralizan la acción progresiva de las fuerzas en todos sus estados, haciendo precisa la intervención de los Principios alterantes, desde el ciclón en la Atmósfera, hasta la guerra en las sociedades; pero hay otros males que ya no tienen la misma justifi-

cación y que pueden considerarse como verdaderos contrasentidos de la Vida.

A la luz pura de la Lógica, observamos que no se explican ciertas funciones de la Vida interna del Planeta en relación con la del Hombre.

Es muy irracional, por ejemplo, que hallándose éste dotado de órganos genésicos cuya función sólo puede limitarse por la higiene, se ve acometido de enfermedades microbianas que empobrecen y perturban la función genésica de aquellos órganos.

Decimos que esto es irracional, o no es cierto el hecho de que todo órgano supone siempre la necesidad correlativa de una función, o sobra el órgano.

Y no hay que justificar semejante anomalía a virtud de una higiene basada en el dolor, así como para corregir los abusos de la función, porque los microbios que dan origen a tales enfermedades atacan de igual manera a los órganos debilitados por el abuso como a los más fuertes y vigorosos.

Nosotros tenemos el profundo conocimiento de que no hay acto alguno en la Vida del Universo fuera de la acción de nuestra voluntad arbitraria que no resulte perfectamente lógico y necesario, aunque en apariencia se ofrezca a nuestra contemplación sin sentido racional.

Y esta consideración nos ha movido a someter a nuestro análisis tan grave y hondo problema.

II

LA FALTA EN EL HOMBRE.

Desde luego no dudamos que los microbios cumplan sabiamente con su Destino. ¿Qué hacen? ¿Malograr en muchos casos el acto genésico? Pues eso es lo que deben hacer. Mas, ¿por qué causa? Esta es la gran cuestión.

Si asociamos este mismo hecho a la acción homicida de otros microbios en las epidemias, adquirimos la convicción plena de que el número de los organismos de la Especie humana resulta excesivo, y que por medio de aquel procedimiento se opera la selección necesaria.

Esto averiguado, quedamos advertidos de esta necesidad; pero la causa sigue tan oscura como antes, porque a nuestra razón repugna que se haga necesario aquel sacrificio aplicado a los seres que tienen perfecto derecho a la Vida por su excelente constitución orgánica y su buena adaptación al Medio. Vamos analizando punto por punto esta oscura cuestión.

¿Por qué causas pueden exceder los organismos del número adecuado para que no se produzca ninguna perturbación en las relaciones armónicas que deben dar concierto a la vida de todos los seres habitantes del Planeta?

La causa más urgente se nos alcanza al punto. Puede escasear el número de los elementos orgánicos que dan composición a nuestras máquinas, y,

en semejante caso, el mal sólo encuentra remedio disminuyendo también el número de tales máquinas u organismos.

Esto tampoco nos convence. Hallamos razonable que si faltan elementos estructurales de organización se seleccionen las existencias producidas por los actos genésicos que ya dependen de nuestra Voluntad por regla general desgobernada; mas no por eso se desvanece la sinrazón que es objeto de nuestro estudio. Gira, pasando de unos términos a otros, pero no se desvanece.

Acosándola en su nuevo giro, podemos preguntar: ¿Y por qué faltan elementos o núcleos de organización?

El mar, infatigablemente, no cesa en el trabajo de producirlos, ora embravecido con rudos golpes, fraccionando a la Materia, azotando a las rocas en los arrecifes, ora mordiéndolas, ora acariciándolas, hasta conseguir sus fracciones mínimas, de donde salen los núcleos rudimentarios de la expresión $\frac{\varphi}{\varphi}$ pero que ya se someten a la acción del Medio, sirviendo de base a la organización de las existencias inferiores.

Los vegetales trabajan de igual modo para dar perfección a estos núcleos elevando los grados de su intensidad a fin de hacer posible la organización de la vida animal en todos su grados.

¿Cómo ha de ser posible que en el plan general de la vida del Planeta no se hallen relacionados todos los trabajos para subordinarse a una finalidad común?

El Hombre se halla dotado de órganos cuya legí-

tima función corresponde a uno de estos trabajos que integran la vida del Planeta, como el que realiza el mar y los que practica el aire y los que efectúa la Tierra.

Por aquí no se encuentra el motivo racional que justifique aquellas dolorosas selecciones, porque tampoco se pone de manifiesto la causa legítima que puede restringir la indispensable elaboración de los elementos de la composición orgánica.

¿Por qué es el Hombre quien sufre las consecuencias de aquella falta que no le incumbe? En buena lógica, ¿no es justo que se le prive de dar función a un órgano del que se ve dotado sin solitud alguna por su parte?

Pero así tampoco damos solución al pavoroso conflicto, ya que no es acusando de injusta a la Creación como éste se resuelve.

Sin embargo, ello es que la Razón Suprema se pone aquí en pugna con nuestra Razón, y esto es absurdo, atendiendo a que la Ley de necesidad, por la cual todas las cosas son como deben ser y no de otra manera, no acepta distingos ni excepciones de ningún género. Lo que es lógico para Dios lo es también para nosotros, y al contrario, lo que es lógico para nosotros lo es también para Dios.

¿Será inexplicable el hecho? Tampoco, porque nada hay que sea inexplicable, aunque accidentalmente no se explique. He aquí el punto de partida de nuestra orientación. Falta que el hecho se explique para que desaparezca tan hondo contrasentido. Hay que pensar. Hay que explorar. Hay que trabajar.

Ahora recordamos que poseemos un gran Princi-

pio de investigación, el cual puede proporcionarnos la luz que necesitamos.

El destino de todos los seres adversos se conoce al punto sólo con observar lo que hacen, porque aquello es precisamente lo que deben hacer en cumplimiento de su destino.

¿Qué sucede en el caso que nos ocupa? Sucede que recae sobre el Hombre la pena consiguiente a una falta que al parecer no ha cometido. No nos metamos ya en nuevas incertidumbres.

Echemos de lado a las apariencias perturbadoras y digamos, con la convicción que prestan al entendimiento aquellos grandes y elementales principios: Si el Hombre sufre la pena, es porque también comete la falta.

III

ORIGEN DEL MAL

Sabiendo que en el Hombre reside la falta perturbadora de las Leyes comunes que hacen el consorcio total en la vida superior del Planeta, nos preguntamos: ¿Son aplicables al Hombre aquellos mismos Principios? No, porque el Hombre no es un ser adverso y tiene además una voluntad que puede oponerse al cumplimiento de su racional destino. Así es que no siempre hace lo que debe hacer.

Fijémonos en que la pena la sufren todos los hombres, de cuyo hecho podemos deducir la con-

secuencia de que también la falta es de todos. Se trata, pues, de un pecado común. Cojámonos a este hilo de Ariadna si queremos salir de tan confuso laberinto.

Tratándose de un pecado común, es evidente que el Mal debe atribuirse no a los actos individuales que difieren entre sí, sino a una regla de conducta colectiva, y por consiguiente a un error también de carácter tan general que comprende a toda la Humanidad.

Y esta regla de conducta debe depender de la arbitraria voluntad humana para que pueda ser errónea, prescindiendo de toda Ley de necesidad impuesta por la Razón Suprema.

¿Qué obligaciones de carácter general se imponen a todos los seres? Que coadyuven con el impulso de su querer al Plan de la Creación. ¿Y en qué se funda este Plan? En que todas las fuerzas se intensifiquen progresivamente a fin de obtener su perfeccionamiento. Para que Dios pueda realizar su portentoso trabajo necesita el concurso de todas sus criaturas. Si éstas se estancan en su desarrollo, por violento que resulte el procedimiento y por dolores que origine, no hay más remedio que apelar a los Principios alterantes de descomposición y selección. Así lo ha demostrado nuestro estudio.

¿Qué característica ofrece en síntesis el Trabajo que Dios realiza? El de organización por medio del acoplamiento de los núcleos orgánicos componentes, formando escalas de sucesión armónica.

¿Y cuál es la característica del Trabajo que realizan los demás seres en general y el Hombre en

particular? Este ya no es de organización, sino de descomposición de la Materia, que se opone a los designios del Gran Espíritu en primer lugar, y en segundo lugar a la intensificación de todas las Almas.

La labor que los mares efectúan es de descomposición. Los terremotos resquebrajan la Tierra. Los aires agitan a la Atmósfera para que se reduzcan o dividan las partículas más densas. Las lluvias horadan a las pétreas cumbres de los montes. Los vegetales, con flujos absorbentes, producen también la descomposición de las partículas de materia radiante. Todas las máquinas vivas hacen lo propio y hasta el pensamiento humano tiene también ese oficio, a fin de que los núcleos componentes de la masa cerebral se agiten y descompongan para que obtengan mayores grados de inteligencia y desarrollo.

La ley inexorable es ésta: No puede haber intensificación ni es posible que se perfeccionen las Almas si no se opera la descomposición gradual de las partes orgánicas constituídas por los núcleos o escalas mínimas de la Materia radiante.

Huelgan aquí las demostraciones porque estas verdades han sido ya, en otros capítulos, prolijamente estudiadas.

Ahora bien; ¿realiza el Hombre este trabajo de descomposición en todas las esferas de su actividad? ¡Ah! Ya hemos dado con el pecado común.

¿Cómo se ha hecho la luz en nuestro entendimiento? Pensando en los actos colectivos que los hombres realizan determinados por sus reglas de conducta de carácter general.

Los hombres no se unen por la fraternidad. No se disocian para rendir culto a una sola idea. No es el Amor quien los hace solidarios. Hasta difieren por sus sentimientos religiosos. Por eso hay tantas religiones; pero hay un hecho que constituye su regla general de conducta, y como ya hemos visto que la pena es general, tiene lógicamente que derivarse esta pena colectiva de aquella regla común.

Todos los hombres cometen el pecado de sembrar la Tierra de cadáveres, por la superstición de enterrar a los muertos que comprende a todas las religiones.

He aquí, por fin, determinado el origen del Mal.

IV

ENORMIDAD DE LA FALTA

Debemos insistir en la importancia que tiene el número de los cuerpos sepultos. Podrían formarse gigantescas pirámides hacinándolos apropiadamente.

En esos miles de millones de cadáveres, número que se renueva y aumenta sin cesar, porque las sepulturas se abren a diario y va en aumento también la familia humana, se halla estancada gran parte del Tesoro orgánico de nuestra Vida.

Nosotros hemos calificado impropriamente de pecado ese error profundo, a sabiendas de que en la Vida del Universo no hay culpas, sino defectos.

No hay pecados, sino imperfecciones; por donde resulta que no hay culpables ni pecadores, y sí sólo hombres defectuosos o imperfectos.

Así es que comprendemos perfectamente que aquella falta que hemos calificado de pecado común se haya cometido por el desconocimiento también común del valor que tiene el cuerpo de un cadáver constituido por elementos orgánicos que no solamente no perecen cuando cae el organismo que les daba constitución, sino que reviven, yendo a formar parte de otras existencias en plena función vital.

Ahora ya sabemos, por las investigaciones que hemos obtenido, que las máquinas vivientes se organizan a merced del movimiento de los núcleos microorgánicos que se hallan en constante circulación.

Sabemos que estos propios núcleos se asimilan a dichas máquinas con carácter accidental, renovándose continuamente por el trabajo de desasimilación para ofrecer gradualmente la fuerza viva que contienen en cada uno de los términos de su escala modulada, y de este modo es como toman vida también los organismos.

Sabemos que tales núcleos no perseveran en la determinación que ofrecen sus presentes estados. Se descomponen sus redes materiales y se intensifican elevando su escala y determinándose en otro estado de mayor categoría. Por eso hay núcleos que son más intensos que otros; pero como su giro de reversión o desdoblamiento sólo se estanca accidentalmente, ocurre que todos siguen el mismo curso de intensificación y que los que formaban parte

ayer del hueso, por su mayor densidad se adaptan hoy al corazón, por haberse hecho más intensos, y mañana darán constitución orgánica al cerebro.

Con este conocimiento y el que también hemos adquirido de que la intensificación de los núcleos se opera no por su propio impulso, sino a merced de otras fuerzas alterantes que pertenecen a todos los grados, es por lo que afirmamos que en un cadáver hay un acopio inapreciable de elementos orgánicos que al ser sepultados en la tierra queda secuestrado y retirado, por un lapso de tiempo más o menos duradero, de la circulación y actividad que hacen necesario su concurso.

Pero no es un cadáver sólo el que se encuentra. Son muchos miles de millones los que yacen secuestrados en un estancamiento forzoso. Véase con qué propiedad decimos que los hombres, por un error fatal, nacido de su ignorancia y de la superstición que comprende a todas las religiones, estanca y secuestra, enterrando a los muertos, gran parte del Tesoro de la vida orgánica.

Sería muy pedestre que hiciéramos constar que los núcleos componentes de aquellos cuerpos sepultados no actúan ni funcionan, viéndose imposibilitados de dar animación a otros organismos, hasta que muy lentamente se disocian, conforme se va operando la descomposición del cadáver.

Pero antes de que se opere esta descomposición bajan a las sepulturas otros cuerpos, y así el Tesoro estancado aumenta en progresión constante en relación directa con el aumento que a diario experimenta el número de individuos que pertenecen a la total familia humana.

V

LA TIERRA NO ES SENO DE SEPULTURA

Antes de señalar las gravísimas consecuencias que se derivan de tal estancamiento, hemos de ver cómo éste se separa de las Leyes naturales y de todo fundamento racional.

Cuando un organismo vital perece, ¿qué es lo que sobra en él? La organización únicamente; no cabe duda. Todos los demás elementos son utilizables.

¿Y qué hay que hacer con tal organismo? Descomponerlo. Tampoco esto ofrece duda de ninguna especie. ¿Y qué objeto se alcanza al verificar su descomposición? El que se deriva de la propia relación que guardan los hechos. Hay que descomponerlo para que aquellos elementos utilizables puedan ser utilizados.

Y, con efecto, el cadáver se descompone a la larga aun secuestrado en su sepultura, lo cual pone en evidencia la necesidad que tiene la Naturaleza de utilizar las partes componentes que sólo pueden ser utilizadas cuando se disocian o desorganizan.

Sabido esto, al punto se advierte que al dar sepultura a un cadáver cometemos un acto totalmente contrario al interés y necesidad que se ponen de manifiesto por la Ley natural de llevar a cabo la descomposición, con objeto de reanudar la circulación y actividad de las partes componentes.

El mar y el aire trabajan para descomponer;

pero la Tierra no. La Tierra trabaja para organizar. De ella salen, absorbidos por las raíces de los vegetales, muchos de los elementos orgánicos que dan composición a estas máquinas de la Vida. Los ofrece para que otros se encarguen del trabajo de descomposición.

De modo que sepultado en la tierra, el cadáver en vez de descomponerse en cierto tiempo, como si lo arrojásemos al mar o lo expusiésemos a la acción del aire, se *conserva* mucho más tiempo. Así es que se retarda la descomposición que en él tiene que operarse por Ley de necesidad.

Se lo entregamos a la tierra. ¿Para qué? ¿Acaso es una semilla que necesita de aquel regazo materno para fecundizarse?

La Muerte nada tiene que hacer en el seno de la madre Tierra, que es seno de vida y fecundidad.

VI

FATALES CONSECUENCIAS

Para que se comprenda bien todo el alcance que atribuimos a este enorme pasivo del tesoro orgánico de la Vida humana, vamos a ofrecer un ejemplo muy empírico.

Supongamos que se establecen dos imprentas semejantes en un todo menos en un caso diferencial.

Ambas imprentas tienen el mismo número de operarios y la misma cantidad de material en má-

quinas y letras de imprimir. La única diferencia que las distingue es ésta: Una de ellas sigue las prácticas al uso. Después que se verifica el trabajo de la impresión se efectúa, *ipso facto*, el de la descomposición de los moldes para utilizar sus letras componentes en la organización de otros moldes.

Pero en la otra imprenta no siguen la misma práctica. Por una causa *x*, los moldes no se descomponen así que no transcurra algún tiempo; por donde resulta que las letras componentes permanecen ociosas durante todo ese mismo tiempo, constituyendo un remanente pasivo, hasta que vuelven a ponerse en circulación.

No es necesaria la sabiduría de un Séneca, ni mucho menos, para comprender al punto los apuros que debe pasar esta segunda imprenta para ponerse al nivel de la primera, si es que debe cumplir con iguales compromisos.

La que atiende a la inmediata descomposición de los moldes podrá hacer empleo de todo el material de que dispone para hacer sus trabajos, mientras la que no descompone sus moldes hasta pasados algunos días, se verá obligada irremediablemente a reducir sus trabajos o a empequeñecerlos.

He aquí, empíricamente explicado, lo que ocurre en la Naturaleza, donde se elaboran cuantos trabajos se encaminan a la organización de la vida terrestre desde la vida del Hombre hasta la del Planeta.

Como el número de los nacimientos no decrece, sino que, por el contrario, aumenta en la misma proporción con que aumenta aquel enorme pasivo, se ve obligada la Naturaleza a empequeñecer sus

producciones, esto es, a empobrecer sus organismos, lo mismo que la imprenta que nos ha servido de enseñanza empírica.

Y no solamente tiene que empobrecerlos, pero también se ve forzada a reducirlos numéricamente, por falta de material orgánico, o sea de los núcleos que ya conocemos.

El empobrecimiento de los cuerpos de resistencia se corresponde correlativamente al de su selección por epidemias y enfermedades.

El Medio, para efectuar su labor de dar organización a la vida, necesita de soportes adecuados. Si éstos flaquean, la adaptación entre el Medio y el individuo no llega a los términos justos que son indispensables para que el equilibrio sea posible dentro de las mejores garantías de estabilidad.

Sobra acción en el Medio y falta resistencia en el individuo, y las fuerzas inadaptadas ya sabemos que se organizan a la inversa, formando legiones de microbios, y éstos son los que se encargan de llevar a cabo la dolorosa selección de los organismos y de afectar a los órganos de la generación con enfermedades que entorpecen la función legítima que a tales órganos corresponde.

Además se acorta el radio de acción de la Vida. Los hombres envejecen prematuramente, contrayendo por la exaltación de un sensualismo que rompe el débil freno a causa de la atonía general de la máquina, perversiones eróticas que debilitan el vigor varonil de la raza.

Y se ve el Hombre asediado por todas partes de microbios homicidas, teniendo que apelar la Medicina a una ciencia mrocrobiana, que es la revela-

ción más patente del mal que se padece por no hallarse en circulación todo aquel Tesoro orgánico de la Vida renovado y aportado incesantemente por todos los elementos de concierto mutuo cuya actividad incesante se encamina a dar renovación y aumento a dicho Tesoro.

Y así anda también la Ciencia médica desconcertada, apurando la sabiduría de los doctores más ilustres, quienes ya no saben cómo deshacer el entuerto cuyas causas han permanecido hasta hoy ocultas, vislumbrando, empero, con juicio luminoso, que la única y verdadera Ciencia debe residir en la higiene.

VII

EL DEBER DEL HOMBRE INCUMPLIDO

Dijimos antes que nuestro trabajo cooperativo en consorcio con el que Dios realiza, es de descomposición y no de organización, por lo que atañe al desenvolvimiento comunal de la Vida. Así es la verdad.

Pero he aquí que el Hombre deja incumplido este deber en su exigencia de mayor interés y necesidad.

Ni el Espíritu de Dios ni el del Planeta pueden llevar a cabo la rápida descomposición de los cuerpos que ya no tienen vida. De hecho confían este trabajo al Hombre, ya que no entra en la jurisdicción de las Leyes naturales. Esta es la cooperación que solicitan de la Voluntad humana.

¿Hay pruebas de esta afirmación? Una, que es contundente.

El mar y el aire se agitan sin que intervenga para nada en la realización de su trabajo nuestro personal asentimiento. Suceda lo que suceda, el Hombre nunca es responsable ni de los estragos que produce el huracán ni de los males que pueda acarrear la tempestad producida en los mares.

Pero el Hombre dispone de uno de los cuatro elementos. Por este poder que Dios ha puesto en nuestras manos puede el Hombre vanagloriarse de ser la cuarta divinidad. La divinidad del Fuego.

El fuego es precisamente el elemento destructor de mayor eficacia que se conoce. No hay organismo que no se descomponga rápidamente a tal eficacia destructora.

¡Ah, sabios ilustres, a veces tan ciegos como aquellos en cuyos cerebros no se vislumbra ninguna luz!... ¿No veis que esta divinidad humana que así dispone del fuego destructor no ha cumplido ni cumple con su misión divina?

El Hombre ignorante ha creído que se le dotaba de aquella divinidad para emplearla sólo en funciones domésticas y para encender el horno de sus talleres mecánicos. ¡Rásguese para siempre el velo de su ignorancia!

El fuego en manos del Hombre tiene la misión de realizar más altas funciones. Tiene que cooperar a la acción de la Naturaleza, formando grandes piras donde se efectúe la descomposición de los cadáveres, a fin de que sus componentes se pongan inmediatamente en circulación.

Todos deben presumir lo que debe acontecer en semejante caso.

Los núcleos libertados y hasta intensificados por el fuego recobran su actividad, dando aumento al caudal que circula.

Con aquel crecimiento los organismos se robustecen. La asimilación y desasimilación de los núcleos se verifica sin la menor interrupción. Las máquinas vivientes abastecidas como corresponde a sus necesidades, se adaptan al Medio, recuperando con energía la plaza que ya habían perdido. Toda la Vida humana se temple al tono que debe tener en el concierto de todas las existencias terrenas.

Y con este resurgimiento del vigor perdido desaparecen los microbios y con ellos las epidemias y las enfermedades, cuya existencia no tiene causa racional, pese a los males que se originan por las imperfecciones orgánicas que son inevitables.

Nada importa que higienicemos la casa y hasta el barrio y el pueblo o ciudad donde vivimos, si no aplicamos aquella gran higiene a la vida total del Planeta.

Inútil es que vivamos dentro de las más estrictas condiciones higiénicas, si nuestro organismo no puede ser abastecido cumplidamente, porque vienen los microbios formando invisibles legiones a buscarnos a nuestra ciudad, a nuestro barrio, a nuestra casa.

La salud de todos sólo se alcanza con la higiene que a todos comprende.

No ocurre aquí como en el caso de los privilegios que otorga la Fortuna. Puede haber pobres y ricos, aunque no sea de un modo perdurable; pero no

pueden exceptuarse unos sí y otros no de las infecciones epidémicas. Los microbios practican la igualdad más absoluta dentro del círculo inquebrantable de las Leyes naturales y del cumplimiento de su destino adverso. La medida tiene que ser general para que la higiene produzca bienes comunes.

Y en este punto se nos ocurre preguntar: ¿No acrecerá de este modo el número de los organismos de la Especie humana y se hará precisa de todos modos la dolorosa selección que tratamos de evitar?

Nuevo problema es éste que nos ha hecho meditar profundamente, hasta que también hallamos su solución.

Los hombres tienen que ejercer su predominio en el acto de la generación. ¿Con qué fin? Con el de producir más varones que hembras, así como ahora resulta que nacen más hembras que varones. Esto último es debido a la pérdida del vigor varonil, gastado en perversiones eróticas.

La mujer no tiene tanta libertad como el hombre. No se halla tan gastada en los placeres genésicos y predomina mucho en aquel acto.

¿Quién aporta los hijos a la unión de los dos sexos? Generalmente las esposas, que viven para sus maridos, mientras que éstos no viven sólo para sus esposas.

La ilusión no se genera por igual. El apasionamiento del marido se reparte entre muchas mujeres y el de la esposa se conserva en toda su intensidad para el marido.

Los hechos se asocian correlativamente para producir ciertos resultados.

La falta de vigor orgánico produce todo género de anomalías en la Vida humana. Una de estas anomalías se halla en el crecimiento y exaltación de la sensualidad, como en la producción de todas las aberraciones fisiológicas.

Por semejantes causas el apasionamiento del Hombre resulta en la mayoría de los casos inferior al de la mujer, pero si se invierten los términos será el Hombre quien predomine generalmente con su más poderoso apasionamiento, y el Amor tomará más carne masculina que femenina.

He aquí la forma de selección que pondrá límite al exceso de los organismos sin necesidad de tener que apelar a dolorosas selecciones, porque lo que decía Shopenhauer: Una mujer sólo puede tener un hijo cada siete o nueve meses, pero habiendo varias mujeres para un hombre, éste puede tener muchos hijos en el mismo tiempo.

¿Cómo se restringe en este caso el exceso de la producción? Haciendo que el número de los hombres supere al de las mujeres.

De esta manera queda limitada la amplitud de la generación señalada en el caso de Shopenhauer.

Se pondrá coto a la variedad que produce tan solicitante incentivo que así despierta el sensualismo en el Hombre. No será ya posible que haya sólo un hombre para una mujer y muchas mujeres distintas para un hombre.

En estas limitaciones puede hallarse el péndulo regulador que establezca la armonía de funciones que debe existir por el trabajo que realizan cuan-

tos seres integran la Vida superior del Planeta, estableciendo el concierto místico a fin de que nunca exceda la producción orgánica de los elementos que aquellos trabajos producen para dar formación a los organismos, sin olvidar nunca que así el Bien como el Mal salen siempre de la misma naturaleza de las cosas.

No hay que enseñarle al Ser superior dónde se hallan sus procedimientos y deberes, a fin de que se regule con su propia existencia la de todos sus inferiores; pero es necesario que no deje nadie su deber incumplido, y para el caso que nos ocupa exige que el Hombre haga buen uso del elemento de que dispone, convirtiéndose verdaderamente en divinidad de Fuego y levantando grandes llamas, formando piras sagradas en todos los pueblos que circundan la Tierra.

En esas sagradas piras deberán arder los cadáveres, a fin de que se opere en ellos la descomposición que exige la Naturaleza, hasta que se conviertan en cenizas y se produzca el *óleo santo* reparador y fecundo que debe, luego, derramarse a todos los vientos desde las más altas cumbres, no como un donativo, sino como un reintegro que se hace al gran laboratorio donde se lleva a cabo la organización de la Vida terrena.

Tal es la única y positiva higiene que puede dar salud, vigor y fortaleza a todos los hombres.

Esos son los divinos oficios, las misas solemnes que la divinidad del Fuego celebrará en holocausto a la Divinidad Suprema en la Religión científica del Porvenir,



CAPITULO XII

FILOSOFIA DEL DOLOR

I

LAS TRES FORMAS DEL DOLOR

El Dolor es inherente al trabajo de la Vida. Es tan inevitable como la sombra para que haya Luz.

La Lógica del Dolor es la misma que la del Placer, como que ambos, Placer y Dolor, constituyen un mismo círculo.

Hay tres formas de Dolor: por la Fatalidad, por la Autoridad y por la Libertad. La primera se debe a las imperfecciones orgánicas del ser humano y a los yerros de la Naturaleza. La segunda a las imperfecciones sociales y la tercera a las luchas por la conquista de la Libertad.

En el primer caso el Hombre primitivo tiene que luchar contra la Naturaleza indómita, el huracán, la inundación y el terremoto que azotan y anegan y resquebrajan la Tierra, haciendo inhospitalario el hogar y peligroso el vivir de todos los seres que la habitan.

En el segundo caso, así como el Hombre tenía que luchar contra los yerros de la Naturaleza para defender su vida, ahora se ve precisado a sacrifi-

carla por los yerros de la Autoridad, necesaria para establecer el vínculo social.

La lucha de los hombres contra las fieras de los bosques se convierte en lucha del Hombre contra el Hombre.

Las tribus se acometen entre sí y luego los pueblos y por último las naciones, y surgen las matanzas de hombres en los campos de batalla. A los yerros de la Naturaleza hay que añadir los yerros humanos, con sus abusos de autoridad y fanatismos religiosos, etc.

En el tercer caso, cuando el Hombre toma conciencia de la inviolabilidad del Pensamiento, lucha por la Libertad. Y estos tres géneros de lucha van aparejados a fatigas y dolores que entenebrece la existencia del ser humano.

La irresponsabilidad de estos hechos no alcanza por igual al Hombre, aunque moralmente se le considere irresponsable de todos los actos que ejecuta. Hay dolores inevitables y dolores que pueden evitarse a merced de la voluntad humana. Dolores involuntarios y dolores voluntarios. Unos que se derivan de los yerros ajenos y otros de los errores propios. Vamos a estudiarlos por separado.

II

PREPONDERANCIA DE LA VIDA IRRACIONAL

¿Son fundamentales estos signos tan marcados de la imperfección que da carácter a la Vida humana?

Todo se explica en nuestra Ciencia de investigación de la Verdad a partir del Origen o Ley de Substancia.

Las causas de la imperfección de la Vida humana son fatales, como originarias del espantoso *Caos*. De aquel horno sólo puede salir la vida monstruosa en sus comienzos.

La insuficiencia de racionalidad en el Hombre no obedece a ninguna causa misteriosa. Tiene también su explicación.

La causa depende de que la especie animal no procede de un tipo único de acción y desarrollo, sino de varios tipos primitivos. Los senos de la fecundidad fueron varios en el período cálido que debió acompañar a la formación de los mares.

Luego estos tipos pudieron hallar o no desarrollo, según la estabilidad de las zonas donde tuvieron asiento primitivo. Se perdieron los hilos de las series de carácter evolutivo y sólo prosperaron aquellas series que dieron formación al organismo humano en su forma más elemental.

Pero si bien el desarrollo serial progresivo se interrumpió en aquellas especies estancadas, no quedaron extinguidas merced a los actos genésicos de la procreación.

La consecuencia, en síntesis, es que el desarrollo del tipo humano se vió siempre rodeado de una corte numerosa de animales inferiores anacrónicos.

Este hecho ha tenido y sigue teniendo, para el desarrollo de la Vida humana, las consecuencias más trascendentales.

¿En qué forma se operó aquel desarrollo desde

la aparición del primer vestigio de la Vida orgánica en el Planeta?

Siguiendo la gradación que tiene la escala psicológica del Espíritu dentro de los siete tonos o modalidades que la constituyen: Sensibilidad, Conciencia, Memoria, Voluntad, Instinto, Inteligencia y Razón.

Por esta gradación venimos en conocimiento de que el Hombre en su origen debió sólo tener Sensibilidad. Este tono pertenece a la vida vegetal.

Luego, al ascender al segundo término de la Escala, tuvo Conciencia, en el estado más elemental. Después Memoria y Voluntad, y por último Instinto. Estas tres fases últimas pertenecen, en serie, a la vida del animal inferior.

Siguiendo su curso, la vida del Hombre llegó a ser instintiva, hasta que por fin se hizo inteligente.

Por este desenvolvimiento bien puede advertirse que el último término de la serie se halla en la Razón.

Claro es que la Vida humana no ha podido ascender de un salto desde el primero al último término de la Escala.

El Hombre se ha ido formando progresivamente de menor a mayor perfectibilidad.

Hoy puede afirmarse que el Hombre inteligente ya está hecho, pero no puede decirse lo mismo del Hombre racional. Este tipo aún no se ha formado. Al término Razón de la Escala en común no ha llegado el desenvolvimiento del Hombre todavía.

Aquí está la causa principal de aquella falta de

racionalidad que se advierte en todas las ideas, sentimientos y voliciones de la Vida humana.

La fatalidad que tiene este desenvolvimiento consiste en que se verifica a la inversa, es decir, contrariamente al buen orden con que se lleva a cabo el giro directo de la Evolución.

El Hombre se forma al revés de como se halla Dios constituido. Dios tiene su origen en la Ley de perfección, y el Hombre se deriva del Polo opuesto, o sea del *Caos*, que es lo más imperfecto.

Así es que hay que formarle, no empezando por el Principio de la Razón directora, sino por la Sensibilidad, que es el elemento más bajo de aquella escala psicológica.

Por esta misma causa llega un punto en el desenvolvimiento de la Vida humana en que el Hombre se encuentra con una voluntad que no está dirigida por ninguna Ley de orden racional. Así son todos los animales inferiores.

Pero bien; este desenvolvimiento, aunque producido a la inversa, desde lo más a lo menos imperfecto, ¿no pudo verificarse sin tantas agitaciones, guerras y males como llenan la Historia de todos los pueblos desde sus más remotos orígenes?

Aquí entra la Fatalidad.

El Instinto es el alma del ser irracional y en él se halla el promedio de aquella Escala, la cual pertenece a la psicología del Hombre. Recordemos que se rompió el hilo de la natural derivación de muchos animales inferiores y que estas especies quedaron estacionadas, acompañando al Hombre en todos los períodos de su desarrollo.

Recordemos todo esto y al punto observaremos

que la vida animal, en conjunto, tiene mayor número de organismos pertenecientes a los seres exentos por completo de Inteligencia y Razón, que de organismos pertenecientes a los seres llamados racionales.

¿Se quiere saber cómo es el Hombre? Reunamos todos estos elementos de la vida animal separados entre sí, y formemos un solo ser. Este es el Hombre reducido.

Escaso de Razón para dirigir los actos de su vida, predomina en todas sus acciones el Instinto.

III

EL ATEISMO

El primero y más fundamental error del Entendimiento humano se halla en el Ateísmo.

Los ateos llevan la piedra preciosa de la Verdad puesta como una sortija en la mano. Todo es mirar al Cielo y a la Tierra, a derecho y siniestro, buscando la sortija, sin advertir que la llevan puesta en uno de los dedos.

No les culpemos. El Ateísmo es una consecuencia hija del desconocimiento, o mejor dicho, del falso conocimiento que se atribuye a la existencia de Dios en su modo de ser verdadero. La inteligencia repudia la errónea derivación que hacen de aquel Gran Principio todas las religiones positivas.

La Duda se apodera de los espíritus razonables

cuando éstos no se satisfacen con las explicaciones que obtienen los hechos desconocidos. Únicamente los ignorantes y fanáticos no dudan, y alejándose del camino que pudiera conducirles al conocimiento de la Verdad. La Duda es el Principio de la Sabiduría, porque tiene siempre su punto de partida en el Polo opuesto contrario al de la Verdad.

Los hombres ignorantes y supersticiosos la han obscurecido con sus fanáticas idolatrías.

Invocando el nombre de Dios se han perpetrado los más abominables crímenes históricos. En nombre de Dios se realizan actos de crueldad inconcebible. El éxito de los ardides guerreros; las emboscadas traidoras que dejan sembrado el campo de cadáveres; la impiedad, en forma de tajante espada o de corvo sable, que parte los cráneos y siega las gargantas; todo eso, cuando proporciona la victoria, se festeja y glorifica en nombre de Dios. Verdaderas hecatombes humanas se han ungido con el óleo santo al pie de los altares.

El escepticismo se funda, no en el daño que hacen las cosas malas, sino en el quebranto que producen las cosas que parecen buenas.

Tan equivocados andan los soldados que huyen de una carga victoriosa de caballería, creyendo que Dios les abandona, como los jinetes perseguidores creyendo que Dios les favorece.

Los ricos se creen bienquistos de Dios, agradeciéndole que les deje disfrutar regaladamente de sus riquezas. Los pobres, por el contrario, maldicen en muchas ocasiones de la vida que les ha dispensado. La incertidumbre es general y el error

se hace común. He aquí otra de las fuentes copiosas del Dolor.

IV

ABDICACIONES DEL ENTENDIMIENTO

Generalmente, al contemplar los fenómenos que ofrece la Naturaleza, óyese decir: Esa es obra de las Leyes naturales. La explicación se ha hecho ya vulgar, como si con ella se resolviera algún hondo problema. A renglón seguido se niega la existencia de Dios, como si esto fuese también lo más natural del mundo.

Nace un niño. Luego crece y se desarrolla. ¡Bah! ¿Y qué es eso? Un fenómeno de la Naturaleza... Se observa en los gabinetes de análisis que la potasa cáustica y el ácido acético, por ejemplo, se combinan recíprocamente. ¿Dónde se halla la causa? En las Leyes naturales. No hay duda. El calor funde a los cuerpos... Tampoco eso tiene nada de particular... El calor tiene esas propiedades físicas...

El instinto animal saca también de apuros a los más doctos. Cuando se advierte que ciertos irracionales realizan algún acto sorprendente, con decir que todo ello es obra del Instinto, queda resuelto

el problema... Todo menos reflexionar un poco y mover las ideas para organizar el conocimiento de modo que satisfaga a la Razón de ser que tienen todas las cosas. Parece muy cómodo esto de inhibir al Pensamiento en tan repetidos casos. ¿Para qué sirve entonces la fuerza del Espíritu si el Hombre la condena al ostracismo con tan frecuentes abdicaciones?

No somos lógicos en nuestros juicios. Realizamos un trabajo inmensamente inferior a cualquiera de aquellos otros que pone en ejecución la Naturaleza. Un escultor hace una estatua mediocre. Un autor dramático escribe un sainete. Un periodista escribe un artículo que llama algo la atención, etc. Y entonces ya no decimos que aquellos trabajos se deben a las Leyes naturales. ¿Se ofenderían ciertamente los autores y no tardaría en asomar la protesta! Hemos puesto en esas obras toda nuestra inteligencia. ¿Nos han costado muchos desvelos y fatigas!

Ponemos estos ejemplos para demostrar que, en el fondo, todos se hallan conformes en que para realizar un trabajo, por mediocre o insignificante que parezca, hace falta el concurso de una idea, de un brazo, de una voluntad.

Aquí asoma la falta de entendimiento de los hombres. Una labor de orden ínfimo no se concibe sin una intervención personal; sin un esfuerzo inteligente; sin un Autor. Pero la producción orgánica de un ser, llámese flor, hombre o Estrella, ¡oh!, ese trabajo no supone la precisa intervención de Dios. Con decir que se debe a la virtud que tiene la Naturaleza, ya basta.

Así resulta que sólo para las obras que se deben al Hombre, hace falta dirección y gobierno, y que para las obras, inmensamente superiores, que se salen de la facultad humana, no son necesarios tantos requisitos, porque hay unas Leyes naturales que se encargan de realizar aquellas obras portentosas, espontáneamente, sin más solicitud ni premio que el mérito de haberlas realizado.

La irracionalidad de esta suposición no puede ser más notoria.

V

LA LEY EN RELACIÓN CON EL JUEZ

El imperio de la Ley y el gobierno de Dios se confunden por el apremiante motivo de que Dios no puede faltar nunca a la Ley.

Pues esto, que resulta tan racional, es causa también de otro yerro de los hombres.

Generalmente a Dios sólo se le concibe al través del milagro, o sea, faltando a la Ley; es decir, invirtiendo el orden lógico que deben seguir las cosas razonables.

En la vida social, observamos, de continuo, que una cosa es la Ley que impera, y otra el Juez que administra la Justicia.

Los Jueces faltan a la Ley en muchas ocasiones,

y entonces se aprecia debidamente la diferencia que los separa. La Ley queda incumplida. ¿Por qué motivo? Por las razones que acabamos de apreciar. La Ley carece de acción propia. Impera, pero no gobierna. Sin un brazo ejecutor no puede manifestarse, y si este brazo se tuerce, la Ley queda incumplida.

Supongamos, ahora, que se trata de un Juez tan íntegro que no falta nunca a la Ley. Aquí se indentifican. La persona del Juez se relega al olvido. Se descarta por completo su influencia, sabiendo todos, previamente, que no ha de faltar a cuanto la Ley preceptúa. Puede negarse hasta la existencia del Juez, porque, ni aun en este caso, deja la Ley de tener debido cumplimiento.

Esto es exactamente lo que ocurre con los fenómenos que se atribuyen a las Leyes naturales. No se ve a Dios al través de la Naturaleza. No se ve al Juez en el cumplimiento de la Ley.

Para aliviar esta falta y con objeto de imponer la existencia de Dios a todo trance, se ha caído en un yerro que es todavía peor que el mal que se trata de remediar. Se ha inventado el milagro. Así ya no hay duda de que la Ley es una cosa y el Juez es otra.

Pero así resulta que se pone a Dios sobre la Ley, y ya entonces se le puede hacer responsable de cuantos males nos afligen; y apostrofarle y hasta reconvenirle con razón o sin ella.

VI

LAS SUPERSTICIONES RELIGIOSAS

Lo más peregrino es que la invención del milagro se ha hecho para favorecer la Moral religiosa. ¿Y por qué? Porque llena de asombro y pánico a las gentes; todas las Religiones deben su fundamento a tales Principios supersticiosos.

He aquí otra fuente de los dolores que han aquejado y siguen aquejando a la Humanidad, pudiendo afirmarse que las guerras religiosas la han convertido en un inmenso campo de batalla.

Por tales supersticiones, el conocimiento verdadero que debe tenerse de la existencia de Dios, se superpone a la inteligencia humana que no concibe el milagro. Se abre un abismo insondable entre Dios y el Hombre y se rompe la relación que debe unirlos.

Ahora viene el mayor contrasentido. Se les separa por la Razón y luego, el culto religioso trata de unir a Dios y al Hombre por medio de la Fe, descartando todo juicio racional.

La Fe, cuando no es un puro presentimiento de la Verdad desconocida, se hace fanática, obediendo a su principio supersticioso. Un Dios que

hace milagros, faltando a la Ley, necesariamente tiene que ser un sujeto incognoscible. Así ya no hay que pensar en nada. Es inútil que se muevan las ideas. El criterio es cerrado. Sobra el libre examen. Huelga la filosofía. Al conocimiento verdadero de Dios no se puede llegar por ningún camino. Sólo se sabe que es incognoscible. Mas siendo incognoscible, ¿por qué senda del conocimiento se ha metido la inteligencia humana para averiguarlo? Tampoco se sabe. No hay más ciencia ni explicación que la del milagro.

Sucede con las ideas y los sentimientos como con todos los factores de la Vida; que cuando se estancan se invierten y corrompen.

Se quiere hacer buenos a los hombres inculcándoles el *temor* a Dios. El temor pertenece al orden sentimental y no se le puede confiar el buen gobierno de la conducta humana. Sólo la Razón tiene capacidad para dirigirla.

¿Por qué se ha de temer a Dios? ¡Ah! Ya se comprende. Por temor al castigo. La letra con sangre entra. Este falso principio pedagógico se da la mano con aquel Principio religioso más absurdo todavía.

El temor no tiene carácter moral. Sólo tiene carácter social. No es lo mismo temer a Dios que temer al Código penal.

¿Dónde está la buena Etica? Substituyendo el sentimiento temor por el sentimiento Amor. Así se recupera el giro directo que deben tener los buenos sentimientos. Debemos amar a Dios sin que nos inspire temor alguno. Tal es el sentimiento diáfano y puro que debe inspirarnos la divinidad.

En el orden social ya es otra cosa. El temor al castigo resulta provechoso. Este es el que impone la necesaria disciplina a los asociados, porque el temor a Dios, como fundamento de gobierno, no inspira ninguna confianza a las autoridades. La experiencia ofrece, además, un saludable ejemplo de lo bien fundada que se halla esta desconfianza. Los temerosos de Dios abundan por todas partes y los hombres de bien son tan escasos que no parecen por ninguna.

Las supersticiones se enlazan unas con otras. Si Dios es enigmático, incomprensible y milagroso, ¿cómo ha de inspirar amor a las gentes? Claro es que debe inspirar temor, al igual que la Justicia humana, por lo mismo de que también los Jueces suelen faltar a la Ley.

VIII

EL HORROR A LA MUERTE

El horror a la Muerte es atentatorio al Principio de la Vida, porque proyecta sobre ella una sombra tal que la entenebrece aun en los días de menor aflicción y fatiga.

Y decimos que atenta contra el Principio de la Vida, porque la Muerte sólo es una de sus formas

de inversión. Para que no hubiese muerte, fuera preciso que la Vida eterna se particularizara en seres determinados. Esto es absurdo, porque la idea de nacer es correlativa de la de morir. No se muere para retroceder. Se muere para avanzar en la vida de perfeccionamiento. Nada hay que sea malo con carácter permanente. Si la muerte nos duele es para que salgamos del Dolor.

¿De dónde toma origen este horror a la muerte que toma creces sobre todo cuando vemos que se abre una sepultura para enterrar a un cadáver?

Largo tiempo hemos pensado sobre esto. Lo atribuímos a la ignorancia vulgar, pero tuvimos que desechar esta creencia viendo que el miedo a la muerte es común. No hay hombre inteligente que no se sienta estremecido pensando en el fin que le espera, aun a sabiendas de que es inevitable.

Pensamos que acaso su fundamento se hallase en el egoísmo humano. Cuantos gozan de la dicha del vivir en pleno, con riquezas y honores, bien pueden estremecerse pensando en la Muerte; mas luego observamos que el más pobre, el más mísero, aquel que tiene que trabajar rudamente para ganarse su pedazo de pan, se siente afectado de aquel mismo terror supersticioso.

Y hasta el creyente más imbuído en la fe de que al morir tiene asegurada la bienandanza eterna, se agarra a la esperanza de vivir como si por el contrario le aguardasen las penas del infierno después de la muerte.

Este horror a la sepultura tan general, pensamos, debe tener una causa de la propia generalidad. Debe obedecer a un yerro común.

Y, con efecto, se trata del pecado que el Hombre comete y que hemos estudiado en el capítulo anterior. Se deriva de la superstición religiosa de enterrar a los muertos.

Por nuestra teoría microorgánica, sabemos que los núcleos componentes de toda constitución orgánica no perecen todos, aunque perezca el organismo que constituyen. Vuelven después que recobran su libertad a otros organismos.

Pero al quedar enterrados, no son libres, sino después que transcurre un largo tiempo. Allí están sepultos hasta que se deshacen los vínculos que determinan su asociación.

Y en esos elementos microorgánicos, como ya tenemos estudiado profundamente, los hay de todos los grados y desarrollos. Unos con sus llampadas de conciencia. Otros con sus relámpagos de instinto. Otros con sus atisbos de inteligencia, etc., porque hay que considerar que la vida puede perderla un organismo en conjunto por la falta de función de unos órganos, aunque otros se hallen intactos por lo que se refiere a sus elementos estructurales. No todo perece en aquel punto. Quedan estos elementos con sus partes mínimas de vida, para dar constitución a nuevos organismos.

He aquí, pues, que nosotros nos hallamos formados en gran parte por aquellos mínimos seres que permanecieron largo tiempo secuestrados en sus sepulturas. Y aquellos seres mínimos son los que se estremecen dentro de nuestro ser, comunicándonos su hondo estremecimiento cada vez que nos acomete la idea de la Muerte o contemplamos el hoyo de una sepultura.

Más todavía. Situémonos al borde de un abismo. ¿No es verdad que se siente una especie de atracción como si en el fondo hubiese un imán y a la vez nos produce un sentimiento de horror inevitable?

Este fenómeno misterioso obedece a las causas que ya hemos señalado.

Los mismos seres que en conjunto nos dan la vida se dividen para dar producción al misterioso contraste de atracción y repulsión que en aquel caso se observa.

Los que estuvieron sepultos unen sus instintos para producir la atracción. Los que toman parte de nuestro organismo por primera vez sin haber pasado por la sepultura, sienten repulsión.

¡Hondos misterios de la vida humana! ¡Sombras y dolores que se deben a los yerros y supersticiones de la Humanidad! ¡Manantiales de dolor!

VIII

EL MÁXIMO PODER Y EL MÁXIMO DEBER

Aquellos que ponen fe en su Dios milagroso se ven atascados para explicar el hecho de que su Dios se cruza de brazos ante los actos pecaminosos y sólo cuando le place acude a los milagros. ¡Tan fácil como le sería, deben pensar, detener el brazo

del pecador! De esta manera el pecado y el crimen podrían evitarse a tiempo con poquísimos trabajos; bien es verdad que se ahorrarían las penas del Infierno y habría que discutir si esto era o no demasiado conveniente.

En el fondo se oculta aquí un gran problema de mucho interés para la Filosofía y la Moral. Nosotros resolvemos estas arduas cuestiones con la mayor naturalidad, apelando a nuestros instrumentos de comprobación y análisis. ¿Por qué Dios no pone remedio al Mal? ¿No pone remedio? Ya está todo averiguado. Eso es lo que debe hacer. ¿Por qué? ¿Porque no puede o porque no debe? Por ambas cosas a la vez. Dios nunca entabla conflicto entre su Poder y su Deber. Lo que no puede hacer es lo que no debe hacer; exactamente. La lógica que entrañan estos hechos es soberanamente sencilla. En el Poder máximo tiene que radicar, por precisión, el Deber máximo, porque si algo hubiera que excediera, o bien al Deber o bien al Poder, se establecería una diferencia entre ambos y resultaría que, o no sería máximo el Poder, o no sería máximo el Deber.

Sólo cuando tenemos uso de Razón nos ponemos espiritualmente en comunicación con Dios. Esta comunicación es también más o menos decisiva, según el grado de elevación que obtenga nuestro espíritu en consonancia con la perfección orgánica del cerebro. A un hombre razonable Dios puede convencerle haciendo que se pare a reflexionar sobre los actos que trata de llevar a cabo, deteniendo de esta manera su brazo, si el acto es feo, criminal o pecaminoso; pero a otro hombre cuya Razón no

esté formada no puede influirle en la misma forma. ¿Por qué? Porque en tal caso el término progresivo de la serie al que damos el nombre de Razón resultaría superfluo. En semejante caso un hombre reflexivo y otro pasional o fanático obrarían siempre de la misma manera y la diferencia de las causas no produciría distinción alguna en los efectos, lo cual es absurdo.

Además, si Dios pudiera influir del mismo modo en ambos casos, ¿para qué perder el tiempo en el progresivo desarrollo de las formas orgánicas? Con hacer a todos los hombres iguales y de una sola pieza se ahorraría tiempo y trabajo. Así volvemos al punto de partida. Dios sería el amo de todos. Habría que exigirle serias responsabilidades como no hiciera la felicidad de todos al igual que la suya. El Universo quedaría convertido en un oasis perenne, a no ser que se admita el enorme contrasentido de que el Universo fuese como un inmenso tablero y Dios un ser aburrido que entretuviese sus ocios infinitos jugando al ajedrez con los demás seres de inferior categoría, saltando sobre unos y dando *mate* a otros, etc., etc.

No es esto sólo. Si Dios pudiese prescindir de la Razón para iluminar sin ella la Conciencia humana, aceptada la infracción que supone este *salto* de los términos progresivos del perfeccionamiento, podría también dar un salto mayor y hacer consciente el instinto de los animales inferiores para evitar que cometiesen actos de ostensible irracionalidad, y así, prescindiendo de los términos de la Escala modulada, podría también hacer conscientes a los vegetales y hasta inspirarles ideas artísticas, aun-

que careciesen de medios orgánicos para expresarlas. Por último, animaría a las rocas súbitamente, y la fuerza del Espíritu que se ha invertido y condensado en ellos tomaría expresión milagrosa, revelándonos su existencia de un salto, y hasta podría darse el caso de que una lapa concibiese otra *Divina Comedia*, y alguna madrépora demostrase tener más ingenio que Cervantes, y algún arbusto saliese con más numen dramático que Shakespeare, y algún chimpancé asomaría manejando el cincel con arte más divino que el propio Miguel Angel.

Dios no puede salirse de su Razón de ser, y no necesita tampoco salirse de ella para llegar a todas partes por la vía directa de la Evolución o por la inversa de la Involución; sólo para conseguirlo tiene que emplear tiempo y trabajo lo mismo que todos los seres que son inferiores a su categoría de máximo Poder. Su pensamiento se cumple al cabo, pero es a merced de los esfuerzos que realiza. A la Perfección se llega sólo por el camino del perfeccionamiento, camino que no se halla cerrado, aunque aparezca muchas veces accidentalmente interceptado, para ningún ser, así sea gusano como estrella, grano ínfimo de arena como cuerpo gigantesco de montaña.

Se ve, además, que no es posible prescindir de las formas orgánicas. Para que un arbusto pudiera escribir un *Otelo*, como Shakespeare, tendría que organizarse de otro modo. Sería preciso que se le dotase de un cerebro. Luego adosarle unos brazos y unas manos para que pudiese escribir... Por último, necesario fuera también iluminar aquel cerebro con los resplandores del Genio. Se tomaría al

propio Shakespeare de modelo. Se le adjudicarían las mismas ideas, los propios conceptos luminosos, y entonces... ¡oh! entonces no cabe duda que aquel arbusto podría escribir un drama como el insigne autor del *Otelo*.

Aquí las diferencias orgánicas son muy ostensibles, pero la Ley de que cada aptitud y cada grado necesitan una organización distinta y adecuada, no desaparece aunque aquellas diferencias orgánicas no se separen mucho. Por lo tanto, un hombre de talento tiene el cerebro organizado de distinto modo que un ignorante, como la organización cerebral de un individuo que tiende fatalmente al presidio se diferencia muy formalmente de la organización que tiene el cerebro de un hombre de bien.

Por todos estos hechos resulta de un modo claro y preciso que a Dios no le es posible prescindir del Trabajo para llevar a cabo sus obras.

Supongamos ahora absurdamente que se hallase dotado de omnímodo Poder, como pretenden todos aquellos que le desconocen. En este caso se hallaría poseído de un don superfluo, porque su Deber impediría hacer uso de esa facultad omnisciente para que no se percatase el Hombre de que existía una Ley que no constituía la Razón de ser universal de todas las cosas. No realizaría ningún milagro para que no se desacreditasen también, a los ojos del ser racional, las Leyes naturales. Se ocultaría bajo el manto milagroso de lo Incognoscible para que jamás la inteligencia humana pudiese llegar hasta él. Huiría de los juicios del Hombre o tendría que suprimir de ellos el principio lógico y convertirle en bruto para que no pudiera acu-

sarle de parcial y de mala dirección en el gobierno del Mundo, donde tantos dsgraciados maldicen hasta de la hora en que han nacido. Justificaría la conducta de los inquisidores, que trataron de ahogar con el humo de los autos de fe la Luz que él mismo enciende en el Espíritu. No habría entonces forma alguna de conceptuarle como Principio de la Moral. Valiera más que Dios no existiera. Que el Universo fuese un sueño; menos que un sueño, una sombra; menos todavía que una sombra, el espectro de una sombra... No. Dios es la Lógica suprema. Poder y Deber en él son sinónimos. Lo que hace es lo que debe hacer, y en el cumplimiento de su trabajo emplea todo su Poder.

Explicados así los hechos, nos encontramos con que si nosotros nos movemos es porque Dios se mueve. Si tenemos ideas es porque Dios las tiene. No hacemos acto alguno que no sea un acto de Dios, hasta cuando cometemos un crimen. Si reprobamos un crimen es porque Dios lo reprueba. Mas ¿por qué lo cometemos? Porque nuestra Razón es inferior a los medios de sugestión que nos inducen a cometerlo. Dios tiene que luchar consigo mismo contra el Polo adverso o negativo, que es la Fatalidad. La Razón es la que ofrece la Libertad para luchar contra aquélla, mas no puede ser esto en todos los momentos, sino cuando llega la Razón a ciertos términos de su estado perfectible.

Repetimos que Dios se ve obligado a luchar consigo mismo, y ese trabajo se halla distribuído entre todas sus criaturas.

IX

EL DOLOR UNIVERSAL

El Dolor máximo lo sufre Dios. Su Tesis es de perfecta dicha, pero no puede haber Tesis sin Antítesis y Síntesis. La antítesis de la Dicha está en el Dolor, y por eso no puede tampoco haber Dicha sin Dolor.

Y del Dolor se pasa a la Dicha por síntesis o Ley de perfeccionamiento para volver a la Tesis o reino de la Perfección.

¿Y en qué Ley de necesidad se funda el Dolor máximo de Dios? En que tiene que girar para producir la vida antitética hasta llegar a su Ley de total Oposición que se halla en la Materia.

Para resurgir de este sepulcro se ve obligado a emplear la violencia, el choque. Su trabajo de Dolor empieza en el Caos. Tiene que aceptar la colaboración del Accidente. El Acaso malogra innumerables veces su labor progresiva. Esta es la gran pena de Dios, la cual se reparte entre todas sus resurrecciones espirituales, o sea entre todas sus criaturas, haciéndose el Dolor universal por esta causa.

Resurgir *en sí* de las entrañas de la Materia y contra ella tiene que luchar necesariamente, pero como no hay nada que no se halle en Dios contenido, tiene que luchar consigo mismo, contra la resistencia que le ofrece la Materia. Los males que se producen tienen la misma Lógica. Del estado de mayor actividad pasa Dios al de mayor inercia, y se han de producir males sin cuento para volver al propio estado de pureza, porque si no hubiese mal ninguno que eliminar, ni resistencia que vencer, sería innecesario todo trabajo, y por consiguiente desaparecería la finalidad de la Vida.

Recapitemos un poco y veremos qué esplendorosa es la luz que tienen estas verdades. Fijémonos en que nosotros hemos venido a la vida sin que nadie nos haya consultado. La organización que tenemos se debe exclusivamente a un Poder oculto que para este caso prescinde en absoluto de nuestro consentimiento. Por manera que, considerado el Hombre como una máquina, se ve que ésta ha sido construída para un fin y con arreglo a un plan que nosotros no hemos preestablecido. He aquí a Dios en su labor propia, construyéndose a sí mismo, en su lucha contra la Fatalidad, o sea la Materia que se halla en su Polo negativo o adverso. La construcción y organización de estas máquinas se lleva a efecto por la función directa, o sea desde lo interno a lo externo. ¿Cuál es el fin que Dios se propone? Resurgir espiritualmente en función inversa del fondo de la materia. ¿Cómo resurge? Individualmente en todos los seres organizados de un modo más o menos elemental en escala progresiva: en la piedra, el bronce, el hie-

ro, el estaño, el árbol, la flor, la mariposa, el león, el Hombre, etc. La inclinación, el instinto, la conciencia de estos seres se manifiesta en actos que realiza Dios, como que son suyos, pero en función inversa, fundándose de este modo la Ley de oposición para que haya trabajo, acción, vida y movimiento. Por eso hay Luz y hay Sombra, Amor y Odio, mansedumbre y fiereza, etc., etc.

Claro es que resurgiendo Dios del fondo de la Materia en variedad de partes, las manifestaciones de cada una de ellas tienen que ser también varias. Para pensar todos del mismo modo el organismo no podría ser diferente y holgaría la división de partes. En la función directa Dios es uno solo, como la parte unísona del gran Todo, y por eso su pensamiento se traduce en forma de Ley.

El trabajo que Dios realiza consigo mismo tiene esta gran finalidad: Hacer que todas sus divisiones y derivaciones en la función inversa progresen por la escala de acción directa, formando máquinas cada vez más perfectas y en menor número que contengan a las más inferiores para que lleguen hasta él en función directa cuando todas ellas se contengan en una sola. La labor consiste en conjunto en vencer la resistencia que ofrecen las partes inversas en recuperar dicho giro directo.

Para lograr este objeto Dios gira espiritualmente sobre todas sus derivaciones que le ofrecen resistencia (las almas), procurando que se derrame sobre ellas la luz de la Razón, que es la que ofrece mejor empalme y armonía entre las dos funciones, la directa y la inversa. El caso es disminuir las diferenciales de acción que separan a entrambas

funciones. Hacer de un hombre pasional, por ejemplo, un hombre razonable, es un triunfo del que Dios se vanagloria. Hacer que gire el odio y se convierta en amor, constituye otra victoria. Ya se ve claramente que Dios lucha consigo mismo y que esta misma lucha con el propio carácter es la que nosotros sostenemos, creyendo de buena fe que no sale de nosotros y que nos pertenece por entero individualmente.

X

LA RELIGIÓN Y LA MORAL

Del estudio que hemos hecho de los yerros que padece la Humanidad se desprende el firme convencimiento de que todos ellos, aunque relacionados con causas de particular derivación, obedecen a una sola causa general.

Notamos que para todos los actos de la vida, así doméstica como social, política y religiosa, se hace caso omiso del principal gobierno de las acciones humanas, que únicamente se encuentra en la Razon directora.

Todo se halla fundado sobre principios falsos o supersticiosos, dentro de un egoísmo particular, una moral acomodaticia y una virtud falsificada. La Ciencia ha inventado también todo cuanto ha

podido y la doctrina del Bien se ha hecho convencional.

Se ha pretendido fundar exclusivamente en el cristianismo la brújula de orientación de las acciones humanas, pero éstas se han ido por un lado y el cristianismo por otro.

Hay que poner claridad en este asunto de la Religión y la Moral y de sus trascendentales consecuencias para la vida de concierto, o digamos para la vida de la Humanidad.

La Religión es perfecta. En ella están todos los términos que conducen a la eterna Justicia y al Bien supremo. El conocimiento que adquirimos de la existencia de Dios por su escala de perfección, a la que damos el nombre de Medio universal, es profundamente religioso. Hay que interpretar a la Religión en este mismo sentido.

Lo mismo que el Medio, la Religión debe actuar sobre nuestra voluntad, como poder determinante. La determinación se halla en nuestras acciones, que serán buenas, medianas o malas, conforme al grado que obtengan de adaptación en la referida Escala.

Pero con esta Escala perfecta de la Religión no basta. Es necesario subir por ella, peldaño por peldaño, y esto requiere acción y conducta.

No hay que decirles a los hombres que suban la escala de una sola vez. No se puede llegar a la cúspide de la perfección de un salto.

Hay que subir por dicha Escala del mejor modo posible, contando previamente con nuestra imperfección como esclavos o semiesclavos que somos de la Materia.

Pues bien; este trabajo de ascensión al cual debemos someter y disciplinar nuestras acciones, es el que debe ser regido por la Moral.

Por este motivo podemos afirmar que la Religión es perfecta pero la Moral está en la Ley del perfeccionamiento. La escala de la Perfección no varía. En este concepto, la Religión es inmutable. Por el contrario, la Moral no puede ser perfecta desde su Principio, porque tiene que tomar desarrollo, dando lugar a la obra del perfeccionamiento.

Siguiendo en estas mismas consideraciones, advertimos que todo elemento religioso que trate de erigirse en regla de humana conducta resulta contraproducente. No hay que decirle al Hombre que sea perfecto en el acto; tiene que conducírsele por la vía del perfeccionamiento, mejorando sus hábitos y costumbres, estableciendo sabias y prudentes relaciones de sociabilidad con sus semejantes, etcétera, etc.

Aquí tenemos la causa de que el cristianismo no haya producido todos los bienes y progresos que de él se esperaban. ¿Y por qué? Porque es una doctrina perfecta y por consiguiente religiosa. Así es que no pudo tomar desarrollo acompañando a las acciones humanas. La Perfección no puede desarrollarse. Las máximas de Jesús no son humanas por la misma causa. Constituyen la escala inmóvil de la Perfección.

¿Qué ha ocurrido con el cristianismo cuando ha pretendido erigirse en Ley de gobierno? Que se ha estancado apartado de su natural esfera y se

ha corrompido en la conducta de sus malos interpretadores.

La mala aplicación de las cosas hace que aunque éstas sean buenas y hasta excelentes, los resultados sean malos.

Se ha organizado a la Religión como si fuera un elemento de gobierno, sin tener en cuenta que sólo la Moral es orgánica.

Substituyendo a la moral perfecta por la moral de perfeccionamiento, única que puede acompañar al Hombre en sus acciones progresivas, puede ocurrir, y ocurre efectivamente, un fenómeno que es en el fondo muy sencillo, pero que tiene efectos de gran trascendencia sociológica.

Por doquier se ven hombres muy religiosos que carecen de moral. Cada uno de estos hombres, a juzgar por lo que dicen, posee la escala perfecta. Con esta posesión ya se creen los mejores.

¿Y por qué carecen de moral? Porque se contentan con tener la escala y no hacen nada para subir por ella. La escala es perfecta, pero sus poseedores no salen de su imperfección.

XI

LEY DE LA COMPENSACIÓN

Si la vida del Hombre fuese como un círculo donde toda se comprendiese, dentro de la vida terrena, no hay duda que tendría derecho a recrimi-

nar al Poder, sea cual fuere, que le había dotado de un alma para sufrir y de un cuerpo lleno de sensibilidad para las torturas del físico dolor.

No habría lógica ni doctrina moral que le pudieran convencer de que sus padecimientos así morales como físicos no eran superfluos, y que obedecían a un Plan preconcebido encaminado a la realización del Bien común.

Al punto podría objetarse que no podía ser cierto que su desgracia fuese aprovechable para el Bien de todos, porque él era uno de ellos y constituía una excepción.

Además, no hay derecho alguno para utilizar los sufrimientos de un ser sacrificado en beneficio de otro, si el primero no es gustoso en aceptar semejante sacrificio.

Pero en la mansión terrena no se halla comprendido todo el círculo de la vida del hombre que se considera desgraciado y lastimado en sus legítimos derechos, y a base de este conocimiento ya no se hallan tan justificadas sus recriminaciones.

¿Qué diríamos de aquel que en plena noche obscura renegara de la sombra, por haber olvidado que la noche sólo es la mitad del día, y aun apostrofara a Dios creyendo que le había sumido en permanente ceguera?

Diríamos que sus quejas eran injustificadas y le aconsejaríamos que esperase a que se desentenebrecieran sus ojos con la luz del nuevo día.

¿Y qué diríamos de aquel otro feliz y egoísta que, a la inversa y también desmemoriado, creyese que el Sol, cuyas hebras de oro refulgente daban encanto a su vida y marco risueño a su felicidad

se había parado en su carrera para solazarle perdurablemente a él sólo, niño mimado de la Fortuna?

Diríamos que era infundado su engrimiento, y aun también le aconsejaríamos que no se ufanase tanto con su dicha, porque el Sol tendía hacia su ocaso y la noche envolvería pronto en tinieblas aquel cuadro luminoso de su egoísta felicidad.

Y, con efecto, rodaría el Mundo, y al dar la vuelta completa veríamos que las sombras en que se hallaba envuelto el ser desdichado se habían convertido en luz, desentenebreciendo sus ojos, y que los resplandores que lisonjeaban la dicha del hombre feliz se habían convertido en sombra.

Y que cerrados así los dos círculos de aquellas dos vidas, sólo distintas por la oposición de sus giros, se había establecido una ecuación de equidad, lo mismo para las tristezas de la sombra que para los encantos de la Luz.

Por la enseñanza que ofrecen los ejemplos anteriores, no puede el Hombre lícitamente poner en duda la Ley de equidad que preside al gobierno de todo el Universo. La vida humana se encierra en dos semicírculos, y el Hombre sólo puede fundar su juicio en la acción que comprende a uno de ellos. El círculo total se halla dividido en dos secciones, una externa y otra interna. La Muerte figura en el diámetro y la Muerte puede ser sombra para unos y Luz para otros, con mayor grado de perfección para todos.

Aquella Ley de equidad y justicia que de tal modo preconizamos ya se revela de un modo ostensible sin salir de este semicírculo terrenal. No todo son dolores ni todo son dichas dentro de cada

existencia. El Dolor se invierte y es Dicha. La Dicha se invierte y es Dolor. Ambos son correlativos y ejercen sin cesar funciones alternas.

En el hogar donde faltan el aseo y la limpieza pronto asoma el parásito, que, mortificando la piel con sus picaduras o haciendo otros daños con sus mordiscos, recuerda a los habitantes desaseados lo saludable que es la higiene. Estos se aprovechan del recuerdo y convierten en agradable estancia su morada. He aquí un dolor fructífero cuya acción se invierte para producir un bien.

Hay individuos que abusan de las funciones de algunos de sus órganos. ¿Y quién les avisa del mal que se producen y de la necesidad de que pongan límite al abuso? El Dolor.

El que se siente dolorido refrena así su pasión y toma experiencia que en lo sucesivo le sirve de norma de conducta. Y ¡ay de él si no se corrige, porque en semejante caso el Dolor no gira! No se invierte para producir el Bien correlativo. Entonces, a fin de que se establezca la debida compensación, hay que pasar de uno a otro semicírculo. Es preciso que las futuras acciones se desarrollen al otro lado del diámetro fijado por la Muerte.

No miréis directamente al Sol invernal, porque deslumbrará vuestros ojos. Así empieza el Dolor. Bajad la mirada y veréis cómo el Dolor se convierte en cálido placer, bajo la influencia de los salutíferos rayos que vierte el Astro del día. Hasta en el fondo de todo placer se encuentra oculto aquel aguijón que amarga la existencia.

Y hay dichas que no se alcanzan sino al través de los internos dolores del Espíritu. Las bellas

concepciones del Arte que tales bienes inefables producen derramando en las almas la miel exquisita de las más puras emociones, ocasionan al autor que las concibe sudores espirituales que muchas veces son de agonía.

Para dar hermosura al Alma, la educación fatiga. Para devolverle la salud al cuerpo enfermo, el hierro del cirujano duele, pero sana.

Y aun tiene el Mal otros giros más misteriosos y profundos que lo invierten hasta la producción del Bien más exquisito.

En los campos de batalla el soldado se excita hasta convertirse en genio de guerra y exterminio. Alguno de ellos, de feroz instinto, fanático por su patria, se distingue en la pelea. A nadie da cuartel.

Pero le alcanza una bala en el pecho y cae mortalmente herido. Se siente morir y en su dolor agudo se acuerda de su madre. "¡Viva la Patria!", dice en el ardor de la lucha, y luego, al caer, balbucea moribundo: "¡Ay madre, que me han matado!" El odio gira en el alma de aquel hombre. Era un tigre feroz y muere como un corderillo amoroso. ¿Cuándo se acuerda de la Patria que le enfurece? Cuando mata. ¿Y cuándo hace memoria de su madre? Cuando muere. Allí empieza su dicha.

La Ley de las compensaciones futuras más allá de la Muerte puede anticiparse aquí en la Vida. Recapaciten sobre esto que vamos a decir todos los hombres favorecidos por la Fortuna.

El egoísta de la dicha fundada en las riquezas puede poner en cierto equilibrio los dos platillos de la balanza de su vida, que son como aquellos

dos semicírculos de que hicimos mérito. ¿Y cómo? Pensando en las miserias ajenas. En las torturas que afligen al padre viendo que falta el pan de cada día en su hogar. ¿Qué debe hacer? Producirse el dolor interno de arrancar de su alma el egoísmo y coadyuvar al bien de aquel padre necesitado. Entonces la balanza desnivelada oscila con tendencia a recobrar su equilibrio. He aquí un caso de compensación y reducción dentro de la propia vida humana.

¿Pero es que al morir se expían las faltas que aquí en la Tierra se cometen? ¡Ah! No. La doctrina de la expiación es absurda. No hay castigo. No hay expiación. La Ley de las justas compensaciones encuentra su perfecta equidad en el mayor o menor trabajo que todos los seres realizan.

Todos tienen que trabajar de igual modo, si no en un semicírculo en otro. El hombre que se emancipa con voluntad propia de la pasión egoísta realiza un trabajo que ennoblece su alma. El soldado que cae moribundo sufre un trabajo que intensifica su espíritu, porque el Bien común se halla arriba en la elevación total de las almas. Ley de compensación, la cual se funda en la nivelación de cuantas diferencias se establecen en el trabajo que realiza cada cual. La máxima intensificación, o sea la dicha suprema, se equipara sólo al mismo grado del espiritual esfuerzo, o sea a la misma cantidad de trabajo.

De esta Ley de compensación se deriva la de resignación. Si no hubiera Equidad en la vida del Universo no sería posible la virtud del alma resignada.

Pero esta virtud se diviniza inculcada por una idea de orden más puro y elevado y de mayor energía moral.

Dios no es uno y los hombres son otros. Constituyen todos un mismo ser. He aquí la idea fundamental a que nos referimos. El trabajo que cada uno de nosotros realizamos por separado no difiere del trabajo total que se realiza en conjunto.

No puede salir a nuestros labios queja alguna cuando obtenemos el conocimiento de esta verdad. No podemos recriminar a Dios, porque se vuelve contra nosotros la propia recriminación.

Somos obreros voluntarios de una obra en cuya edificación nos hallamos todos interesados. Nada importa que por accidente unos se hallen más recargados que otros de las fatigas que proporciona el trabajo común, sabiendo de antemano que la obra sale al fin coronada por la suma de todos los esfuerzos realizados por igual. El trabajo excesivo de unos se compensa con el menor trabajo de otros; pero la acción se invierte y la Equidad obliga a que los segundos redoblen sus esfuerzos para equipararse a los primeros, hasta borrar sus diferencias de trabajo.

Huelga apostrofar a Dios en ningún caso. Su mano es la que repara todos los daños que sufrimos, como si estuviera dirigida por nuestra propia voluntad, que sólo difiere de la suya en que ésta se realiza en conjunto y la nuestra se manifiesta individualmente.

¡Y qué obra tan magna es la que Dios realiza en singular y en plural! ¡Qué sabiduría tan pro-

funda se revela en el cumplimiento de todos sus designios! ¡Qué erróneos son los juicios de aquellos hombres que creen de buena fe que así elevan al soberano Espíritu atribuyéndole el falso portento de la Omnipotencia sin límite, por cuyo Don incomprensible sale de sus manos la Creación improvisada a merced del milagro absurdo! Creen hacer grande a Dios y lo empequeñecen. Creen que le glorifican haciéndole árbitro del Bien y del Mal y le convierten en un ser injusto, borroso y enigmático... eternamente desconocido.

El mérito de la obra que realiza el Gran Espíritu no se halla en la inspiración operada por el milagro, sino en el trabajo activo, constante, asiduo, sin sombra de flaqueza ni desmayo.

Tan grande es la obra, que necesita el concurso de todas las voluntades, hasta de las más adversas. El perfeccionamiento progresivo de todas las existencias defectuosas. El concurso del Mar, de la Tierra y del Fuego... Y de la tempestad en los Océanos, y el rayo en la Atmósfera, y la guerra en los hombres, y el Dolor en las Almas...

No tenemos más remedio que soltar la pluma, inclinar la frente, no ya para pensar, sino para sentir, poseídos de un íntimo fervor religioso, la más honda admiración hacia el Ser Máximo que tal obra realiza.



CAPITULO XIII

MORAL POSITIVA

I

NUESTRO TRABAJO

Sabiendo ya que vivimos para dar vida al Planeta, así como otros muchísimos seres viven para darnos vida; sabiendo que nuestras fuerzas espirituales se elaboran en la vida antitética para unirse luego a la vida sintética, formando el Espíritu del Planeta; conocido también el hecho de que entre estas dos fases de la vida hay una diferenciación que impide que ambas se desarrollen armónicamente, dando lugar a las guerras y otras formas de dolorosa selección que tanto afligen a la existencia humana, ¿qué debemos pensar los hombres? ¿Qué debemos hacer? ¿Qué esperanza debemos abrigar en el perfeccionamiento de nuestra existencia? ¿No habrá siempre guerras y epidemias y males de toda especie?

Hay que poner claridad en este asunto. El perfeccionamiento de la Vida humana no se halla en la nivelación de aquellas dos fases, como tampoco nuestros males dependen de su necesaria variedad. Dependen sólo de que aquéllas se pongan en buena relación. En el choque diferencial está la discordancia. En el contraste se halla la Ley de la armonía.

No importa que vayan pereciendo los organismos de la especie humana. Otros les suceden. La Humanidad, en conjunto, no perece de igual modo. Su fin se halla más lejano, al igual que el del Planeta.

¿Y por qué no hay contraste armónico en aquellos términos diferenciales? Esta es la cuestión.

Cuando los resultados que ofrece la diferenciación no se determinan por un movimiento progresivamente rítmico, o bien, cuando se entorpece el libre curso de este movimiento, ¿qué debemos pensar? Que hay causas obstructoras.

Esto advertido, es necesario averiguar seguidamente dónde radican las causas de la obstrucción y si son eliminables y a qué grados alcanza su resistencia para eliminarlas, grado por grado, en caso afirmativo.

Tenemos por auxiliares a las fuerzas del Planeta. En ellas se funda nuestra vida de perfeccionamiento; pero aquí volvemos al círculo que guardan los hechos conforme a su lógica y razón de ser.

Para que la Vida del Planeta se perfeccione es preciso que nosotros nos perfeccionemos. De modo que la acción de ambos debe simultanearse recíprocamente.

Las guerras son fatales, como obedeciendo a una Ley de necesidad, por la falta de contraste armónico en que se encuentran, respecto de la Vida terrestre, los dos impulsos positivo y negativo.

Así es lo cierto; pero no lo es menos que la Fatalidad también modula. La máxima se encuentra en el Caos, origen de nuestra existencia. He aquí la cuestión. Reducir a la Fatalidad, grado por grado, hasta que desaparezca en el completo dominio de la Ley.

Este es el trabajo que conduce al contraste armónico tan apetecido.

Hay que volver a la disyuntiva terminante. ¿Queremos o no emanciparnos de los terribles padecimientos que se sufren en el curso de nuestra vida? ¿Queremos o no librarnos de guerras y epidemias? En una palabra, ¿queremos o no perfeccionarnos?

Como la afirmación no es dudosa, debemos estudiar seriamente la pauta de conducta que debemos seguir y la dirección que debemos dar a nuestro trabajo, para que la colaboración que debemos prestar a la Vida del Planeta resulte lo más eficaz y provechosa que sea posible.

En primer término, debemos despojarnos de la romántica idea de que vamos a convertir la Tierra en un Paraíso apenas entremos en funciones. Nada de eso. Debemos, por el contrario, dar comienzo a nuestra labor, persuadidos de que ha de encontrar muchos tropiezos y fracasos. La Fatalidad no se rinde fácilmente, y su resistencia sólo cede al cambio progresivo.

Bien saturados de esta idea, comencemos por invertir en lo posible ciertos valores de carácter reli-

gioso y moral cuyo estancamiento pudiera ser una rémora para el dichoso porvenir que acariciamos.

Hay que adicionar a toda doctrina de moral perfecta otra de perfeccionamiento. Aquélla por sí sola resultaría infecunda, porque la perfección no sale del Polo negativo, como acontece con la involución (evolución a la inversa) de nuestra vida. La Moral y el Hombre tienen que girar y moverse en el mismo sentido para que puedan influirse recíprocamente en todo momento y en toda circunstancia.

Pondremos un ejemplo. No hay que decirle al rico avariento que se despoje de sus riquezas, siguiendo la doctrina cristiana. Esto no sólo es inútil, sino que produce resultados adversos. El egoísmo se aferra tanto más a su tendencia cuanto mayor es la fuerza que trata de apoderarse de su presa.

¿Qué hay que hacer? Trabajar para que las riquezas que poseen todos los ricos avarientos se desvaloricen. Esta es doctrina de perfeccionamiento.

La diferencia que media entre aquélla y esta doctrina es bien ostensible.

La doctrina perfecta no está en el trabajo de acción y desarrollo. La labor entera se reduce a que un sacerdote suba al púlpito y aconseje a los fieles que sigan las máximas cristianas. Y, con efecto, no las siguen, si bien quedan muy confortados por aquellas predicaciones.

La doctrina de perfeccionamiento no está en la predicación exclusiva, sino en la obra y el ejemplo.

Debe comprenderse que para que pierdan su valor las riquezas debe pasar la vida social por una

serie de actuaciones de orden económico muy difíciles y laboriosas. No las especificamos porque no es este el objeto de nuestro libro. Establecemos Leyes y Principios y no prácticas.

Tenemos un buen ejemplo que seguir y una gran conducta que imitar.

En el Medio se halla la Escala perfecta. He aquí la Tesis de perfección; pero el Medio, por sí solo, no produciría el movimiento sin la vida antitética de imperfección y la sintética de perfeccionamiento.

En la Vida humana podemos establecer estos mismos órdenes de acción y desarrollo.

Fundemos nuestra Escala perfecta en la Religión inspirada en el conocimiento verdadero que ya tenemos de Dios.

Para combatir nuestras pasiones antitéticas, o, en términos más gráficos, para combatir nuestras imperfecciones, no basta sólo con poseer la escala por donde se eleva el Espíritu hasta la Perfección. Es preciso hacer vida de acción y desarrollo, esto es, vida de síntesis, que conduce al perfeccionamiento. Si uno posee una escala y no sube por ella, ¿para qué la quiere? Jamás llegará a elevarse.

La Religión es la obra perfecta. La Moral ya no tiene que ser perfecta, porque es obra de perfeccionamiento. Este es el distingo que separa a la Religión de la Moral.

Desvalorizadas las riquezas o tendiendo a su desvalorización, ¿qué sucede? Este es un prodigio de la vida en acción progresiva.

Sucede que el egoísmo gira hacia el altruísmo, en el mismo orden progresivo.

Decidle a un avaro que os entregue su tesoro, y antes se dejará arrancar la existencia y hasta el alma; pero decidle que el valor de su tesoro se va reduciendo a la nada, y le veréis temblar de espanto. El egoísmo de poseerlo se irá también reduciendo a cero. Luego veréis cómo aquel mismo avaro se muestra generoso hasta lo sumo.

En seguida nos encontramos con la necesidad de hacer hombres razonables ante todo.

No hay que fiar al sentimiento la formación de los hombres razonables. No está en el orden sentimental la buena dirección y reglamentación de la Vida.

El sentimiento de bondad que no se genera espontáneamente, no brota en el corazón por ningún otro medio.

Esto se prueba por la experiencia y por la Historia. Hombres buenos los hubo en todos los tiempos y en todas las épocas. Los hay también ahora, pero el número no ha progresado. Esta es la causa de todos los males que padecemos.

Por tal experiencia podemos afirmar que la Bondad espontánea es un elemento de perfección y no de perfeccionamiento. Es una flor que ofrece en seguida todo su perfume.

Hay que adicionar al sentimiento de perfección como a la doctrina perfecta, elementos perfectibles grado por grado. Los hombres tienen que ser buenos por convicción, lo cual no excluye que lo sean también por sentimiento.

II

EL NECESARIO EQUILIBRIO

Otro de los objetos que debe perseguir nuestra labor de perfeccionamiento debe encaminarse a poner en equilibrio por lo pronto nuestra escala psicológica, constituida por los términos seriales: Sensibilidad, Conciencia, Memoria, Voluntad, Instinto, Inteligencia y Razón.

La animalidad de nuestro ser se halla dominando a la racionalidad de nuestro Espíritu de un modo que es demasiado ostensible para que tratemos de demostrarlo.

Casi toda nuestra vida es sensacional. El Polo negativo (la Materia) se sobrepone al Polo positivo (la Razón).

Fijémonos en la orientación que toman las artes y veremos cómo todas ellas tratan de producir efectos sensoriales. La Poesía mancha sus alas de oro y la Música se prostituye en contubernio con representaciones que exaltan los sentidos.

No son así, ciertamente, todas las manifestaciones de la Poesía y la Música, pero se revela en ellas esa tendencia malsana. Se estimulan las sen-

saciones, cuando son las emociones las que debieran estimularse.

¿A qué conduce todo esto? Al despertar prematuro y excitante de las pasiones genésicas. A producir hombres para que luego se desangren en los campos de batalla.

Hay que poner en equilibrio aquella balanza, primero, y que domine el platillo donde se halla la Razón, después.

¿Qué importa que los hombres sean inteligentes y artistas, si no son razonables?

La generalidad de los intelectuales y artistas creen de buena fe que con la Inteligencia y el Arte basta y sobra para que el Bien se haga común.

Cree el literato que con la lectura de cualquiera de sus libros bien puede el hombre darse por satisfecho. El escultor se figura que con el embeleso que produce la contemplación de alguna de sus estatuas, no necesita mayor encantamiento la Humanidad.

No hay que exagerar la tesis tampoco. Hay que hacer el necesario deslinde. No se trata de la Inteligencia y el Arte. Se trata de los intelectuales y artistas, cosa que ya es muy diferente.

Hay que poner los puntos en su lugar. Cierto es que una estatua bella vale mucho. Su contemplación produce encanto y embeleso en el alma. Aquí se genera un bien, indudablemente. Una dicha de orden estético, al igual que las representaciones de la inteligencia pura. Estas son obras de Moral, porque dan satisfacciones al Espíritu sin que perjudiquen a nadie ni individual ni socialmente. El

Arte, cuando es bello y además inofensivo, es también moral; pero no puede decirse lo mismo de todas las manifestaciones de la inspiración y la inteligencia. Un acorazado es un acopio de maravillas mecánicas. Se pone en juego un resorte y como por encanto brota una luz eléctrica. Se hace girar un volante y el navío cambia de dirección, obedeciendo a la voluntad del piloto. Otros mil prodigiosos resultados se producen; pero gira una palanca y sale de un obús un proyectil enorme que sirve para demoler las casas y las ciudades y matar hombres. Aquí el saber del hombre rinde homenaje a la guerra. Esta es otra inversión del buen juicio. Dios no enciende en el cerebro la luz de la inteligencia para eso.

El proyectil estalla en una plaza pública, donde acaso se yergue una magnífica estatua, tal vez un dios del Arte que admira el Mundo. Los fragmentos hacen pedazos a la estatua y de rebote matan a hombres, mujeres y niños... He aquí para lo que ha servido el afán del ser inteligente. He aquí torcido el designio de Dios. Aquellos dolores producen en el Alma del Ser Máximo el gran dolor.

LII

EL LOBO DEL HOMBRE

¿Qué debe pensar el artista en presencia de su obra destrozada, contemplando los restos del ser estético cuya existencia se debiera a la más alta inspiración del Numen? Debe pensar que se ha cometido con su obra una crueldad inconcebible. Debe pensar que para que el Bien perdure en todas las esferas de la actividad del Espíritu debe empezarse por acrisolar la Razón del Hombre antes que afanarse por modelar en líneas prodigiosas el cuerpo de la estatua. Debe pensar que hay que darle perfecciones a la carne antes que al mármol, para que el ser humano no se convierta en destructor de sí mismo o en lobo del Hombre, que diría Hobbes.

Por manera que antes que hacerle intelectual y artista hay que hacerle razonable. No hay que discurrir mucho para comprender que una sociedad puede formarse de un conjunto de sabios y artistas y ser muy defectuosa.

Fórmese una sociedad con hombres razonables, aunque no sean muy artistas ni sabios, y podrá verse al punto cómo esa sociedad se desenvuelve

y progresa eficazmente por el camino del perfeccionamiento.

Y esto ¿en qué consiste? En que se puede ser sabio y ser inmoral, y lo mismo puede decirse de los artistas; pero un hombre en cuyo modo de ser espiritual domine la Razón ya no puede ser inmoral, porque disciplina su voluntad, haciéndose amo y señor de sus acciones.

IV

LA RAZÓN EDUCABLE

¿Cómo hay que llevar a cabo este trabajo? Veámoslo.

No se trata de imponer a todos la elevación del Espíritu hasta el Principio Máximo o Razón de ser que tienen *en sí* todas las cosas.

Esta Razón de ser se halla en la cúspide de la Escala de perfección y hay que elevarnos mucho para llegar a tan máxima altura. Esto no es posible en la Vida terrena. Debemos contentarnos con los resplandores que en lontananza nos envía ese faro luminoso.

No hay que olvidar que estamos en lucha con las borrascas que se levantan en nuestra vida de imperfección y que nuestro trabajo no consiste en quedarnos extáticos contemplando aquellos divinos resplandores, sino en gobernar nuestra nave, con las manos puestas en los remos y el timón, para evitar el naufragio y conducirla a puerto de salvación.

La Razón Máxima es el tronco de donde, en copioso ramaje de distintas formas y condiciones, se derivan las Leyes razonables que sirven para dar buen gobierno a la Vida, operando su perfeccionamiento.

Nada importa que un hombre no sea muy inteligente ni artista para que sea razonable, es decir, para que sea justo y equitativo en todos los actos de su vida. Si así no fuera, todo hombre inteligente o artista sería hombre de bien y esto ya sabemos que no se halla confirmado por la experiencia.

Esto depende de que hay una fuerza de gran intensidad que se deriva de la fuerza cualitativa o Razón de ser que tienen todas las cosas cuya fuerza ejerce una gran influencia en todos los Espíritus, sea cual fuera el grado de su elevación intelectual.

Resumamos diciendo que hay una Razón perfecta y una Razón educable. De ésta nos hemos de servir para llevar a cabo nuestro trabajo de perfeccionamiento.

Todos pueden establecer una línea divisoria entre las cosas y hechos que son razonables y los que no lo son.

Por ejemplo: ¿Es razonable que por el solo he-

cho del nacimiento pueda un individuo encumbrarse a la más alta posición social sin más auxilios ni méritos que la Fortuna, y que, por el contrario, otro individuo, desheredado desde la cuna, tenga que sostener un terrible combate solamente para conservar la vida? No habrá nadie con un poco de sentido común que diga que esto es razonable.

¿Qué remedio es el más aplicable?

No hay que pensar en la nivelación súbita. Esto es de doctrina perfecta. Hay que aplicar nuestra moral de perfeccionamiento. Hay que desacreditar los bienes que se adquieren por la mano ciega del Destino. Hay que ennoblecer y dar prestigio al noble y liberal oficio de cuantos trabajan, en vez de amontonar prestigios y consideraciones sociales al paso de todos aquellos a quienes favorece la suerte o la cuna. Es preciso dar reversión poco a poco a estos valores que se hallan invertidos.

Segundo ejemplo: ¿Es razonable que los hombres se desangren y destrocen en los campos de batalla?

Aquí se observa al punto que nada hay más irracional que la guerra.

No podemos ambicionar, sin embargo, que las guerras cesen en el acto. Esta también es doctrina de perfección. Nuestra labor, en este caso, no puede ser más significativa.

La guerra es irracional porque en los hombres domina la irracionalidad. Debemos hacerlas innecesarias progresivamente. ¿Cómo? Desacreditando a los guerreros. Nada más razonable.

Al patriotismo y heroísmo debemos reducirlos a su justa medida, para que no exalten los sentimientos de los patriotas y de los héroes, que casi

siempre son explotados por la ambición de los poderosos; prescindiendo aquí también de la supresión absoluta de las fronteras, cuya medida pertenece a la Ley de perfección y no a la Moral de perfeccionamiento.

Por doquier donde dirigimos la mirada vemos que la vida antitética nos envuelve con sus imperfecciones. Nosotros mismos somos imperfectos y no podemos lógicamente aspirar a una vida de perfección.

V

JUSTAS ASPIRACIONES

Otra de las causas, acaso la más influyente, que retrasa nuestra obra de perfeccionamiento se halla en la vida que no progresa.

Hay millones de hombres estacionados de diferentes razas que pudiendo y debiendo modular se encuentran casi estancados espiritualmente. Hay que dar movimiento a esos seres estancados.

¿Cómo? Multiplicando las comunicaciones que vinculan a los hombres entre sí. Al agua estancada hay que darle corriente de libre circulación. Débe-se movilizar a los pueblos para que sus moradores, en mucha o en gran parte, viajen y se conozcan entre sí. A las invasiones guerreras deben suceder las invasiones portadoras de la civilización. El Es-

píritu de la Humanidad se orea y desestanca por este medio.

No hay que confiar el Progreso al perfeccionamiento exclusivo de las almas, olvidando que debe procurarse también el de los organismos.

El alma y el cuerpo se hallan indisolublemente unidos. Sin movimiento orgánico no hay giro espiritual.

Decimos esto porque no basta para que el trabajo en conjunto resulte eficaz, a fin de que vayan desapareciendo las diferencias que separan a la gran familia humana, que circulen las ideas pasando las fronteras sólo los libros. Tienen también que franquearlas los hombres, pero no formando ejércitos, sino en forma de embajadores del Amor y la Paz.

Si no modulan de mayor a menor diferenciación las razas opuestas, los organismos diferentes, el cultivo de las ideas comunes no obtendrá el resultado altruísta que persiguen los cultivadores de la comunidad.

Las razas deben derivarse por medio de grandes cruzamientos; no en los campos de batalla, sino en los tálamos del Amor. Este es el medio de que se establezcan las derivaciones necesarias para que aquella modulación hacia la unidad del tipo orgánico puede realizarse.

La higiene debe ser el principal objetivo de la Ciencia médica, hasta que desaparezca la vida parasitaria y se acaben las epidemias.

Es preciso que la Tierra se fecunde cubriendo de copiosa vegetación todas las áridas planicies. La Naturaleza es más sabia que el hombre. Ella

ofrecerá espontáneamente el alimento común nutritivo. El manjar de todos.

Mas para esto hay que fertilizar la Tierra. El manjar de la abundancia sólo puede salir del seno de la abundancia.

Déjense los ingenieros de inventar máquinas para la guerra. Alambíquese su entendimiento para sacar partido de las fuerzas naturales: el mar, el río, la Marea. Allí están las fuentes generadoras.

Distribúyanse estas fuerzas alícuotamente. Vayan a parar a las manos de todos, haciendo de cada hombre un Hércules. El caso es facilitar su trabajo.

Póngase por doquiera las corrientes eléctricas, transmitiendo por todas partes los formidables impulsos de aquellas fuerzas generadoras, elevando las aguas, regando los campos, dando locomoción rápida a los productos extraídos y haciendo que la vida comercial se expandiese sin dolor ni fatiga del paria, rompiendo los lazos que hacen del hombre un esclavo pegado al terruño.

Con estos afluentes de la Tierra pródiga en vegetación y rica en manjares nutritivos, vendrá la desvalorización de las riquezas.

Así conseguiremos que se aminoren las guerras, que depongan su altivez los poderosos, que no dependa el porvenir de muchos de la voluntad de uno sólo. Trabajo, Libertad, Razón y Justicia... Esa debe ser nuestra divisa.



INDICE

LIBRO UNDECIMO

VIDA Y SER DEL PLANETA TERRESTRE

CAPITULO I

LOS MUNDOS

	<i>Págs.</i>
	<hr/>
I.—Relación de los organismos entre si. . .	5
II.—Realidad de la vida del Planeta como Sér superior al Hombre.	7
III.—Organización física del Planeta.	10
IV.—El cerebro del Planeta.	11
V.—La Atmósfera como órgano fisiológico de la vida del Planeta.	15
VI.—Irradiaciones diferentes.	19
VII.—Analogías orgánicas.	27

CAPITULO II

FISIOLOGÍA DEL PLANETA

	<i>Págs.</i>
I.—Ampliación al estudio de formación de las Atmósferas.	33
II.—La verdadera causa.	41
III.—Las irradiaciones moduladas.	45
IV.—La superficie y el fondo de la Atmósfera.	48
V.—Las irradiaciones internas.	52
VI.—Serie total de la composición del cuerpo atmosférico.	55
VII.—Dinamismo fisiológico.	60
VIII.—Convivencia de las fuerzas espirituales.	66
IX.—Funciones que realiza el Planeta.	74

CAPITULO III

SOLIDARIDAD ORGÁNICA

I.—El Universo como organismo total.	79
II.—La vida del Planeta en relación con la vida humana.	83
III.—Como se operan las síntesis orgánicas.	86

LIBRO DUODECIMO

EL ALMA HUMANA EN LA VIDA INTERNA O SINTÉTICA

CAPITULO IV

NUEVAS EXPLORACIONES

I.—La Verdad desgranada y la Verdad en conjunto.	93
--	----

	<i>Págs.</i>
II.—Concurrencia de los seres inferiores para dar vida al Sér superior.	97
III.—Organización de las existencias que sirven de base a la del Planeta.	102
IV.—Reciprocidad del trabajo de todos los seres.	106
V.—Resultantes comunes de funciones opuestas.	111
VI.—Derivaciones.	115
VII.—El trabajo conmutado.	119
VIII.—Las malas pasiones. Los malos instintos.	121

CAPITULO V

EL YO SUPERIOR

I.—Nuevas consideraciones.	127
II.—Revelación suprema.	130
III.—La Verdad a fondo.	135
IV.—La verdad sencilla.	146

LIBRO DECIMOTERCERO

CIRCULO UNIVERSAL DE LA VIDA

CAPITULO VI

FUNCIÓN CIRCULAR DE LA VIDA ANTITÉTICA EN
RELACION CON LA SINTÉTICA

I.—La Vida interna.	151
II.—Reciprocidad de funciones.	154
III.—Hechos experimentales.	159
IV.—Dualismo peligroso.	163

CAPÍTULO VII

DESPUÉS DE LA MUERTE

	<i>Págs.</i>
I.—La Muerte hermosa.	169
II.—Como es el Alma humana.	170
III.—El Alma humana desprendida del organismo.	171
IV.—Modalidades del Alma después de la Muerte.	173
V.—El Alma en libertad.	176
VI.—Período de tránsito de la Muerte a la nueva Vida.	181
VII.—Trabajo de perfeccionamiento.	185
VIII.—Emigración y transmigración.	191
IX.—El mayor trabajo de las Almas en la vida sintética.	196

CAPÍTULO VIII

EL CÍRCULO TOTAL DE LA VIDA

I.—Dios en el Universo y en el Tiempo.	201
II.—Dios en la Tesis.	207
III.—Intervención del Gran Sér.	208
IV.—Imperfecciones de la creación.	211
V.—Encadenamiento de todas las existencias.	214
VI.—La Vida luminosa.	217
VII.—El pedestal de la Vida en las regiones estelares.	219

LIBRO DECIMOCUARTO

LA LEY DE LA ADVERSIDAD

CAPITULO IX

ORGANIZACIÓN DE LA VIDA ADVERSA

	<i>Págs.</i>
I.—Los microbios.	225
II.—Los tres factores de la ponderación.	232
III.—Las formas accidentadas.	234
IV.—Causas del Mal.	239
V.—Forma y condición de las fuerzas adversas o inadaptadas.	247

CAPITULO X

LEY DE LA SELECCIÓN

I.—Los Principios alterantes.	251
II.—Substitución o selección.	253
III.—El Principio adverso.	255
IV.—Ciclones y tempestades.	261
V.—La selección natural.	263
VI.—Selección orgánica.	264
VII.—La Guerra como forma de selección.	266
VIII.—Fatalidad de la selección.	267
IX.—Frutos de la selección.	269

LIBRO DECIMOQUINTO

LA HIGIENE, LA MORAL Y EL TRABAJO

CAPITULO XI

CAUSAS DE LA DEGENERACIÓN ORGÁNICA DE LA ESPECIE HUMANA

I.—Apariencias irracionales.	274
--------------------------------------	-----

	<i>Págs.</i>
II.—La falta en el Hombre.	276
III.—Origen del Mal.	279
IV.—Enormidad de la falta.	282
V.—La Tierra no es seno de sepultura.	285
VI.—Fatales consecuencias.	286
VII.—El deber del Hombre incumplido.	289

CAPÍTULO XII

FILOSOFÍA DEL DOLOR

I.—Las tres formas del Dolor.	295
II.—Preponderancia de la vida irracional.	296
III.—El Ateísmo.	300
IV.—Abdicación del Entendimiento.	302
V.—La Ley en relación con el Juez.	304
VI.—Las supersticiones religiosas.	306
VII.—El horror a la Muerte.	308
VIII.—El máximo Poder y el máximo Deber.	311
IX.—El Dolor universal.	317
X.—La Religión y la Moral.	320
XI.—Ley de la compensación.	323

CAPÍTULO XIII

MORAL POSITIVA

I.—Nuestro trabajo.	331
II.—El necesario equilibrio.	337
III.—El lobo del Hombre.	340
IV.—La Razón educable.	341
V.—Justas aspiraciones.	344

OBRAS COMPLETAS

DE

D. Manuel Bretón de los Herreros

Con dos fines se debe, y con uno se suele escribir las comedias: para corregir al pueblo, para educarlo y para tenerlo propicio y contento: éstos dos son de provecho común; el otro, de utilidad propia.

El primero es el sistema de Alarcón, de Molière, de Moratín: ridiculizar el vicio; el segundo es el de Calderón: realzar las virtudes; el tercero es el de la escuela moderna francesa: embellecer las flaquezas humanas y hacerlas plausibles. Burla, alabanza y lisonja, o caricatura, belleza y afeite son los tres medios que tiene a su disposición el poeta dramático; el postrero es muy fácil; el segundo ya es trabajoso; el primero, difícilísimo. Este eligió BRETON, el que le dió fama imperecedera.

Las **OBRAS COMPLETAS** de BRETON DE LOS HERREROS comprenden el **TEATRO** (86 comedias), las **POESIAS** (cerca de 200) y los **OPUSCULOS**.

Lleva al frente unos Apuntes de la vida y escritos del autor, un Catálogo de sus obras y un Prólogo de don Juan Eugenio de Hartzenbusch, además de un Prefacio del autor, y comprende **cinco volúmenes** tamaño folio, 30 x 21, de 600 páginas cada uno, a dos columnas, impresos en caracteres claros sobre papel de clase superior y esmeradamente encuadernados en tela.

Precio de la obra completa: 40 pesetas.